SERIE CHICOS DE UNIFORME



VAS A VOLAR

KAYLA MUN

VAS A VOLAR



Título: *Vas a volar*

© Kayla Mun

© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1º edición: abril de 2026 - Independently published

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por la confianza.

Gracias por seguir leyendo, por volver a mis historias y por acompañar a la serie Chicos de uniforme.

Vas a volar es una novela de romance adulto. Contiene escenas de alto voltaje, tensión y una carga emocional y física intensa. Si ya me conoces como autora, sabrás que nunca utilizo estos elementos de forma gratuita.

En esta historia encontrarás una diferencia de edad marcada, una dinámica de poder clara, proximidad forzada y dos personalidades opuestas que chocan más de lo que deberían. Y, esta vez, no sólo él lleva uniforme.

También vuelven algunos personajes de novelas anteriores. Si ya has leído la serie, los reconocerás enseguida. Y si no, no te preocupes: todas las historias son independientes y puedes disfrutar de esta sin haber leído las anteriores. Aun así, me gusta volver a ellos, dejar que sigan formando parte de este universo literario. Quizás, si esta es tu primera novela conmigo, te apetezca conocerlos mejor después.

Esta es una historia de control, de deseo y de todo lo que ocurre cuando alguien deja de apartarse. Pero, sobre todo, es una historia de amor en muchos sentidos.

Gracias por seguir aquí.

Espero que esta historia te haga sentir tanto como a mí al escribirla.

Con todo mi cariño,

Kayla Mun

Para ti,
que entiendes que, al volar,
la distancia no importa
si tienes claro el destino.

PRÓLOGO

Briefing*: reunión previa al vuelo en la que la tripulación revisa la ruta, el clima y cualquier posible incidencia. Todo empieza aquí, antes de despegar.*

La cama todavía conserva el calor de dos cuerpos que ya no ocupan el mismo lugar.

París despierta despacio, con esa luz clara que empieza a filtrarse por los ventanales altos del hotel. Desde la habitación se distinguen los tejados alineados, las chimeneas de ladrillo oscuro, algún balcón estrecho con barandillas de hierro repleto de macetas y ropa colgada de la noche anterior. Es un hotel discreto, pensado para estancias breves y rutinas que no dejan rastro.

En cuatro horas estará de nuevo en cabina, al mando de un Boeing 787-9 Dreamliner, con casi doscientas setenta personas a bordo y más de diez horas de Atlántico por delante. Volará hacia Los Ángeles. Otra vez.

Madeleine lo observa sentada en la cama.

Está desnuda, con las sábanas enredadas entre las piernas y el cabello cayéndole sobre parte del rostro, todavía revuelto por el sueño y por lo que hicieron unas horas antes. Lo mira, apoyada sobre un codo, con esa calma despreocupada de quien no tiene prisa por levantarse ni nada urgente que hacer.

Es una mujer preciosa. Josh no puede negarlo.

Le gusta observarla después del sexo, cuando todo se ha calmado y el cuerpo todavía conserva el calor compartido. Hay algo en esos minutos que le resulta cómodo, casi necesario: la respiración que vuelve poco a poco a su ritmo, la piel aún tibia, la forma en que

el silencio se instala entre los dos sin exigir ninguna explicación. Pero no pasa de ahí.

Por mucho que lo ha intentado, nunca le duele despedirse. Ni siquiera sabiendo que pasarán más de cuatro semanas hasta que vuelvan a verse.

Echará de menos esas piernas. La manera en que se enredan alrededor de su cintura cuando están en la cama. Y quizá también la forma en que pronuncia su nombre cuando se corre debajo de él. El acento francés suaviza las consonantes, estira las vocales, convierte Josh en algo más lento, más grave, casi líquido. También echará de menos tener a alguien con quien hablar por las mañanas. Aunque él, en realidad, suele limitarse a escuchar.

—¿Cuándo vuelves? —pregunta la mujer al salir de la cama, ya con el móvil en la mano—. ¿El nueve o el diez?

Josh termina de abrocharse la camisa y, con un gesto casi automático, le enseña en el móvil su plan de rutas del mes, que Madeleine sigue sin recordar aunque se lo envíe cada vez.

—Salgo de Los Ángeles el día nueve. Estaré aquí el diez y el once —responde—. ¿Podrás arreglártelas?

—Claro. Sin problema. —Ella ya está mirando su agenda—. Le diré a Armand que voy a visitar a mi madre. Puedo dejar a los niños con ella y escaparme a París en tren.

A Josh le da igual la excusa. Lo que le incomoda es escucharla hablar con tanta naturalidad de su marido y de sus hijos, como si aquello fuera una conversación cualquiera. Sabe que es una contradicción: Madeleine engaña a Armand con él.

Pero él no engaña a nadie.

Al menos, eso es lo que se repite cada vez que vuelve a acostarse con ella.

Madeleine deja el móvil en la mesilla de nuevo, se sienta en el borde de la cama y lo observa vestirse. Josh se pone la chaqueta, se anuda la corbata frente al espejo y se coloca la gorra de piloto con ese gesto automático que repite antes de cada vuelo.

—Hacía tiempo que no te veía con tu uniforme —le dice, lamiéndose los labios con una media sonrisa.

Josh se vuelve a mirarla con una ceja levantada.

—Eso es porque rara vez te quedas a dormir.

—¿Tienes tiempo?

Josh mira el reloj. Todavía faltan treinta minutos para la reunión en el vestíbulo.

Madeleine, desnuda sobre la cama, se apoya en los codos y lo observa con una expresión que promete demasiadas cosas.

—Podrías haberlo dicho antes de que terminara de vestirme —responde él acercándose despacio—. ¿No crees?

—Para lo que estoy pensando, no necesitas estar desnudo, *mon chéri*.

Madeleine sonríe. Le gusta así, con su uniforme de piloto, preparado para volar. Lo atrae hacia ella, baja la cremallera de sus pantalones y se inclina sin apartar la mirada, dejando claro que la escena la excita más de lo que está dispuesta a admitir.

Josh la deja hacer unos segundos antes de sujetarle el cabello y marcar él el ritmo. Ella, desnuda sobre la cama; él todavía vestido. Cuando termina, Josh vuelve a subirse la cremallera mientras Madeleine lo observa desde la cama, relamiéndose los labios con una sonrisa satisfecha.

Las despedidas en el hotel siempre son ligeras, sin promesas ni palabras innecesarias, y es ella quien se marcha primero.

Josh se queda unos minutos más.

Se mueve por la habitación con la misma rutina que ha adquirido tras años de rotaciones. Echa un vistazo rápido entre las sábanas revueltas, después a los cajones de la mesilla, que en realidad nunca utiliza pero revisa de todos modos, por pura costumbre. No se le escapa ningún detalle.

Cuando termina, apaga la última luz y baja al vestíbulo.

Allí se reúne con el resto de la tripulación para esperar el transporte que los llevará al aeropuerto.

Van llegando poco a poco, todos perfectamente uniformados, arrastrando pequeñas maletas de cabina y saludándose con esa familiaridad que se repite en cada rotación. Billy y Janice aparecen entre los primeros. Son habituales en sus vuelos y se acercan a saludarlo antes de mezclarse con el resto del grupo. Josh reconoce algunos rostros, pero también hay caras nuevas.

La mayoría son chicas muy jóvenes.

Varias lo miran con una curiosidad que apenas intentan disimular, evaluándolo con rapidez, tanteando el terreno igual que ocurre en casi todos los vuelos.

Josh evita involucrarse de cualquier manera con ninguna de ellas.

Está acostumbrado a ese tipo de atención. Al coqueteo sutil, a las conversaciones que se alargan en el bar del hotel después del aterrizaje. Pero también sabe cómo acaba casi siempre. No buscan solo un polvo. Tarde o temprano quieren algo más. Y él no está ni preparado ni dispuesto a ofrecer nada que vaya más allá de una noche de sexo.

Esa necesidad, además, ya la tiene cubierta.

Con Madeleine en París.

Con Kiyomi en Tokio.

Y, de vez en cuando, con alguna aspirante a actriz en Los Ángeles que todavía cree que acostarse con un piloto es una buena historia que contar cuando vuelva a casa.

No va a complicarse la vida follando con auxiliares de vuelo con las que luego tiene que compartir más de diez horas de cabina. Las mismas que después tendrán que servirle la comida, el café o las bebidas a bordo. Las mismas con las que tiene que coordinarse durante el vuelo.

Su copiloto, en cambio, nunca ha tenido ese problema.

Nathaniel se ha despachado a gusto durante los meses que han volado juntos. Por muchas advertencias que Josh le haya hecho, por la cama de Nathan han pasado varias de esas chicas. Y Josh lo ha visto demasiadas veces como para sorprenderse ya.

Este es su último vuelo juntos.

Nathan ha firmado su ascenso y, a partir del próximo mes, ocupará el asiento izquierdo —el de comandante— en otra rotación, en otro avión, en otra base. A Josh le asignarán un nuevo copiloto.

Todavía no sabe quién será.

Y los cambios le molestan. Siempre lo han hecho.

El trayecto hasta el aeropuerto transcurre en silencio. El autobús avanza por la ciudad todavía medio dormida mientras la tripulación se reparte por los asientos, cada uno absorbido por su propia rutina previa al vuelo. Josh observa el movimiento de la ciudad sin prestarle demasiada atención. Los edificios se suceden a través del cristal, las calles se encadenan unas con otras y París se va quedando atrás con rapidez.

En el aeropuerto cada grupo se dispersa siguiendo el itinerario que ya conocen de memoria. Controles internos, accesos restringidos y pasillos que los pasajeros nunca llegan a ver.

La sala de tripulación de pilotos es sobria y funcional. Josh se registra en el sistema, confirma su presencia y deja la chaqueta colgada en el respaldo de una silla. Saca la *tablet* y empieza a revisar la información del vuelo mientras espera.

El piloto de apoyo está concentrado en sus propios papeles. Repasan la ruta, el tiempo estimado de vuelo, los aeropuertos alternativos. Todo está programado y en perfecto orden.

—¿Sabes ya quién te han asignado? —pregunta Nathan una vez instalados en cabina—. Yo empiezo el mes que viene en la base de Denver.

—Ni idea —responde—. Tienen que mandarme la información por correo. Luego vendrá el *briefing* previo y confirmarán la asignación en el sistema.

Nathan asiente.

La rutina que tantas veces han compartido funciona sin necesidad de palabras.

—*Checklist* antes de puesta en marcha —dice Josh.

—Cuando quieras —contesta Nathan.

Están a punto de continuar cuando la puerta de la cabina se abre.

Janice asoma la cabeza con una sonrisa que apenas consigue disimular. Lleva el uniforme impecable, el cabello recogido y esa seguridad tranquila que le dan los años de vuelo.

—Todo listo en cabina —informa—. Ah, y tenemos a Robert De Niro a bordo. *Business* completa.

Josh levanta la vista apenas un segundo y Nathan lo imita con un gesto igual de breve.

Todo muy profesional.

—Gracias, Janice —dice Josh.

Ella asiente, todavía visiblemente emocionada, y cierra la puerta con cuidado.

Josh y Nathan se miran. Están acostumbrados a llevar pasajeros famosos, sobre todo del mundo del cine. Los vuelos desde París hacia Los Ángeles suelen venir cargados de actores, modelos, *influencers*, gente que vive rodeada de focos y cámaras. Janice o Billy siempre se lo comunican antes del embarque, y ellos ya han aprendido a reconocer ese entusiasmo casi juvenil con el que parte de la tripulación recibe la noticia.

Josh lleva más de un año volando con Janice. De hecho, fue ella quien le hizo decidir que nunca volvería a acostarse con una miembro de la tripulación. Tuvieron un breve escarceo cuando se incorporó al equipo: una sola noche en un hotel de Tokio. Después, antes del vuelo de regreso, Janice lo abordó sin rodeos y le pidió que aquello no volviera a repetirse.

Le explicó que las rotaciones largas, las habitaciones de hotel idénticas y la soledad de ciertas madrugadas podían empujar a cualquiera a tomar malas decisiones. Si alguna vez volvía a insinuarse —o si él mismo sentía la tentación— debía recordarle esa conversación. Josh escuchó sin discutir. Janice tenía razón: trabajar juntos sería mucho más sencillo si esa línea quedaba clara desde el principio.

Josh centra de nuevo su atención en las pantallas de vuelo.

El recuerdo se diluye y la rutina vuelve a ocupar su sitio. Revisa por última vez los sistemas, asiente a una indicación breve de Nathan y activa el interfono.

—Señoras y señores, buenos días. Les habla el comandante Josh Edwards. En nombre de la tripulación, les damos la bienvenida a este vuelo con destino a Los Ángeles. El tiempo estimado será de diez horas y veinte minutos. Les pedimos que permanezcan

sentados con el cinturón abrochado durante el despegue. Esperamos que tengan un vuelo agradable.

Corta la comunicación.

Desde su asiento, Nathan lo observa durante un instante. El avión comienza a rodar.

—Ochenta nudos —dice Josh.

—V1 —responde Nathan.

—*Rotate*.

La potencia aumenta. El Boeing 787-9 Dreamliner avanza firme por la pista, cargado de personas, equipajes y pequeñas historias que probablemente nunca volverán a cruzarse.

París queda atrás en segundos hasta que desaparece del todo.

Cuando el avión se eleva, Josh mantiene los mandos estables. Más de diez horas de Atlántico por delante. Un océano entero separando lo que deja atrás de lo que le espera.

Este es su último vuelo con Nathan.

Después, el asiento de la derecha volverá a ocuparse.

Y aunque todavía no lo sabe, nada volverá a mantenerse tan ordenado como hasta ahora.

CAPÍTULO 1

ALICE

Los Ángeles

Largo radio: vuelos intercontinentales que mantienen a la tripulación lejos de su base durante días. Hay quien los elige porque necesita poner distancia con lo que deja atrás.

Sé que mi madre quizá no lo entienda, pero tengo veinticinco años y debo tomar mis propias decisiones, aunque me cueste.

Lo curioso es que me intimida más decírselo a Ethan que a ella.

Con mi madre siempre existe un territorio conocido: preocupación disfrazada de sentido común, orgullo que nunca termina de soltarme y esa manera suya de intentar retenerme sin pronunciarlo abiertamente. Con Ethan todo es distinto. Él no discute; mide. Observa. Se queda en silencio el tiempo suficiente para desmontar un plan antes incluso de que llegue a ejecutarse.

Cuando pedí el paso a vuelos de largo radio imaginé que la solicitud se perdería durante meses en algún despacho. Tal vez un año. Tal vez dos. En el fondo contaba con esa demora. Tiempo suficiente para que la idea se enfriara, para que el entusiasmo se diluyera poco a poco y yo misma pudiera echarme atrás sin tener que admitir que me había asustado.

Pero la respuesta llega antes de lo que esperaba.

En menos de un año en American Airlines, volando la ruta nacional entre Los Ángeles y Nueva York, me asignan un puesto de copiloto en vuelos internacionales.

El correo entra esta mañana y, desde entonces, el teléfono pesa de otra manera en mi mano. Lo desbloqueo una vez más. Releo mi nombre. Paso los ojos por las mismas líneas, despacio, sin prisa, hasta que las palabras dejan de parecer una posibilidad lejana y empiezan a asentarse con la firmeza de algo real.

París. Tokio. São Paulo.

Tres destinos que no son solo nombres en una pantalla; son océanos atravesados en la oscuridad de la cabina, husos horarios que desordenan el cuerpo y un calendario capaz de partir la vida en rotaciones. El Atlántico. El Pacífico. Casi toda América convertida en horas de vuelo.

Es un cambio enorme.

Cuando se lo diga a Ethan el sábado ya puedo imaginar su silencio. No será un vacío incómodo, sino esa pausa suya que se queda latiendo en el aire mientras ordena las piezas de la situación. Un instante en el que no sabe si felicitarme… o advertirme.

Pero antes está mi madre.

Ahora tiene a Tim y sé que es feliz con su novio podólogo, aunque todavía me resulte extraño decirlo en voz alta. Aun así, me echará de menos. Porque lo que siempre hemos sido no desaparece con alguien nuevo: desde que tengo memoria, hemos sido nosotras dos contra el mundo, una casa construida sobre rutinas pequeñas y una fuerza compartida que siempre nos ha mantenido unidas.

Cuando se separó de mi padre, Richard Calloway, renunció a la manutención que le correspondía. Nunca quiso depender de él para salir adelante. Así que nos sostuvimos solas. Mi madre, Harriet, con esa fortaleza tranquila que nunca busca aplausos. Yo aprendiendo a caminar sin apoyarme en nadie, incluso en los días en que lo único que necesitaba era escuchar a alguien decir que todo iba a salir bien.

Por eso cuesta tanto pronunciarlo con naturalidad: sé que esto le va a doler.

He revisado el plan de vuelo que me han enviado desde operaciones. Si se mantiene tal y como está programado, estaré en Los Ángeles, como mucho, diez días al mes, lo justo entre rotaciones. El calendario es exigente, apretado, casi despiadado.

Y, aun así, fui yo quien lo pidió.

Tengo disponibilidad inmediata. Horas acumuladas: las de la academia y las de estos meses como primer oficial entre Los Ángeles y Nueva York. Todo encaja en los formularios.

Lo que nunca aparece en esos documentos es lo que dejas atrás cuando decides despegar de verdad.

Pero necesito este cambio de aires: Francia, Japón, Brasil. Culturas nuevas, aeropuertos al otro lado del mundo, una vida lo bastante lejos de la superficie brillante de Los Ángeles.

Y, sobre todo, necesito distancia de él. De Steve.

Tim riega las plantas del jardín. El chorro de la manguera golpea la tierra con un sonido regular, oscuro, y el olor húmedo del suelo recién mojado se levanta con el calor de la tarde.

Mi madre lo observa desde la silla, con un vaso de té helado entre las manos. Mantiene esa calma doméstica que a veces me tranquiliza y otras me aprieta por dentro. Esta rutina de domingo me la sé de memoria: la luz inclinándose sobre el césped, el murmullo lejano de los coches, el agua empapando la tierra poco a poco.

Tim no vive con nosotras, al menos oficialmente. Pero cuando su trabajo en la clínica se lo permite se queda a dormir, y así llevamos más de tres años. Mi madre es feliz con ese hombre. Se nota en los detalles: la forma en que su mirada se suaviza cuando lo sigue por el jardín, en lo poco que necesita decir para sentirse acompañada.

Después de comer nos quedamos en la sobremesa.

Tim está casi dormido en el sofá. Siempre se tumba en el mismo sitio, y el cojín empieza a delatarlo: la tela deformada ya empieza a tener la marca redonda de su cabeza.

Me quedo un momento mirándolos.

Pienso que es justo incluirlo en esto. Que, si soy adulta para cruzar océanos, también lo soy para decir las cosas de frente.

—¿Puedo hablar con vosotros? —pregunto.

Mi madre gira la cabeza hacia mí con una rapidez que me deja una punzada en el estómago.

—Claro, cariño. ¿Qué pasa?

Tim, que estaba a punto de quedarse dormido, se incorpora enseguida. Apoya los antebrazos sobre las rodillas, las manos entrelazadas, y fija la mirada en mí, despertando al instante por el tono de mi voz.

—No pasa nada, tranquila —empiezo.

La boca se me seca y paso la lengua por el labio inferior antes de continuar.

—Esta mañana me ha escrito la compañía. Me cambian la ruta.

—¿Así, de pronto? —Mi madre se queda muy quieta, pero las preguntas empiezan a salir una detrás de otra—. ¿Pueden hacer eso? ¿Qué ha pasado? ¿Has tenido…?

La frase se queda suspendida. No termina de decirlo, pero el silencio ya está lleno de accidentes, sanciones y problemas.

—No. No ha pasado nada —respondo, firme, cortando ese camino antes de que avance—. Esto es por mí.

Respiro hondo y dejo salir el aire despacio.

—Me han asignado vuelos de largo radio. Empiezo el uno de agosto.

Mi madre parpadea. La expresión tarda un instante en acomodarse a las palabras.

—¿Largo radio?

Tim frunce el ceño, todavía tratando de situarse.

—Perdón… ¿eso qué es?

—Larga distancia. Vuelos internacionales —aclaro.

Mi madre entrecierra los ojos. Conozco esa expresión demasiado bien. No termina de entender el cambio y, al mismo tiempo, sabe que hay algo más detrás de lo que acabo de decir.

—¿Por qué? —insiste.

—¿Por qué, qué? ¿Por qué me lo han asignado? —Se me escapa una risa breve y seca—. Porque yo lo solicité.

—Espera, espera… ¿Me estás diciendo que has pedido vuelos internacionales? ¿En tan poco tiempo? —Se inclina hacia delante—. Eso no tendrá que ver con ese chico, ¿no?

—Mamá, es una oportunidad. Esto me va a ayudar a ascender rápido. Podré pasar antes de primer oficial a comandante. —Intento explicarlo con calma, pero ya la veo levantarse del sofá, con esa energía nerviosa que le entra cuando algo empieza a escapársele de las manos—. Además, conoceré mejor esas ciudades, culturas nuevas y…

—Es por Steve —me corta—. ¿De verdad no te he enseñado nada? No puedes cambiar tu vida por un hombre. —Los reproches aparecen por fin, claros—. No te eduqué para eso.

—No la estoy cambiando por él. La estoy cambiando por mí. —Mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Lo hago ahora porque

estoy libre. No tengo a nadie que me ate aquí y, si no lo hago ya, más adelante quizá no pueda… o no quiera.

—Ah, vaya. Gracias, ¿eh?

—Ya me entiendes.

Tim nos mira de una a otra, atrapado en medio de la conversación. Permanece muy quieto, con las manos apoyadas sobre las rodillas, sin saber dónde fijar la mirada. Tiene esa incomodidad educada de quien preferiría desaparecer del salón sin hacer ruido.

Estoy segura de que ahora mismo desearía no estar aquí.

—Pues no, no te entiendo mucho —dice mi madre, y su voz cambia. Se vuelve más práctica, más fría—. Dime, ¿qué destinos son?

—París, Tokio y São Paulo.

—¿Qué pasa? ¿No había más lejos?

—Mamá, por favor. Son internacionales. Son los que tocan.

—¿Qué rotaciones tendrás?

Me sorprende que haya adoptado la jerga tan rápido. Al mismo tiempo me tensa. De pronto me siento como una estudiante delante de un profesor, examinándose de la vida en voz alta.

—Haré cuatro rotaciones: São Paulo, París, Tokio y de nuevo São Paulo. Dos días en la base entre cada una y los cuatro últimos del mes. —Miro el plan de vuelo abierto en el móvil—. Volaré un Boeing 787-9 Dreamliner, mamá. Más de doscientos cincuenta pasajeros.

La emoción se me cuela en el tono pero ella no parece sentirse contagiada en absoluto.

—Pero solo tienes veinticinco años. Es muy pronto.

—No te preocupes. —Intento suavizar el ambiente—. Además, piensa que así podréis tener más intimidad vosotros dos. Siempre

habláis de vivir juntos, ¿no?

Tim abre los ojos, sorprendido. Ha permanecido en silencio todo este tiempo y ahora balbucea algo, sin encontrar la frase adecuada.

Me arrepiento al instante de haber sacado un tema que no me corresponde.

—Alice, por favor —dice mi madre.

—Harriet, tu hija ya es mayor —interviene Tim con cuidado—. Y es mucho más madura que la mayoría de la gente que conocemos. Si tú quieres, puedo venirme a vivir contigo. Y cuando Alice esté aquí, nos organizamos.

La tensión se afloja un poco. No desaparece, pero se suaviza.

La conversación se desliza hacia asuntos más pequeños, aunque para mi madre siguen siendo importantes: dónde me quedaré en cada destino, qué debo llevar en cada viaje, cómo voy a organizar mis cosas cuando no esté en casa.

Preguntas prácticas.

Preguntas que me confirman que la noticia ya ha echado raíces.

Cuando todo se calma, decido ir a ver a Ethan.

Pensaba esperar a nuestra comida semanal de los sábados en casa de nuestro padre, pero no puedo aguantar casi una semana con esto dentro.

Su casa está en Hollywood Hills, encaramada a la ladera, con ventanales enormes que devoran el atardecer. El domingo cae despacio sobre Los Ángeles: la luz dorada suaviza los contornos de las casas, el aire sigue templado y el rumor de la ciudad llega amortiguado desde abajo.

Desde aquí arriba todo parece más bonito de lo que es.

Incluso lo que duele.

Cuando pulso el timbre, Lydia —su novia, mi futura cuñada— ya está esperando al otro lado.

La puerta se abre antes de que el segundo timbrazo termine de vibrar y me recibe con los brazos abiertos.

Me cae bien Lydia.

Me cae bien de verdad.

—Qué sorpresa que nos hayas dicho que querías hacernos una visita —dice, todavía con una ligera extrañeza en la voz—. Pero mira, he preparado algo de picar.

Ese «algo» es un pequeño catálogo de aperitivos sin demasiado orden. Hay platos con cosas distintas, bolsas abiertas, servilletas dobladas a medias. Parece que haya sacado todo lo que encontraba en la nevera y lo haya colocado sobre la encimera por si acaso.

—No es una visita de cortesía —se oye desde el interior.

Ethan aparece desde la otra habitación y ni siquiera intenta disimular.

—¿Qué ha pasado, Alice? Nos vimos ayer.

Mi hermano, como siempre: directo, sin filtros, con esa manera de ir al hueso que a veces se agradece y otras deja marca.

—Ethan —lo reprende Lydia con suavidad, tirando de una correa invisible—. No empieces.

—No, Lydia —digo antes de que intente suavizar la situación—. Tiene razón. Vengo a contarte algo que sé que no te va a gustar.

Decirlo así es quedarme corta.

Ethan le tiene pánico a volar. El hecho de que yo sea piloto ya le revuelve por dentro desde el principio, aunque se esfuerce por disimularlo. Y cuando sepa que voy a empezar a cruzar océanos, no sé qué va a hacer con eso.

También está el hecho de que, con este cambio, probablemente no podré acudir a nuestras comidas familiares de los sábados. Ahora Ethan tiene a Lydia, y nuestro padre está más tranquilo, más llevadero que antes pero, aun así, sé que no le hará ninguna gracia perder esa rutina.

Conmigo fuera, algo se descoloca.

Y, tal y como esperaba, en cuanto se lo digo se queda blanco.

—Es una oportunidad para mí —repito, apoyándome en lo que sé que suena lógico—. Para ganar horas de vuelo, para adquirir experiencia. Eso me permitirá ascender a comandante mucho antes.

Las palabras me salen casi de memoria y me agarro a ellas como a un salvavidas.

—¿Es por ese capullo de Steve? —pregunta Ethan, apretando los puños—. En cuanto lo vea le voy a decir un par de cosas a ese mierda.

—Qué manía os ha dado a todos con Steve —respondo, cansada —. Es agua pasada, Ethan. De verdad. Olvídalo.

Pero Steve sigue flotando en la conversación.

Para mi madre y para mi hermano no es solo un nombre, sino la prueba de algo que llevan tiempo pensando: que él me quería cuando le convenía y desaparecía cuando más lo necesitaba.

Y, aunque me incomode admitirlo, no les falta razón.

Steve, mi exnovio, aspirante a actor en paro permanente y empleado a tiempo parcial en una hamburguesería, me engañaba con todo lo que respirara y tuviera curvas. Me tuvo colgada durante meses.

Y no voy a fingir lo contrario: es insultantemente guapo y tiene una labia capaz de convencer a cualquiera.

A mí me convenció una y otra vez.

Hasta que dejé de reconocerme.

Así que sí, perderlo de vista durante una buena temporada ha influido en mi decisión de solicitar los vuelos de largo radio.

Pero no es lo único.

También están mi ambición, mi preparación, y la certeza de que tengo todo lo necesario para convertirme en una de las comandantes más jóvenes de American Airlines.

Lydia, mi futura cuñada, lo recibe de otra manera. Se muestra más abierta, incluso entusiasmada, sobre todo cuando menciono que uno de los destinos es París.

—¡Ethan! Europa —exclama, girándose hacia él—. ¿No te parecería romántico que para nuestra luna de miel fuéramos a París en un vuelo pilotado por tu hermana? Luego podríamos ir a Barcelona y Madrid en tren. Y recorrer España en coche, si quisiéramos.

Ethan se tensa todavía más.

Si la idea de que yo cruce el océano ya le resulta difícil de aceptar, imaginar a Lydia organizando una luna de miel en Europa parece empujarlo un paso más allá de su límite.

Pero eso ya no me corresponde.

Es su conversación, su miedo y su futuro.

Cuando salgo de casa de Ethan y Lydia, saco el teléfono casi por inercia y abro otra vez el correo. Ya me lo sé de memoria y, pese a todo, recorro las líneas despacio.

La fecha de inicio: uno de agosto.

La base: Los Ángeles.

La rotación completa: São Paulo, Tokio, París… y de nuevo São Paulo.

El Boeing 787-9 Dreamliner.

Y, al final del mensaje, el nombre del comandante asignado.

Joshua Edwards.

No tengo ni idea de qué esperar en este nuevo giro de mi vida.

Solo sé una cosa y es que voy a hacer lo que siempre he querido.

Volar.

CAPÍTULO 2

JOSH

Los Ángeles - Sao Paulo

NOTAM: aviso que informa de cualquier cambio relevante antes de un vuelo.

Me gusta llegar al aeropuerto con mucho más tiempo del necesario para la convocatoria.

Aunque debamos presentarnos dos horas antes de la salida, yo siempre estoy allí bastante antes. Me gusta ver a la gente deambular por la terminal, observar abrazos apresurados, despedidas torpes, reencuentros que empiezan con un segundo de duda y terminan en carcajadas. Cada gesto es una historia que se abre delante de mí durante unos segundos antes de desaparecer entre el ruido de la terminal.

También, para qué negarlo, me gusta la forma en que me miran.

El uniforme de piloto es un imán para todo tipo de miradas. Las mujeres me observan con un deseo que rara vez intentan disimular. Lo noto en la forma en que sus ojos recorren mi cuerpo, en cómo se detienen en mi cara un instante más de lo necesario. A veces las veo tragar saliva, humedecerse los labios o separar ligeramente la boca mientras pasan a mi lado. He visto esa escena cientos de veces y sé que probablemente la veré cientos más.

No voy a fingir modestia.

Los uniformes atraen a las mujeres como la miel a las moscas.

Pero tampoco es solo el traje, la gorra o esa mezcla de seguridad y arrogancia que inevitablemente desarrollamos los pilotos. Hay algo más. Somos capaces de levantar del suelo una máquina de cientos

de toneladas, cruzar un océano entero y posar ese monstruo de metal en una pista al otro lado del mundo.

Y, por encima de todo, volar.

Las miradas de los hombres son distintas, aunque no demasiado. Son las que mezclan fascinación y respeto, las que alimentan el ego de cualquiera que lleve estas alas en la chaqueta.

Si lo pienso fríamente, la ecuación es perfecta: las mujeres miran con deseo y los hombres con admiración.

Pero los mejores son los niños.

Ellos no disimulan nada. Cuando nos ven caminar por la terminal con el uniforme, nos miran con los ojos abiertos de par en par, como si fuéramos el personaje de su juguete favorito hecho de carne y hueso.

Por eso me gusta llegar antes que el resto de la tripulación.

Aunque, si soy completamente sincero, hay otra razón que no suelo mencionar.

No tengo a nadie que me retenga en casa. Nadie que quiera alargar una despedida unos minutos más en la cama. Nadie con quien desayunar, comer o cenar mientras exprimimos los últimos minutos antes de que tenga que salir corriendo hacia el aeropuerto.

La sala de *briefing* suele estar vacía cuando llego; allí espero a mi copiloto y al piloto de relevo.

Pero hoy no es como siempre.

Hoy hay alguien más.

Una chica está sentada en una de las sillas, revisando algo en su iPad. Lleva el uniforme impecable, sin una sola arruga, como si acabara de salir de la sastrería. La postura es recta, casi rígida, demasiado perfecta. Y entonces lo recuerdo. Nathan ya no vuela conmigo.

La semana pasada me llamó para contarme que por fin le habían asignado avión y ruta.

Y aquí, delante de mí, está su sustituta.

En cuanto entro en la sala, la chica se gira y me dedica la sonrisa más amplia que he visto en mucho tiempo.

Es demasiado joven.

O quizá soy yo el que empieza a hacerse viejo.

—¿Comandante Edwards? —pregunta, levantándose y tendiéndome la mano—. Soy la primera oficial Alice Calloway. Hoy es mi primer vuelo como su copiloto y déjeme decirle que estoy encantada de volar junto a usted. Sé que es un piloto con una experiencia…

—Hey —la interrumpo mientras estrecho su mano con rapidez—. ¿Siempre hablas tanto?

La veo tensarse ligeramente. No medirá más de metro sesenta y cinco, pero parece estirarse unos centímetros, como queriendo ganar altura de repente.

—Lo siento, comandante.

—Empecemos de nuevo. Me llamo Joshua, pero puedes llamarme Josh.

—Sí, señor.

—No. —La miro con una sonrisa breve—. Acabo de explicártelo. Mi nombre es Josh. Si quieres, delante del pasaje puedes llamarme comandante Edwards, pero vamos a compartir muchas horas de vuelo y bastantes rutas, así que prefiero que nos llamemos por nuestros nombres. ¿Alice o Allie?

—Alice… señor… Josh.

—Perfecto.

Mientras repaso el plan de vuelo noto que me observa con una atención casi incómoda. Esa intensidad es típica de los pilotos nuevos. Quieren absorberlo todo al mismo tiempo, como si cada detalle pudiera marcar la diferencia entre hacerlo bien o hacerlo mal.

Con el tiempo aprenderá que volar también consiste en respirar y dejar que los procedimientos hagan su trabajo.

Diez minutos después entra Matthew.

—Hey, Matt —lo saludo—. ¿Te ha tocado ser el piloto de relevo esta vez?

—Eso parece. ¿A quién tenemos aquí?

Su mirada recorre a la chica de arriba abajo con cero sutileza.

—Ella es Alice Calloway. Este será su primer vuelo internacional. A partir de hoy entra como mi copiloto. —Sigo leyendo el plan mientras hablo—. Bien, tenemos el vuelo 257 a São Paulo. Despegue a las 07:30. Tiempo despejado en Los Ángeles, ligera turbulencia prevista al cruzar el Caribe, nada significativo. Vientos de cola fuertes hacia el final. Peso total: doscientas treinta y cinco toneladas.

—¿Algún NOTAM relevante? —pregunta Matt.

La nueva revisa su iPad a toda prisa.

—Obras en la 25R —dice finalmente—. Nada que afecte al despegue.

—Perfecto. Entonces vayamos a reunirnos con la tripulación. Alice, tú llevas navegación y comunicaciones con ATC. Yo monitorizo sistemas y combustible. Durante el despegue seguimos *checklist* al pie de la letra. —Levanto la mirada para asegurarme de que me sigue—. Matt, tú descansas para los relevos.

La rutina siempre me ha gustado.

Seguir cada procedimiento al pie de la letra, revisar cada informe, cada cifra, cada detalle del *briefing* me ancla al suelo antes de sentarme a los mandos. Llevo más de quince años volando y ese ritual previo al despegue sigue teniendo el mismo efecto tranquilizador que el primer día.

El *briefing* con la tripulación suele ser más relajado cuando Janice y Billy están en el equipo. Ella será la sobrecargo hoy, y eso simplifica muchas cosas.

También hay caras nuevas.

Varias auxiliares que no he visto nunca y que nos miran a Matt y a mí con una mezcla bastante transparente de curiosidad y ambición. Lo noto en los pequeños gestos: cómo se acomodan el pelo cuando hablamos, cómo bajan la mirada un segundo más tarde de lo necesario.

Los vuelos de largo radio son peores que las guardias de un hospital.

No necesito mirar a Matt para saber que estará frotándose las manos al ver sangre fresca en la tripulación. A pesar de su profesionalidad, apostaría lo que fuera a que alguna de esas nuevas terminará pasando por la cama de su hotel en Brasil.

En la mía no.

Janice se coloca frente al equipo y empieza sin rodeos.

—Bien, equipo, vamos con el vuelo 257 a São Paulo. Duración estimada: once horas y media. Embarque completo. Tenemos turbulencia ligera prevista en la última parte del vuelo, así que especial atención al servicio y a asegurar la cabina con antelación. Avisaré cuando sea necesario.

Mientras habla, miro de reojo a Alice. Permanece quieta, demasiado recta en la silla, temiendo moverse más de lo necesario. Asiente a cada frase, registrando cada detalle con atención absoluta.

No es miedo lo que veo en ella, sino concentración. La primera vez siempre es complicada.

—Hoy llevamos tres pasajeros con movilidad reducida: dos en la parte delantera y uno en cabina central. La asistencia en tierra en destino ya está coordinada. Puertas asignadas según plan habitual: delanteras uno y dos, centrales tres y cuatro, traseras cinco. Repasad procedimientos de apertura y evacuación.

Janice no levanta la voz. No le hace falta. Tiene a la tripulación exactamente donde quiere: atendiendo a sus explicaciones.

—Recordad que hay que mantener comunicación constante con cabina de vuelo. Cualquier incidencia médica, comportamiento irregular o situación fuera de lo normal, me avisáis de inmediato. Servicio estándar de largo radio. Atención especial a la fila dos. Tiempos de descanso y rotaciones según el cuadrante que tenéis en vuestras *tablets*. ¿Alguna duda antes de embarcar?

Silencio.

Doy un paso al frente, lo justo para captar su atención.

—Por nuestra parte, el vuelo debería ser tranquilo. Si hay cualquier cambio operativo, os lo comunicaremos de inmediato. Gracias.

No hace falta añadir nada más.

Cuando termina el *briefing*, Alice suelta el aire que parece haber estado reteniendo durante toda la reunión. Sus hombros descienden apenas un par de centímetros, un gesto mínimo que delata la presión que llevaba encima.

No puedo evitar preguntarme qué habrá llevado a alguien tan joven a solicitar vuelos de largo radio.

En cabina, el cierre de la puerta marca el inicio de lo conocido. Durante un instante breve, apenas un segundo, siento el cosquilleo de los nervios que siempre precede al despegue.

Luego la rutina vuelve a instalarse, calmada, precisa.

Repaso cada punto del procedimiento con la exigencia de siempre. Alice responde a mi lado con una profesionalidad impecable, sin adelantarse ni titubear, siguiendo el flujo del *checklist* con naturalidad.

Confirmamos datos. Configuraciones listas. Números verificados.

Nada fuera de lugar.

Ese momento previo al despegue siempre me asienta. El procedimiento cumple exactamente la función para la que fue diseñado.

Alice anota algo en su *tablet* mientras mantiene la mirada baja, concentrada.

—Bien —digo finalmente—. Seguimos estándar.

—Recibido.

Detrás de nosotros, Matt ocupa el *jumpseat*. Escucha en silencio, atento a cada intercambio, preparado para intervenir cuando llegue el momento de su relevo.

Cierro el último punto del repaso.

La cabina está lista. Nosotros también.

—Alice, ¿quieres hacer los honores? —pregunto.

Ella levanta la mirada, sorprendida. Sus ojos se abren de golpe, redondos y brillantes, con esa mezcla de desconcierto y alerta que recuerda a un cervatillo sorprendido por los faros de un coche en mitad de la noche.

—¿Quieres que despegue el avión?

Tengo que contener la carcajada. Lo hago a propósito cada vez que vuelo con un copiloto nuevo y siempre funciona.

—No. Me refiero a informar al pasaje.

Por el rabillo del ojo veo a Matt sonreír con bastante menos disimulo que yo. Me conoce demasiado bien y sabe que esta pequeña broma forma parte de mi ritual con los nuevos copilotos.

—Por supuesto… sí —responde ella con rapidez, recuperando la compostura.

Coge el micrófono y endereza la espalda antes de hablar. Durante un segundo espero algún titubeo, quizá una duda en la primera frase.

Pero no ocurre.

—Señoras y señores, les habla la copiloto. Bienvenidos a bordo del vuelo 257 de American Airlines con destino a São Paulo. La duración estimada del vuelo es de once horas y media. Prevemos un trayecto tranquilo, con algo de turbulencia ligera hacia el final del recorrido. La tripulación de cabina está a su disposición durante todo el viaje. Les pedimos que sigan sus indicaciones en todo momento. En breve iniciaremos el despegue. Gracias por volar con nosotros.

Giro la cabeza hacia Matt y veo cómo alza las cejas, tan sorprendido como yo.

La voz de Alice ha cambiado por completo. Toda la juventud que parecía llevar encima hace un momento desaparece en cuanto empieza a hablar por el sistema de cabina. El tono es firme, seguro, más maduro de lo que esperaba. No titubea ni una vez y cada palabra sale con la naturalidad de alguien que ha nacido para hacerlo.

—Vaya, Josh —dice Matt desde su asiento—. Esta chica tiene madera de comandante. Creo que te va a durar bastante menos que Nathan.

El despegue transcurre sin incidencias, uno más entre los cientos que llevo realizando para esta compañía.

Llevo más de tres años cubriendo la misma rotación: São Paulo, París, Tokio y de nuevo São Paulo para cerrar el mes. No hay sorpresas ni nada que merezca especial mención.

La chica nueva permanece concentrada en cada uno de mis movimientos. Tal y como ha dicho Matt, empiezo a sospechar que su ambición es enorme.

No muestra miedo ni duda cuando tiene que tomar decisiones, preguntar procedimientos o asumir responsabilidades que a otros pilotos les cuesta al menos un par de rotaciones empezar a manejar con soltura.

Tras completar los procedimientos posteriores al aterrizaje, recogemos nuestro equipaje y el minibús del aeropuerto nos lleva hasta el hotel.

Da igual cuánto haya podido descansar durante el vuelo. Después de más de once horas en cabina, el cuerpo pide exactamente lo mismo: dormir.

Pero estamos en São Paulo y eso significa una cosa.

Aprovechar cada minuto que pueda para ver a Sofía.

CAPÍTULO 3

ALICE

Sao Paulo - Los Ángeles.

Primer oficial: copiloto encargado de asistir al comandante durante el vuelo. El primer asiento en la cabina… y a veces el primer paso de algo inesperado.

Esta ciudad es inmensa. Y, sinceramente, en mi vida había visto a tanta gente concentrada en un solo lugar.

Los Ángeles es grande, sí, pero no tiene ni punto de comparación con la cantidad de personas que habitan aquí. La ciudad parece moverse como un organismo vivo, con calles que nunca se vacían del todo y una energía constante que se filtra incluso dentro del hotel.

Nada más llegar a la habitación me acosté sin comer nada.

Ese fue mi primer error y no pienso repetirlo.

El descanso en los vuelos de largo radio es obligatorio e imprescindible. Eso lo sabía perfectamente antes incluso de empezar a volar este tipo de rutas, pero hay un detalle que nadie se molestó en mencionar: conviene comer algo antes de caer rendida en la cama.

Me desperté con un hambre feroz. Durante un segundo llegué a pensar que podría haber mordido al camarero que me acompañó hasta el comedor del hotel si hubiera tardado demasiado en sentarme.

No me considero una persona introvertida. Si tuviera que presentarme en una de esas situaciones incómodas de «cuéntanos

algo sobre ti», diría justo lo contrario. Suelo ser muy abierta, de las que hablan con facilidad incluso con desconocidos.

Pero hoy me mantengo en silencio.

Algo que me cuesta horrores.

Me limito a observar.

En la mesa está Janice, nuestra sobrecargo y jefa de la tripulación de cabina. Parece dominar la conversación con la misma autoridad con la que dirige a los auxiliares durante el vuelo. Debe rondar los treinta y cinco años. En su forma de hablar se notan muchas horas de vuelo, aunque no solo en el sentido literal. También se percibe en la manera en que mira a los demás, en cómo interviene en las conversaciones sin imponerse, como alguien acostumbrado a tomar decisiones rápidas y seguir adelante.

Cuando Janice habla, todo el mundo la escucha.

No necesita levantar la voz ni repetir nada dos veces.

A su lado está Billy, que parece moverse siempre en su misma órbita. Durante el vuelo ya me di cuenta de que suele reforzar todo lo que dice Janice, compartiendo una coreografía perfectamente ensayada. Es alto, delgado, con los ojos oscuros y una sonrisa que roza lo peligroso. Además, tengo la sensación de que mantiene algún tipo de relación con una de las auxiliares, aunque intenten disimularlo y llevarlo con discreción.

Las demás —todas chicas— son muy jóvenes.

Supongo que el puesto lo exige.

Personas sin compromisos, sin hijos ni familias esperando en casa, con ganas de comerse el mundo antes de que el mundo termine por comernos a nosotros.

Quizá alguna esté huyendo de algo, igual que, en cierto modo, estoy haciendo yo.

O quizá simplemente quieran ver mundo, conocer destinos lejanos con todo pagado y vivir experiencias que, de otra manera, costarían una fortuna.

Luego está Matt.

Parece tener ya el radar activado. Lo veo lanzar miradas rápidas hacia un par de las auxiliares y no me cuesta demasiado imaginar cómo terminará eso. Estoy casi segura de que una de ellas —si no las dos— acabará en su cama antes de que termine este viaje.

Toda la tripulación está reunida para esta primera comida en mi nuevo puesto.

Todos menos Josh.

—¿Y el comandante Edwards? —pregunto.

Es la primera frase que pronuncio desde que me senté a la mesa, aparte del saludo inicial. Aunque, siendo sinceros, ya son más de las dos de la tarde y ese «buenos días» ha perdido completamente su sentido.

Mi pregunta provoca un efecto inesperado.

La conversación se corta en seco y todos se quedan mirándome como si acabara de pedir los códigos para lanzar una bomba nuclear.

¿He hecho una pregunta prohibida?

La que responde es Janice, que además de dirigir la tripulación parece ejercer también de portavoz.

—Oficial Calloway, ahora que el comandante no está delante, debería saber algunas cosas sobre él —empieza con tono tranquilo —, sobre todo si va a volar esta ruta más veces como su copiloto.

—Llamadme Alice, por favor.

Billy interviene enseguida.

—De acuerdo, Alice. El comandante Edwards desaparece en Brasil.

—¿Cómo que desaparece?

—Tal cual —continúa Billy con una media sonrisa—. Aterrizamos aquí y deja de existir para nosotros. Nadie sabe dónde va, ni con quién está. Simplemente no volvemos a verlo hasta el punto de reunión para el traslado al aeropuerto de São Paulo.

Hace una pausa breve antes de añadir:

—Así que no preguntes más.

—Pero… ¿solo pasa en Brasil? ¿Por qué?

Veo a Janice cerrar los ojos durante un instante y frotarse la frente con dos dedos, como si esa conversación ya hubiera ocurrido demasiadas veces.

Billy vuelve a mirarme con paciencia.

—Créeme, Alice. Tú simplemente… no preguntes.

Los dos días que pasamos en São Paulo transcurren sin que lo vea ni una sola vez. Ni en el hotel ni en ninguna de las salidas que hacemos por la ciudad.

La mayoría de la tripulación lleva meses haciendo esta ruta; algunos, incluso años. Conocen los buenos restaurantes, los barrios más emblemáticos y los lugares donde moverse con seguridad. Un par de ellos se ofrecen a enseñármelos, pero mi resistencia todavía no llega a tanto. Ellos están más que acostumbrados a lidiar con el *jet lag*; yo, en cambio, todavía no termino de dominarlo y paso muchas horas descansando en la habitación del hotel.

El último día, cuando faltan apenas diez horas para despegar de vuelta a Los Ángeles, me despierto en mitad de la noche con un dolor molesto en el cuello. Bajo a recepción a las dos de la madrugada para pedir otra almohada.

Cuando regreso al pasillo de mi planta, me lo cruzo.

Josh se detiene un segundo al verme y su mirada baja hasta la almohada que llevo en brazos.

—Si tienes manías con las almohadas de los hoteles, te recomiendo que lleves una que te guste en el equipaje —dice con voz neutra, sin molestarse siquiera en saludar—. Necesitas estar descansada para este tipo de vuelos.

Después abre la puerta de su habitación y desaparece dentro sin añadir una sola palabra.

La indignación me sube por la garganta y estoy a punto de responderle algo.

Podría haberle reprochado, por ejemplo, las horas a las que ha vuelto después de haber estado desaparecido durante tres días. Podría preguntarle dónde ha estado, qué ha hecho o con quién.

Una de las normas más estrictas en los vuelos de largo radio es precisamente esa: los pilotos deben descansar. Y él ha pasado tres días enteros fuera sin que nadie sepa ni dónde ni lo qué estaba haciendo.

Lo peor llega cuando me meto de nuevo en la cama.

No consigo volver a dormirme.

Al dolor de cuello se suma la manera en que me ha mirado, el tono condescendiente con el que me ha hablado. La sensación es extrañamente familiar, casi infantil, como cuando alguien te regaña por algo que consideras completamente injusto.

Y luego están sus ojos azules, su mandíbula marcada y esa actitud distante que ha mantenido desde que nos conocimos.

Cuando suena la primera alarma del móvil, tengo la sensación de no haber dormido ni dos horas.

Me levanto con la cabeza pesada y el cuello rígido.

Al reunirme con la tripulación en el vestíbulo del hotel, me sorprende verlos a todos perfectamente vestidos, despiertos y de buen humor. Parecen recién salidos de una revista de viajes.

Yo, en cambio, tengo la impresión de haber pasado la noche en un festival.

Las ojeras me llegan casi hasta el suelo.

Pero lo peor es ver a Josh Edwards.

Está impecablemente afeitado, con el uniforme perfecto y sin el menor rastro de cansancio en la cara.

En cabina, después de pasar todos los protocolos de seguridad, reuniones y comprobaciones previas al despegue, decide mencionarlo.

—Alice, este horario puede destrozarte. Para ser tu primer vuelo de largo radio parece que estás aguantando bien —dice con ese tono suyo entre profesional y condescendiente—, pero procura descansar más o tendré que relevarte.

De puta madre.

Así que él desaparece durante tres días enteros… y yo termino quedando como la irresponsable en mi primera rotación.

En realidad no estoy cansada.

Lo que tengo es falta de sueño y un *jet lag* que, por lo visto, no he conseguido disimular ni con los dos kilos de maquillaje que llevo encima.

El despegue transcurre sin novedades.

Según los NOTAM, el vuelo no presenta ningún imprevisto más allá de las turbulencias habituales al atravesar la zona de convergencia intertropical sobre el Atlántico ecuatorial, una región donde el aire siempre parece empeñado en recordarnos quién manda ahí arriba.

Mientras seguimos los procedimientos, me dedico a observar a mi comandante. Lo que tengo claro es que quiero aprender todo lo posible y ascender lo antes que pueda.

Joshua Edwards es un hombre serio.

Echo de menos a Wallace, mi antiguo comandante en la ruta de Nueva York. Durante los diez meses que volé bajo sus órdenes llegué a sentirme casi como una hija para él. Aprendí más en dos vuelos con Wallace que en todas las horas acumuladas en la academia.

Me explicaba cada paso que daba, cada botón que presionaba y cada señal que sentía en su asiento cuando el avión respondía a los controles.

El contraste con Josh es evidente.

Apenas me mira, y cuando lo hace es únicamente para darme alguna indicación estrictamente necesaria.

Cuando llega mi turno de descanso obligatorio y Matt toma mi lugar en cabina, siento incluso cierto alivio.

Los turnos están perfectamente organizados y, al tratarse de mi primer vuelo en esta rotación, me corresponde ser la primera en retirarme a descansar.

Dos horas después, regreso para relevar a Josh.

Cuando entro en la cabina los dos están hablando tranquilamente, intercambiando comentarios como si el vuelo fuera una conversación entre amigos.

Y eso me irrita todavía más.

¿Acaso este hombre tiene algo personal contra mí?

Sé que me han advertido que no pregunte, pero nunca he sido de quedarme callada. Puede que sea un defecto, pero no pienso

pasar once horas encerrada en una cabina con alguien que me trata así sin entender el motivo.

Así que, cuando Matt se queda un momento a solas conmigo, decido preguntarle.

—¿El comandante tiene algo contra mí? —le digo finalmente—. Parece que le moleste que me hayan asignado como su copiloto y, sinceramente, estos vuelos son muy largos. Vamos a pasar muchas horas juntos. Y, no es por nada, pero yo soy una persona bastante sociable y…

—No sigas, Alice —me interrumpe Matt, levantando una mano—. ¿Siempre hablas tanto? No hace falta que respondas, porque parece que sí y voy a serte sincero: Josh no es precisamente de hablar.

—Pero vosotros estabais hablando hace diez minutos y a mí… —protesto— no me ha dirigido la palabra en todo el vuelo.

Matt deja escapar una pequeña sonrisa.

—Nosotros no hablamos. Comentamos cosas sin importancia. Fútbol, alguna serie… tonterías para pasar el rato. Josh es un buen tipo, ¿sabes? Lo que ocurre es que todavía no te conoce, y quizá le cueste un poco más abrirse. Dale algo de tiempo. De eso, en esta ruta, vais a tener de sobra.

—De acuerdo, Matt, pero…

El pitido del interfono corta mi frase de golpe. Me quedo con las palabras suspendidas en la boca y los dedos apoyados sobre el panel.

—Cabina, aquí Janice. Traigo el servicio para pilotos. ¿Puedo pasar?

Matt responde de inmediato.

—Adelante.

Janice entra con una bandeja metálica y un termo. Se mueve con seguridad y sin prisa; conoce estas cabinas de mando como la palma de su mano. Deja la bandeja en la repisa lateral y reparte los platos con precisión.

—Pollo para el comandante, pasta para Alice —dice, dedicándome apenas un segundo—. Y pescado para ti, Matt.

—Gracias, Janice. En treinta minutos iniciamos aproximación —le responde Matt.

Cuando la sobrecargo abandona la cabina, él vuelve a mirarme.

—Josh está a punto de volver. Ya verás cómo mañana ves las cosas de otra manera.

Pero yo no estoy tan segura.

Unos minutos después, la puerta se abre y el comandante Edwards regresa a la cabina.

Se sienta en su asiento con naturalidad, se estira ligeramente para acomodarse y ajusta el cinturón sin decir una palabra. Mientras empieza a comer, revisa las pantallas una tras otra: velocidad, altitud, ruta programada.

Todo con la precisión automática de alguien que ha repetido ese gesto miles de veces.

—¿Todo listo para aproximación? —pregunta finalmente, completamente centrado en el trabajo.

—Sí, comandante —respondo mientras reviso mis pantallas—. Viento estable. *Flaps* y tren listos cuando lo indique.

—Confirmado —añade Matt mientras repasa tráfico y vectores sin apartar los ojos de sus indicadores—. Tráfico limpio.

—Perfecto.

Josh ajusta velocidad y altitud con movimientos breves y seguros.

—Mantengamos velocidades de aproximación estándar.

Acto seguido pulsa el botón del interfono.

—Janice, iniciaremos aproximación en quince minutos. Recoge el servicio y asegura cabina, por favor.

—Recibido, comandante —responde ella desde la cabina de tripulación.

Josh asiente con gesto ligero antes de volver a concentrarse en los instrumentos. Ajusta de nuevo altitud y velocidad mientras la cabina adopta el silencio que siempre precede a la fase final del vuelo.

El aterrizaje es el momento en que toda la tensión acumulada durante horas de vuelo se concentra en unos pocos minutos.

El zumbido de los motores se vuelve más profundo.

Un pitido breve anuncia la transmisión del control de aproximación de Los Ángeles y Josh responde sin apartar la mirada de las pantallas.

—Los Ángeles aproximación, vuelo 257 procedente de São Paulo. Confirmo vectores y pista activa.

Una pausa breve.

—Aproximación confirmada.

Luego vuelve a dirigirse a nosotros.

—Bien. Mantened velocidad y altitud según carta de aproximación.

El silencio regresa a la cabina, solo interrumpido por el murmullo constante de los motores y los avisos ocasionales de los

instrumentos, mientras iniciamos el descenso final hacia Los Ángeles.

Mi primera rotación completa en un vuelo de largo radio.

Y junto al comandante más gruñón que he conocido en mi vida.

CAPÍTULO 4

JOSH

Los Ángeles

Rotación: conjunto de vuelos y escalas que una tripulación realiza antes de regresar a su base. A veces es solo trabajo… y otras veces el inicio de algo que no estaba en el plan.

Terminar esta rotación sabiendo que todavía me quedan tres semanas para volver a São Paulo siempre me deja con un sabor extraño.

Por un lado, está la satisfacción de haber visto a Sofía. Han sido casi tres días completos en los que recuperamos nuestra rutina de siempre, como si el tiempo entre un viaje y otro no existiera.

Pasear por el Parque Ibirapuera por la mañana se ha convertido casi en un ritual. Salimos cuando el sol apenas empieza a calentar y la brisa mueve las hojas de los árboles, mezclando el olor del césped recién cortado con el café que compramos en la pequeña cafetería del parque. Caminamos sin prisa, hablando de cualquier tontería mientras los corredores pasan a nuestro lado y algún ciclista intenta adelantarnos con más entusiasmo que habilidad.

Después solemos dirigirnos al Mercado Municipal. El bullicio allí es constante incluso a media mañana. Sofía siempre termina perdiéndose entre los puestos de frutas y verduras exóticas, examinando colores imposibles y preguntando nombres que ninguno de los dos recordará después. Yo aprovecho para pedir un pastel de bacalao o una rodaja generosa de mortadela con pan fresco.

A veces nos sentamos en una de las mesas del fondo y nos quedamos mirando a los vendedores que gritan los precios mientras

los clientes negocian con esa mezcla tan brasileña de paciencia y rapidez.

Al mediodía nos gusta cruzar hasta la Avenida Paulista. No vamos allí para hacer turismo, sino para mezclarnos con la gente que entra y sale de las oficinas. Si hay alguna exposición interesante, entramos al MASP y caminamos despacio entre las salas. Sofía siempre encuentra algo que merece una fotografía: una textura en una pared, una sombra extraña sobre el suelo, un reflejo en el cristal. Yo me limito a seguirla y procurar no perderla entre la multitud.

Por la tarde solemos refugiarnos en un bar de barrio, uno de esos lugares donde los camareros ya nos conocen y donde el petisco del día cambia según la inspiración del cocinero. La cerveza siempre está fría y la conversación fluye con la facilidad de quien no tiene prisa por marcharse.

Es nuestro momento de pausa.

El último tramo antes de que la ciudad vuelva a devorarnos con su ritmo.

Cuando finalmente la acompaño a casa, el cielo suele estar teñido de naranja y violeta. Nos sentamos en la terraza de su edificio y observamos cómo São Paulo respira a nuestros pies, vibrando sin descanso, como si la ciudad nunca fuera a detenerse.

En esos momentos todo parece extrañamente normal.

Y, al mismo tiempo, profundamente nuestro.

Pero esta maldita ciudad siempre me devuelve a una realidad muy distinta.

Llevo al menos nueve años viviendo en Los Ángeles y todavía no termino de acostumbrarme a su ruido constante, a esa sensación de que todo es provisional, de que nadie permanece demasiado tiempo en el mismo lugar. Aquí todo brilla, aunque casi siempre desde la distancia: sonrisas rápidas, conversaciones ligeras, promesas que desaparecen en cuanto cambias de carril.

Es una ciudad que vive de mirarse a sí misma, de proyectar una imagen que nunca termina de ser real.

Y yo nunca he sabido muy bien qué papel se supone que debo interpretar en ese escenario.

También está el hecho de que aquí no está Sofía.

En realidad, aquí no tengo a nadie.

Echo de menos Washington. Sus avenidas anchas y tranquilas, la manera en que la ciudad parece diseñada para caminar sin prisa. Echo de menos el Potomac al atardecer, cuando el agua se vuelve gris y todo el paisaje baja un tono, como si alguien hubiera reducido la intensidad del mundo.

Los edificios bajos, la piedra clara, el silencio extraño para una capital.

Allí nada intenta impresionarte. Todo es sobrio, contenido, como si la ciudad confiara en que sabrás mirarla con atención.

Echo de menos todo eso porque es lo que compartía con Sofía.

En Washington aprendí a respirar despacio mientras que aquí, a veces, se me olvida hacerlo.

Tengo dos días en base antes de mi próximo destino: Tokio.

Le escribo a Kiyomi, aunque sé que probablemente no me contestará hasta dentro de varias horas.

Llego pasado mañana. ¿Podremos vernos?

Curiosamente, y contra todo pronóstico, responde a los pocos minutos, aunque sé que allí debe de ser plena madrugada.

Lo intentaré. Demasiado trabajo.

Kiyomi siempre tiene demasiado trabajo. No es una excusa para evitar verme, lo sé bien, pero precisamente esa es una de las cosas que hacen que nuestra relación funcione. No me agobia ni me pide

nada porque, siendo honesto, ella no desea nada de lo que tengo, salvo pasar unas horas en mi cama… o yo en la suya.

Es la CEO de Rakuten Group, una de las mayores empresas tecnológicas de Japón, y posee mucho más dinero del que probablemente podría gastar en toda una vida. También tiene una larga lista de amantes en la que yo no soy más que un nombre más.

Aun así, siempre encuentra un hueco para mí.

Si no aparece por sí solo, lo crea.

Y si no puede hacerlo ella directamente, tiene una legión de empleados a su cargo capaces de reorganizar cualquier agenda para que ocurra.

Con Kiyomi el sexo es exigente y meticuloso, casi clínico, y siempre me deja la sensación de haber pasado por una especie de auditoría de calidad. No es una mujer apasionada. Se mueve en la cama de la misma manera en que imagino que dirige su empresa: controlándolo todo, buscando eficiencia y resultados medibles.

No hay improvisación ni fantasía.

Incluso cuando alcanza el orgasmo, sus gemidos parecen calculados, contenidos, dentro de un margen exacto de decibelios.

Ella cree mandar en su cama.

Pero, tarde o temprano, siempre termina arrodillada, suplicando entre respiraciones entrecortadas.

Nathan me ha llamado esta mañana.

Quiere quedar a tomar algo y contarme en directo cómo le está yendo su nueva vida como comandante en vuelos domésticos.

Acepto sin pensarlo demasiado.

Nos vemos en The Moon Café, un local pequeño con mesas de madera y una luz cálida que entra por los ventanales. No es un sitio turístico; más bien un rincón de barrio donde la gente del distrito se detiene a desayunar, tomar un café rápido o sentarse a trabajar en silencio.

Me instalé en este barrio, en North Hollywood, pensando que solo sería algo temporal. Nueve años después sigo aquí.

Mi apartamento no es gran cosa: un espacio sencillo, paredes claras y muebles que sirven más de lo que decoran. Más de una chica me ha dicho que se nota la ausencia de un toque femenino, y probablemente tenga razón. Las ventanas dan a una calle tranquila y, por las noches, cuando bajo la persiana, el barrio parece dormido, aunque sé que esta ciudad nunca lo está del todo.

—¡Hola, comandante! —me saluda Nathan.

Levanto la vista del móvil. Estaba respondiendo a los mensajes de Kiyomi con más rutina que verdadero interés. Ver a Nathan después de varias semanas me alegra más de lo que esperaba, aunque no lo demuestre demasiado.

—Ahora también tengo que llamarte yo a ti de esa manera, comandante Nathaniel.

Los primeros minutos pasan entre los formalismos habituales. Ahora que ya no somos compañeros de vuelo y que llevamos semanas sin coincidir en cabina, me doy cuenta de lo poco que sabía realmente de la vida privada de Nathan.

—El cambio es brutal. Ahora vuelo a Phoenix, Las Vegas y San Francisco —me explica con entusiasmo—. Voy y vuelvo en el mismo día y descanso dos. A veces parezco un trabajador normal y todo.

Nathan se ríe y yo asiento mientras lo escucho.

—Ahora voy en serio con Millie, ¿sabes? —continúa—. Necesitaba esto, Josh. Un horario que me permita tener una vida un poco más estable… y una relación sana.

Parpadeo un segundo.

No tenía ni idea de que Nathan tuviera novia.

Durante meses volamos juntos y, en todo ese tiempo, lo único que conocí de su vida sentimental fueron historias con auxiliares de vuelo, camareras de aeropuerto o alguna pasajera con la que intercambiaba números antes de despedirse. Era casi una tradición en cabina: él me contaba sus conquistas y yo escuchaba sin prestarle demasiada atención mientras revisábamos procedimientos o esperábamos autorización para rodar.

Y ahora resulta que hay una tal Millie.

Y que, además, va en serio.

Nathan debe notar mi expresión porque sonríe con cierta timidez.

—Sí… bueno, ya sabes cómo son estas cosas —añade encogiéndose de hombros—. Las prioridades cambian.

Asiento despacio mientras doy un sorbo al café y pienso en lo que me ha dicho y que yo no tengo desde hace años: una relación sana.

Ni con amigos ni con una pareja.

No lo diré en voz alta, pero sé perfectamente cómo se siente Nathan, porque una vez estuve exactamente en su lugar.

Y lo echo de menos.

—Te entiendo —le respondo finalmente—. Los vuelos domésticos son perfectos para eso.

—No sé cómo puedes aguantar ese horario tuyo. Es de locos. —Da otro sorbo al café y me mira con curiosidad—. Y cuéntame, ¿a quién te han asignado de copiloto?

—Una chica joven…

—¿Una chica? ¿Y está buena? —pregunta casi por reflejo, aunque enseguida levanta la mano en señal de disculpa—. Perdona, es la costumbre. Ahora ya no me fijo ni en las pilotos ni en las auxiliares.

Lo dice convencido, o al menos intenta sonar así, pero la sonrisa que se le escapa después lo delata.

—Se llama Alice Calloway —continúo—. Tiene bastantes horas acumuladas en vuelos domésticos de media distancia. Sobre todo en la costa este: Nueva York, Boston y…

—¿Calloway? —repite, pensativo—. ¿Tiene algo que ver con la clínica Calloway?

Ahora soy yo quien se queda pensando.

No me he interesado lo más mínimo por la vida personal de mi copiloto. Apenas nos conocemos desde hace una semana. Solo hemos volado juntos un par de veces, en la rotación de São Paulo. Además, cuando estoy en Brasil nunca salgo con el resto de la tripulación, así que no tengo ni idea de a qué familia pertenece ni de nada relacionado con su vida fuera del avión.

Tampoco soy de Los Ángeles, como Nathan.

—¿Es una familia conocida? ¿Son médicos?

—La clínica Calloway es una de las más prestigiosas en medicina estética de la ciudad. Probablemente de todo el país —me explica—. Hace unos meses hubo un incidente. Unos… Bueno, no importa. Solo era curiosidad.

—Si me entero de algo, te lo confirmaré —le digo más por inercia que por verdadero interés.

El resto de la conversación deriva hacia lo de siempre. Hablamos de fútbol, de aviones y Nathan me pregunta por algunas auxiliares con las que tuvo algo antes de cambiar de ruta.

Nunca llegamos a intimar de verdad.

Tampoco compartimos nuestras historias personales.

Agradezco que me haya llamado y que se haya interesado por mí pero, siendo realista, la nuestra es una relación con fecha de caducidad. Probablemente esta sea la primera y la última vez que quedemos fuera de un aeropuerto o de cualquier contexto relacionado con un vuelo.

Aun así, nos despedimos con la promesa de repetirlo algún día.

Promesas vacías.

De esas que haces cuando te cruzas con un conocido por la calle y terminas la conversación con un «tenemos que quedar», aunque sabes que eso nunca sucederá.

En Washington me pasaba continuamente: con los amigos de la academia, con el grupo de squash de los viernes. Cuando empecé a trabajar en American Airlines tuve que ir dejando todas esas relaciones atrás. Después, cuando me mudé a Los Ángeles, terminé de abandonarlas.

Desde entonces encadeno relaciones pasajeras, sin compromisos ni expectativas de futuro.

Mientras vuelvo caminando hacia mi apartamento pienso en Nathan, en lo feliz que parece con su nuevo puesto: comandante de su propio avión y con un horario que le permite tener algo parecido a una vida.

No me extrañaría que dentro de unos años fuera padre.

Y me alegraré por él si es que todavía conseguimos mantener algún tipo de contacto para entonces.

Por su bien espero que no vuelva a sus antiguas costumbres, aunque con los vuelos domésticos lo tiene más difícil. Apenas bajará del avión entre una ruta y otra.

Cuando entro en casa me recibe el mismo silencio de siempre.

Un apartamento vacío donde lo único que hago es esperar la siguiente rotación.

Y, sin saber muy bien por qué, saco el móvil y escribo «Calloway» en el buscador de Google.

Aparecen varias noticias recientes relacionadas con un incidente en la clínica.

Después encuentro el nombre de Richard Calloway, prestigioso cirujano plástico, sus cuatro exesposas y sus respectivos hijos.

Uno de ellos es cirujano, como su padre.

Otros dos, apenas unos niños.

Y la única hija.

Alice Calloway.

CAPÍTULO 5

ALICE

Los Ángeles

Base: aeropuerto al que una tripulación regresa después de cada rotación. A veces volver también significa empezar algo nuevo.

Mi madre ha organizado toda una fiesta de bienvenida para lo que ella llama «mi primer regreso sana y salva después de cruzar medio continente, seis países y casi medio mundo de agua».

Sí, es un poco exagerada.

Sobre todo porque lo de «medio mundo de agua» suena bastante dramático para un vuelo que, en realidad, solo atraviesa una parte del Pacífico.

La fiesta consiste en un almuerzo durante mi segundo día de descanso en base. Ayer lo pasé prácticamente entero durmiendo. Sé que tengo que acostumbrar mi cuerpo a los cambios horarios, pero todavía es pronto y, además, mañana vuelvo a salir.

A Tokio, Japón.

Mi madre ha invitado a mis mejores amigas, Steffie y Martha; a mis compañeros de la academia, Julian y Rob; a Ethan con Lydia; y también a mi padre con mis hermanastros. En total, contando a mi madre y a Tim, apenas somos una docena de personas.

En el jardín trasero, entre dos árboles, cuelga una pancarta enorme que dice: «Enhorabuena, Alice, vas a volar muy alto».

Y, aunque intento que no se note demasiado, verla me emociona mucho más de lo que esperaba.

Mi padre, Richard Calloway, se muestra especialmente orgulloso. Me sorprende lo mucho que ha cambiado en los últimos dos años. Pasó de sentirse decepcionado porque no quise seguir sus pasos ni aceptar su dinero, a presumir delante de cualquiera que quiera escucharlo de que su única hija pilota aviones de más de doscientas toneladas.

Aunque, en realidad, todavía no lo hago sola. Pero a este paso sé que no tardará demasiado en ocurrir.

Mi hermano Ethan me abraza con tanta fuerza que durante un segundo me quedo sin aire.

—Ethan, por favor, suéltame ya —le digo mientras intento apartarlo con los brazos—. Desde que te prometiste con Lydia estás insoportablemente cariñoso.

—¿No eras tú la que me decía que era un discapacitado sentimental? —replica él, fingiendo indignación—. ¿Ahora te quejas de todo lo contrario?

—Me quejo de que me estás estrujando los pulmones. Los necesito completamente operativos a más de cuarenta mil pies de altura.

Ethan abre los ojos de golpe y su cara pierde algo de color.

Recordarle la altitud a la que vuelo a alguien con aerofobia no es precisamente la mejor idea.

Por suerte Lydia aparece justo a tiempo.

—Cariño, acompáñame a preparar más ponche —le dice, guiñándome un ojo mientras tira suavemente de él—. Dejemos a tu hermana que hable con el resto.

Pero Steffie y Martha están mucho más interesadas en Julian y Rob que en mí, y aprovecho ese momento para buscar con la mirada a mi madre.

Está sola junto a la mesa del jardín, observando la escena con una sonrisa tranquila, mientras el bueno de Tim escucha con paciencia infinita a mi padre.

Richard está explicándole algo sobre cirugía estética de pies.

Nada como juntar a un cirujano plástico con un podólogo para que la conversación termine en una clase magistral improvisada.

—Mamá, ¿podemos hablar un momento?

Mi madre se pone inmediatamente en alerta. La última vez que pronuncié esas palabras fue para contarle que me habían asignado vuelos de largo radio, y no se lo tomó demasiado bien.

—¿Qué pasa? ¿Vas a decirme que has decidido mudarte a Alaska o al Polo Norte?

A veces me da la sensación de que mi madre posee algún tipo de poder psíquico para detectar cuándo estoy a punto de darle una noticia que no le va a gustar. O quizá las madres simplemente funcionan así: esperan siempre lo peor para luego sentirse aliviadas.

—No tanto, pero… —empiezo, buscando las palabras adecuadas —. He estado pensando que necesito mi propio espacio. Creo que, con veinticinco años y el sueldo que gano, puedo permitirme de sobra pagar un sitio pequeño donde…

—Espera —me interrumpe levantando una mano entre las dos —. ¿Quieres irte a vivir sola? Pero si apenas vas a pasar unos días aquí. ¿Para qué quieres pagar un apartamento que casi no vas a pisar?

—Sé que esto no es exactamente lo que habíamos hablado, pero mis horarios son una locura, mamá. Cuando venga a casa

pasaré la mayor parte del tiempo durmiendo o intentando acostumbrar mi cuerpo al cambio horario, y no quiero que cambiéis vuestros hábitos por mí cada vez que aparezca.

Mi madre cruza los brazos, adoptando esa postura tan suya que no admite discusión ni voces más altas de lo necesario.

Pero yo estoy convencida.

Tengo argumentos que, en mi cabeza al menos, no admiten demasiada réplica. A veces llegaré de madrugada con el horario del otro lado del mundo. Dormiré por las mañanas o incluso bien entrada la tarde. Sé que cuando esté en casa, los dos intentarán no hacer ruido, no molestarme, y andar con cuidado.

Y eso también es un fastidio para ellos.

—A nosotros no nos importa, cariño. Nos adaptaremos. Son solo un par de días a la semana.

—No es solo por eso —insisto con cuidado—. También me gustaría independizarme. Y creo que Tim y tú necesitáis una intimidad que…

—Por Dios, Alice —me interrumpe con un gesto cansado—. No lo digas por nosotros. Si quieres vivir sola, lo entiendo. Ya eres mayor y ganas tu propio dinero. Es exactamente lo que siempre quise para ti: que fueras independiente.

Hace una pausa y traga saliva.

—Pero… —añade finalmente, con la voz ligeramente quebrada— te voy a echar mucho de menos. Ya lo hago.

—No me iré demasiado lejos, te lo prometo. Pero necesito que me ayudes.

Su expresión cambia al instante.

No hay nada más efectivo con mi madre que darle una misión, algo que tenga que ver con ayudarme, protegerme o arreglar un problema que me afecta.

Después de todo, me ha criado prácticamente sola.

De ella heredé la ambición, la fuerza y esa mezcla de independencia y valentía que ahora me empuja a querer conquistar el mundo.

—¿Qué necesitas? —pregunta inmediatamente, entrando en modo eficiencia.

—Mañana vuelo a Tokio. Puedo mirar pisos por internet, pero las fotos no siempre son fiables. Necesito que visites algunos por mí, que me des tu opinión y que me ayudes con todo el proceso.

—Puedo hacerlo —responde sin dudarlo—. No hay ningún problema.

—Perfecto. Entonces haré eso. En mis escalas tengo bastante tiempo libre. Buscaré apartamentos, concertaré citas y, si puedes visitarlos primero, podré ir a lo seguro y descartar lo que no merezca la pena.

Mi madre asiente con decisión.

—De acuerdo, cariño.

Cuando la fiesta va llegando a su fin y el atardecer empieza a asentarse suavemente sobre la ciudad, mis compañeros ya se han marchado. Steffie y Martha incluso han intercambiado sus números con ellos y, ahora, justo antes de despedirse también, me acorralan en la cocina.

—Cuéntanos. ¿Has roto definitivamente con Steve? —pregunta Martha—. ¿O es de esas veces en las que lo criticaremos durante horas para quedar como idiotas cuando vuelvas con él?

Steffie no dice nada, pero asiente con la cabeza.

Ellas son mis amigas desde la secundaria. Las tres entramos juntas en el equipo de animadoras en tercer curso y las tres lo dejamos exactamente dos meses después. Desde que tengo uso de razón hemos compartido prácticamente todo. Ellas darían lo que fuera por mí, y yo por ellas.

Desde que salí de la academia y empecé a volar con American Airlines no nos vemos tanto como antes, pero seguimos en contacto.

—Lo de Steve no volverá a suceder. Está muerto y enterrado.

Lo digo con toda la firmeza de la que soy capaz. La que he ido acumulando durante los cuatro meses que llevamos separados, y la que empecé a construir dos meses antes, cuando descubrí su enésima infidelidad.

—Perfecto —dice esta vez Steffie—. Y… hablando de pilotos.

Las dos se ríen y se dan codazos entre ellas. Está claro que Julian y Rob les han causado muy buena impresión, y eso que ni siquiera los han visto con el uniforme.

—Ya veo que habéis hecho muy buenas migas con esos dos.

—¿Por qué nunca nos hablaste de ellos? —pregunta Martha—. ¿Te los guardabas solo para ti?

—Sabéis perfectamente que no son mi tipo. Los dejo para vosotras.

Mis amigas, con la sutileza que las caracteriza, intercambian una sonrisa cómplice mientras siguen pinchándome.

—Claro —dice Steffie—. Si tienen menos de treinta ni siquiera los miras.

—No tiene nada que ver con la edad —replico—. Steve tiene treinta y cuatro y es igual de inmaduro que esos dos con los que

acabáis de intercambiar los teléfonos.

—Solo vamos a salir para divertirnos, Alice —insiste Martha—. Y es exactamente lo que deberías hacer tú también.

Hace una pequeña pausa antes de lanzar la siguiente pregunta.

—¿Qué tal es tu comandante? No nos has dicho nada.

El rostro de Josh Edwards aparece en mi cabeza con una claridad incómoda. En realidad, no ha dejado de rondarme desde que lo conocí en la sala de *briefing*.

Podría describírselo a mis amigas con todo detalle: sus ojos azules, la mandíbula marcada, esa forma suya de mirar siempre como si estuviera evaluando cada movimiento que haces.

Y lo peor es que ellas tienen razón.

Siempre me fijo en hombres mayores que yo.

Los chicos de mi edad nunca me han llamado demasiado la atención y, si lo pienso bien, nunca he tenido una relación con alguien que no me sacara al menos diez años.

El primero, Jason.

Fue quien me desvirgó cuando yo apenas tenía dieciséis años. Era el vecino canalla de la casa de al lado.

Era arrogante, rebelde y músico.

Una combinación muy peligrosa para una adolescente que se pasaba las tardes leyendo novelas románticas y fantaseando con el chico que cortaba el césped sin camiseta y ensayaba con su banda en el garaje de sus padres todos los jueves por la noche.

Jason me enseñó muchas cosas.

Entre ellas, a contener los gemidos mientras me besaba con una intensidad que en aquel momento me parecía el centro del universo.

También me enseñó a correrme en silencio mientras me follaba en el estrecho pasillo de tierra que separaba nuestras dos casas, un rincón escondido entre las vallas de madera que llevaba al patio trasero. Por las tardes, cuando sus padres no estaban, nos colábamos allí como si aquel pequeño trozo de jardín fuese nuestro secreto.

Podría decir que Jason fue mi primer gran amor, pero en realidad lo que fue es mi primer calentón.

Nuestra historia no terminó de forma trágica ni nadie llegó a enterarse jamás. Si mi madre lo hubiera sabido, probablemente habría terminado denunciándolo, y mi hermano Ethan… bueno, Ethan seguramente habría ido a buscarlo para hablar con él a su manera. Los dos tenían más o menos la misma edad y se conocían de cuando Ethan venía a visitarnos.

La verdad es que fui yo quien lo dejó pocos meses después de empezar a liarnos. Y no porque dejara de gustarme, sino porque, aunque él me sacara unos cuantos años y yo no fuera más que una adolescente, en muchos aspectos era bastante más inmaduro que yo.

Luego, en la academia de vuelo, me lié con uno de mis profesores. Aquello duró todavía menos. En cuanto descubrí que estaba casado y tenía dos hijos, lo corté de inmediato. Durante un tiempo temí que pudiera complicarme la vida en la escuela, pero le dejé muy claro que aquello había terminado.

Mi rollo con Marcus, el socio de mi hermano en la clínica, también pasó completamente desapercibido. Y menos mal, porque si Ethan se hubiera enterado de que me había liado con su amigo durante una fiesta de cumpleaños dudo mucho que siguieran trabajando juntos.

Y luego llegó Steve.

Actor, treinta y cuatro años, encadenando anuncios y pequeños papeles de extra en producciones menores. Trabajaba en una hamburguesería para pagar su parte del alquiler en un apartamento compartido con otros cuatro aspirantes a actor que, como él, pasaban más tiempo en paro que en un rodaje.

Cuando conseguíamos quedarnos a solas, casi siempre era deprisa y en silencio. Nunca pasábamos la noche juntos porque, según él, había demasiada gente en su piso. Esa era su excusa.

Luego descubrí que una de sus compañeras de reparto se había quedado a vivir allí porque no tenía dónde ir.

Claro que no solo dormían.

Lo peor de Steve: que era tan infiel como encantador, tan mujeriego como guapo, tan simpático como cabrón y tan inmaduro como todos los anteriores.

Y el problema es que me enamoré de él sin remedio.

Ahora, unos cuatro meses después de haber roto definitivamente con él —y sabiendo que esta vez no voy a cambiar de opinión—, lo único que tengo claro es que necesito mi propio lugar.

CAPÍTULO 6

JOSH

Los Ángeles -Tokio

Aproximación: maniobra en la que un avión se acerca a la pista antes de aterrizar. Es el momento en el que todo empieza a definirse.

A la tercera vez que Alice me llama comandante Edwards, estallo.

—Alice, creía que habíamos dejado claro en nuestro primer vuelo que me llamaras Josh —le digo en cuanto el piloto de relevo se marcha a descansar a su litera—. Sé que suena a tópico, pero cuando me llamas comandante Edwards tengo la sensación de que te refieres a mi padre.

Alice me mira con esos ojos vivos de una juventud que todavía no ha sufrido demasiados golpes de la vida.

—Lo siento, comandante Edwards, pero no nos conocemos lo suficiente y yo… —habla seria, segura— no suelo tutear a la gente cuando no la conozco. Y menos si es un superior.

—Pero ya hemos volado juntos, y yo te dije expresamente en nuestro primer *briefing* que me llamaras por mi nombre de pila.

—Lo sé, señor.

Estamos sobrevolando el Pacífico Norte, todavía a unas dos horas de iniciar el descenso hacia Tokio. Una pequeña turbulencia sacude el avión y la conversación queda en suspenso mientras informo a la tripulación de cabina para que dé las instrucciones precisas al pasaje.

Alice se tensa en su asiento y ajusta los cinturones, a pesar de que la turbulencia es mínima y completamente rutinaria.

Cuando la dejamos atrás y vuelvo a escucharla llamarme un par de veces más como a mi padre, retomo el tema.

—¿Qué necesitas saber de mí para que dejes de llamarme así? —insisto.

Ella duda. No creo que se esperara mi pregunta.

—Pues no sé… supongo que cosas. El tiempo hará el resto, comandante Edwards.

—De acuerdo. ¿Y qué podemos hacer para reducir ese tiempo? De verdad que no soporto que me llamen de esa forma tan seria. Y vamos a pasar muchas horas juntos, Alice. Por tu bien, vamos a acortar los plazos.

—Pues ya le he dicho, comandante Edwards —remarca con una calma casi desafiante—. Cosas sobre usted.

Llegados a este punto, tengo la sensación de que insiste en llamarme así más de lo normal, y empieza a tocarme bastante las narices.

—Está bien. Sé que tienes veinticinco años, que eres de Los Ángeles, que tu anterior comandante fue el viejo Wallace Steinberg y que eres hija de Richard Calloway, dueño y fundador de la prestigiosa clínica Calloway, en Beverly Hills. Tu madre se llama Harriet y tienes tres hermanastros.

—Hermanos de padre —me corrige.

—Bueno, pues hermanos de padre. Y todo eso lo sé mirando tu ficha.

Alice se gira hacia mí y, por primera vez desde que empezó el vuelo, sonríe.

—Lo de que mi padre es Richard Calloway no lo pone en mi ficha —dice—. ¿Me ha estado investigando, comandante Edwards?

—Me gusta saber con quién vuelo. Con quién me juego la vida cada vez que me subo a este avión. ¿Tú no me has investigado?

—No me gustan los datos fríos. Prefiero conocer a las personas mirándolas a los ojos, comandante Edwards.

—De acuerdo —respondo, perdiendo ya parte de la paciencia—. Entonces dime qué necesitas saber de mí para que dejes de llamarme así de una puta vez.

Alice se recoloca en su asiento y, si no supiera que es piloto, diría que está a punto de hacerme una entrevista. Solo le falta un bloc de notas y un bolígrafo.

—Vale, pues dime, Josh —dice con cierto retintín—. ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

Empezamos mal.

—Siguiente pregunta —respondo mientras ajusto ligeramente el selector de altitud en el piloto automático y reviso los parámetros del sistema de navegación.

—¿En serio? ¿Qué pasa? ¿No quieres decírmelo por alguna razón?

—Ninguna en concreto. Es una pregunta demasiado personal.

—Entiendo, comandante Edwards… señor.

Suelto un suspiro que llena toda la cabina.

No puedo reprocharle nada porque está siendo impecablemente correcta, pero echo de menos a Nathan. Con él las conversaciones eran ligeras, intrascendentes, siempre orbitando alrededor de cualquier tontería: fútbol, películas, el *catering* del vuelo. Nada que se acercara al terreno personal.

Y ahora esta cría, en cambio, lo primero que hace es meter el dedo en la herida y empezar a hurgar dentro.

—Joder, Alice. De acuerdo. No estoy casado. ¿Contenta? —respondo al final—. ¿Acaso quieres algo? Porque, ya te aviso: no me acuesto con miembros de la tripulación.

Ella abre los ojos sorprendida, y enseguida vuelve la vista hacia el panel de instrumentos. Hace como si estuviera revisándolo con atención, aunque ambos sabemos que todos los parámetros están estables y no hay absolutamente nada que comprobar.

—¿Qué le hace pensar que tengo interés en acostarme con usted, comandante Edwards?

—Alice… deja de llamarme así, por favor —murmuro, perdiendo todavía un poquito más la paciencia—. No he dicho que quieras acostarte conmigo. Es solo que nadie me ha hecho este tipo de preguntas con tanta… insistencia.

Hago una pausa antes de continuar.

—No suelo hablar de mi vida personal, pero puedo contarte algunas cosas.

—De acuerdo —dice, acomodándose en su asiento—. Empieza… Josh.

Se cruza de brazos, preparada para escuchar, y por primera vez desde que comenzó la conversación la situación empieza a resultarme casi divertida.

Alice empieza a divertirme.

—Tengo treinta y ocho años y soy de Washington.

—Eso lo pone en tu ficha.

—Sí, pero lo que no pone en mi ficha es que yo también volé con el comandante Steinberg. Fue mi primer comandante en American

Airlines, hace quince años, cuando hacía vuelos domésticos entre Nueva York y Washington.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! —exclama con entusiasmo—. El otro día hablé con él. Está feliz en su jubilación. Su mujer, Mildred, más todavía.

La escucho hablar del viejo Wallace con una familiaridad que me desconcierta.

Yo volé con él durante casi dos años y nunca llegué a saber gran cosa de su vida. Apenas que era de Iowa y que le gustaba llegar al aeropuerto con más de una hora de margen.

Alice, en cambio, me cuenta que pasó casi dos horas hablando con él por teléfono. Me habla de sus hijos, de sus nietos, del tercero que viene en camino.

Yo asiento, escuchando en silencio, y por dentro, sin saber muy bien por qué, me siento completamente vacío.

—Y bueno… Wallace me ayudó muchísimo, la verdad —concluye.

La observo un momento antes de responder.

—¿Siempre hablas tanto? No te lo tomes a mal —añado enseguida—. Es solo que no esperes que yo te cuente tantas cosas. Wallace y yo somos personas muy distintas.

Hago una pausa breve antes de añadir:

—Pero, por favor… deja de llamarme comandante Edwards.

Alice duda apenas un segundo.

—Vale… Josh.

Seguimos la ruta con el protocolo y la rutina de siempre. Alice, a pesar de su afán por hablar, es una copiloto atenta, profesional y completamente diligente. Observa cada indicador con precisión y, cuando todo está tranquilo, vuelve al ataque.

—Antes me dijiste que habías investigado mi nombre porque querías saber con quién vuelas —continúa—. Yo también, ¿sabes? Quiero saber con quién me juego la vida. Lo necesito. Y no es solo por cotillear.

—Lo entiendo, Alice.

—Entonces… lo de no acostarte con la tripulación ¿incluye a Janice? Porque no es lo que había oído.

Me giro hacia ella como un resorte.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie en particular, pero se comenta. Ya sabes… que tienes algo con ella.

La observo unos segundos antes de responder.

—No.

—¿No?

—No tengo nada con Janice.

Alice arquea una ceja, claramente insatisfecha ante la brevedad de mi respuesta.

—Vaya. Eso no es lo que parece.

—Las apariencias engañan.

Se queda mirándome, esperando algo más, pero no digo nada y el silencio dura lo suficiente para que entienda que no voy a explicarlo.

—Bueno… —dice finalmente—. Soy bastante observadora. Tardé menos de diez minutos en darme cuenta de que Matt, nuestro piloto de reserva la semana pasada, estaba liado con un par de auxiliares.

—Matt es así.

—¿Y tú? ¿No eres así?

—No.

—¿Nunca?

—No me involucro sentimentalmente con miembros de la tripulación.

Alice sonríe ligeramente.

—Dudo mucho que hubiera sentimientos en el trío que se marcó Matt con esas dos chicas en São Paulo.

—Matt es Matt.

—Entonces tú eres… ¿qué? ¿Más de tener una amante en cada puerto, como los marineros?

Me quedo mirándola un instante, sin disimular.

—Coges confianza muy rápido, ¿verdad?

—¿Sinceramente? —responde sin perder la sonrisa—. Prefiero pecar de exceso de confianza que desconfiar de alguien que maneja un avión de más de doscientas toneladas.

Esta vez no puedo evitar sonreír.

—Buena respuesta, Calloway.

Faltan pocos minutos para el relevo. La rotación es sencilla: el piloto de reserva entra, yo me voy a descansar, luego volveré para relevar a Alice y, cuando falten treinta minutos para la aproximación, los tres estaremos en cabina para el aterrizaje.

El relevo me viene de maravilla para dejar atrás el pequeño interrogatorio.

Alice es descarada, despierta y claramente inteligente. En todos los años que llevo volando como comandante nunca había mantenido una conversación tan larga con un copiloto. De hecho, creo que he hablado más con esta chica en un solo vuelo que con Nathan en meses de rutas juntos.

Y eso ya es decir bastante.

Me acomodo en la litera y cierro los ojos. Intento dormir aunque sea quince minutos, pero no hay forma.

Pienso en Janice y en aquella única vez. En lo que dijimos después. Nunca volví a acostarme con ninguna mujer de la tripulación.

Kiyomi me espera en Tokio. Con ella el sexo siempre es… diferente. Igual de vacío que con Madeleine, pero al menos ella lleva el control la mayor parte del tiempo, y eso consigue despejarme la cabeza. Mientras estamos juntos se me olvida, durante un rato, que una vez tuve todo lo que deseaba y que el destino me lo arrebató de un plumazo.

Cuando vuelvo a la cabina para relevar a Alice, el ambiente ha cambiado. Ella se dirige hacia su litera y nos cruzamos en el pasillo. Me mira de una forma distinta.

—¿Cómo estaba el pollo? —pregunto.

No sé muy bien por qué lo hago. Quizá porque, de repente, me apetece hablar aunque sea de algo tan trivial como el *catering*.

—Seco —responde con una sonrisa—. Janice dice que la próxima vez elijas la pasta.

Nada más.

Una pregunta absurda sobre la comida del avión y, aun así, sonrío más de lo que recuerdo haber sonreído en muchos vuelos.

Con el piloto de relevo —Larry, creo recordar— apenas intercambio un par de frases y vuelvo al silencio que suele acompañarme.

Aunque con una diferencia importante.

Ahora parece que echo de menos… hablar.

Cuando faltan unos treinta minutos para iniciar la aproximación, Alice vuelve a ocupar su asiento de copiloto y el ambiente se transforma de nuevo.

—Janice —anuncio por el interfono—. Iniciamos aproximación en quince minutos.

Aparto todos esos pensamientos y regreso al modo automático: instrumentos, procedimientos, *checklist*.

Ajusto altitud, velocidad y configuración de aproximación mientras iniciamos el descenso hacia Tokio.

Otro vuelo limpio. Otro aterrizaje sin novedad.

O casi.

En cuanto completamos el protocolo y recogemos nuestro equipaje, conecto de nuevo el móvil y los mensajes se acumulan de golpe.

Joshi, guapo, no puedo verte esta noche.

Tengo una reunión importante con unos inversores mañana temprano.

Estás tres días como siempre, ¿no?

Intento escaparme mañana.

Tengo ganas de verte.

En otro momento, los mensajes de Kiyomi cancelando nuestros planes me habrían molestado. Pero, curiosamente, no me apetece verla esta noche.

¿En qué momento me han entrado los escrúpulos de pensar que me utiliza?

Siempre lo he sabido. Lo nuestro es sexo sin compromiso. Una vez al mes, dos si sus auditorías y reuniones con inversores se lo permiten.

Cada vez que Kiyomi me escribe, voy a su casa. La fachada no revela nada del lujo que esconde dentro. Es como Tokio: discreta por fuera, pero llena de riqueza en cada detalle cuando cruzas la puerta.

Su barrio es igual. Casas sobrias, casi anónimas, detrás de las que viven políticos, empresarios y ejecutivos que pasan el día entre embajadas y rascacielos corporativos.

Es tan diferente a Los Ángeles que creo que fue eso lo que primero me atrajo de ella. De su vida.

Pero Kiyomi es fría. Medida en cada gesto, en cada palabra. A veces, cuando estamos juntos, tengo la sensación de que todo sigue un mecanismo perfectamente ensayado, sin espacio para la improvisación ni para el deseo.

Y al final eso lo vacía todo.

Cuando subimos al autobús que nos llevará al hotel, ya ni siquiera pienso en ella.

CAPÍTULO 7

ALICE

Tokio

Jet lag: *desajuste entre el reloj interno del cuerpo y el horario del lugar al que llegas. A veces la mente y el corazón no viajan al mismo ritmo.*

Entramos en el Keio Plaza Hotel Tokyo, en Shinjuku, y el lugar me sobrecoge nada más bajar del autobús.

Afuera todo es un torbellino de luces: gente cruzando calles sin mirar atrás, taxis pitando, carteles que trepan por los edificios hasta perderse en el cielo.

Durante un segundo tengo la sensación de haber aterrizado en otro planeta.

Al cruzar las puertas del hotel el bullicio desaparece de golpe. El *hall* es amplio, moderno y silencioso. Muebles oscuros, luz cálida cayendo en ángulos exactos, todo limpio y perfectamente ordenado.

La recepción es eficiente y discreta. Nadie pierde más de un segundo en mirarme.

Me siento pequeña y fascinada, intentando absorber cada detalle sin perderme nada de este lugar tan grande y extraño que late al mismo ritmo frenético de la ciudad.

Cuando nos entregan las llaves, cada uno se retira a su habitación, quedando en vernos en un par de horas. Tiempo suficiente para deshacer el equipaje, darnos una ducha rápida y cambiarnos de ropa.

Todo perfectamente calculado para combatir el *jet lag*.

No sé qué esperaba exactamente, pero cuando bajo al vestíbulo no imaginaba encontrarme a Josh Edwards allí, junto al resto de la tripulación.

Un par de auxiliares se despiden con un gesto rápido y desaparecen enseguida. Los demás salimos del hotel y caminamos por calles que parecen no tener fin, con las luces de neón reflejándose en los charcos y el murmullo constante de la ciudad envolviéndolo todo.

Billy hace de guía improvisado mientras avanzamos.

Nos señala los edificios que parecen tocar el cielo, las calles repletas de restaurantes diminutos y tiendas abiertas a cualquier hora, la gente que se mueve con un ritmo que parece imposible de seguir.

Tras caminar unos minutos más, doblamos una esquina y aparece Shinjuku Gyoen National Garden.

El contraste me sorprende.

De repente hay árboles altos, senderos amplios y un silencio inesperado en medio del bullicio de la ciudad.

Caminamos despacio mientras Billy me explica cómo la gente viene aquí a pasear, a sentarse junto a los lagos y a olvidarse por un rato de Tokio.

Yo intento absorberlo todo mientras estiro las piernas después de tantas horas de vuelo.

Josh camina detrás de nosotros, junto a Janice, y lo sorprendo mirándome cuando me giro un par de veces.

Aunque Billy siga hablando, desde ese momento dejo de prestarle atención.

Al terminar el paseo, todos empiezan a despedirse. Algunos regresan al hotel directamente. Janice se marcha con Billy y las

auxiliares nuevas se van en grupo.

Cuando estoy a punto de irme también, Josh me detiene con un gesto suave en el brazo.

—Alice, espera —dice con seriedad—. ¿Has comido algo?

—Claro. El servicio del avión. La pasta, ¿recuerdas?

—¿Aceptas un consejo? —añade—. Es un truco profesional.

—¿Quieres darme un truco de cocina para preparar espaguetis?

La pregunta me sale seria, extraña y un poco confusa, pero a él parece hacerle mucha gracia y suelta una carcajada desconcertantemente sincera.

La risa es contagiosa, cálida. Josh se ríe con todo el cuerpo, no solo con la boca. Los ojos se le cierran y en sus mejillas aparecen dos hoyuelos que no le había visto hasta ahora.

—No —aclara cuando logra recuperar el aliento—. Es para combatir el *jet lag* y evitar el insomnio.

—Ah… pues pensaba retirarme ya a dormir, como el resto. Seguir las recomendaciones de la compañía —le digo—. ¿Hay algo que debería saber?

—Bueno, si aceptas mi consejo, quizá te sirva.

—De acuerdo. ¿Qué propones?

—Lo primero es que no te fijes demasiado en Janice y en el resto —explica—. Llevan tantos años volando en largo radio que el *jet lag* ya ni les afecta.

Empieza a caminar por la avenida principal hacia el oeste. Lo sigo y nos adentramos entre los edificios altos de Shinjuku, con el ritmo constante de la ciudad envolviéndonos.

Tras unos minutos cruzamos una intersección llena de tráfico y bicicletas que pasan a toda velocidad. Las luces de neón se reflejan

en los escaparates y en los paraguas de la gente que camina deprisa.

—¿A dónde vamos? —pregunto, curiosa—. No irás a ofrecerme a alguna secta como sacrificio o algo parecido, ¿verdad?

Josh vuelve a reírse y niega con la cabeza mientras me mira.

En menos de diez minutos lo he visto sonreír más veces que en toda nuestra rotación anterior.

Durante veinte horas de vuelo juntos pensé que tenía algún tipo de cirugía que le había borrado la expresión de la cara.

Ahora descubro que, cuando quiere, tiene una de las sonrisas más bonitas que he visto nunca.

—Verás, Alice —dice mientras se detiene frente a un pequeño restaurante—. Sé que probablemente no tendrás hambre, pero mi truco consiste en comer siempre antes de irme a dormir.

Nos paramos en un local llamado Shinjuku Sushi Hatsume y sigue hablando.

—Así reduces las posibilidades de despertarte a medianoche con el estómago vacío y las tripas rugiendo a las tres de la madrugada.

—¿Ese es tu truco *pro*?

—Exacto. —Abre la puerta y me deja pasar primero—. Y este es mi restaurante favorito de todo Tokio.

El local está en el sótano de un edificio discreto, señalado por un letrero pequeño pero elegante. Bajamos por una estrecha escalera iluminada y, a medida que descendemos, el aroma del arroz y del pescado fresco me envuelve al instante.

El ambiente es íntimo y minimalista. Tras el mostrador, el chef prepara piezas de *sushi* con movimientos lentos y precisos.

Josh camina a mi lado con la tranquilidad de quien ya conoce el lugar. Yo intento quedarme con cada detalle.

Ese es uno de los motivos principales por los que solicité esta ruta: descubrir lugares nuevos, diferentes, exóticos.

El camarero nos ve llegar y enseguida sonríe.

—¡Bienvenido, comandante Josh! *Itsumo no teburu desu* ka? —dice inclinándose ligeramente.

Josh le devuelve la sonrisa, titubea un instante y responde en un japonés torpe, mezclando palabras sueltas:

—*Konnichiwa, Riku… futari… teburu… desu ka…?*

El camarero suelta una pequeña carcajada y asiente, claramente divertido por el esfuerzo.

—*Yoku dekita!* —dice mientras nos conduce hacia la mesa.

Si el objetivo de Josh era sorprenderme, lo consigue.

—Vaya… eres un habitual, ¿no? —pregunto mientras me acerca la silla.

—Vengo siempre que puedo.

Cuando mis amigas me preguntan por qué me gustan los hombres mayores, siempre digo que no hay un motivo concreto. No es solo la madurez, porque mi historial amoroso está lleno de hombres mayores que resultaron ser mucho más inmaduros que yo.

Quizá simplemente no supe elegir.

Pero si ahora tuviera que explicarles por qué… bastaría con señalar a Josh.

La forma en que se mueve. Cómo habla. Cómo me cede el paso al abrir una puerta o acomoda la silla antes de sentarme.

La manera en que parece dominar la estancia sin proponérselo, sin hacer el menor esfuerzo.

El respeto que le muestran sus compañeros, la admiración de los extraños.

No es solo que sea un hombre atractivo o que lleve un uniforme que llama la atención. Ahora viste unos vaqueros, una camisa discreta y una americana azul oscuro y, aun así, la gente lo mira.

No por su aspecto, sino por su actitud.

Se nota en la manera en que el camarero lo trata, en cómo algunos clientes del restaurante levantan la vista cuando entramos. No es una mirada descarada, más bien curiosa, como si algo en él llamara la atención sin necesidad de imponerse.

Pero Josh parece completamente ajeno a todo eso porque su atención está puesta solo en mí.

—¿Me vas a decir qué le has dicho al camarero? —le pregunto en cuanto nos dejan solos—. Es genial que hables japonés.

—No lo hablo. Solo sé un puñado de palabras. Riku me ha preguntado si quería la mesa de siempre y le he contestado que hoy quería mesa para dos. Nada complicado.

Se quita importancia mientras hojea la carta y empieza a explicarme en qué consiste cada plato.

—Alice, empieza por algo sencillo. El salmón de aquí es muy fresco y el nigiri de anguila es uno de los mejores que tienen. ¿Quieres probarlo?

Asiento.

La seguridad con la que habla resulta sorprendente, pero también tranquilizadora. No hay vanidad en su tono, solo conocimiento.

El chef, concentrado y silencioso, empieza a preparar los platos frente a nosotros. Lo observo tomar una loncha de salmón, colocarla sobre el arroz perfectamente moldeado y añadir una gota de salsa con un gesto preciso.

Cada movimiento es lento, metódico.

—Fíjate en cómo sostiene el cuchillo —dice Josh, señalando con un leve gesto—. Cada corte es exacto. No es solo por estética. Es para mantener la textura y el sabor intactos.

Me inclino un poco hacia delante para mirar mejor mientras llega el primer plato.

—Prueba esto primero —añade con calma—. Nota cómo se deshace en la boca. El dulzor de la salsa equilibra el arroz.

Luego señala otro.

—Este es un poco más complejo. Los sabores son más fuertes, así que es mejor probarlo después de los nigiris simples.

El chef sigue trabajando mientras Josh comenta cada detalle: el pescado, el arroz, el orden en que se deben probar las piezas.

Parece una clase privada sobre *sushi.*

Yo asiento, escucho, intento concentrarme… pero en realidad me está costando horrores.

De pronto, el cansancio del vuelo —el sueño que hace apenas una hora me vencía— ha desaparecido por completo. Me siento fascinada, absorbida por la experiencia.

No es solo la comida lo que me impresiona, sino la forma en que Josh organiza todo, cómo me enseña a apreciar cada plato con una cortesía impecable. No hay presión ni coqueteo. Solo respeto y una especie de guía tranquila que me hace sentir cómoda.

—Ha sido increíble —le digo cuando salimos del restaurante—. Y gracias por la invitación. Estaba todo exquisito.

—Imagino que ya habías probado *sushi* antes, aunque nada como hacerlo en Tokio. Lo he dado por hecho, aunque eres muy joven y…

—No soy tan joven —me apresuro a corregirle—. En marzo cumpliré veintiséis.

Se ríe.

Y por primera vez desde que descubrí que era capaz de hacerlo, me molesta.

No el sonido de su risa —que me encanta— sino el motivo que la provoca. Me hace sentir como cuando era adolescente y alguien decidía por mí que todavía era demasiado joven para entender ciertas cosas.

—Eso sigue siendo muy joven —insiste—. Ahora sí, será mejor que vayamos a descansar. Mañana me cuentas si mi truco *pro* ha funcionado.

Regresamos caminando en silencio.

Él con las manos en los bolsillos, tranquilo, ajeno a la pelea que se libra dentro de mi cabeza.

Nunca me ha gustado que me traten como a una cría. Y es exactamente así como me ha hecho sentir ese último comentario.

Josh se despide en la puerta de mi habitación con un simple «buenas noches» y una sonrisa.

Me meto en la cama.

Los ojos me pesan, pero el sueño tarda en llegar.

En mi cabeza se mezclan los recuerdos de las últimas horas: el paseo por el parque, el chef preparando la cena frente a nosotros, Josh explicándome cada plato con paciencia.

Luego las imágenes cambian.

Entonces veo a Josh acercando una pieza de *sushi* a mis labios y yo cerrando los ojos mientras la pruebo.

Sus dedos rozando mi boca.

Él levantándome entre sus brazos, apartando los platos, tumbándome en la mesa y arrancándome las bragas. Sacándose la polla de los pantalones y follándome ahí mismo. Sin pedir permiso, sujetándose al borde de la mesa con una mano mientras entra profundamente en mí, sin decoro, sin preámbulos. Solo sexo duro, salvaje y apasionado.

Me despierto de golpe, desorientada y cachonda.

Cuando miro el reloj en mi móvil apenas marca la una de la madrugada, solo llevo dos horas durmiendo y la imagen de Josh follándome en el restaurante de *sushi* no se me borra de la mente. No quiero hacerlo, me resisto porque solo llevo volando con este hombre una ruta y media. Es mi jefe, es hermético, serio y un poco malhumorado. Pero también es educado, inteligente, todo un caballero. Y yo, en lo único en lo que puedo pensar, es en tocarme con su imagen. Con el uniforme de piloto, gorra incluida, follándome contra el cuadro de mandos de la cabina del avión mientras gimo «sí, mi comandante» más fuerte de lo que debería.

Si, es una putada y estoy jodida, y no como me gustaría.

CAPÍTULO 8

JOSH

Tokio

Tránsito: paso temporal de una tripulación por una ciudad antes de su siguiente vuelo. Hay vidas que siempre están de paso.

El móvil en la mesilla de noche no deja de iluminarse.

Tengo más de veinte mensajes de Kiyomi.

Los primeros cinco son disculpas por no haber podido quedar anoche y una nueva propuesta para hoy. A las seis de la tarde está libre.

Media hora después llegan otros cancelando la cita que ella misma había propuesto.

Joshi, querido, lo siento.

Estoy hasta arriba.

No sé si podremos vernos hoy tampoco.

Le respondo con un educado «mala suerte, en otra ocasión será» y bajo al comedor a desayunar.

Técnicamente es la primera comida que hago desde que me he despertado, así que puede llamarse desayuno aunque el reloj marque ya el mediodía.

Cuando llego, la tripulación está casi al completo en el salón.

Tenemos una especie de acuerdo con el hotel. Llevamos viniendo aquí desde hace años con American Airlines, y siempre nos reservan una pequeña sala privada para el equipo.

Un rincón discreto donde nos preparan un desayuno adaptado a las preferencias alimentarias de la compañía.

Además de algunos productos japoneses, siempre hay fruta fresca, cereales y carnes ligeras. No se puede negar que nuestra dieta está controlada al milímetro.

Saludo a todos y miro alrededor.

—¿Y la primera oficial Calloway?

—No ha bajado todavía, comandante —responde Janice—. Esa chica es flojita. No sé si aguantará mucho los vuelos de larga distancia.

—No digas eso. Recuerdo que pasaste los tres primeros meses como una sonámbula, deambulando por los pasillos de los hoteles de madrugada —le replico—. Dale tiempo.

Algunos se ríen porque, quien más o quien menos, ha pasado por lo mismo al principio.

Cuando ya estamos terminando de comer, aparece.

Llega apresurada, con el cabello aún húmedo, pero con una energía que contrasta con la cara de sueño del resto.

—Ahí está —anuncia Billy.

—Mierda, ¿llego tarde? —pregunta al ver que todos se marchan —. Me muero de hambre.

Janice le explica brevemente cómo funciona el horario de comidas. Tenemos un margen amplio y podemos pedir lo que queramos si tenemos alguna preferencia. La verdad es que este hotel es de los mejores en los que solemos alojarnos.

Cuando todos van saliendo, me quedo unos minutos con ella.

—¿Cómo has dormido? —le pregunto mientras bebe agua con auténtica sed—. Espero que mi truco *pro* funcionara.

—Ha funcionado en parte —dice mirándome por encima del vaso —. Pero debiste advertirme que el *sushi* me provocaría tanta sed. Me he pasado toda la noche bebiendo agua y…

—¿Yendo al baño?

Termino la frase por ella y la veo ruborizarse.

—La próxima vez, nada de salmón —le digo con una sonrisa.

Me despido y me uno al resto de la tripulación, dejándola con su desayuno mientras mi móvil no deja de sonar.

Kiyomi vuelve a disculparse por mensaje. Tengo varios audios explicándome no sé qué de una transacción importante, una reunión con unos inversores alemanes y mil cosas más a las que apenas presto atención.

Mientras los escucho, veo a lo lejos a Alice coger una manzana. Apura el café a toda prisa y se despide del personal del hotel inclinándose ligeramente, imitando el gesto que tanto repiten los japoneses.

Al menos lo intenta.

En algún momento, entre el tercer y cuarto audio de Kiyomi, hago algo casi automático. Sin pensarlo demasiado, respondo con un ok y un pulgar hacia arriba.

Lo hago distraído, observando a Alice hablar con uno de los camareros y, de pronto, los mensajes cesan.

Cuando vuelvo a mirar el móvil y veo lo que he enviado, cierro los ojos. No hace falta ser un genio para saber que esa respuesta le ha molestado.

Ya no llega nada más. Ni otro audio, ni un *emoji*.

Nada.

Conociéndola, sé que lo pagaré con su silencio, su indiferencia o —peor aún— con su mal humor, ese que solo aparece cuando tiene que enfrentarse a los tiburones que nadan a sus anchas por su oficina.

Pero mientras camino hacia mi habitación, me doy cuenta de algo curioso y es… que no me importa demasiado.

De hecho, nuestra relación —si es que puede llamarse así— nunca ha tenido mucho recorrido. Ella no iba a dejar Japón y ninguno de los dos ha pensado jamás en algo exclusivo.

Lo único que hemos compartido son un par de noches de sexo al mes.

Y, si soy sincero, cuando lo pienso ahora… tampoco era el mejor sexo del mundo.

Cuando nos conocimos tenía su encanto: el cortejo, el coqueteo. Ella me enseñaba la ciudad. Incluso visitábamos algún museo o algún espectáculo. Íbamos al teatro, a los mejores restaurantes.

Eso hacía más llevaderos los días.

Y también sus gustos… algo peculiares en la cama.

Las últimas veces, por el contrario, nos hemos limitado a un par de polvos en su casa cuando encuentra un hueco, con prisas, entre llamadas de negocios, cierres de acuerdos, firmas y alguna fusión corporativa de última hora.

¿Sinceramente?

Ha dejado de ser una prioridad cuando vengo a Tokio.

En el grupo de WhatsApp que compartimos los miembros de la tripulación, alguien escribe que el cruce de Shibuya y la estatua de Hachikō son el bautismo de Tokio. Que todos los nuevos tienen que pasar por allí la primera vez. Que si no, no cuenta.

Evidentemente lo dicen por Alice, que responde al mensaje con un entusiasmo casi infantil.

Nunca suelo acompañar a mis compañeros en este pequeño ritual de iniciación a la ciudad. Lo he hecho decenas de veces y, desde que conocí a Kiyomi, dejé de venir.

Pero hoy… tengo ganas de volver.

Llegamos cuando empieza a oscurecer.

Shibuya es una explosión de luces, pantallas gigantes, música que se escapa de las tiendas y gente que parece venir de todas partes al mismo tiempo.

En el centro de todo está el cruce: varias avenidas anchas que se cortan entre sí, semáforos en todas direcciones y pasos de peatones que se cruzan como si alguien hubiera trazado líneas al azar sobre el asfalto.

Pero nada está al azar. Aquí todo funciona.

Me giro con discreción —igual que el resto de la tripulación— para observar la reacción de Alice.

El semáforo se pone en rojo y la ciudad entra en una especie de pausa.

La gente espera con paciencia.

Luego cambia a verde y entonces ocurre lo de siempre.

Cientos de personas cruzan a la vez desde todos los lados. Se rozan, se esquivan, se separan sin detenerse. No hay empujones ni voces más altas que otras.

Es un movimiento limpio, casi elegante, que dura menos de un minuto.

Después todo vuelve a su sitio.

Eso es Shibuya Crossing.

No es solo un cruce. Es la forma más sencilla de explicar Tokio sin decir una sola palabra: mucha gente, mucha velocidad… y orden absoluto.

A unos metros está la estatua de Hachikō.

Un perro de bronce pequeño, discreto, rodeado de gente que se hace fotos.

Alice se acerca sin que nadie tenga que decírselo.

La observo mientras se abre paso entre los turistas, claramente emocionada, como una adolescente que acaba de encontrarse cara a cara con su artista favorito.

—¡Me encantó la película! Pero lloré un montón —le dice a una de las auxiliares, tendiéndole el móvil para que le haga una foto.

Alice posa delante de la estatua con respeto. El perro está ahí, inmóvil, de bronce, en guardia desde hace décadas.

Esperó a su dueño cada día, a la misma hora, en el mismo sitio. Incluso cuando ya no había nadie a quien esperar.

Aquí es un símbolo de lealtad, de constancia, de quedarse y volver siempre al mismo punto.

Miro alrededor.

Gente que va y viene, que cruza, que se pierde entre luces y pantallas. Y nosotros, los miembros de la tripulación, con nuestras mochilas idénticas, relojes desajustados y horarios que nunca coinciden con el huso correcto.

Vivimos en tránsito. Dormimos en hoteles que apenas recordamos. Nos despertamos en ciudades que no son nuestras.

Alice se queda frente a la estatua un poco más de lo habitual, revisando las fotos que le han hecho. Luego levanta la vista hacia el perro de bronce y finalmente mira el cruce.

El movimiento constante. El flujo que nunca se detiene.

Pienso que Hachikō esperó toda su vida en un solo lugar, pero nosotros no esperamos en ninguno. Llegamos, cruzamos y nos vamos.

No pertenecemos del todo a ninguna ciudad, por mucho que conozcamos sus calles. Tokio es familiar, pero no es nuestro hogar. Igual que no lo es París, ni siquiera São Paulo.

Para mí tampoco lo es Los Ángeles. Ningún sitio lo es del todo.

Tal vez por eso traen aquí a los nuevos. Para recordarles que este trabajo no va de quedarse, sino de pasar.

Que mientras todo el mundo tiene un punto fijo al que volver, nosotros vivimos entre uno y otro.

Salimos del cruce de Shibuya con la idea de cenar algo rápido y es Billy quien rompe el silencio.

—Chicos, ¿qué tal si vamos a Gochi Shibuya? —propone.

Es un *izakaya* que se encuentra bastante cerca. Mesas redondas, platos para compartir. Nada elegante, pero auténtico. Perfecto para no alargar la noche.

Todos asienten y seguimos a Billy por las calles iluminadas, todavía envueltos en el flujo constante de la ciudad.

—No sé si podré comer *sushi* otra vez —me dice Alice, poniéndose a mi altura—. Anoche me dio mucha sed.

—No te preocupes —le digo—. Un *izakaya* es más bien una taberna japonesa. Nada que ver con el restaurante de ayer.

El lugar no tarda en aparecer.

Luces cálidas, aroma a parrilla y un murmullo constante de conversaciones.

Dentro hay mesas redondas de madera, algunas con bandejas giratorias en el centro llenas de pequeños platos y cuencos.

La disposición es perfecta.

En una de las mesas se sientan los tripulantes de cabina: las auxiliares junto al piloto de relevo.

En la otra estamos Alice y yo, junto a Janice y Billy.

Alice se inclina sobre los menús y empieza a preguntar por los platos. Todos aportan lo que saben: algunos detalles sobre cómo se preparan, qué ingredientes son típicos, qué se suele pedir primero.

No es nada formal, simplemente la forma en que la comida japonesa se comparte y se disfruta.

Ella escucha con atención, tomando nota mental de cada recomendación, y yo observo cómo sus ojos se iluminan con cada explicación.

Los camareros se mueven entre las mesas con facilidad, llevando platos humeantes, brochetas de pollo recién hechas, cuencos de sopa y pequeñas raciones de sashimi.

Hacía tiempo que no salía con la tripulación de esta manera, y Janice se encarga de recordármelo.

—¿Qué pasa, comandante? —me pregunta al oído—. ¿Tu japonesa te ha dejado plantado este viaje?

—Janice, por favor —le recrimino.

No sé exactamente por qué, pero me molesta que mencione a Kiyomi. Ella conoce mi historia, lo hemos hablado muchas veces, y aunque entre nosotros no haya nada, de vez en cuando le gusta lanzar alguna pulla.

Además, no quiero que nada fastidie esta noche.

El ambiente, la comida, las explicaciones del grupo… todo resulta sencillo y auténtico, y comemos sin prisa, sabiendo que mañana nos espera otro vuelo largo.

Alice asiente, hace preguntas, escucha, ríe de vez en cuando, y yo me descubro observando cómo empieza a integrarse en la rutina de la tripulación, como si siempre hubiera formado parte de ella.

Mi móvil vibra sobre la mesa y me sorprende ver el nombre de Kiyomi en la pantalla.

Joshi, querido, me lo he podido arreglar. ¿Vienes?

La pregunta me pilla entre un plato y otro, y mi humor cambia de golpe.

Estoy divirtiéndome como hacía tiempo que no lo hacía y esta interrupción no me apetece en absoluto.

Janice me mira y me pregunta con los ojos si todo va bien. Debe de notarse mi incomodidad.

Hago un gesto con la cabeza, restándole importancia, y salgo del restaurante para llamarla.

—Lo siento, Kiyomi, estoy en plena cena —le digo en cuanto descuelga.

—Pues ven después —responde con frialdad—. ¿Con quién estás cenando?

—Con nadie… en especial. Con los compañeros.

Me quedo esperando su réplica. Siempre tiene una respuesta para todo y, por la duración de su silencio, sé que esta no va a ser diferente.

—En serio, ¿vas a perderte pasar la noche conmigo por cenar con tus compañeros?

Por supuesto, su egocentrismo aparece sin el menor disimulo.

—Lo siento, Kiyomi —insisto—. No puedo. Tendremos que dejarlo para otra ocasión.

La escucho suspirar por el auricular. O quizá resoplar, que sería todavía peor.

Miro hacia el interior del local y veo a Alice girada hacia mí, observando con atención mi conversación.

Le sonrío y me doy cuenta de lo poco que me apetece seguir discutiendo con Kiyomi.

—Mira, Josh —dice al fin, después de unos segundos que se me hacen eternos—. Si no vienes, no te molestes en volver a llamarme el mes que viene, ¿de acuerdo?

Es la oportunidad perfecta y no pienso desaprovecharla.

—De acuerdo, Kiyomi. Pues espero que todo te vaya genial. Adiós.

Cuelgo y, al hacerlo, siento una liberación inmediata, como si el pecho se me expandiera de repente.

El móvil vuelve a vibrar, pero esta vez no me molesto en mirar.

Lo pongo en silencio, lo guardo en el bolsillo y regreso al restaurante.

A la cena con mis compañeros.

Y a la mesa donde me espera Alice.

CAPÍTULO 9

ALICE

Tokio- Los Ángeles

Flaps: *dispositivos del ala que permiten al avión volar con mayor control cuando reduce velocidad. Algunas maniobras importantes requieren ir más despacio.*

Parece que las brochetas de pollo y todo lo que cenamos anoche en la *izakaya* me han sentado de maravilla.

Me despierto fresca, completamente descansada y llena de energía.

Hemos quedado a las diez de la mañana en el *hall* del hotel. A las ocho ya tengo la maleta hecha cuando me meto en la ducha.

Me esperan más de diez horas con Josh en la cabina, y no me está viniendo nada bien que, por segunda noche consecutiva, haya soñado con él.

Lo bueno es que no ha sido un sueño erótico que me deje cachonda, mojada y desconcertada como la noche anterior.

Lo malo es que ha sido mucho peor.

Porque el sueño ha sido mucho más íntimo que un polvo contra la mesa de un restaurante, con música japonesa de fondo y platos de *sushi* alrededor.

No.

En este sueño, Josh y yo caminábamos por el centro de Santa Mónica, entre las palmeras, paseando un Akita Inu, un perro de la misma raza que el Hachikō de ayer.

Así que verlo ahora en el vestíbulo del hotel, con su impecable traje de piloto, sus ojos azules y esa barba de tres días perfectamente calculada, no me hace ningún bien.

Está saludando educadamente a cada miembro de la tripulación… y dedicándome a mí una sonrisa que parece durar un segundo más.

El minibús de la aerolínea nos deja en la planta de salidas de la Terminal 3, y esta vez, sin el *jet lag* nublándome la vista, Haneda se despliega ante mí con la precisión de un mecanismo de relojería.

El aire fuera es gélido, y el olor a salitre y queroseno me devuelve a la realidad.

Dejo atrás los recuerdos de anoche.

El sueño queda aparcado en un rincón de mi memoria. Ya tendré tiempo de analizarlo más tarde.

En Los Ángeles, quizá con la ayuda de Steffie y Martha.

Al cruzar las puertas automáticas, el caos ordenado del vestíbulo nos recibe con un murmullo amortiguado.

Ese silencio japonés tan característico, donde miles de personas se mueven sin que se escuche una sola voz más alta que otra. Como en el cruce de Shibuya.

Caminamos bajo techos altos de cristal, siguiendo el rastro de las luces LED que guían hacia los mostradores.

Elevo la vista hacia el puente de madera de Nihonbashi, que cruza el nivel superior recreando el antiguo Tokio.

Un contraste casi imposible entre la madera rústica y el acero impecable del aeropuerto.

Todo brilla con una limpieza que parece irreal.

Este aeropuerto es impresionante. No me extraña que ocupe lo más alto del ranking de los mejores aeropuertos del mundo.

Desde algunos ventanales se ven las pistas. Aviones alineados, colas elevándose contra el cielo gris claro.

Pienso que, en unas horas, uno de esos será el nuestro.

Tokio quedándose atrás, el Pacífico en medio y Los Ángeles esperándonos al otro lado.

Caminamos por pasillos largos donde se mezclan tripulaciones de todas partes del mundo y pasajeros con maletas rodando o mochilas colgadas.

Y entonces lo noto.

Incluso en su exquisita educación, muchos pasajeros lo miran al cruzarnos.

No me miran a mí ni al otro piloto. Ni siquiera a las auxiliares, a pesar de que algunas están despampanantes en sus uniformes.

Lo miran a él.

Y Josh camina impasible, con una seguridad que envidio… y que intento imitar.

Pasamos el control de tripulaciones, el mismo proceso rápido y protocolario, con la única diferencia de las reverencias del personal de seguridad.

Esas reverencias marcan nuestro ritmo de otra manera.

Atravesamos los pasillos alfombrados que parecen absorber el sonido de nuestros pasos.

Al llegar a la puerta de la sala de *briefing* me detengo un segundo frente al gran ventanal.

Ahí fuera, en la plataforma, nuestro pájaro descansa bajo los focos, recortado contra el perfil oscuro de la bahía.

El horizonte de neón de la ciudad parpadea a lo lejos, recordándome que, en pocos minutos, ese tapiz de luces será mi tablero de juego.

El vuelo transcurre tranquilo. Atravesamos el Pacífico y, en el momento previsto, me toca aterrizar el avión a mí.

La cabina está en calma, con el zumbido constante de los motores bajo mis manos. Josh está a mi derecha, observando cada indicador, y el piloto de relevo detrás, ocupado en sus comprobaciones silenciosas.

—*Flaps* 30 —digo, moviendo la palanca con cuidado.

—Correcto —responde Josh sin apartar la mirada de los instrumentos—. Velocidad estable. Mantén 140 nudos hasta tocar pista.

Asiento y ajusto el timón con suavidad. Cada pequeño movimiento responde exactamente como espero.

—*Vertical speed* menos quinientos —indico mientras alineamos el avión con la pista.

—Perfecto, Alice. Mantén firme.

—Entendido.

Estoy completamente concentrada en la sensación del avión bajo mis manos.

No hace falta más. Su presencia a mi lado me da la seguridad que necesito. Todo lo demás —la respiración, los sonidos de la cabina— parece hablar por nosotros.

—Toca suave… y frena cuando estés lista.

—Tocado —susurro.

Siento cómo el tren de aterrizaje se posa en la pista con delicadeza.

Josh sonríe de manera discreta, y una punzada de orgullo me atraviesa por dentro.

El minibús va dejando a cada miembro de la tripulación en las diferentes paradas que tenemos asignadas. Nos despedimos hasta dentro de dos días.

Será mi primera rotación a París.

Con algunos repetiré vuelo. Con otros quizá no coincidamos en meses. La tripulación de cabina rota, pero Josh y yo no.

—¿Qué vas a hacer estos dos días? —le pregunto cuando estamos llegando a mi parada—. Quizás necesite alguno de tus trucos *pro* para combatir el *jet lag*.

Josh me mira con una expresión que todavía no sé interpretar del todo. No nos conocemos desde hace tanto como para descifrarla.

—¿No tienes ganas de ver a tus amigos? ¿A tu novio?

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no responder demasiado rápido que no tengo novio, que estoy soltera y completamente libre por si…

Bueno.

En mi cabeza vuelven de golpe las imágenes de mi sueño con él. Esas y las que me imaginé mientras me masturbaba en la ducha pensando cosas muy poco profesionales sobre mi comandante.

—¿Acabas de preguntarme si tengo pareja?

—En realidad te he preguntado si tenías novio —murmura—. Y ahora caigo en la cuenta de que he dado por supuesto que era un chico. Lo siento. Puede que tengas una novia y…

—No, para nada. No soy lesbiana, ni bi ni nada… completamente hetero, sí…

Dios.

Además de completamente hetero, soy completamente imbécil.

Mi reacción es tan evidente y la respuesta me sale tan deprisa que parezco una adolescente intentando gustarle al hermano mayor de su amiga.

Lo sé porque me pasó exactamente eso cuando estaba colgada por el hermano de Martha en secundaria.

—De acuerdo, Alice —me contesta sonriendo—. No quería que sonara a insulto. Así que completamente hetero… apuntado.

—¿Apuntado?

—Sí, ya sabes —se explica—. No quiero meter la pata o decir nada inapropiado.

En mi vida no he tenido demasiadas relaciones duraderas. Tampoco he sido demasiado activa en mi vida amorosa. Comparándome con mis amigas, casi podría decir que soy medio monja.

Pero sé perfectamente cuándo el coqueteo que he iniciado no es unidireccional.

Josh me sigue el juego.

Sutilmente, sí. Pero veo posibilidades.

—Entonces… te queda claro que no tengo pareja, pero a mí no me ha quedado claro si vas a contarme otros trucos *pro*.

El minibús se detiene en la parada de Josh.

—Tal vez camino a París te cuente alguno más —dice mientras recoge su maleta—. No serían pro si los soltara todos de golpe.

Se despide con la mano y lo veo alejarse cuando el bus retoma la marcha para llevarme a mi parada.

Solo quedamos un par de auxiliares y Janice.

Cuando me giro, la veo mirándome con una ceja ligeramente arqueada.

No hace falta que diga nada. Su cara expresa demasiado bien lo que yo no puedo ni sé disimular.

Mi madre y Tim no están en casa cuando llego.

Tim está en su consulta y los mensajes de mi madre me dicen que siente no estar en casa para recibirme, pero que la han llamado para ver uno de los pisos que le mandé para comprobarlo.

Voy directa a la cocina antes de irme a la cama.

No sin antes arrasar la nevera de mi madre.

Me tenía preparado todo un festín desde que le dije que antes de dormir tengo que comer, que es un truco que me enseñó el piloto.

Así que, como buena madre —o como una de esas madres sacadas de memes de internet—, ha hecho todas mis comidas favoritas.

Todas juntas.

En realidad, creo que lo hace para que, cuando me mude, la eche tanto de menos que vuelva a casa.

Una vez en la cama, cojo el móvil y veo un mensaje de Josh.

Decir que el corazón se me acelera como un cohete a punto de despegar se queda muy corto.

Truco pro *número 2: intenta relajarte y dejar tu mente en blanco antes de dormir. Respira hondo, no pienses en nada. Solo en respirar.*

Me cago en la puta.

¿Este hombre quiere matarme?

¿En serio pretende que deje la mente en blanco y solo respire?

Eso es, ahora, literalmente imposible.

Porque en lo único que pienso es en su voz grave. En los hoyuelos que se le marcan en las mejillas cuando sonríe. En sus manos sujetando los mandos del avión.

Y luego en esas mismas manos apretando mis muslos.

Sujetándome de la nuca para atraerme hacia él en un beso duro.

¿Que deje la mente en blanco?

De acuerdo, Alice. Tú puedes.

No pienses en cómo camina por el aeropuerto, como si fuera el puto amo del lugar.

No te lo imagines sin camiseta…

No, no, eso no.

No pienses en cómo se desanuda la corbata despacio mientras te mira.

No.

Eso tampoco.

No imagines cómo será su pecho.

Ni si sus brazos son tan fuertes como parecen marcarse bajo la camisa cuando se quita la chaqueta en la cabina.

No, joder. No lo visualices quitándose los pantalones, metiendo la cabeza entre tus piernas ni dándote la vuelta en la cama para agarrarte de la cintura mientras te folla desde atrás.

Joder, no.

No escuches su voz diciéndote «Alice, respira», porque mientras lo hace te roza el clítoris con una mano al mismo tiempo que te penetra cada vez más rápido, más fuerte, hasta que estás a punto de correrte.

Es tarde, joder.

Demasiado tarde.

Todas esas imágenes viven ya en mi cabeza de forma permanente. Llevo dos noches seguidas soñando con él y en esta última ni siquiera intento detenerlo. Lo hago consciente, con toda la intención del mundo.

Otra noche que elijo tocarme fantaseando con él.

A lo mejor lo que me ha escrito en el mensaje se refería a esto. Lo de relajarse tiene muchas interpretaciones, ¿verdad? Quizá me ha devuelto el coqueteo. Sí. Elijo creer eso.

Estoy tan mojada que me daría hasta vergüenza si ahora mismo fuera su mano la que tuviera entre mis piernas… pero es la mía.

Creo que no me masturbaba tan seguido desde que tenía quince años y fantaseaba con mi vecino el músico. Y ahora, en menos de tres días, ya van tres veces.

Lo peor es que no creo que vuelva a poder escuchar la palabra respirar sin que mi cuerpo reaccione como los perros de Pavlov.

CAPÍTULO 10

JOSH

Aterrizaje: momento en el que el avión vuelve a tierra después del vuelo. A veces lo difícil no es despegar, sino saber cómo terminar.

Uno sabe que se está haciendo mayor cuando cada vez echa más de menos la cama de su apartamento.

Da igual que la compañía nos aloje en los mejores hoteles o que se asegure de que nuestro descanso sea el más adecuado. No se duerme en ningún hotel como en casa.

Mi móvil vibra justo cuando iba a ponerlo en modo avión.

Siempre me ha parecido curiosa esa expresión cuando la decimos los pilotos. Para los pasajeros significa desconectar; para nosotros, todo lo contrario.

En vuelo, el modo avión es estar alerta, medir cada gesto, pensar por dos, vigilarlo todo. Diez horas así dejan una sensación extraña dentro que no se apaga al aterrizar.

Ahora estoy en casa y el uniforme cuelga del respaldo de la silla. Me quito el reloj, dejo las llaves en el mismo sitio de siempre y, aun así, mi cabeza sigue en cabina.

Pongo el móvil en modo avión no para despegar, sino para aterrizar yo; para ver si, por una vez, el mundo se queda fuera mientras intento dormir como alguien normal.

Pero, por alguna razón, desde que Alice es mi copiloto me cuesta cada vez más aterrizar. En el sentido metafórico de la palabra.

Gracias por el segundo truco, mi comandante. Lo estoy poniendo ahora mismo en práctica. Respiro y me relajo.

Vale, joder. El que va a tener que respirar ahora soy yo, porque el mensaje está escrito, pero lo estoy escuchando como si fuera un puto audio susurrado directamente en mi oreja.

¿Respiro y me relajo?

Difícil llamarlo de otra forma: eso ha sido coqueteo puro y duro, o más bien provocación, y así es como sigue repitiéndose en mi cabeza.

Si esa frase me la hubiera soltado cualquier mujer en un bar, a las dos de la madrugada, con un cóctel en la mano, luces cálidas y música sugerente, estaría desnuda en mi cama en menos de diez minutos.

Pero es Alice quien me ha mandado el mensaje: una chica de solo veinticinco años que además es mi copiloto, con la que todavía tengo que volar a muchos destinos y con quien no quiero tener ningún tipo de conflicto.

Es por eso que elijo a mujeres como Kiyomi y Madeleine, igual que a todas las aspirantes a actriz que han pasado por este dormitorio. No quieren nada más de mí que un polvo, sexo sin compromiso ni expectativas; es lo que ellas buscan, lo que yo necesito y lo que nos damos mutuamente.

Releo su mensaje antes de meterme en la ducha.

Respiro y me relajo.

Es exactamente lo que le he dicho que haga, y es lo que me contesta, así que es justo decir que lo he empezado yo. Pero también voy a ser yo quien lo termine.

El problema es que, aunque intento poner en práctica todos mis trucos *pro* conmigo mismo, no se me va la imagen de Alice susurrándome que está respirando, que se está relajando.

¿Relajarse para ella significará lo mismo que estoy pensando yo en este preciso instante?

Lo único que se me ocurre es darme una buena ducha. No hace falta que sea fría; solo necesito que el agua se lleve las imágenes que tengo ahora mismo en la mente.

En esta misma ducha han pasado varias chicas desde que me mudé aquí, así que puedo concentrarme en una de ellas.

Intento recordar el nombre de alguna. Aquella rubia de Kansas que hacía anuncios de champú, o la modelo de lencería de las tetas operadas. ¿Era Cindy? ¿Candy? Bueno, da igual el nombre; me concentro en eso, en sus pechos.

Eran tersos y… ¿cómo serán los de Alice?

La camisa de piloto y la chaqueta no dejan demasiado a la vista, pero los imagino de un tamaño perfecto, al menos eso parece. Sin previo aviso, la cara de la modelo desaparece, también la rubia de Kansas. Es el pelo oscuro de Alice lo que aparece en su lugar, esos mechones sueltos que le caen de la gorra, sus ojos marrones, expresivos y hondos, que me miran con profundidad pero sin hacerme sentir incómodo.

Son sus labios, que siempre parecen dibujar una sonrisa incluso cuando la noto molesta, y su manera de disfrutar las pequeñas cosas con la sorpresa y la emoción de una niña descubriendo el mundo.

No puedo permitirme esto, joder. Lo sé. Siempre lo he evitado y ahora llega esta chica y rompe todos mis esquemas.

Cuando salgo de la ducha, con el cuerpo limpio y la conciencia más sucia que antes, cojo el móvil de nuevo y le escribo un mensaje a Madeleine.

Mi vuelo llega a las 10. ¿Te lo has podido arreglar?

Su respuesta no tarda en llegar.

Todo arreglado, mon chéri*, avísame cuando quieras que vaya. Estaré en casa de mi madre con los niños.*

Madeleine es algo seguro, sencillo y sin dramas.

Su marido ostenta algún cargo político en Reims, esa ciudad famosa por haber coronado a decenas de reyes de Francia en su catedral y por el champán que riega cada una de sus celebraciones. Cada vez que voy a París, ella se va al pequeño pueblo en el que nació y en el que todavía vive su madre. Le deja a los niños, coge un tren y pasa la tarde conmigo. A veces, incluso la noche.

Y cuando se queda, se despierta cuando el sol apenas entra por las rendijas que se forman entre las gruesas cortinas del hotel, cuando todavía la ciudad duerme, para coger el tren de regreso.

Siempre lleva un par de bolsas de Cèsaire, una *boutique* de bolsos tan elegantes como caros, y así se construye la coartada perfecta.

No levanta sospechas con su madre; mucho menos con su marido, que cree tener la mejor esposa del mundo.

Qué ironía.

Apago el teléfono y procuro pensar en Madeleine. Necesito distraer mi mente de todo lo que he imaginado antes. De Alice.

Pero cuando despierto en mitad de la noche, habiendo soñado con ella, sé que no va a ser tan fácil.

Salir a correr es una de esas obligaciones que me impongo en cuanto termino una rotación. Aquí, en Los Ángeles, hay corredores para todos los gustos. Hoy salgo de madrugada, cuando la ciudad todavía duerme y el cielo apenas se tiñe de azul, incapaz de pegar ojo por el *jet lag*. Correr es otro de mis trucos para luchar contra el insomnio.

Algunos, como yo, buscan la calma de las calles vacías y el aire fresco antes de que el sol arrase con la bruma. Cuando ya estoy de

vuelta, otros aparecen más tarde, con auriculares y relojes que miden cada pulso, compitiendo consigo mismos en una carrera invisible.

Los hay que corren en grupo, como si fuera una reunión informal; otros en parejas, charlando como en una cita; y los que van en solitario, concentrados en su propio ritmo, como es mi caso.

Yo me mezclo con todos, pero siempre manteniendo mi paso, dejando que la ciudad despierte a mi alrededor mientras mis pensamientos vuelan más rápido que mis piernas.

Luego desayuno solo, echando de menos épocas pasadas en las que cocinaba tortitas los domingos sin prisa, sin tener que seguir horarios estrictos.

Me conformo con comer cualquier cosa mientras releo de nuevo el mensaje de Alice.

Gracias por el segundo truco, mi comandante. Lo estoy poniendo ahora mismo en práctica. Respiro y me relajo.

Entonces no se me ocurre otra mejor idea que contestar.

Truco pro *número 3: Si despiertas de madrugada, ponte unas deportivas y sal a correr mientras la ciudad todavía duerme.*

Me arrepiento al instante de mandarle eso. Anoche decidí poner distancia personal, no entrar en este coqueteo, y a la primera ocasión fracaso de manera estrepitosa. Pero cuando voy a darle a borrar, el móvil se ilumina con una llamada suya.

¿Qué cojones hace despierta? Todavía son las seis de la mañana y ahora me está llamando.

—Buenos días, Josh —la escucho, somnolienta—. ¿Cuántos trucos *pro* tienes? Este podrías habérmelo dicho ayer y me habría ido a correr hace una hora.

—¿No te relajaste lo suficiente anoche? —le pregunto, directo.

¿Pero qué demonios estoy diciendo? ¿Cómo puedo ser tan imbécil? Hasta un idiota reconocería el doble sentido de esa pregunta.

—En realidad, sí —contesta, en cambio, muy calmada. No parece sorprenderse ni inmutarse—. Respiré como me dijiste y conseguí relajarme. Bastante rápido, además.

—Me alegro de que te funcionara, pero no te ha durado mucho si te has despertado tan pronto.

—En realidad he dormido casi nueve horas seguidas. Ya te digo que me relajé demasiado pronto. Caí enseguida en los brazos de Morfeo.

—Perfecto.

—Morfeo, ya sabes… ese dios que susurra sueños a los mortales. Me dio sueños… muy buenos.

—Sí, ya sé que Morfeo es el dios de los sueños —le aclaro.

Luego puedo escuchar su respiración a través del auricular, y entonces su voz baja un par de tonos.

—Quería aclararlo, para que no pensaras que había dormido con alguien llamado Morfeo.

El silencio en la línea va alternando como en un partido de tenis. Ahora soy yo quien se calla, pensando bien mi respuesta. No quiero seguir el coqueteo, no quiero caer en contestar a sus insinuaciones, su provocación.

Porque lo tengo claro: Alice es una tentación a la que debo resistirme a toda costa.

—Sí, me lo dejaste claro ayer —confirmo, poniéndome serio—. En fin, lo de hacer ejercicio también ayuda. Para la próxima. Te dejo descansar, Alice.

—¡Espera, Josh! —me corta cuando estaba a punto de colgar —. ¿Tú corres?

—Claro, por eso te lo he dicho. Vengo ahora de hacerlo.

—No lo había pensado, pero tiene sentido. La próxima vez, avísame. Quizá podríamos correr juntos. —Deja caer la frase con suavidad y luego añade—. ¿Qué te parece?

—Creo que nos pilla demasiado lejos para salir a correr juntos, pero quizá en destino podríamos hacerlo. Me consta que más de un tripulante de cabina lleva siempre las zapatillas en la maleta.

Otro silencio, pero esta vez juraría que la he escuchado reír de manera sutil.

—¿Y qué me dices de un buen desayuno?

—¿Ahora?

—Sí, claro. Son las seis de la mañana. Tenemos que aclimatar nuestro horario a Los Ángeles.

—No voy a poder, Alice… —Dudo—. Tengo que… bueno, en realidad iba a hacer unas cosas en casa y…

—Te lo debo. Tú me invitaste a cenar *sushi* el otro día. Es lo mínimo.

—No me debes nada, eso fue cortesía entre compañeros.

—¿Entonces no me vas a dejar invitarte nunca? ¿De verdad?

El coqueteo sube de temperatura y empiezo a notar cómo mi resistencia flaquea por momentos. No me gusta estar solo, y llevo demasiado tiempo acostumbrándome a ello. Por otra parte, Alice me divierte, y hablar con ella me resulta agradable.

Quizá podríamos ser amigos, compañeros con los que compartir el insomnio en los momentos más duros, sobrellevar…

No termino esa frase porque hasta yo mismo me doy cuenta de que eso es imposible. No con la forma en la que me mira, y mucho menos con lo que está empezando a provocar en mí.

—Quizás en otra ocasión.

CAPÍTULO 11

ALICE

Los Ángeles

Heading *(rumbo): dirección que sigue una aeronave respecto al norte. A veces basta con corregir unos pocos grados para que todo el vuelo cambie de destino.*

La charla con Josh me ha despejado. A pesar de que ha rechazado mi invitación a desayunar, me ha dejado de buen humor. Lo único malo es que ahora voy a tener que empezar a correr. Y juraría que no corro desde la época en la que lo hacía detrás del autobús del colegio, cuando llegaba tarde.

¿En qué momento se me ocurrió decirle con tanta naturalidad que yo también corría? ¿Y si algún día, por alguna razón, acepta y me propone salir a correr juntos?

Llevo un par de horas deambulando por la cocina cuando mi madre me abraza por detrás.

—Cuando llegué estabas durmiendo tan tranquila que no quisimos despertarte. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. ¿Qué tal los pisos?

—Hay uno perfecto. Te va a encantar —dice, con esa sonrisa que siempre pone cuando cree haber encontrado algo ideal—. He seleccionado tres de la lista. Tenemos citas a las once, a las doce y el tercero después de comer.

Estoy deseando vivir sola, tener mi propio espacio y, de paso, dejarles el suyo. Pero descubrir de repente que mi día libre ya está

organizado al minuto no es exactamente lo que tenía en mente. Mi madre me lo nota en la cara e intenta no abrumarme con demasiada información.

El primer piso está a solo unas manzanas de casa. El barrio es tranquilo, residencial, con muy poca actividad comercial, justo lo que buscaba para que mis horarios absurdos de sueño no se conviertan en un problema.

El chico que nos lo enseña no debe de tener muchos más años que yo y empieza a enumerar las virtudes del apartamento como si estuviera recitando un texto aprendido de memoria.

—Dos dormitorios, un baño, cocina completamente equipada y un pequeño salón con balcón y vistas al parque. Muebles de diseño, reforma reciente de 2025. Es muy tranquilo, los gastos están incluidos en el alquiler. Dos semanas de fianza…

Yo dejo los detalles técnicos a mi madre. Por muy adulta que me considere, sigo perdiéndome en esas cuestiones, y sé que ella, cuando se trata de negociar, siempre lo hará mejor que yo.

El piso me gusta, pero no puedo decir que me enamore.

El segundo de la lista es un *loft* precioso, con mucha luz y una distribución abierta que parece sacada de una revista de diseño. El problema es el precio. Para los días que voy a usarlo, se me escapa demasiado del presupuesto.

Entre vuelos, rotaciones y hoteles, puede que pase en él diez días al mes como mucho.

Mi madre y yo solo necesitamos una mirada breve para entendernos.

Este no. Por muy bonito que sea.

De manera sospechosa, los tres apartamentos que ha seleccionado están bastante cerca de su casa. No voy a quejarme, la

verdad. Si alguno de ellos termina convenciéndome, tenerla cerca será un plus.

Aunque no lo vaya a reconocer en voz alta, vivir sola también me da un poco de miedo.

Es extraño, porque al mismo tiempo lo estoy deseando.

Mi madre y yo siempre hemos sido un tándem, un pequeño equipo que ha aprendido a arreglárselas sin nadie más. Una cosa es viajar por el mundo y volver sabiendo que todo sigue en su sitio; otra muy distinta es abrir la puerta y encontrarte un piso vacío.

El último de los apartamentos está en Echo Park.

Hacemos tiempo entrando en Stories, una librería-cafetería acogedora que parece sacada de una postal del barrio. Las estanterías se elevan hasta el techo y están repletas de libros de todos los tamaños, algunos perfectamente alineados y otros apilados en pequeñas columnas que dan la sensación de que alguien los ha dejado ahí después de hojearlos con calma.

Hay gente sentada en mesas pequeñas, mirando volúmenes con gesto concentrado. Otros trabajan con sus portátiles abiertos mientras saborean el café sin prisa, haciendo que parezca que el tiempo, en este lugar, avance a un ritmo distinto al del resto de la ciudad.

Pedimos algo para almorzar: una tostada con aguacate y un sándwich de pollo, acompañados de café y agua con gas. Nos sirven rápido, en platos sencillos, sin decoración ni pretensiones, el tipo de comida pensada para alguien que necesita comer bien y seguir con el día sin perder demasiado tiempo.

Nos sentamos junto al ventanal, desde donde se ve parte de la calle y el ir y venir tranquilo de la gente del barrio. Mientras saboreo mi café, mi madre vuelve al tema del piso que vamos a visitar.

—Creo que te va a gustar —dice, inclinándose hacia delante mientras baja la voz, como si estuviera compartiendo un secreto—.

Es luminoso, con ventanas grandes en la sala y la cocina abierta al salón. Nada lujoso, pero con espacio suficiente para moverse con comodidad. El baño es pequeño, pero muy práctico, y la distribución está bien pensada. Hace que todo parezca más grande de lo que realmente es.

Comemos despacio. Entre bocado y bocado seguimos hablando, sin demasiada prisa. A pesar de haber dormido esta vez de maravilla, el cansancio todavía se me nota un poco en la cara. Supongo que mi cuerpo aún está intentando decidir en qué huso horario quiere vivir hoy.

A grandes rasgos le cuento mi último vuelo a Tokio: algunos detalles de la ciudad, cómo mis compañeros llevaron a los nuevos al famoso cruce de Shibuya y cómo pude ver por fin la estatua de Hachikō.

—No tuve tiempo de mucho más, mamá —le explico mientras dejo el cuchillo sobre el plato—. No estamos allí para hacer turismo. Voy a trabajar.

—Lo sé, Alice —responde con una sonrisa tranquila—, pero ya que estás en esos sitios tan increíbles, intenta aprovechar un poco. No todo tiene que ser trabajo.

Luego llega la pregunta que sabía que acabaría apareciendo tarde o temprano.

—¿Y qué tal con los compañeros?

—Bien, son bastante agradables. El ambiente es bueno, ya sabes…

—No, no lo sé —dice, negando ligeramente con la cabeza—. ¿Qué tal el comandante? A Wallace le cogiste bastante cariño.

El comentario le sale inocente, completamente natural, pero a mí me atraviesa de golpe.

Me atraganto con el trozo de tostada que estaba masticando.

Empiezo a toser sin control, intentando que el aire vuelva a circular por mis pulmones. Los ojos se me llenan de lágrimas y, a ciegas, alcanzo el vaso de agua para dar un sorbo apresurado.

—Alice, respira —dice mi madre con calma.

Escuchar esa combinación de palabras ya no va a volver a ser lo mismo.

No cuando llevo tres días soñando, dormida o despierta, con mi comandante.

Y sí, claro que le estoy cogiendo cariño. Aunque, siendo completamente sincera conmigo misma, no estoy segura de que esa sea exactamente la palabra que mejor define lo que Josh me provoca.

—Mamá, por favor, no me digas que respire, ¿de acuerdo? —consigo decir al fin, cuando logro dejar de toser y recuperar el aire.

—¿Qué pasa?

A ver cómo le explico que la última vez que escuché esa frase fue en el sueño que tuve anoche. Que en ese sueño mi comandante, Josh Edwards —unos trece años mayor que yo— estaba sentado en un sofá, sin pantalones, y yo arrodillada frente a él con su polla en la boca.

Que después me agarraba del pelo con firmeza, me apartaba de él lo justo para obligarme a mirarlo y me susurraba sonriendo, con esa voz grave que parece quedarse vibrando dentro del pecho:

—Alice, no seas avariciosa… y respira.

Así que se lo repito a mi madre, intentando que mi voz suene lo más normal posible.

—Lo que oyes. No me vuelvas a decir esa expresión.

El apartamento, por suerte, me ayuda a cambiar de tema mental casi al instante.

Es mucho mejor de lo que mi madre me había descrito. Está completamente equipado y decorado con un gusto impecable, bastante mejor del que probablemente tendría yo si me tocara elegir cada mueble desde cero. Todo parece pensado para que alguien llegue, deje la maleta en un rincón y empiece a vivir allí sin tener que preocuparse por nada.

Mientras mi madre habla con el agente inmobiliario, saco el móvil y hago un cálculo rápido en Maps.

Cinco minutos en coche hasta casa de Ethan.

Menos de treinta minutos hasta el aeropuerto.

Y apenas unas manzanas andando hasta la casa de mi madre.

Levanto la vista y la miro de reojo.

Creo sinceramente que lo ha hecho a propósito. Que se ha guardado este piso para el final porque sabía perfectamente que sería el que más me gustaría.

Esta vez el agente inmobiliario es un señor de unos sesenta años, muy simpático, con ese aire de hombre que está a punto de jubilarse y que ya no tiene ninguna prisa por nada. Nos explica todo el proceso con calma, repasando cada detalle despacio mientras saca los papeles del contrato y los coloca sobre la mesa con gesto ceremonioso.

Está claro que desea cerrar la operación cuanto antes.

Y yo, mientras mi madre se encarga de todos esos detalles técnicos que todavía me superan un poco —condiciones, cláusulas, plazos y cifras que me suenan a otro idioma—, me dedico a lo que de verdad me importa.

Abro cajones, reviso armarios y compruebo si las puertas cierran bien.

Y, por supuesto, entro en el baño para probar la presión del agua de la ducha, que para mí es casi tan importante como la ubicación del piso.

En menos de media hora todo está hecho.

He firmado el contrato y, sin darme demasiado tiempo a pensarlo, ya tengo en el bolsillo la llave de la que será mi nueva casa.

Mi nueva aventura.

Lo primero que hago es escribirle a mi hermano Ethan.

Acabo de alquilar un apartamento. Me mudo a Echo Park. Felicítame.

Con Ethan siempre tengo que recordarle que los acontecimientos importantes en la vida de las personas que quieres deben celebrarse como si fueran propios. Él nunca ha sido especialmente bueno en eso de reaccionar con entusiasmo.

Aunque ahora tiene a Lydia —y he de reconocer que desde que está con ella ha mejorado bastante en eso de expresar sentimientos —, todavía necesita que le recuerde de vez en cuando que las alegrías de tu familia se celebran, y que las desgracias se ahogan con cerveza o con helado de vainilla y nueces.

Su respuesta llega enseguida.

Y viene acompañada de una cantidad absolutamente excesiva de *emojis*: una chica bailando, palmas, corazones, besos…

No necesito ser un genio para saber que ese mensaje no lo ha escrito mi hermano.

Eso es claramente obra de mi futura cuñada.

Un segundo después el móvil suena con una llamada de Ethan.

—¿Vamos a ser casi vecinos? —me pregunta nada más descolgar, sin darme tiempo a decir ni hola—. ¿Cuándo pensabas decirme que te independizabas?

—Te lo estoy diciendo ahora mismo, Ethan —respondo riendo —. Estoy con mamá.

Al fondo escucho la voz de Lydia, ahogada pero perfectamente reconocible, felicitándome y mandándole saludos a mi madre.

Ethan, como siempre, es bastante menos efusivo. Pero lo conozco lo suficiente para notar que, por el tono de su voz, lo está celebrando… a su manera.

—Es un paso importante —dice al fin—. Y Echo Park es un buen barrio. Estarás bien.

—Lo sé —le confirmo con una sonrisa—. Además, está muy cerca de casa de mamá, muy bien comunicado con el aeropuerto y a un paso de vuestra casa. Así podré ir a ver a mis sobrinos siempre que quiera.

Aprieto los labios para evitar que se me escape una carcajada por la ocurrencia que acabo de soltar. Si estuviera ahora mismo en la misma habitación que Ethan, tengo clarísimo cuál sería su reacción: lo vería blanco como el papel, completamente inmóvil, con esa expresión entre el pánico y la incredulidad que se le queda cuando algo se le escapa de control.

Probablemente estaría buscando con la mirada algún respaldo de silla, una mesa o cualquier superficie sólida donde apoyarse para no caerse del susto.

—Ethan —lo llamo por el auricular cuando no me llega su respuesta—. ¡Ethan! Es una broma, ¿vale? Tranquilo, hombre.

Del otro lado de la línea solo escucho un silencio denso durante unos segundos. Lo suficiente para confirmar que se ha quedado completamente bloqueado.

Entonces aparece otra voz.

—¿Se puede saber qué le has dicho a tu hermano?

Ahora es Lydia la que habla, y no me equivocaba en mis suposiciones. Ethan debe haberse quedado sin capacidad de reacción solo ante la idea de convertirse en padre.

—Nada, cuñada —respondo, apoyando el hombro contra la encimera mientras miro a mi madre, que intenta disimular la risa—. Ya sabes cómo es. Se asusta por todo.

Lydia suspira al otro lado del teléfono, aunque juraría que también se está riendo.

—Oye, hablando de asustarse… —continúa—. Tengo que ir de compras y sé perfectamente que lo odias. Así que he pensado en una alternativa mejor. ¿Cuándo crees que tendrás unos días libres para que me acompañes?

Parpadeo un par de veces.

—¿Quieres que te acompañe?

No sé muy bien si sentirme horrorizada o halagada. Ir de compras no es exactamente mi idea de pasar un día apetecible.

—¿No te lo ha dicho tu madre? —empieza a explicarme con ese tono suyo que mezcla emoción y ligera desesperación—. Estoy terminando de elegir las flores para la ceremonia, los centros de mesa, el sabor de la tarta y la música para el cóctel. Para el vestido vinieron mi madre y Sheryl, pero para todo lo demás os necesito.

Hace una pausa breve antes de añadir, con dramatismo perfectamente calculado:

—La boda es dentro de solo dos meses, Alice. Me falta tiempo por todos lados.

Puedo imaginarla a la perfección mientras habla: de pie en medio del salón, con el móvil en una mano y probablemente una

libreta llena de listas en la otra.

—¿Qué me dices? —insiste.

Pienso a toda velocidad en mis rotaciones.

—Mañana vuelo a París; luego, después de los dos días de descanso, de nuevo a São Paulo —le voy enumerando mientras repaso el calendario mentalmente, marcando los días con los dedos sobre la encimera—. Es un poco lío, pero tengo los cuatro últimos días de agosto libres. ¿Te sirve?

—Mmm… —La escucho pensárselo al otro lado del teléfono—. Tendré que conformarme con eso. No hagas planes para esos días, por favor. Te necesito. A tu hermano le sale urticaria cada vez que hablamos de la boda.

Resopla con dramatismo.

—Te juro que si no fuera por otros detalles, pensaría que se está arrepintiendo.

—Sabes perfectamente que no —le contesto sin poder evitar una sonrisa—. Ese inútil está loco por ti.

—Eso espero —responde Lydia—, porque no te imaginas la que están liando mis padres en Texas.

En su voz hay una mezcla curiosa de nervios, emoción y un ligero agotamiento que entiendo perfectamente.

—Estoy sola aquí, Alice, y…

—No estás sola, ¿de acuerdo? —la interrumpo con suavidad—. Sé que yo no puedo estar disponible todo lo que necesitas, pero mi madre sí, y estará encantada de ayudarte. Y yo con ella.

Se hace un pequeño silencio.

—Es extraño, ¿sabes? —dice Lydia al cabo de unos segundos—. Tu madre, en realidad, no tiene ningún parentesco con Ethan y, aun

así…

Su voz se quiebra ligeramente. Lo noto incluso sin verla.

—Os lo agradezco muchísimo.

Me apoyo contra la encimera de la cocina y respiro hondo antes de contestar.

—Vale, Lydia. Sé que soy bastante más joven que vosotros, pero te noto demasiado emocional. Creo que son los nervios de la boda, y es completamente normal. Ahora pásame a mi hermano, por favor… y cuenta conmigo para esos días.

Escucho el ruido del móvil cambiando de manos.

Un segundo después es Ethan quien vuelve a hablar.

—Entonces… ¿cuándo inauguramos el piso?

—Pronto. Pero escucha antes una cosa, Ethan.

Hago una pausa breve para asegurarme de que tengo toda su atención.

—¿Sabes esas veces que no te enteras de nada y tengo que decirte las cosas yo?

—Sí…

—Pues esta es una de esas veces.

—¿A qué te refieres? —pregunta, claramente desconcertado.

—A Lydia. La que va a ser tu mujer dentro de dos meses —le digo, alzando un poco la voz—. Ponte las pilas y ayúdala. O al menos muestra algo de interés en la boda, ¿de acuerdo?

—¿Te ha dicho algo? Yo… yo es que…

Cierro los ojos un segundo.

Mi hermano es mayor que yo, pero en lo que se refiere a sentimientos es exactamente lo que siempre le digo que es: un discapacitado emocional, y no pasa nada; él lo asume, yo intento educarlo, y la pobre Lydia lo acepta porque también está completamente loca por él.

Se casan dentro de poco más de seis semanas, y yo sigo sin vestido ni pareja.

CAPÍTULO 12

JOSH

Los Ángeles- París

TCP (Tripulante de Cabina de Pasajeros): miembro de la tripulación encargado de la seguridad y el bienestar de los pasajeros durante el vuelo. En el aire, cada uno cumple su función.

Los vuelos nocturnos son de lo peor que recuerdo de este trabajo. Es cierto que el viaje en sí es tranquilo: la mayoría del pasaje está casi todo el tiempo durmiendo y apenas se producen incidencias. Salir por la noche, sin embargo, significa perder completamente el día de descanso. Me paso la jornada entera intentando dormir con el sol entrando por las ventanas del hotel, luchando contra el ruido de la ciudad y contra un cuerpo que se niega a entender qué hora es realmente. Al final, en lugar de descansar, lo único que consigo es destrozar todavía más mi horario corporal.

Alice llega a la cabina con un peinado distinto. No soy precisamente un experto en esas cosas, pero cuando se quita la gorra veo algunas trenzas finas recorriendo su cabeza, perfectamente alineadas entre el cabello oscuro. No sé muy bien por qué me llaman tanto la atención, pero me descubro mirándolas más de la cuenta.

Y ella lo nota.

El vuelo transcurre con la rutina habitual, aunque esta vez Janice se ha pasado entrando en cabina más de lo normal. El motivo no tarda en quedar claro.

Natalie Portman viaja entre el pasaje de primera clase.

—Esa mujer es todo elegancia y sofisticación —nos informa nada más despegar, apoyándose en el marco de la puerta con evidente entusiasmo—. Es vegana, ¿lo sabíais? Le he servido yo el menú especial que solicitó. Es… menuda mujer.

Alice y yo nos miramos de reojo. Yo intento aguantar la risa mientras Janice continúa con su informe improvisado.

—En serio, nunca he conocido a nadie tan inteligente —vuelve a la carga unas horas después, cuando la cabina está sumida en la calma de la madrugada—. Esa mujer es…

—Janice, por favor, intenta ser un poco más profesional —la interrumpo—. Además, dudo mucho que puedas evaluar su nivel de inteligencia solo por haberle servido unos raviolis de verduras.

Janice pone los ojos en blanco.

—Eso se nota —insiste—. Y os diré una cosa: esa mujer me hace dudar de mi sexualidad. Es perfecta.

Al menos sus comentarios han hecho el vuelo algo más llevadero. También me han servido de distracción, y de excusa perfecta para no tener que hablar demasiado con Alice. Nuestro piloto de relevo hoy también ha ayudado; es la primera vez que volamos juntos y todo ha sido mucho más mecánico, más técnico, más profesional.

Cuando aterrizamos y ya estamos lejos de las miradas del resto de la tripulación, Alice me coge del brazo a la altura del bíceps.

Me tenso al instante.

No sé si es una paranoia mía, pero tengo la sensación de que deja la mano ahí más tiempo del que se podría considerar conveniente.

—Bueno, Josh —dice con una media sonrisa—. ¿Vas a decirme el truco *pro* número cuatro o piensas escribírmelo más tarde, cuando ya no sea necesario?

Esto tengo que cortarlo cuanto antes.

Quizá me paso un poco de la raya, pero la sutileza nunca ha sido una de mis cualidades más destacadas.

—No, hoy no te escribiré —respondo con frialdad—. Además, he quedado con una amiga, así que supongo que nos veremos mañana… o no lo sé, Alice. Solo descansa.

Me alejo antes de ver su reacción y arrepentirme.

Le doy la espalda y camino directamente hacia mi habitación. Tengo el tiempo justo para descansar un par de horas, comer algo rápido y darme una ducha antes de que venga Madeleine.

Puntual como siempre, llama a la puerta a las nueve de la noche.

Cuando abro, me encuentro de frente con una Alice claramente molesta, con el ceño fruncido y una pequeña arruga que, ya reconozco enseguida, se le forma en medio de la frente cuando algo no le gusta.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —me suelta nada más abrir la puerta.

—No me pasa nada —contesto con frialdad, sosteniendo su mirada sin apartarla.

Alice no entra. Se queda plantada en el pasillo, completamente quieta, salvo por los brazos que cruza sobre el pecho con un gesto defensivo. Lleva una sudadera ancha, demasiado grande para su cuerpo y, aun así, me parece lo más *sexy* que he visto en mucho tiempo.

—Algo debe pasarte —insiste—. Y no sé si he dicho alguna cosa que te ha molestado o…

—Alice, este no es el momento —la interrumpo antes de que siga —. Mejor hablamos mañana, ¿de acuerdo?

En ese mismo instante aparece Madeleine por el pasillo y tardo apenas una fracción de segundo en comprender que el destino está siendo bastante cruel conmigo.

—*Bonsoir*, Josh. ¿Puedo pasar o esto se va a alargar mucho?

Madeleine se gira para mirar a Alice con descaro. Su mirada la evalúa de arriba abajo con una curiosidad que roza la provocación. Sin esperar mi respuesta, entra en la habitación sin necesidad de invitación.

Y ahora sí veo la cara de Alice.

La molestia que tenía hace unos segundos cambia de forma. Ya no es enfado.

Es algo peor.

Decepción.

No dice nada. Se da media vuelta con una dignidad que me resulta casi dolorosa de ver, camina por el pasillo sin mirar atrás y desaparece dentro de su habitación.

La puerta se cierra con un golpe suave.

Dentro de la mía, Madeleine ya se ha quitado la chaqueta y me observa con una ceja levantada.

—¿Drama con una azafata descontenta? —pregunta sin rodeos.

—No es una tripulante de cabina —la corrijo—. Es mi copiloto. Y no hay ningún tipo de drama.

—No es lo que me ha parecido, *mon chéri*.

Se sienta en la cama con naturalidad y empieza a desabotonarse la blusa con movimientos lentos.

—No pasa nada —añade con tranquilidad—. Lo nuestro no es exclusivo. Yo tampoco soy una monja cuando tú no estás.

No hace falta que me lo recuerde. Está casada y me consta —aunque nunca lo hayamos hablado abiertamente— que probablemente tenga al menos un par de amantes más.

Termina de quitarse la blusa y después la falda de tubo, quedándose solo en ropa interior.

La lencería es fina, delicada, de esas piezas que probablemente cuestan lo que muchos trabajadores normales ganan en un mes. Siempre trae algo diferente, algo caro y cuidadosamente elegido, y a veces me pregunto si lo estrena conmigo o si es algo que compra para luego volver a seducir a su marido.

Me coge de la mano y tira de mí suavemente para acercarme a la cama.

Sus dedos desabrochan mi cinturón mientras me observa con una sonrisa lenta, humedeciéndose los labios.

Sé perfectamente lo que viene ahora.

Mi polla se pone dura casi al instante.

—Al menos el drama no te ha quitado las ganas —dice mientras me la saca del pantalón—. Siempre es bueno ver que te alegras de verme.

En otras circunstancias observaría cómo me la coge y se la lleva a la boca. Siempre empieza despacio, recorriendo toda la longitud con la lengua desde la base hasta la punta, chupando con calma, con esa mezcla de paciencia y experiencia que la caracteriza.

Pero esta vez cierro los ojos casi por reflejo.

Y no es Madeleine a quien veo.

Es Alice.

Es su boca la que aparece en mi mente, la forma en que me miraría antes de inclinarse hacia mí.

Durante un segundo tengo la tentación de dejarme llevar, de quitarme las ganas sin pensar demasiado, pero la sensación que me recorre el pecho es incómoda, casi desagradable.

—Para, Maddie —le pido al final, apartando su cara con suavidad —. No puedo hacerlo.

Ella levanta la cabeza de inmediato.

—¿Qué?

—Lo siento, pero no estoy de humor.

La excusa suena pobre incluso para mis propios oídos, sobre todo teniendo en cuenta que sigo teniendo una erección bastante evidente.

—No estás hablando en serio. ¿Es por esa chica? —pregunta, echándose hacia atrás en la cama mientras se acomoda—. Te he dicho que no me importa. Es más, lo entiendo: es una joven preciosa y…

—No es por ella, ¿vale? —La mentira me sale sola, demasiado rápida para resultar convincente—. Es que estoy cansado del vuelo.

—No me jodas, Josh. He dejado a los niños con mi madre para pasar la noche contigo.

—Pues podemos hablar, si quieres —respondo, intentando mantener la calma—, pero no quiero tener sexo ahora mismo.

—¿Hablar?

El resto de palabras que salen de su boca son en francés, y mi conocimiento del idioma no da para tanto. Apenas entiendo lo imprescindible para pedir un café o reconocer los apelativos cariñosos que suele susurrarme mientras follamos. Lo que dice ahora no se parece en nada a eso, ni en el tono ni en la intención.

Madeleine empieza a vestirse deprisa mientras continúa con su monólogo en francés, cada vez más rápido y con el volumen

subiendo un par de tonos.

—Entonces… —dice al final, mirándome mientras recoge su bolso —. ¿Vas a dejar que me marche así?

—No te he dicho que te vayas —respondo con un suspiro—. Solo que podríamos hablar por una vez en lugar de pasar directamente al sexo, ¿no?

—¿De qué quieres hablar, Josh? —pregunta con una sonrisa amarga—. ¿De mis hijos? ¿De mi marido? Dime de qué temas podríamos hablar tú y yo.

—Antes lo hacíamos. Nos conocimos así, ¿recuerdas?

Madeleine me mira durante un segundo, y luego niega con la cabeza.

—No, Josh. No recuerdo cómo nos conocimos.

La respuesta me sorprende más de lo que esperaba.

—Venías de Césaire, con el bolso todavía nuevo entre las manos —le digo despacio, recordando la escena con claridad—. Te sentaste frente a mí en ese local estrecho, con la barra oscura y las mesas pequeñas pegadas al cristal. El Noir, uno de esos locales de paso, un café rápido en una calle elegante. Pero aquella tarde fue diferente. Todo se quedó quieto por un momento, como si el tiempo se hubiera detenido.

Hago una pausa breve antes de continuar.

—Dejaste el bolso en la silla de al lado, pediste sin mirar la carta y me sonreíste como si acabaras de tomar una decisión importante.

Madeleine me observa en silencio unos segundos.

—Es cierto —admite al final—. La decisión fue que quería conocerte. Estabas muy guapo con esa camisa de color vino.

—Entonces sí lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo, Josh —dice mientras se cruza de brazos —, pero eso fue hace casi un año. Hablamos todo lo que teníamos que hablar durante semanas. En todos tus viajes me escribías sin parar. Ahora solo me escribes para decirme cuándo puedo venir a verte.

Suena a reproche.

En ese momento entiendo que no es solo ella quien convirtió esta relación en algo meramente físico. Yo también tuve mi parte de culpa.

—Tienes razón —admito—. Y por eso creo que deberíamos dejar de vernos.

Madeleine se queda quieta.

—Espera… ¿no quieres que vuelva?

—Creo que será lo mejor —respondo.

La decisión la tomé en Los Ángeles, pero hasta que las palabras salen de mi boca no me doy cuenta de que realmente soy capaz de llevarla a cabo.

—Lo mejor para ti, ¿no? —pregunta, con los ojos ligeramente brillantes.

—Bueno… piensa también en tus hijos, en tu marido…

Madeleine vuelve a sonreír sin ganas.

—No me jodas, Josh. No pensabas en mi marido ni en mis hijos cuando me has estado follando todos estos meses. Tampoco pensabas en Armand cuando te la estaba chupando hace unos minutos.

Agacho la cabeza. Romper siempre es desagradable, incluso para quien toma la decisión de hacerlo.

—Es por esa chica, ¿verdad? —insiste—. He visto cómo la miras. No soy tonta, ¿sabes? Es una mirada diferente.

Esta vez me callo, porque me parece indecente mentirle dos veces seguidas a la cara. Y, sin embargo, mientras guardo silencio, una pregunta incómoda empieza a abrirse paso en mi cabeza.

¿Estoy rompiendo este acuerdo con Madeleine por algo que ni siquiera sé si llegará a ocurrir?

Porque, lo tengo claro es que no pienso empezar una relación de ningún tipo con una chica tan joven, con la que además trabajo y que, siendo completamente sincero conmigo mismo, empiezo a sospechar que puede convertirse en mi auténtica perdición.

Mi silencio le da a Madeleine la respuesta que buscaba.

—Tu silencio habla por ti —dice al fin, contestándose a sí misma —. Perfecto, Josh Edwards. Espero que te aproveche la jovencita. No me llames cuando te canses de ella.

Da un portazo al cerrar la puerta de la habitación.

Y así es como se va.

Con elegancia pero haciéndose notar.

Al día siguiente me encuentro varios mensajes suyos en el móvil. En algunos me pide disculpas; en otros se excusa diciendo que tengo razón, que quizá podríamos vernos aunque solo fuera para hablar. Los últimos ya suenan directamente a súplica, y cuando leo que está dispuesta a dejar a Armand, siento un golpe de pánico en el estómago.

No le contesto.

Al menos no inmediatamente.

Bajo al comedor del hotel para desayunar y enseguida me doy cuenta de que Alice no está con el resto de la tripulación. Miro

alrededor con discreción, pero no la veo por ningún lado. Pregunto por ella, aunque intento que suene casual.

Nadie sabe nada.

Durante un instante me planteo escribirle, llamarla o incluso subir directamente a su habitación para comprobar que está bien. Pero antes de hacer nada de eso sé que tengo que zanjar definitivamente mi historia con Madeleine.

La mañana la pasamos en Noir, la misma cafetería donde nos conocimos.

Esta vez todo me parece diferente.

El local sigue siendo el mismo: la barra oscura, las mesas pequeñas pegadas al cristal, el murmullo discreto de las conversaciones mezclado con el ruido de las tazas sobre la porcelana. Sin embargo, algo en el ambiente parece más frío que la primera vez que estuvimos aquí.

Madeleine llega elegante, como siempre. Perfecta, como si acabara de salir de un salón de belleza, lo cual probablemente sea eso lo que ha hecho mientras esperaba nuestra cita.

Su pelo huele a champú caro cuando me abraza.

Su piel se ve radiante.

Y me sonríe.

Tiene una expresión completamente distinta a la de anoche, cuando se marchó dando un portazo.

—Tenías razón —dice en cuanto nos sirven el café—. Antes teníamos algo más que sexo y he descuidado esa parte y…

—No sigas, Madeleine —la interrumpo con suavidad—. Esto debe acabar aquí. No podemos volver a vernos.

Las lágrimas se le escapan a pesar de sus esfuerzos por contenerlas. Siempre ha sido una mujer fuerte, segura de sí misma, y verla ahora así, vulnerable, me provoca un nudo incómodo en el pecho.

Durante un momento me pregunto si estoy cometiendo un error.

Pero algo ha cambiado en mí.

Este acuerdo ya no me basta, ya no me siento cómodo.

Y es así como Madeleine sale definitivamente de mi vida.

CAPÍTULO 13

ALICE

París

Touch and Go *(toma y despegue): maniobra en la que el avión toca la pista y vuelve a despegar sin detenerse. A veces acercarse demasiado no significa quedarse.*

Truco pro *número 4: Debes acostumbrar tu cuerpo al horario de comidas del destino. Hoy te has saltado el desayuno.*

¿En serio?

¿Ahora se digna a escribirme para darme consejos?

Billy ha preguntando en el grupo si alguien se animaba a visitar el cementerio de Père-Lachaise. Para tumbas estoy yo… Cuando declino la invitación, los más veteranos empiezan a enumerar todas las maravillas del lugar con entusiasmo, como si estuvieran hablando de un parque de atracciones y no de un cementerio.

Nunca había pensado que visitar algo así pudiera ser una atracción turística, pero parece ser que en ese lugar están enterrados personajes ilustres como Jim Morrison, Oscar Wilde e incluso Chopin.

Josh no comenta nada. Nunca lo ha hecho desde que entré en el grupo, pero cuando el móvil vibra con un nuevo mensaje suyo en privado sé perfectamente que está pendiente de todo lo que escribimos.

Truco pro *número 5: aprovecha al máximo la luz natural. Deberías aceptar la propuesta de Billy.*

Esto ya es demasiado.

Empiezo a teclear en el teléfono con furia. Escribo una respuesta, la borro, respiro hondo y vuelvo a escribir. Cuanto más tardo en enviarla, más noto cómo el enfado se me va acumulando dentro. Me da la sensación de que cada mensaje que borro es como echar más gasolina al incendio que llevo arrastrando desde anoche.

Y lo peor de todo es que, cuando pienso en los motivos, cuando intento analizar qué demonios es lo que me ha molestado tanto, con quien termino enfadándome es conmigo misma.

¿Qué soy yo para ese hombre?

Una compañera más. Su copiloto.

Una chica a la que conoce desde hace apenas unas semanas.

¿De verdad pretendía que fuera… célibe? ¿Un monje que no tiene sexo? ¿Mi príncipe azul, virgen, esperando toda la vida para conocerme?

Por Dios.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que esto no es más que un arrebato ridículo de adolescente celosa que descubre que el chico que le gusta tiene novia.

Y menuda novia.

La de ayer no era una mujer cualquiera. No me hizo falta más de diez segundos para oler su perfume caro, y apenas un minuto para darme cuenta de que toda la ropa que llevaba costaba más que mi sueldo de un mes.

Y soy piloto de American Airlines. Me pagan bastante bien.

Además, está ese estúpido acento francés.

Josh debe de ser de esos hombres que tienen una amante en cada destino al que volamos. Eso es exactamente lo que me

contaron durante nuestra primera rotación en Brasil, y es justo lo que ahora estoy comprobando con mis propios ojos.

No sé por qué me molesta tanto.

O bueno… claro que lo sé.

Porque soy idiota y siempre termino fijándome en hombres emocionalmente no disponibles o, lo que es todavía peor, completamente incapacitados emocionales.

Vuelvo a escribirle.

Puedes meterte tus trucos por donde te quepan.

Enviar. Enviado.

Ni siquiera me da tiempo a arrepentirme.

Unos golpes suaves me sobresaltan. Alguien está llamando a mi puerta con los nudillos, con ese golpecito discreto que se da en los hoteles para no llamar demasiado la atención en el pasillo.

Cuando abro, es Josh.

Está de pie frente a mí con el móvil en la mano, mirando la pantalla como si acabara de leer mi mensaje. Levanta la vista despacio y me observa con una calma que me irrita todavía más.

Enderezo la espalda casi por reflejo.

Josh es alto. No exageradamente alto, pero lo suficiente para que, cuando se coloca tan cerca de mí, tenga la incómoda sensación de que me reduce de tamaño.

—¿No te gustan mis trucos *pro*? —pregunta con absoluta tranquilidad, como si mi mensaje no fuera lo más agresivo que he escrito en todo el día.

No parece ofendido.

Ni siquiera sorprendido, y eso me enfada todavía más.

—Eso no son trucos —empiezo a decir, cruzándome de brazos—. Eso lo sabe todo el mundo. Es lo primero que aparece en Google cuando buscas cómo combatir el *jet lag*. Además, es exactamente lo primero que nos recomiendan en la compañía cuando empezamos a volar largas distancias, así que no sé por qué los llamas trucos *pro* cuando son de todo menos…

—¿Siempre hablas tanto?

La interrupción me deja congelada durante un segundo.

Mis ojos se abren de golpe, y esa expresión no ayuda en absoluto a calmar el incendio que ahora mismo siento recorriéndome las venas.

—Mira, sí —le respondo, clavándole la mirada—. Y, si te molesta, te puedes ir a la mierda.

Estamos en mitad del pasillo del hotel.

Una mujer pasa por delante de nosotros arrastrando su maleta y murmura algo en francés que no alcanzo a entender, pero su expresión lo dice todo. Nos observa con una mezcla de curiosidad y resignación, la mirada típica de quien se topa con una pareja en plena discusión.

Probablemente esa sea la impresión que estamos dando.

Cuando intento cerrar la puerta en sus narices para terminar de una vez con esta conversación absurda, Josh reacciona antes de que pueda hacerlo.

Sujeta la puerta con la mano y entra en la habitación sin pedir permiso.

La cierra detrás de él con gesto tranquilo, seguro de su derecho a estar allí.

No sé muy bien por qué me pongo nerviosa. La discusión podría haberse quedado allí mismo, en el pasillo. Podría haberle dicho

«lárgate» o «no quiero hablar nada contigo» y cerrar la puerta sin darle más vueltas.

Pero no voy a engañarme.

No quiero que se vaya a ningún sitio y quiero hacer algo más que hablar.

Estoy celosa.

Lo peor es que sé perfectamente que él es consciente de ello, y eso me coloca en una posición vulnerable en la que siento que le entrego todo el poder. No quiero darle ese poder a ningún hombre. Me enseñaron exactamente lo contrario, a no depender de nadie y a mantener siempre el control y, sin embargo, en este momento estoy fallando de manera estrepitosa.

Josh me sigue por la habitación mientras camino sin rumbo entre la cama y la ventana, y de repente me siento inferior a esa jodida francesa.

Ella, con su elegante falda de tubo, su blusa de seda y sus tacones imposibles.

Yo, en cambio, llevo ropa deportiva cómoda y ridículamente infantil. Una sudadera de Tom y Jerry que ahora mismo me parece una elección absolutamente lamentable.

Parezco una cría. Además, una bastante idiota.

—No has bajado a desayunar ni te has ido a pasear —dice a mi espalda con tono tranquilo—. ¿Te has pasado toda la mañana aquí metida?

—¿Y a ti qué te importa? —intento sonar borde, pero en cuanto escucho mi propia voz me doy cuenta de que no resulta demasiado convincente.

—Eres mi copiloto —responde—. Tienes que estar en plenas facultades para volar, ¿recuerdas? Los dos debemos estarlo.

Josh da un par de pasos más dentro de la habitación y aprovecha para observar el espacio con discreción. Sus ojos recorren la cama deshecha, la maleta abierta sobre la silla y la chaqueta que he dejado tirada sobre la mesa.

También lleva un perfume caro, o quizá sea el olor de su *aftershave*. Acaba de afeitarse y el aroma todavía se nota cuando se mueve.

—No te preocupes por eso —replico intentando aparentar más seguridad de la que siento—. Además, yo no te pregunto lo que haces ni con quién.

—Yo he estado con mi amiga. La que viste anoche.

No sé por qué demonios siente la necesidad de especificar que es esa amiga.

O quizá sí lo sé.

Tal vez necesita aclararlo porque tiene varias de esas en París.

El comentario vuelve a encender algo dentro de mí y tengo la sospecha de que lo hace a propósito, que me está probando, empujándome un poco más para ver hasta dónde llego.

Lo peor es que consigue manejarme con una facilidad que me irrita profundamente.

—Ya.

—Sí —continúa—. Madeleine se fue bastante enfadada anoche y… hoy hemos quedado para hablar.

—Muy bien —respondo, encogiéndome de hombros—. No sé por qué me cuentas eso. No me importa lo que hagas.

—¿No te importa?

—No. Eres un hombre libre, ¿no? Puedes hacer lo que quieras con quien quieras mientras no afecte a tu trabajo.

—Lo sé, pero quería que supieras que esa mujer no es… bueno, no es mi pareja.

—Entiendo —digo—. Es un lío que tienes en París.

—Lo era —me corrige con calma.

—Aclarado. Lo era, en pasado.

Vuelvo a sentir el mismo nerviosismo que me acompaña desde que entró en la habitación. En realidad no ha desaparecido en ningún momento, solo había quedado enterrado bajo el enfado.

Ahora vuelve a subir.

Cuando me dice que ha roto con esa francesa, noto que el aire entra en mis pulmones de forma irregular y mi cabeza tarda un instante en ordenar las ideas.

¿Qué está intentando decirme exactamente?

¿Se está disculpando?

—Pero te cuento esto por algo más —continúa Josh, mirándome con una seriedad que no había mostrado hasta ahora—. Quiero que sepas que no me gustan los compromisos. No soy bueno para mantener relaciones y tampoco quiero tenerlas.

Hace una pausa breve antes de terminar la frase.

—¿Entiendes?

Oh, joder. No es una disculpa. Es otra cosa muy distinta.

Lo está diciendo por mí, eso lo sé de sobra, pero soy una persona a la que le gusta que le dejen las cosas claras. No me van las medias tintas ni las verdades a medias, y si quiere dejar algo en claro tendrá que ser mucho más explícito.

—¿Estás intentando decirme algo, Josh? Porque no te sigo.

—Sí —carraspea antes de continuar—. En realidad he venido a decirte que no puede pasar nada entre nosotros y quiero que tengas claro que nuestra relación debe mantenerse completamente profesional.

—Ohhh… ahora lo entiendo —respondo alargando la frase con ironía—. Crees que quiero algo contigo, ¿no? ¿Es eso?

—¿No quieres?

Lo miro durante unos segundos en silencio.

—De verdad que he conocido a hombres arrogantes en mi vida pero, chico, tú te llevas la palma, ¿sabes? ¿Acaso crees que soy una de esas tías a las que les impresiona un uniforme? Yo también llevo un uniforme —exclamo señalándome a mí misma—, ¿te enteras?

Debo de sonar bastante ridícula, porque ahora mismo estoy vestida con esta estúpida sudadera de dibujos animados. De repente, además de enfadada, me siento profundamente indignada, y cuando eso ocurre soy perfectamente capaz de perder el control.

Él, en cambio, mantiene la calma con una serenidad irritante. Baja la cabeza un instante y asiente antes de responder.

—No lo digo por eso. Es solo que no quiero que pienses que no te considero atractiva porque, créeme, lo hago —explica con tono pausado—, pero somos compañeros, y luego está la diferencia de edad. Ya sabes.

—No sigas, ¿vale? —lo interrumpo antes de que lo estropee todo mucho más—. A ver si te enteras de una vez. Yo no te he pedido explicaciones, no las necesito ni las quiero. No sé qué idea te has hecho de mí, pero me parece de una arrogancia increíble lo tuyo.

Josh no responde. Simplemente asiente una vez más, se da media vuelta y se dirige hacia la puerta. Antes de salir se gira una última vez para mirarme.

—No quería que hubiera malentendidos —dice con calma—. Solo quería dejarlo claro.

—Lo has dejado clarísimo. Cristalino —respondo con sarcasmo, permitiéndome incluso parafrasear a Tom Cruise en Algunos hombres buenos—. Puedes largarte.

El clic de la puerta al cerrarse me suena a una bofetada en plena cara. Sale de mi habitación y me hago el firme propósito de que no me afecte, aunque tengo clarísimo que me va a costar muchísimo más cumplirlo que decirlo.

La cuestión es que sé perfectamente que enrollarse con un compañero de trabajo es una idea terrible. Sin embargo, que haya hecho alusión a la edad me ha afectado más de lo que me gusta reconocer. Que me diga que es el primer piloto comercial que no quiere sexo con una compañera… bueno, eso resulta poco creíble, pero lo entiendo y lo acepto, incluso aunque sepa perfectamente que lo ha tenido antes. Que reconozca que le resulto atractiva, por otro lado, es un pequeño tanto que me apunto, aunque preferiría no admitirlo ni ante mí misma.

Empiezo a dar vueltas por la habitación y cada vez que paso delante del espejo y veo las pintas que llevo me echo las manos a la cabeza. De verdad que me considero una persona madura, y todo el mundo suele tener siempre esa impresión de mí. Entonces… ¿por qué este es el único hombre con el que me siento tan niña?

Me detengo frente al espejo, que es de cuerpo entero, y lo observo con atención. La sudadera es un poco ridícula, eso no puedo negarlo, pero lo demás está bastante bien. Las mallas me hacen un culo estupendo, mi pelo tiene un brillo espectacular y mi cara… joder, mis ojos siempre han sido mi mejor arma.

Salgo al pasillo decidida a dejar clara también mi opinión. Lo cruzo con paso firme y me planto delante de su habitación.

La 117.

Cuando Josh abre la puerta lleva solo una camiseta blanca que le marca los músculos de los brazos y unos pantalones grises de chándal. Tengo que cerrar los ojos un segundo y concentrarme en respirar, porque resulta profundamente injusto que él se vea tan atractivo usando ropa cómoda mientras yo me siento como una adolescente en pijama.

—¿Querías algo? —pregunta.

Puede que mis ojos sean mi mayor fortaleza, pero también son mi mayor debilidad, porque lo que tengo en la cara refleja exactamente lo que llevo dentro. No puedo evitarlo.

Lo agarro de la camiseta con seguridad, con mucha más firmeza de la que pretendía usar cuando crucé el pasillo hasta su habitación. No es esto para lo que me he plantado en su puerta, pero a veces las cosas cambian en el último segundo y uno termina improvisando con lo que tiene a mano: el orgullo, el corazón o las hormonas.

El beso que le planto es de los que hacen época: intenso, apasionado, incendiario, y con más fuego del que incluso yo estoy preparada para apagar.

Es un beso que probablemente le deja las cosas mucho más claras a él que a mí misma, porque no era esto a lo que venía, joder. Yo solo quería decirle que no soy una cría, que soy mucho más madura de lo que piensa, que la diferencia de edad es una estupidez que no me pienso dignar ni a discutir, que no pretendo que nuestra relación vaya más allá de lo profesional y que está completamente equivocado si cree que yo lo considero atractivo.

En lugar de todas esas cosas que llevaba ensayando mentalmente en mi habitación, lo agarro de la camiseta y lo beso, y ese beso le dice exactamente lo contrario.

Cuando me separo de él, con los labios todavía húmedos y el corazón golpeándome en el pecho, veo la expresión de su rostro y entiendo que lo que ha interpretado es algo muy distinto.

Le ha quedado claro todo lo que se está perdiendo.

CAPÍTULO 14

JOSH

París- Los Ángeles

Chop: *turbulencia leve o moderada que hace vibrar el avión durante un tiempo prolongado. No todas se manejan igual.*

Mientras el minibús de la compañía nos lleva hacia el aeropuerto Charles de Gaulle, la observo.

Está sentada unas filas delante de mí, junto a la ventana. Yo me he colocado de forma deliberada en la parte trasera, al lado de Janice, que lleva hablando desde que subimos al vehículo. Parlotea sobre cualquier cosa que se le pasa por la cabeza —el menú del hotel, una anécdota de un vuelo anterior, algo que vio en una serie — mientras yo asiento de vez en cuando, fingiendo escucharla.

En realidad, no estoy escuchando nada.

Mis pensamientos siguen en otra parte.

En lo de anoche.

En la puerta de mi habitación.

En el beso que Alice me plantó en plena boca.

Me pilló completamente por sorpresa y, aunque apenas duró unos segundos, me acompañó durante toda la noche. Se quedó conmigo cuando me tumbé en la cama, cuando apagué la luz, cuando intenté dormir. Apareció en mis sueños y también en los momentos en que estaba despierto mirando el techo, intentando convencerme de que aquello no había significado nada.

¿Me siento culpable por haberme corrido pensando en ella?

Ni de lejos.

Es lo más normal del mundo.

Además, desde Tokio no he echado un polvo, y la mamada interrumpida de Madeleine me había dejado con un dolor de huevos que parecía a punto de explotar. Así que, en cuanto se marchó, hice lo que haría cualquier hombre en mi situación: me masturbé pensando en Alice, en su sudadera de dibujos animados y en las mallas ajustadas que llevaba debajo.

Lo malo es que ahora esos dibujos animados han quedado arruinados para siempre.

Lo bueno es que el orgasmo fue uno de los mejores que recuerdo en años.

Y fue una puta paja.

De todo esto saco dos conclusiones bastante claras. La primera es que tengo cierta debilidad por las mallas ajustadas, y que el culo de Alice es, sin discusión posible, uno de los mejores que he visto en toda mi vida. La segunda es que mantenerme alejado de esa tentación va a ser mucho más difícil de lo que imaginaba.

Porque voy a verla en cada viaje.

En cada escala, en cada cabina.

Y sé que, tarde o temprano, voy a tener que hacer un esfuerzo consciente para no intentar acostarme con ella.

Despedirme de París hoy me parece diferente.

En todos los años que llevo volando a esta ciudad, nunca me había sentido tan incómodo conmigo mismo como ahora.

Antes de despegar, echo una última mirada al móvil. Los mensajes de Madeleine siguen ahí, esperando a ser abiertos. No necesito leerlos para saber lo que dicen, así que deslizo la pantalla hacia abajo y termino en el Instagram de Sofía.

Ver sus fotos siempre consigue arrancarme una sonrisa.

En apenas unos días volveré a estar con ella y, aunque el tiempo que pasamos juntos siempre se me hace demasiado corto, su compañía tiene la extraña capacidad de poner las cosas en perspectiva.

Levanto la vista.

Alice está incómoda.

Me observa con ese disimulo que solo las mujeres saben manejar. Nosotros solemos ser bastante más torpes cuando intentamos mirar sin que se note, pero ellas dominan ese arte con una naturalidad que resulta casi irritante. Pueden observarte durante varios segundos y, cuando levantas la cabeza, parece que simplemente estaban mirando por la ventana o revisando el móvil.

El piloto de relevo apenas habla durante la preparación del vuelo. Cuando alcanzamos la altitud de crucero y la ruta queda estabilizada, se levanta y se marcha a descansar sin decir gran cosa.

La cabina queda en silencio.

Nos quedamos Alice y yo solos.

—Respecto a lo de anoche… —empieza a decir con un tono más serio de lo habitual—. Quiero disculparme contigo. No debí hacer eso y no volverá a suceder.

—Calloway, CVR en marcha —respondo de inmediato, señalando los micrófonos de cabina—. Ajusta rumbo tres dos cero.

La veo morderse el lateral de la mejilla. En el poco tiempo que llevo conociéndola la he visto hacer ese gesto un par de veces más, y en todas ellas su expresión cambia por completo. Es joven, sí, pero cuando la comparo con muchas de las chicas con las que he estado en Los Ángeles —con Madeleine e incluso con Kiyomi— tengo la sensación de que Alice se comporta con una madurez muy superior a la de todas ellas.

El silencio vuelve a instalarse en la cabina. Solo lo rompemos para las comunicaciones rutinarias del vuelo y las comprobaciones de siempre.

Pero estamos cruzando el océano, a más de treinta mil pies de altura, y tenemos una zona de turbulencia prevista sobre el centro del Atlántico.

—Alice, tenemos *chop* moderado entrando en cinco minutos —digo, apoyando las manos sobre los mandos—. Señal de cinturones encendida.

Ella pulsa el botón y adopta inmediatamente su tono más profesional para dirigirse al pasaje.

—Señoras y señores, vamos a atravesar una zona de turbulencia moderada. Por favor, permanezcan sentados con el cinturón abrochado y sigan las instrucciones de la tripulación.

Marco el interfono.

—Janice, ¿cabina y tripulación listas?

—Todo en orden, Josh —responde con su habitual calma—. Cabina asegurada, tripulación en posición.

Siento cómo el avión entra en la primera capa de aire irregular. Un temblor suave recorre la estructura y vibra ligeramente en los paneles de instrumentos. No es nada fuera de lo normal, apenas una sacudida leve dentro de la rutina de cualquier vuelo transatlántico pero, aun así, veo a Alice tensarse ligeramente en su asiento.

—Sam sigue descansando —le digo, refiriéndome al tercer piloto —. No lo despertamos por ahora. Si esto se pone más fuerte, lo avisaremos.

—Recibido. Mantendré velocidad y altitud —responde Alice, concentrada, ajustando la vista a cada leve movimiento del avión.

La aeronave vuelve a sacudirse, esta vez con algo más de intensidad, aunque el balanceo sigue siendo suave.

—*Chop* moderado, todo estable. Mantén rumbo y velocidad.

—Recibido, mantengo rumbo y velocidad.

El golpeteo rítmico del *chop* continúa durante unos segundos más antes de empezar a disiparse. Las vibraciones que recorren la columna de mando desaparecen poco a poco y el horizonte, que hasta hace un momento se movía ligeramente sobre el borde del parabrisas, vuelve a quedarse fijo en una línea limpia de azul profundo.

La tensión acumulada en mis hombros se afloja sin que me dé cuenta.

—Ya estamos fuera —digo, bajando un poco el brillo del radar—. El aire vuelve a estar limpio.

Alice deja escapar un suspiro apenas audible y relaja ligeramente la postura, aunque mantiene los ojos fijos en los instrumentos.

—Confirmado, Josh. Las lecturas de velocidad se han estabilizado —responde con calma renovada—. Voy a informar a la sobrecargo.

La veo pulsar el botón del intercomunicador.

—Cabina de mando a Janice. El aire está estable; podéis retomar el servicio, pero mantened todo asegurado por si acaso.

Me reclino ligeramente sobre el asiento mientras observo el panel central. Todo vuelve a ser una sucesión tranquila de números, luces y silencio mecánico.

Es una paz extraña, casi artificial, la que se encuentra a más de treinta mil pies de altura. En ese punto del cielo el mundo parece detenido, y lo único que rompe el silencio es el siseo constante del aire rozando el fuselaje mientras el avión avanza a ochocientos kilómetros por hora.

—Buen trabajo manteniendo el rumbo ahí atrás —le digo al cabo de un momento, sin mirarla directamente pero dejando claro el reconocimiento en mi tono—. Ha sido un tramo sucio.

—Gracias, capitán —responde ella sin apartar la vista del panel.

—Este *chop* es bastante estándar para esta ruta. Seguro que Wallace ya te pondría a prueba con algo así más de una vez.

El comentario es bastante absurdo, en realidad. Conozco perfectamente la manera de volar de Wallace.

Es una excusa torpe para iniciar una conversación con ella y romper la tensión que llevamos acumulando desde anoche.

Una tensión que, a diferencia de cualquier turbulencia, no tengo ni puta idea de cómo manejar.

Cuando me giro para mirarla, Alice me observa con una ceja ligeramente arqueada. Mis ojos, sin poder evitarlo, se deslizan hasta sus labios.

Dios.

Es tan bonita que duele.

—Sí, capitán —responde con aparente calma—. Este tipo de turbulencias no me afectan en absoluto.

—Sí, por supuesto. Además, ha sido un *chop* moderado, nada fuera de lo común.

—¿Seguro? —pregunta ladeando un poco la cabeza—. Porque juraría que le he visto tenso en varios momentos.

—Bueno… ya sabes. Una turbulencia siempre es algo que conviene tomarse en serio, por muy moderada y rutinaria que sea.

—¿Entonces te ha parecido eso? —hace una pequeña pausa antes de continuar—. ¿Rutinaria?

Ahora soy yo quien guarda silencio.

Fijo la vista en los controles, ajustando parámetros que no necesitan ningún ajuste y comprobando indicadores que ya están perfectamente dentro de los márgenes. No lo hago por necesidad técnica, sino porque mi cabeza necesita procesar la conversación que estamos teniendo.

¿Estamos hablando de turbulencias reales?

¿En el sentido literal de la palabra?

¿O se refiere a algo muy distinto?

—En realidad —continúo finalmente— cada turbulencia es diferente y única. Yo me las tomo todas con absoluta seriedad y con toda la profesionalidad posible.

—No esperaba menos de ti, Josh —dice ella con suavidad—, pero ambos sabemos que la intensidad de la turbulencia es importante.

—Eso es cierto.

—Y puedo asegurarte que con el comandante Wallace no las viví igual.

En ese momento trago saliva.

Si me quedaba alguna duda de que esta conversación sobre *chop* moderado y turbulencias escondía un segundo significado, basta con mirar la expresión de sus ojos para entenderlo.

—Sí… —Carraspeo ligeramente, intentando reconducir la conversación—. Ha sido un tramo sucio, pero está claro que tu experiencia con Wallace ha sido… positiva.

—A veces —responde con una media sonrisa que apenas intenta ocultar— el aire claro es el más peligroso, Josh. No aparece en el radar hasta que ya estás dentro, y para entonces las cosas pueden empezar a complicarse.

—Para eso estamos entrenados —replico—. Para evitar que llegue a ese punto, ¿no te parece?

Si quiere jugar con metáforas, puedo seguirle el juego.

—Por supuesto —responde, acomodándose un poco más en el asiento—, pero hay… pilotos que nunca se han enfrentado a ciertas turbulencias. Y cuando llegan, pueden pillarlos completamente desprevenidos.

Me mira directamente.

—¿Qué me dices a eso?

Suelto una breve risa y me muerdo los labios para contener una carcajada que amenaza con escaparse.

Joder.

Esta chica me divierte. Me provoca.

Me empuja a hablar cuando normalmente soy una persona callada y bastante hermética. Tiene algo que me obliga a responderle incluso cuando me he prometido a mí mismo que lo mejor sería mantener la boca cerrada.

—Si lo dices por mí —le respondo, entrando de lleno en el juego que empieza a gustarme más de lo que debería— no tienes por qué preocuparte. Soy mayor que tú y tengo muchas más… horas de vuelo. He volado rutas de todo tipo: cortas, medias y largas.

—Y prefieres las rutas de largo radio, ¿verdad?

—Me gustan —asiento lentamente—. Sí.

—Claro —continúa ella—. De esa forma no te estableces en ningún lugar fijo. No echas raíces… ni te comprometes con nadie durante demasiado tiempo.

Esta vez el comentario ya no suena a metáfora.

Suena a algo más personal y no voy a dejarlo pasar.

—Tú también has elegido el largo radio —le recuerdo—. Te presentaste voluntaria para esta ruta, ¿no es así?

—Sí —admite—, pero es temporal. No me veo viviendo así toda la vida. Sin echar raíces ni…

—¿Y quién te dice a ti que yo no tengo raíces?

La conversación deja de ser un juego.

La metáfora y el doble sentido desaparecen de golpe y la frase se convierte en algo mucho más directo.

—No lo he dicho por ti —empieza a decir—. Solo es que…

El clic seco de la puerta de la cabina nos interrumpe y Alice se calla de inmediato cuando el piloto de relevo entra.

—Cuando quieras, Josh —dice desde detrás de nosotros.

Asiento sin girarme de inmediato. Agradezco el silencio, la pausa. La interrupción ha sido la excusa perfecta para enfriar una conversación que empezaba a incomodarnos demasiado a los dos.

—Todo normal —le informo—. Tres seis cero, rumbo estable. *Autopilot* conectado. Tuvimos *chop* moderado antes; ahora todo limpio.

—Recibido —responde.

Me desabrocho el arnés y me levanto con calma. Al pasar junto a Alice noto cómo la tensión en su cuerpo empieza a relajarse, igual que la mía. La entrada del piloto de relevo ha cortado la conversación en seco y, aunque ninguno de los dos lo dice, estoy bastante seguro de que ambos lo agradecemos.

Y lo que más me desconcierta es que yo no soy una persona que suela meterse en este tipo de enfrentamientos. Mucho menos con alguien a quien apenas conozco desde hace unas semanas.

Me tumbo en la litera y me quedo mirando el techo de la cabina de descanso, que vibra suavemente bajo el zumbido constante de los motores.

Alice es *chop* de alta intensidad.

Una turbulencia que debería esquivar sin pensarlo dos veces.

Y, sin embargo, no puedo apartar la mente de lo que provoca en mí.

Sé perfectamente lo que debería hacer: ajustar la velocidad, sujetar con firmeza los mandos de mi autocontrol y dejar que el impulso pase igual que cualquier otra turbulencia. Esperar a que el aire vuelva a estabilizarse y continuar el vuelo sin desviarme de la ruta.

Pero esto no se parece a nada que haya volado antes.

Cada sacudida que siento es una advertencia.

Ella me descoloca, me provoca y no estoy seguro de poder mantenerme firme.

No entiendo por qué me afecta de esta manera, y tampoco tengo demasiadas ganas de analizarlo. Lo único que sé es que quiero ver hasta dónde soy capaz de aguantarla.

Y ese pensamiento, por extraño que parezca, me hace temblar mucho más que cualquier tormenta real.

CAPÍTULO 15

ALICE

Los Ángeles.

Ritmo circadiano: reloj interno que regula el sueño y la vigilia del cuerpo humano. Cambiar de horario demasiado rápido puede desajustarlo por completo.

Llegamos a Los Ángeles y el minibús nos va dejando a cada uno en nuestras paradas habituales. Durante el resto del trayecto no he tenido oportunidad de hablar a solas con Josh. Así que la conversación —o discusión, aún no sé muy bien qué fue— queda suspendida en algún punto entre el Atlántico y la pista de aterrizaje.

Entre el relevo final, las maniobras de aproximación y las constantes visitas de Janice, que parecía disfrutar informándonos de cada detalle relacionado con el nuevo famoso de primera clase, no hemos coincidido solos ni un minuto.

Mi madre me espera en casa esta vez, y el olor de su pavo al horno me recibe nada más abrir la puerta.

Si hay algo que echo de menos durante estos viajes es su comida. Probar sabores nuevos, descubrir la gastronomía de Tokio, París o São Paulo, resulta emocionante los primeros días. Pero siempre acabo regresando mentalmente a esto: su cocina, su horno, el olor familiar que se pega a las paredes.

—Lo tienes todo listo —me dice mientras el bueno de Tim recoge los platos de la mesa—. Hemos llevado muchas de las cosas que me pediste. Lo demás puedo ir llevándotelo poco a poco.

—Es genial, mamá, gracias. Si no fuera por ti… —Un bostezo me corta la frase—. Estoy agotada, pero quiero aguantar un poco hasta la noche.

—Espero que te guste el colchón nuevo —añade con una sonrisa —. Tim lo probó durante más de media hora.

El novio de mi madre vuelve a entrar en la cocina con una bandeja llena de tazas de café recién hecho. Ahora mismo sería capaz de inyectármelo directamente en las venas.

El sol de Los Ángeles entra a raudales por la ventana y mi cuerpo protesta. Debería ser de noche. Debería estar dormida.

Pero no lo estoy.

Salí de París esta mañana y, de algún modo extraño, he viajado en el tiempo. Doce horas en el aire y aquí apenas son las dos y media de la tarde. Es una sensación absurda: he robado horas al reloj, pero mi cuerpo sigue en otro país. Mi mente intenta ponerse al día, aunque todavía arrastre el cansancio de la cabina, del aire seco, del zumbido constante de los motores.

—¿En serio probaste el colchón media hora? —le pregunto a Tim entre otro bostezo.

—Por supuesto, Alice. Un colchón, y lo digo con total autoridad, es como un sofá: vas a pasar muchas horas en él. Tiene que ser lo más cómodo posible, y eso solo se sabe probándolo con calma.

Se gira hacia mi madre.

—Y porque no me dejó quedarme más tiempo.

No puedo evitar sonreír.

Tomar la decisión de mudarme ha sido un acierto. No solo por mí, por tener por fin mi propio espacio, sino también por ellos. Ver a mi madre feliz me produce una satisfacción tranquila, profunda.

Necesitaban su intimidad, su ritmo de pareja, un lugar donde su relación pueda crecer sin que yo orbite siempre alrededor.

Tim es un buen tipo.

Se ofrecen a llevarme al apartamento cuando quiera y, la verdad, estoy deseando verlo. Mi madre me ha ido enviando fotos de cómo ha ido decorándolo. Le he dado libertad… creativa. Y ella se ha volcado en el proyecto con una dedicación casi ceremonial, como una novia organizando su boda.

Acomodar mis cosas, abrir cajas, colocar libros, ropa, pequeños objetos que han viajado conmigo de ciudad en ciudad, me mantiene ocupada durante toda la tarde. Lo justo para mantenerme despierta… y, sobre todo, para no pensar demasiado en él.

Aunque intento aguantar hasta la noche, cuando el sol empieza a descender detrás de las colinas ya no puedo más. Mi ritmo circadiano está completamente desajustado y el cuerpo me pide dormir aunque todavía sea de día.

Desde el ventanal del salón observo cómo la luz se aplana sobre los tejados de Echo Park. Las palmeras se recortan en negro contra el cielo y los colores cambian lentamente: naranja, luego rosa, luego un azul profundo que anuncia la noche.

La ciudad baja el ritmo con absoluta discreción.

El tráfico se vuelve un murmullo lejano. Las ventanas se iluminan una tras otra. El día se repliega con una calma que termina venciendo a mi cuerpo.

Me dejo caer en el sofá.

Los párpados pesan.

Mi cuerpo sigue en París aunque el reloj diga otra cosa.

He ganado horas viajando en el tiempo… pero ahora las pago todas juntas.

Y justo cuando la última luz desaparece del cielo, me rindo.

La mañana siguiente llega distinta.

Me despierto con una energía inesperada después de haber dormido más de doce horas seguidas. Lo primero que hago es buscar el móvil sobre la mesilla.

Ningún mensaje de Josh, por supuesto.

Ni un truco *pro*. Ni una referencia al beso que nos dimos en París. Ni una sola alusión a la conversación tensa que tuvimos en cabina.

Nada.

En cambio, tengo decenas de mensajes de Martha y Steffi.

No me están invitando, me están suplicando que inauguremos el piso como se debe.

El uso del alcohol está bastante limitado cuando vuelas con regularidad, pero tengo dos días libres antes del próximo vuelo a São Paulo y, después de estas últimas semanas, creo que puedo permitirme una pequeña fiesta.

O algo que se parezca a una.

—No te preocupes por nada, nosotras lo llevamos todo —recita Steffi con su tono de organizadora profesional—. Tú solo invita a tus dos amigos pilotos y déjanos encargarnos del resto.

No sé exactamente en qué momento me parece una buena idea, pero acepto.

En menos de una hora tengo confirmada la asistencia de Julian y Rob, Ethan y Lydia, y varias de mis amigas del club de pilates. No seremos demasiados, pero al final la lista ronda las quince personas. Les escribo para confirmarlo y ellas se encargan inmediatamente de comprar todo lo necesario.

Luego, en un pequeño arrebato que no termino de analizar, mando también un mensaje a Janice y Billy.

Y, por supuesto… a Josh.

Me he mudado a un piso en Echo Park. Esta noche hago una fiesta discreta. Unos cuantos amigos. Os mando ubicación.

Le doy a enviar antes de que me dé tiempo a pensarlo demasiado y dejo el móvil sobre la mesa, obligándome a apartarme de él. No me atrevo a mirar si Josh lo lee, y mucho menos si responde.

Así que intento poner en práctica sus famosos trucos *pro* para no quedarme pegada a la pantalla.

Me pongo las mallas, las zapatillas y salgo a correr por el barrio aprovechando los últimos rayos de sol.

Echo Park se despliega en cuestas suaves y aceras irregulares. Casas bajas con porches estrechos, palmeras altas que cortan el cielo, escaleras empinadas que se pierden entre jardines secos. Paso junto a alguien que riega unas plantas, cruzo una calle donde un vecino baja la persiana del garaje, escucho música saliendo de una ventana abierta.

Respiro hondo mientras marco el ritmo con las zancadas.

Tengo que acostumbrarme a este barrio si voy a vivir aquí.

Cuando regreso, el móvil sigue donde lo dejé. Janice y Billy me han respondido con una avalancha de *emojis* entusiasmados y aceptan encantados la invitación.

El chat con Josh, en cambio, sigue en silencio.

La fiesta no es… bueno, en realidad no puede llamarse fiesta. Es más bien una reunión social.

Ethan se pasea por el salón con cierta incomodidad. Aunque hago las presentaciones oportunas, mi hermano nunca ha sido especialmente sociable. Janice y Billy, por suerte, parecen conocer a Rob de algún vuelo anterior y enseguida se enzarzan en conversaciones de tripulación. Lydia, en cambio, no necesita ayuda para integrarse: en pocos minutos ya está riendo con mis amigas del pilates, copa en mano, como si las conociera desde hace años.

Aprovecho ese momento.

—Ethan, ¿puedo hablar contigo un momento? —le digo, apartándolo un poco del grupo.

—Claro —responde enseguida, casi aliviado de escapar del salón —. Dime.

—Quiero hacerte una pregunta… y quiero que seas completamente sincero.

—Dispara —dice cruzándose de brazos, preparado para lo que venga.

Dudo un segundo antes de formularla.

—Tú… —empiezo, buscando las palabras—. Tú saliste con muchas mujeres antes de estar con Lydia, ¿verdad?

—¿Cuántas son muchas?

—Muchas, Ethan. Ya sabes a qué me refiero.

—Bueno… —Se pasa la mano por la nuca—. Yo no diría exactamente «salir». Ya me entiendes.

—De acuerdo —asiento—. Tuviste muchos líos. No te gustaban las relaciones, ni querías comprometerte. ¿Es correcto?

—Sí, pero eso fue antes de conocer a Lydia —replica enseguida —. Ya sabes que…

—No te estoy juzgando —lo interrumpo, levantando una mano—. Sé perfectamente que eras un discapacitado emocional y un inútil sentimental.

—Gracias por la valoración clínica —dice arqueando una ceja.

—Al menos lo eras —añado sin darle importancia—. Lo que quiero saber es…

Me quedo callada un momento, intentando ordenar lo que realmente quiero preguntar.

—Alice… ¿Qué es lo que quieres saber?

Suelto el aire lentamente.

—¿Qué pasó para que cambiaras? —pregunto al final—. Lydia hizo algo… o dijiste algo tú… no sé. Pensé en preguntárselo a ella, pero creo que tú puedes explicármelo mejor. Por favor, inténtalo.

Ethan me estudia durante unos segundos.

—Esto no tendrá nada que ver con ese imbécil de Steve, ¿verdad? —dice entrecerrando los ojos—. Porque si…

—No —lo corto enseguida—. No es por él.

Ethan se queda pensando un momento. Me mira con esos ojos azul profundo que siempre parecen evaluar más de lo que dicen, como si estuviera calibrando mi reacción antes de decidir qué respuesta darme.

—Verás, Alice… —empieza al fin, apoyando una mano en la mesa —. Tú tuviste mucho que ver, en realidad. Tienes solo veinte años, pero siempre has sido más madura que yo en todos los sentidos.

—Sabes que no tengo veinte años, ¿verdad? —le respondo arqueando una ceja—. Dejé de tenerlos hace cinco años. Que tú me hayas dejado congelada en esa edad no lo hace real.

—Bueno, para mí siempre tendrás cinco —replica encogiéndose de hombros—, pero eso es lo de menos. Siempre fuiste más madura que yo. Cuando tenías quince, cuando cumpliste los veinte… y ahora también.

Hace una pausa breve antes de continuar.

—Respecto a tu pregunta… no sabría decirte si Lydia hizo algo en concreto. Simplemente… existir. —Se queda mirando un momento hacia el salón, donde Lydia está riendo con mis amigas—. Y cuando me di cuenta de eso, dejé de querer estar solo. Dejé de pensar que las relaciones no eran para mí… porque empecé a desear pasar hasta el último minuto de mi vida con ella.

Si alguien me hubiera dicho hace apenas dos años que mi hermano sería capaz de expresarse así —o de hablar de otro ser humano de esta manera— no lo habría creído.

Y que lo haga por una chica… eso todavía me resulta más increíble.

—Joder… —acierto a decir al final—. No sabía que también podías ser un romántico.

—Ya ves… —responde con una media sonrisa—. Pero espera —añade frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Has conocido a alguien?

—Más o menos —murmuro.

Ethan inclina la cabeza, esperando que continúe.

—Y lo peor es que me recuerda demasiado a ti —añado—. Al menos se comporta de manera muy parecida a como lo hacías tú antes de Lydia. Incluso cuando empezaste a salir con ella…

—Aléjate de él —me interrumpe de repente, muy serio.

—¿Qué? —le pregunto, sorprendida—. ¿Por qué?

—Porque no es bueno.

—Tú lo eres.

Ethan se queda mirándome, con los brazos cruzados y esa expresión de hermano mayor que nunca le ha funcionado conmigo.

—No lo suficiente —responde al final—. Te hará daño.

—¿Lo dices porque tú se lo hiciste a Lydia?

—No a ella, creo —admite tras un segundo—. Pero sí a alguna chica antes que ella… y no me siento orgulloso de eso.

—No te preocupes, hermanito —le digo dándole un pequeño golpe en el brazo—. Sé cuidarme sola.

La reunión empieza a apagarse poco a poco. En realidad nunca llegó a convertirse en una auténtica fiesta. Cuando la mayoría de los invitados no bebe más que refrescos o té helado, el ambiente termina pareciéndose más a una reunión tranquila que a otra cosa.

Steffi y Billy hacen buenas migas casi al instante, pero el resto acabamos hablando de rutas aéreas, escalas largas y procedimientos de vuelo. Conversaciones de tripulación que probablemente resultarían insoportablemente aburridas para cualquiera que no se dedique a esto.

Cuando todos empiezan a recoger para irse, mi móvil vibra sobre la mesa.

Es un mensaje de Josh.

Truco pro *número 6: nada de alcohol, no abuses de la cafeína y evita la excitación excesiva antes de un vuelo.*

Más tarde, ya sola en mi cama, le contesto.

Hecho, tarde y… creo que estoy fallando estrepitosamente.

Los tres puntos del chat aparecen en la pantalla. Desaparecen y vuelven a aparecer, como si el mensaje estuviera a punto de llegar… pero nunca terminara de materializarse. Está escribiendo, borrando,

volviendo a escribir otra vez. El proceso se repite una y otra vez durante varios minutos, suficientes para que la curiosidad inicial se transforme en una mezcla de impaciencia y nervios.

En otro momento me parecería incluso divertido observar ese pequeño combate silencioso entre lo que quiere decir y lo que decide borrar. Esta vez, en cambio, me está desesperando y le vuelvo a escribir.

¿Vas a terminar de escribir de una puta vez el mensaje?

Justo entonces el móvil vibra. No es un mensaje, sino una llamada.

Josh.

—Eres muy impertinente —dice nada más descolgar, con esa voz grave que siempre parece esconder una sonrisa—. Y bastante borde para ser tan joven.

—No has venido —le respondo, ignorando el comentario mientras me acomodo contra la almohada—. Tu truco *pro* llega muy tarde. He bebido café.

—¿Alcohol? —pregunta inmediatamente.

—No. Mañana tenemos que volar.

—Entonces bien.

—¿No me preguntas por lo de la excitación excesiva? —añado, dejando que la pregunta flote un momento entre los dos.

—No —responde después de una breve pausa—. Solo es un consejo. Me refiero a un exceso de estímulos… de diversa índole.

—Yo solo pienso en un tipo de estímulo —le digo, y me quedo callada un instante, midiendo hasta dónde quiero llevar esa conversación—. Entonces… ¿no quieres saberlo?

—No lo necesito.

—¿Pero quieres? —insisto.

Esta vez el silencio llega desde el otro lado de la línea.

El apartamento está tan quieto que puedo escuchar con claridad su respiración a través del teléfono. No es la misma de hace unos segundos; ahora suena más profunda, más lenta, con un matiz de tensión que no necesita explicación.

—Josh… —digo al final—. ¿Quieres saber en qué tipo de estímulos estoy pensando ahora mismo? ¿Qué es lo que hace que no pueda cumplir ese consejo?

No tarda ni diez segundos en responder.

—Sí —dice finalmente, con la voz más baja—. Dímelo. ¿En qué estás pensando? O quizá debería preguntar… ¿en quién?

Bingo.

Esta vez no creo que pueda escaparse. Y tampoco voy a permitir que nada ni nadie nos interrumpa.

CAPÍTULO 16

JOSH

Los Ángeles

Point of No Return: *el punto de no retorno (PNR) es el momento de un vuelo en el que un avión ya no dispone de combustible suficiente para regresar al aeropuerto de origen y debe continuar obligatoriamente hacia su destino.*

—Estoy pensando en ti —me dice en un susurro.

Y esas cuatro putas palabras atraviesan la línea del móvil y viajan convertidas en pura electricidad por donde sea que viajen las palabras. No sé cómo lo hacen, pero terminan aterrizando justo en mi entrepierna.

Alice sí sabe lo que hace.

Y lo peor es que sabe hacerlo muy bien.

Con el auricular pegado a mi oreja, esas palabras llegan acompañadas de una imagen muy concreta: su cara, sus ojos marrones y profundos, su boca, sus labios… y su culo metido en esas mallas.

Todo aparece en mi mente, se instala en mi cabeza y se queda ahí.

Me pongo duro en un instante solo con oír su voz. Ni siquiera necesito tenerla delante, y eso me desconcierta todavía más.

—Alice, no podemos —contesto, aunque mi convicción es mínima.

—No podemos… ¿qué? —replica enseguida—. Tú me has preguntado. Yo solo he contestado. Pero creo que ya sabías cuál sería mi respuesta antes incluso de que saliera de mi boca, ¿verdad?

Podría reconocerlo. Debería hacerlo.

Pero algo dentro de mí me lo impide.

Ahora mismo, en mi conciencia se libra una batalla a muerte entre el deseo y la responsabilidad.

—No podemos hacer lo que estás pensando, Alice.

—¿Y qué crees que estoy pensando?

La escucho respirar al otro lado del teléfono. Su respiración se vuelve más agitada y el registro de su voz cambia: más lento, más bajo… mucho más sensual.

—Joder, Josh… dime en qué estoy pensando.

Trago saliva.

—En mi mano tocándote.

—¿Dónde?

—Te toco los pechos.

Maldita sea.

El deseo acaba de darle una estocada mortal a la responsabilidad.

—¿Qué más? —insiste.

—Estás pensando en mis manos, fuertes, apretando tu culo mientras te beso. En mi boca bajando por tu cuerpo, recorriendo tus muslos hasta llegar a tu coño. Estás pensando en mi lengua probándote… saboreándote.

La escucho gemir.

Ese sonido va directo a mi polla, que palpita al ritmo de sus gemidos.

—Me estoy tocando ahora mismo —susurra—. Pero ¿sabes qué es lo que me gustaría más que nada?

—Dímelo.

—Me gustaría montarme encima de ti.

—¿Te gusta llevar el control en la cama?

—Depende… —dice, dejando escapar otro suspiro—. A veces me gusta cederlo.

—De acuerdo, Alice —le digo, bajando la voz—. Entonces ahora vas a cederlo un poco. Vas a hacer lo que te diga. ¿Qué te parece?

—Depende de lo que quieras que haga —responde—. No soy una chica fácil.

—Quiero que te toques pensando que es mi polla la que está dentro de ti. Que es mi boca la que tienes en tu cuello, recorriénndolo mientras te follo en la cabina del avión.

—Eso ya lo pensé hace dos noches —confiesa sin dudar—. Me corrí así… y me encantó.

Joder.

Saber que ya lo ha hecho antes me pone incluso más de lo que ya estaba.

—¿Cuántas?

—¿Quieres saber cuántas veces me he masturbado pensando en ti? —pregunta con la voz entrecortada—. Te lo diré… si tú me dices las tuyas.

Yo no estoy mucho mejor, y se me nota.

Ella lo sabe. De alguna manera, a pesar de todos mis esfuerzos por mantener cierta distancia entre nosotros, Alice sabe perfectamente que he pensado en ella exactamente así.

—La otra noche. Cuando me besaste en el hotel.

—¿Y en qué pensabas mientras te masturbabas? —me pregunta entre jadeos que, lejos de incomodarme, consiguen excitarme todavía más.

—No tuve que pensar demasiado —admito—. Todavía tenía el sabor de tu lengua en mi boca. Solo tuve que cerrar los ojos y dejarme llevar por esa sensación.

Ella suelta una pequeña risa entrecortada.

—Pues eso que aquella noche no iba muy *sexy* —dice—. No como ahora. Tendrías que verme. Esa sudadera era ridícula… ahora estoy en ropa interior. Solo llevo mis bragas de encaje negras.

La polla me vuelve a palpitar en las manos. Mi cuerpo reacciona de inmediato, traicionando cualquier intento de control.

—Me encantaría verte.

—Y a mí me encantaría que me las arrancaras con la boca —susurra—. Y que luego… me lo comieras.

Su frase queda suspendida en el aire, cargada de intención.

—¿Y eso cuándo sería? —pregunto, dejando que mi voz baje ligeramente—. ¿Antes o después de que me la chuparas? Porque eso es exactamente en lo que estaba pensando cuando me corrí el otro día.

La realidad me golpea de pronto con una claridad incómoda.

Estoy teniendo sexo telefónico con mi copiloto.

Con la mujer con la que mañana tengo que volar a São Paulo.

El silencio que sigue no calma nada. Al contrario. A través del auricular escucho sus respiraciones irregulares, sus pequeños gemidos, el ritmo acelerado de alguien que ha dejado de intentar controlarse. Y hay algo en imaginarla así —sin verla, solo escuchándola— que resulta casi más excitante que tenerla delante.

—Josh… —susurra.

—Joder, Alice… dime cómo de mojada estás.

—Empapada —contesta ella misma al instante.

Trago saliva.

—¿Cuántos dedos?

—Dos —dice, sin dudar—. Ojalá pudieras comprobarlo tú mismo… y que, en lugar de mis dedos, fueras tú quien estuviera dentro de mí ahora mismo.

Joder.

Ni siquiera sé de dónde salen mis preguntas. Debe de ser del mismo lugar del que salen las suyas, porque ella tampoco se queda corta.

La conversación continúa unos minutos más, cada vez más rápida, más desordenada, más urgente. Hasta que, de repente, Alice deja escapar un gemido mucho más fuerte que los anteriores, seguido de un «joder» entrecortado que termina arrastrándome detrás de ella apenas unos segundos después.

Y entonces llega el silencio.

Un silencio muy distinto.

El deseo se ha consumido por completo, pero la responsabilidad —que hace un momento parecía derrotada— empieza a levantar la cabeza otra vez.

¿Y ahora qué?

¿Qué se supone que nos decimos después de algo así?

Recuperamos la respiración poco a poco. Los gemidos han desaparecido, pero lo que acaba de pasar sigue flotando entre nosotros, invisible pero imposible de ignorar.

Supongo que lo lógico sería que quien ha iniciado todo esto fuese también quien decidiera cómo termina.

Pero yo soy un cobarde.

Nunca me ha gustado demasiado analizar lo que hago después del sexo. ¿De qué sirve darle vueltas?

¿Para qué desmontarlo todo pieza por pieza?

—Mañana volamos a São Paulo —digo finalmente, antes de que el silencio se vuelva todavía más incómodo—. Creo que deberíamos descansar.

Ella suspira al otro lado del teléfono. Pero no suena incómoda. Ni arrepentida.

Suena… relajada.

—Sí, comandante Edwards —responde con un deje divertido—. Será mejor que nos vayamos a… bueno, técnicamente yo ya estoy en la cama.

—Entonces… a dormir.

—Lo intentaré —dice—. Pero he infringido la última norma de tu truco *pro*. Ya sabes… lo de evitar la excitación excesiva antes de un vuelo. Buenas noches, Josh.

Nadie habla nunca de lo que viene después del sexo. Nadie menciona los detalles mundanos, las sábanas sucias o el pequeño desastre que queda cuando todo termina. Acabo de hacerme una paja con la voz de mi copiloto susurrándome en la oreja, y ahora mi cama es un completo caos.

Recojo las sábanas en un montón y me meto en la ducha, esperando que el agua caliente consiga limpiar algo más que el sudor. Mañana tenemos casi once horas de vuelo por delante, pero lo peor no es el cansancio ni la perspectiva de pasar medio día encerrado en una cabina a treinta mil pies.

Lo peor es la tentación.

No la de repetir lo que acabamos de hacer por teléfono, sino la de querer llevarlo a un plano mucho más físico y directo cuando la tenga delante.

No. Mañana hablaré con ella en cuanto tenga ocasión. Le dejaré claro, una vez más, que no pienso involucrarme sentimentalmente con alguien trece años más joven que yo y que es mi compañera de vuelo.

Además, mañana toca São Paulo, y Brasil significa Sofía.

Sofía… joder.

Durante un momento, esa chica ha conseguido que me olvide de ella. No del todo, claro; eso es imposible. Pero sí ha logrado algo que nadie había conseguido en mucho tiempo: que deje de pensar en Sofía a todas horas.

Ella es la razón principal por la que pedí estos vuelos de largo radio, con sus horarios de mierda y sus rotaciones imposibles.

Habrá gente que piense que todo eso compensa. Que el dinero lo justifica, que poder visitar medio mundo es un lujo reservado a unos pocos. Y, en parte, tienen razón. No puedo quejarme de un trabajo que me permite conocer países lejanos, descubrir culturas distintas y que, además, deja en mi cuenta un sueldo de seis cifras.

Pero ¿de qué sirve el dinero si nunca tienes tiempo para gastarlo?

Empecé volando rutas domésticas. Tenía una base fija, una casa en Washington con porche y jardín, una familia cerca, amigos a los

que veía con regularidad y un horario que, sin ser perfecto, se parecía bastante a una vida normal.

Luego pedí volar a São Paulo.

Y, desde entonces, he ido encadenando rotaciones por algunas de las capitales más importantes del mundo: Madrid, Ámsterdam, Milán, Barcelona, Pekín o Sídney. Todas son ciudades increíbles, lugares que cualquiera soñaría con visitar, pero en los que yo siempre me siento un turista de paso.

Excepto en São Paulo.

São Paulo es distinto. Es mi segundo hogar, porque es el hogar de Sofía.

Le escribo un mensaje sin esperar respuesta inmediata. Aquí en Los Ángeles son las diez de la noche, pero allí debe de ser ya madrugada. Aun así, pocos minutos después, justo cuando estoy a punto de cerrar los ojos, el móvil vibra sobre la mesilla.

Es ella.

Yo también estoy deseando verte.

Tengo planes.

Solo te diré una cosa… esta vez no vas a decirme que no.

Para cualquier otra persona eso sonaría a promesa. En boca de Sofía, además de una promesa, es también una amenaza. Una de las peligrosas, de esas que sabes que van a dejar secuelas.

Pero ¿quién soy yo para negarme? Esa chica me robó el corazón hace tanto tiempo que, a estas alturas, ya está a su nombre para siempre.

CAPÍTULO 17

ALICE

Los Ángeles- São Paulo.

Holding pattern *(patrón de espera): maniobra en la que una aeronave vuela en un circuito cerrado sobre un punto determinado mientras espera autorización para continuar su aproximación o su ruta.*

Volamos de nuevo a Brasil, el mismo destino en el que hice mi primer vuelo con Josh. Y repetimos tripulación: Matt como tercer piloto, igual que aquella vez. Es extraño pensar que desde aquel viaje, cuando lo conocí, apenas han pasado cuatro semanas. En ese tiempo han cambiado muchas cosas, pero en la cabina el silencio sigue siendo prácticamente el mismo. Quizá incluso más tenso.

Desde que nos reunimos en la sala de *briefing* no hemos tenido ni un solo minuto a solas y, una vez en la cabina, tampoco es que podamos hablar demasiado. Josh se mantiene estrictamente profesional y evita mirarme siempre que puede.

Nuestra conversación se limita a procedimientos, altitudes, combustible y comunicaciones con control. Ni una palabra fuera de lugar.

Mientras tanto, yo no dejo de escuchar en mi cabeza su voz de anoche.

Una y otra vez.

He dormido más de once horas seguidas, así que lo de la excitación excesiva no parece haber sido un problema para mí.

Supongo que también ayuda que, después de aquella excitación, llegara una relajación bastante absoluta.

Antes de venir al aeropuerto he comido con Tim y con mamá. Le he prometido que, cuando regrese, pasaré más tiempo con ella. A la vuelta de São Paulo tengo cuatro días libres.

Después de eso he vuelto a dormir una pequeña siesta. A veces tengo la sensación de que mi tiempo en casa, en Los Ángeles, lo paso casi todo durmiendo.

Este vuelo es nocturno y, con el cambio horario, llegaremos a São Paulo cerca del mediodía.

Me gusta llegar a los aeropuertos de destino durante el día. Probablemente sea peor para el *jet lag*, pero al menos puedo ver la ciudad con claridad.

Janice entra en la cabina para servirnos la cena y tengo la impresión de que percibe al instante el ambiente extraño que hay entre nosotros. Esa mujer me tiene calada desde el primer día y rara vez se le escapa algo.

Después de aterrizar y de que nos asignen nuestras habitaciones en el hotel, Josh me sigue por el pasillo.

Mi imaginación empieza a trabajar sola.

Me construyo un escenario tan rápido que casi puedo verlo delante de mí: Josh entra detrás de mí en la habitación, cierra la puerta y me empuja contra la pared sin decir una palabra. Ambos seguimos con el uniforme de piloto, pero eso no nos impide deshacernos de él con prisa. con torpeza, aflojando la corbata, arrancándonos la ropa casi a tirones.

Nos tenemos tantas ganas que ni siquiera nos molestamos en quitárnosla del todo. Él baja sus pantalones, me sube la falda, aparta mis bragas a un lado y me folla así, delante del espejo del baño, mientras sus manos me sujetan contra la pared y mi espalda

golpea suavemente los azulejos. Luego terminamos en la cama, yo con la cara hundida en el colchón y él detrás de mí, todavía medio vestido, como si ni siquiera hubiera tenido tiempo de quitarse el sombrero de piloto.

Pero la realidad es muy distinta.

En cuanto cierra la puerta tras de sí, mi fantasía se evapora como el rastro de condensación que deja un avión al atravesar una capa de aire seco. Josh marca inmediatamente la distancia entre nosotros, baja la mirada para no sostener la mía y empieza con un «tenemos que hablar» que no necesita demasiada traducción.

Podría repetir palabra por palabra todo lo que dice después, pero en realidad solo retengo algunas frases sueltas:

Lo de anoche no puede volver a pasar.

Eres una chica preciosa, de verdad.

Eres demasiado joven.

Somos compañeros.

No es buena idea.

Lo siento… no debí seguirte el juego.

Ante esa última frase, lo interrumpo.

—¿Perdona? —digo con mi mejor cara de póker—. ¿Acabas de decir que me seguiste el juego?

—Ya sabes, Alice… tú empezaste y…

—¿Que yo empecé? Eso no lo voy a permitir. Yo no empecé nada. Fuiste tú quien soltó lo de «evita la excitación excesiva» —añado haciendo el gesto de las comillas sobre mi cabeza—. ¿Qué fue eso exactamente?

—Me refería a la fiesta que diste y…

—Fiesta a la que no viniste —lo corto—. Esperaste a que me quedara sola para escribirme ese mensaje.

—No sabía que estarías sola.

—Claro que lo sabías, no me vengas ahora con eso. Además, era una fiesta con compañeros y amigos; podrías haberte pasado como uno más. Eres tú quien decidió convertirlo en otra cosa.

—¿Otra cosa? Yo no quiero ser nada. Solo soy un compañero. Tu piloto.

—¿Y entonces por qué no viniste? ¿Por qué me escribiste eso?

—No pensé que…

—No, está claro que no pensaste mucho —digo con gesto cansado—, pero da igual. No te preocupes. Puedes marcharte.

Así que no. En lugar de estar follando en cada rincón de esta habitación, estoy discutiendo con el tío que me gusta. Con el mismo que no quiere nada conmigo. Ni siquiera un polvo.

No es precisamente lo mejor para mi ego.

Tengo que remontarme a mis años de secundaria para recordar la última vez que alguien me rechazó así. Quizás por eso me molesta tanto. O quizás es que llevo demasiado tiempo sin follar.

Que yo recuerde… desde Steve no ha habido nadie.

Y eso fue hace… mierda. Más de tres meses.

Josh aprieta la mandíbula y esta vez sí me mira. Directamente a los ojos. Traga saliva, y no estoy loca: sé que su mirada se detiene un instante en mis labios. Sé perfectamente que me desea, igual que yo a él. Sé que anoche fantaseó con lo mismo que yo.

Pero, aun así, baja la mirada.

Se da media vuelta.

Y se marcha de mi habitación.

Sigo excitada, sí. Por lo de anoche. Por la fantasía que me he montado hace apenas unos minutos. Pero esta vez decido que no voy a dedicarle ni un minuto más de mis pensamientos.

Me tumbo en la cama con la intención de descansar un poco antes de bajar a almorzar con los demás.

El problema es que mi *jet lag* es mucho más fuerte que la alarma.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, el reloj marca más de las ocho de la tarde, hora local.

Joder.

Eso significa que he dormido como si fuera de noche. En São Paulo el día acaba de empezar a apagarse, pero para mi cuerpo son las ocho de la mañana. Estoy completamente despierta y con la sensación absurda de que para mí el día acaba de comenzar.

Es la hora de la cena y en el grupo ya están haciendo planes, algunos juntos y otros por separado, para salir a pasear y ver algo de la ciudad.

Esta vez no me apetece juntarme con los veteranos.

Prefiero la compañía de dos auxiliares que hacen por primera vez esta ruta a São Paulo. Damos un paseo corto por los alrededores del hotel y, cuando llega la hora de cenar, terminamos reuniéndonos todos en la misma mesa.

Todos menos Josh.

—¿Y el comandante Edwards? —pregunto intentando que mi tono suene lo más neutral posible—. ¿No se une a nosotros?

Billy cierra los ojos durante un segundo, como si acabara de ver venir algo inevitable. Janice suspira, se mete un cacahuete en la boca y decide ignorar completamente la pregunta.

Pero cuando la cena termina y cada uno empieza a retirarse hacia su habitación, Janice me alcanza en el pasillo. Camina a mi lado unos metros y, justo cuando voy a abrir la puerta de mi habitación, me detiene con suavidad.

—Alice —dice en voz baja—. ¿Tienes un momento?

—Claro, todos los que quieras. Acabo de despertarme y me va a costar un mundo dormirme ahora.

—Eso es una putada, pero ya te acostumbrarás. En fin… —Se lame los labios antes de continuar—. Creo que es mi obligación advertirte. Estamos en São Paulo. No preguntes por Josh aquí, ¿de acuerdo?

—¿Qué? —exclamo, desconcertada—. No te entiendo. ¿Qué pasa en São Paulo?

—No pasa nada… pero ya te lo advertimos la primera vez. No preguntes. Josh es muy reservado con ciertas cosas y veo que tú y él… bueno, que estáis… —Janice duda, y yo la animo a seguir con una mirada—. Bueno, todos nos hemos dado cuenta. No solo yo. Y que conste que nadie te está juzgando.

—Espera, vamos por partes, por favor.

Abro la puerta de mi habitación y la invito a entrar. Una conversación así no es para tenerla en medio del pasillo de un hotel.

—¿A qué te refieres con que todos os habéis dado cuenta?

—A ver… cuando digo todos, me refiero en realidad a Billy y a mí, que somos los que volamos siempre con él. Quizás Gloria también, aunque ella suele ir bastante a lo suyo y…

—De acuerdo, Janice —la interrumpo con paciencia—. ¿Puedes decirme de qué os habéis dado cuenta exactamente? ¿Y por qué dices que podríais juzgarme? Yo no he hecho nada.

—Josh es… bueno, ya lo ves. Es un hombre muy atractivo. Guapísimo, de hecho. Y tiene esa especie de aura de tipo misterioso y un poco roto. Créeme, lo entiendo. Quien más y quien menos lo ha intentado alguna vez, pero…

—No tengo nada con el comandante Edwards —afirmo cruzándome de brazos—. Así que no entiendo a qué viene todo esto.

—No me refiero a que tengas algo con él. Ya te dije que aquí nadie te va a juzgar por eso. Todos hemos tenido nuestros líos alguna vez. Gloria, sin ir más lejos, se folla a una auxiliar nueva en casi cada vuelo. Billy y María llevan una especie de relación más o menos estable y…

—Espera —la corto—. No soy una cotilla, ¿vale? No necesito saber con quién se acuesta nadie, y os agradecería que tampoco lo fuerais conmigo. Yo… no me acuesto con Josh Edwards.

Janice baja la mirada y toma aire antes de responder. Sus ojos recorren mi habitación un instante: la maleta medio abierta en el suelo, las sábanas enredadas, botes de crema, cables y mil cosas desordenadas que ni siquiera me he molestado en recoger.

—Eres muy joven. Eso se nota en muchas cosas —dice al fin—. Pero también eres una chica lista. A nadie le importa con quién te acuestes, Alice. Te lo dije antes. Lo que nos preocupa no es que te folles al comandante.

Hace una pausa antes de terminar la frase.

—Lo que nos preocupa es que te enamores de él.

La frase me cae encima como una losa. Durante un momento parece quedarse suspendida en el aire de la habitación.

—¿Qué? ¿Enamorarme? Pero… —balbuceo—. ¿Quién coño está hablando de amor aquí? Si apenas lo conozco. Ni siquiera hace un mes.

—Alice… se te nota demasiado.

—No se me nota nada, porque no hay nada que notar —replico, indignada.

—De acuerdo.

Janice se aparta un paso y me mira con una condescendencia que me pone inmediatamente de los nervios. Odio esa sensación. Siempre me he movido entre gente que me trata como a una igual, gente con la que me he sentido madura, incluso mayor de lo que dice mi carnet de identidad.

En todas partes.

Excepto desde que empecé a volar esta ruta.

Aquí todos parecen empeñados en recordarme lo joven que soy, y empieza a cansarme.

—No, de acuerdo no —insisto—. Quiero saber por qué dices eso. Por qué pensáis eso.

Quizás ese sea el motivo por el que Josh cree que soy yo quien empieza el juego. Quizás por eso se muestra tan arrogante, tan convencido de que estoy colada por él.

Joder.

Siempre he tenido una regla cuando alguien me gusta: que no se note. Que la otra persona no sienta que tiene poder sobre mí.

Y, sin embargo, parece que lo he cedido con una facilidad ridícula.

—Vale… está claro que nos hemos equivocado —dice Janice finalmente—. Pero, aun así, hazme caso y no preguntes por él en Brasil. Aquí, en São Paulo —añade con cierta duda—, Josh puede volverse bastante irascible cuando alguien le pregunta dónde ha estado.

—Apuntado, Janice. No preguntaré por él de ahora en adelante.

Janice asiente sin añadir nada más y se marcha.

Cuando la puerta se cierra, apoyo la espalda contra ella, dejo caer la cabeza hacia atrás y respiro hondo.

¿Qué demonios he hecho para que hasta los tripulantes de cabina, que apenas me han visto interactuar con él unas cuantas veces, crean que estoy enamorada?

¿Qué impresión le habré dado a Josh para que ya me haya dicho dos veces que no quiere tener nada conmigo?

Está claro que parte de la culpa es mía, y eso puedo arreglarlo. Puedo ser más fría, mirarlo menos, mantener las distancias.

Lo que no puedo hacer es sacármelo de la cabeza.

Y, desde luego, tampoco puedo ignorar lo que acaba de decirme Janice.

No preguntes por Josh en Brasil.

Me lo ha repetido ya tres veces.

Y pienso hacerle caso.

Pero eso no significa que vaya a quedarme con las ganas de descubrir adónde va Josh en São Paulo.

Y con quién.

CAPÍTULO 18

JOSH

São Paulo.

Ruta alterna: aeropuerto o destino alternativo al que una aeronave puede dirigirse si no es posible aterrizar en el destino previsto.

Camino por Jardins como tantas veces antes, pero hoy no sé muy bien por dónde empezar. Las calles, las tiendas, los escaparates… todo parece pensado para alguien que tiene claro lo que quiere.

Yo no.

Doblo la esquina y la joyería aparece frente a mí. Entro sin demasiada convicción y me detengo ante las vitrinas, observando las piezas como si esperara que alguna me hablara. Todo es minimalista, elegante, brillante… y, sin embargo, nada consigue decirme nada.

Me quedo mirando un colgante sencillo durante unos segundos y, sin apartar la vista, me hago la pregunta inevitable: ¿qué demonios le compro?

¿Se ofenderá? ¿Será demasiado? ¿O, peor aún, será demasiado poco?

La duda me aprieta el pecho. Nunca me había sentido tan torpe entre cosas tan pequeñas.

—¿Busca algo en particular?

La voz detrás de mí rompe el silencio. La dependienta me sonríe con una calma educada, acostumbrada a ver a hombres

perdidos frente a una vitrina.

—Sí… —asiento, casi sin palabras—. Pero no tengo ni idea.

Su sonrisa se ensancha un poco más. Mi respuesta parece divertirle. Da un paso hacia el mostrador con una naturalidad que me desarma.

—Suele pasar —dice—. ¿Es para su novia? ¿Su esposa?

Niego con la cabeza, sin ganas de entrar en demasiadas explicaciones, aunque me sorprende el tono ligeramente personal de la pregunta. Durante un instante tengo la sensación de que no está vendiendo joyas, sino tanteándome.

—Es para alguien joven —respondo—. Pero muy especial.

—Muy especial, pero no es su novia ni su esposa —resume ella con rapidez—. Entonces nada de anillos, ¿verdad? No queremos confundir.

—No, anillos no —digo tras pensarlo un momento, cerrando los ojos un segundo—. Ella no suele llevarlos. Quizá unos pendientes… o un colgante. La verdad es que no tengo ni idea.

La frustración se me escapa en la voz. Nunca he sabido elegir regalos, pero esta vez quiero hacerlo bien. Quiero que sea algo especial.

—Lo que busco es algo que diga te quiero. Algo que diga lo que yo no soy capaz de expresar.

La mujer no parece sorprendida. Asiente despacio, con toda seguridad escuchará esa frase más a menudo de lo que imagino.

—Entonces no necesita algo grande ni llamativo —dice—. No se trata de impresionar, sino de elegir algo que se lleve cerca. Algo ligero, pero que esté siempre ahí.

Se inclina sobre la vitrina y saca un colgante.

Es un corazón sencillo, sin excesos.

—No es perfecto —continúa—, y precisamente por eso funciona. Tiene el tamaño justo para no imponerse, pero sí para notarse cuando alguien lo toca sin darse cuenta.

Lo gira entre los dedos para mostrarme el reverso.

—Aquí se pueden grabar nombres. Uno, o dos como mucho. No es para exhibirlos, sino para saber que están ahí. Para llevarlos sin necesidad de decirlos en voz alta.

Levanta la mirada hacia mí, midiendo mi reacción, y me lo ofrece. Le doy la vuelta entre mis dedos y lo observo con atención, aunque no tengo ni la más mínima idea de joyas.

Ella detecta mis dudas al instante.

—Es una pieza buena, de calidad. No es una compra impulsiva, pero tampoco algo exagerado. No grita «mírame». Dice «piensa en mí».

Le devuelvo el colgante y ella lo coloca sobre el terciopelo oscuro.

—A la gente joven le gusta porque no pesa. Es bonito, elegante y cómodo de llevar.

Me quedo mirándolo unos segundos más sin terminar de decidirme. No pienso en el precio.

Pienso en si eso bastará.

—Si se graba —añade ella, bajando ligeramente la voz— deja de ser una joya. Se convierte en una promesa de algo más.

Y es justo esa frase la que termina de convencerme.

Porque soy exactamente eso, una promesa en silencio.

—Es perfecto —digo al fin—. Quiero que lo grabe. Ponga Josh y Sofía.

Salgo de la joyería más tranquilo. El regalo está en proceso y me han asegurado que pueden tenerlo listo para mañana, justo el tiempo que necesito.

De los tres días que solemos pasar aquí, el primero es para descansar y aclimatarnos, el segundo queda completamente libre y el tercero, antes del vuelo de regreso, suele ser más tranquilo.

Así que mañana es perfecto.

Reservo mesa en el restaurante favorito de Sofía, una churrasquería donde preparan una picaña espectacular, su carne preferida. Sé que después pasaré un par de días con el estómago revuelto, porque a mí siempre me sienta fatal: demasiada grasa, demasiada carne.

Pero ¿qué son un par de días malos al mes si puedo verla disfrutar de esa manera?

Cuando Sofía come picaña parece olvidarse de todo lo demás. Me da la sensación de que, durante ese instante, para ella el mundo entero se reduce a ese plato.

Y verla así siempre me ha parecido suficiente recompensa.

Mi móvil se ilumina con varios mensajes de Janice y eso ya es raro de por sí. Ella me conoce bien y sabe que, cuando estoy en São Paulo, prácticamente no existo para nadie, a menos que sea una emergencia.

Tu chica ha preguntado por ti.

Lleva cuidado, Josh.

¿Mi chica?

Me quedo mirando la pantalla del móvil como si intentara descifrar un jeroglífico. Podría preguntarle directamente a quién se refiere y salir de dudas en un segundo. También podría ignorarla y

dejar el mensaje sin responder. Pero sospecho que esa «chica» es Alice… y, de repente, el buen humor que llevaba se estropea.

Y era un humor cojonudo.

—¿De qué coño hablas? —le pregunto nada más devolverle la llamada—. ¿Qué chica?

—Uy, ya veo que el tema te interesa —responde con sorna—. Recibir señales de vida tuyas en esta ciudad es todo un acontecimiento. Ya sabes de quién hablo: metro sesenta, ojos marrones, melena castaña oscura, veinticinco años, un cuerpo espectacular y, además, piloto. Como tú. Con la que puedes volar.

Camino por Moema con el teléfono pegado al oído. He pasado por estas calles tantas veces que podría recorrerlas sin mirar. Las aceras anchas, los edificios de fachadas claras con balcones llenos de plantas… todo está exactamente donde debería.

—Janice, no digas tonterías —respondo—. No he tenido nada con ella.

Es una mentira a medias y Janice es demasiado perspicaz para tragársela sin más. Sabe leer las cajas negras mejor que los propios analistas de American Airlines… sin necesidad de abrirlas.

Cruzo el paso de peatones cuando el semáforo se pone en verde. Los coches se detienen con esa cortesía tranquila que caracteriza al barrio. Los porteros me resultan familiares, aunque no conozca sus nombres; siempre hay alguno apoyado junto a la puerta, revisando el móvil o conversando en voz baja con un vecino.

—Josh, sabes que te aprecio y que nunca he puesto en duda tus elecciones. Sé lo de la japonesa rica y lo de la mujer del político.

—Ya no estoy con ellas —la interrumpo—. Y, aunque lo estuviera, eso no tiene nada que ver con esa chica. Además, no tienes ningún derecho a pedirme ni exigirme nada. Lo nuestro…

—Ay, por Dios, Josh —me corta ella con brusquedad—. No digas más tonterías. ¿Qué nuestro? Lo único que hay entre nosotros es amistad. Al menos por mi parte, porque ya veo que por la tuya no tanto.

La palabra amistad es algo a lo que renuncié hace tiempo, cuando me mudé a Los Ángeles y pedí los vuelos de largo radio. Aun así, Janice es probablemente una de las pocas personas —si no la única— a la que puedo llamar amiga.

Y no tengo ni puta idea de por qué me aguanta.

Paso frente a la misma panadería de la esquina, la farmacia que permanece abierta hasta tarde y la tienda de mascotas con el escaparate iluminado. Reconozco el ritmo del barrio: personas que van y vienen sin prisas, que se saludan al cruzarse con una familiaridad que siempre me ha llamado la atención.

—Somos amigos —le confirmo al final—. Perdona, Janice. Ya sabes que en São Paulo…

—Sí, yo lo sé. Billy también lo sabe. Y el resto de la tripulación no lo sabe, pero lo intuye o simplemente no le interesa. Nadie se pregunta dónde estás… excepto la oficial Alice.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no pregunte. Tampoco es que pueda decirle mucho más.

Hay cierto resentimiento en su voz. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo y, aun así, Janice apenas sabe nada de mi vida privada. Lo único que tiene claro es que soy un piloto de Washington, engreído, malhumorado y bastante hermético, que se mudó a Los Ángeles hace casi nueve años y que lleva más de seis repitiendo la misma ruta, con especial insistencia en volver siempre a São Paulo.

—Janice… sé que no siempre lo demuestro, pero de verdad aprecio nuestra amistad.

—Lo sé, capullo arrogante —responde con un suspiro resignado—. Por eso te aviso.

—Pero no te entiendo —insisto—. ¿De qué quieres avisarme?

Sigo caminando mientras hablo con ella. No necesito orientarme; sé cuántas manzanas faltan, dónde se estrecha la acera, en qué punto el pavimento cambia ligeramente de tono.

Moema no cambia y yo tampoco cuando camino por aquí.

Aunque esta vez la llamada de Janice consigue que reduzca el paso.

Camino más despacio.

—En realidad no lo sé. He estado todo el tiempo pensando que debía advertirle a ella —me explica, aunque sigo sin entenderla del todo—. Pero a mí quien me importa eres tú. Tú eres mi amigo, y eres tú a quien no quiero ver sufrir.

Me detengo en mitad de la acera con el teléfono pegado a la oreja. No termino de procesar lo que acabo de escuchar. Una bicicleta pasa zumbando a mi lado y apenas logro apartarme a tiempo, dándome cuenta demasiado tarde de que estaba justo en su trayectoria. Me separo el móvil un instante y miro la pantalla con una sonrisa que no tiene nada de divertida.

Es incredulidad.

—¿Por qué cojones iba a sufrir, Janice? —le pregunto de nuevo.

No es que hayamos tenido demasiadas conversaciones profundas, pero la conozco lo suficiente para saber que no suele andarse con rodeos. Siempre ha sido directa, casi brutalmente sincera cuando hace falta. Me lo dejó claro incluso después de acostarnos: ella habla y yo escucho. Ella dice las cosas tal cual se le pasan por la cabeza, sin guardarse nada que luego pueda corroerla por dentro.

Pero esta vez parece estar dando vueltas alrededor de algo, y no consigo descifrar qué demonios quiere decir.

—Pues no sé, Josh. Esa chica no es…

—¿No es… qué?

Empiezo a perder la paciencia. Todo este misterio me está desesperando, y lo único que quiero es que diga de una vez lo que tiene en mente.

—No es como las demás, Josh.

—Muy bien. Es una chica ambiciosa, inteligente y… bueno, también es atractiva, no lo voy a negar. Pero ya te lo he dicho —Dudo un segundo antes de repetir la mentira que llevo diciéndole a ella y a mí mismo—: no tengo nada con ella y no voy a tenerlo, así que puedes estar tranquila.

—De acuerdo, Josh. Quizá ha sido una estupidez por mi parte —dice tras un momento de silencio—. Es solo que… —Se detiene otra vez, buscando las palabras—. Es por cómo la miras, ¿sabes? Por cómo le hablas. Nunca te he visto hacer eso con nadie.

¿Cómo la miro? ¿Cómo le hablo?

Es cierto que en cabina suelo mantenerme callado la mayor parte del tiempo. También es verdad que con Nathan nunca tuve necesidad de hablar demasiado, ni con el resto del pasaje. Tarde o temprano todos los que vuelan conmigo lo descubren: no soy precisamente un piloto muy hablador.

Y sí, también es verdad que nunca había tenido una copiloto tan insistente como Alice. Alguien capaz de tirarme de la lengua con esa facilidad.

Lo peor es que me divierte cuando lo hace.

—De acuerdo, Janice. No quiero que te preocupes, ¿vale? —le digo al final—. Es cierto que Alice es intensa… bastante pesada, de

hecho. Por eso te parece que hay algo diferente. No es nada más.

Llego frente a la puerta y me detengo un instante.

Todo parece estar en el mismo sitio de siempre. Me quedo un momento mirando la fachada del edificio, el color apagado de la pintura, las macetas recién regadas en las ventanas... Y, sin embargo, algo es distinto hoy.

Las ventanas reflejan la luz del final de la tarde con una calma casi perfecta.

Demasiado tranquila.

Me despido de Janice y cuelgo el teléfono mientras me acerco al portal. Respiro hondo antes de presionar el timbre, como hago siempre. El sonido resuena en el interior del edificio, discreto y familiar.

Espero unos segundos.

Escucho los pasos acercarse desde dentro.

La puerta se abre y, por un instante, todo lo demás desaparece.

Porque es Sofía quien me recibe.

CAPÍTULO 19

ALICE

São Paulo

Course correction *(corrección de rumbo): ajuste en la dirección de vuelo que realiza una aeronave para volver a la trayectoria prevista o adaptarse a nuevas condiciones durante la ruta.*

Como era de esperar, las consecuencias de haber dormido hasta estas horas no tardan en aparecer. Empiezo a dar vueltas en la cama esperando que Morfeo, el dios del sueño, tenga a bien abrazarme y llevarme con él.

Nada funciona.

Ni hacer flexiones en la habitación, ni abrir el paquete de Oreos que siempre llevo en la maleta cuando viajo consigue ayudarme a conciliar el sueño.

Ha sido un error imperdonable, y sé que mañana pagaré las consecuencias. Me repito que es eso lo que me mantiene despierta, aunque en realidad sé muy bien que lo que no me deja dormir es la conversación que he tenido con Janice.

Y la impresión que, al parecer, estoy dando a los tripulantes de cabina.

Sobre todo a él.

Son apenas las doce cuando escucho a alguien venir por el pasillo. El hotel es bueno, pero parece que las puertas no aíslan el ruido todo lo que deberían. O quizá soy yo, que de tanto escuchar

mis propios pensamientos intento concentrarme en cualquier sonido exterior para acallarlos durante un momento.

Me levanto y echo un vistazo por la mirilla.

Es Josh llegando a su habitación.

Esta vez nuestras puertas están una frente a la otra.

No sé si eso es bueno o malo, pero llega solo y, por alguna razón que prefiero no analizar demasiado, eso me hace respirar un poco más tranquila.

Sea lo que sea lo que haga en São Paulo, esté con quien esté, al menos no se la trae a dormir al hotel.

Y tampoco parece quedarse a dormir fuera.

Las palabras de Janice vuelven a aparecer en mi cabeza.

No preguntes.

¿Por qué demonios no puedo preguntar?

¿Acaso es un agente encubierto de la CIA? ¿Un espía de esos de doble vida? ¿Qué coño puede estar haciendo para que todo el mundo tenga tanto cuidado de no preguntarle dónde está?

Esta vez no pienso permitir que me vuelva a pasar lo de antes. Llamo a recepción para pedir que llamen a mi habitación a las siete de la mañana y que no dejen de hacerlo hasta que conteste.

Quizá así consiga despertarme.

En algún momento de la noche, entre el recuerdo de la voz de Josh susurrando por teléfono y las advertencias de Janice dando vueltas en mi cabeza, termino quedándome dormida.

Me despierta la llamada puntual del servicio del hotel.

No me arriesgo. Me levanto en cuanto suena el teléfono y me meto directamente en la ducha para despejarme. Después me quedo

un rato escribiéndole a mi madre y mirando las fotos del piso que me está decorando, haciendo tiempo hasta que empiece el servicio de desayunos.

Entonces vuelvo a escuchar la puerta de enfrente.

Es Josh saliendo de su habitación.

Miro el reloj: son apenas las siete y cuarenta.

Parece que tenga perfectamente calculado el horario para no coincidir con nadie. Regresa al hotel cuando todos estamos encerrados en nuestras habitaciones y se marcha antes de que empiece el desayuno.

No sé exactamente en qué estoy pensando —si es que estoy pensando en algo—, pero salgo al pasillo justo después de él. Cuando llego al *hall* del hotel lo veo en la calle, subiendo a un taxi.

No lo hagas, me digo.

No seas estúpida.

Pero al final silencio esas advertencias, salgo a la calle y yo también me subo en uno de los que esperan en la puerta del hotel.

—Siga a ese taxi.

Lo digo así, tal cual, como en una maldita película de misterio. Como en uno de esos thrillers donde la protagonista es tan atrevida como imprudente.

No tengo ni idea de adónde voy.

Solo sé que no quiero perderlo de vista.

Son las ocho de la mañana y la ciudad empieza a despertar. Las calles de Jardins, la única zona de São Paulo que conozco, tienen la misma calma expectante de primera hora que Los Ángeles: cafeterías levantando persianas, empleados limpiando escaparates

impecables, mujeres con ropa deportiva caminando con paso decidido.

Se parece a cualquier otra gran ciudad, pero aquí todo me resulta nuevo, brillante y exageradamente grande.

El tráfico empieza a espesarse en las avenidas. Motos que se cuelan entre los coches, autobuses llenos, cláxones que suenan con una impaciencia constante. No entiendo los carteles ni reconozco los nombres de las calles.

Podríamos estar yendo a cualquier parte.

Giramos varias veces. Los edificios cambian sin que yo sepa en qué momento lo hacen. De las tiendas elegantes pasamos a calles más residenciales: más árboles, menos ruido, portones altos, fachadas claras y balcones llenos de plantas perfectamente cuidadas.

El ritmo de la ciudad disminuye poco a poco.

El rugido del tráfico se transforma en algo más suave.

São Paulo deja de rugir y empieza a respirar.

No tengo la menor idea de dónde estamos. No sabría volver sola al hotel, pero sigo mirando hacia delante con una mezcla de intriga y nervios.

Me pregunto qué puede haber en un lugar así que merezca levantarse tan temprano para venir.

O quién.

El coche de delante reduce la velocidad y finalmente se detiene junto a la acera. Pago deprisa y me bajo intentando no perderlo de vista. Josh ya ha salido y camina con naturalidad, como si hubiera hecho ese recorrido cientos de veces.

Entra en una *padaria* tradicional del barrio, con ventanales amplios y mesas en la terraza. El cartel azul anuncia cafés, zumos

naturales y *pão de queijo* recién hecho. Todo parece demasiado cotidiano para el misterio que yo había imaginado.

Respiro hondo y me mezclo con la gente que pasa. Una mujer pasea a su perro, un hombre hojea el periódico en una mesa exterior. Me coloco cerca de una tienda cerrada, fingiendo revisar el móvil.

Tengo la tentación de acercarme al cristal y mirar dentro, ver con quién ha quedado, confirmar lo que sea que estoy imaginando. Pero me contengo.

Unos minutos después, sale.

Se sienta en la terraza, pide un café y un desayuno completo, algo abundante, sin prisas. Deja el móvil sobre la mesa y lo mira de vez en cuando.

Espera.

Y yo lo observo desde la distancia con esa sensación incómoda de estar haciendo algo que no debería. Como una espía sin entrenamiento. Como una paparazzi sin cámara.

Sin saber todavía qué estoy buscando exactamente.

Pierdo la noción del tiempo mientras espero. Josh termina su desayuno y yo me he pasado todo ese rato mirándolo, escondida como una delincuente torpe, acechando algo que no sé si quiero encontrar.

Entonces llega.

Una chica joven, alta, de piel morena, con ese aire tan característico de São Paulo. No tendrá más de dieciocho años. O eso espero. Camina directa hacia él y sonríe con una sonrisa abierta, luminosa.

Y se abrazan.

Lo hacen con una naturalidad que me revuelve por dentro, con una cercanía que no necesita explicaciones. Ella le rodea el cuello y él la estrecha sin dudar, como si ese gesto le perteneciera.

La chica es espectacular. El pelo rizado cae suelto por la espalda, brillante bajo la luz de la mañana. Incluso a esta distancia distingo sus ojos grandes, los labios llenos y una figura que parece diseñada para llamar la atención sin esfuerzo.

Algo me atraviesa de arriba abajo.

Caliente. Incómodo. Reconocible.

Celos.

Los veo levantarse. Josh paga la cuenta. Hablan y se ríen.

Esa risa que Josh solo deja escapar en contadas ocasiones. Una risa que me regaló a mí al principio y que me encantó. Aquí la deja salir sin reservas, abierta, limpia, como si no le costara nada.

Caminan juntos y los sigo a cierta distancia. No alcanzo a escuchar lo que dicen, pero sé que no están hablando en portugués. Reconozco el ritmo de sus palabras, la cadencia.

Se entienden sin esfuerzo.

Cruzan un parque pequeño, con senderos curvos y bancos bajo los árboles. Ella camina medio paso por delante, gira la cabeza para decirle algo y lo empuja con el hombro en un gesto juguetón. Él responde inclinándose hacia ella, atento.

Sé que no debería estar haciendo esto.

Y, aun así, sigo.

Llegan a un edificio amplio, con fachada moderna y cristales oscuros. Sobre la puerta, en letras grandes y coloridas, leo: ROLLER RINK.

¿Patinaje?

No puedo creerlo si no lo veo con mis propios ojos, y mi curiosidad puede más que mi prudencia.

Me quedo apoyada contra la pared de cristal del *roller rink*, observando la pista. Josh está sobre los patines, riendo con ligereza, mientras la chica gira y salta frente a él. Me cuesta apartar la mirada porque… joder, es joven.

Demasiado joven.

Siento cómo me sube un calor dentro al recordar sus palabras: «no podemos tener nada, eres muy joven para mí».

¡Me cago en la puta!

Soy muy joven… pero parece que no lo suficiente.

Durante un segundo estoy tentada de entrar, darle un empujón en medio de la pista y hacerlo caer para estamparlo contra el suelo.

Pero me obligo a respirar, me doy media vuelta y cojo el primer taxi que pasa.

Vuelvo al hotel con el ego herido. Esta vez, herido de muerte.

El resto del día lo paso tumbada en la cama, recordando su risa y la imagen de la chica con la que estaba. Es de una belleza exótica, innegable, pero joder… era prácticamente una cría, una adolescente. Mi cabeza empieza a construir teorías cada vez más absurdas: que le gustan las jovencitas, que quizá es uno de esos sugar daddies que mantiene a una chica solo para pasar con ella los días que estamos en São Paulo.

A la hora del almuerzo estoy más callada de lo normal. Janice lo nota enseguida y me lanza varias miradas de reojo.

Matt, en cambio, se dedica a hablarme de las maravillas de São Paulo. Me cuenta que sus carnavales, aunque no sean tan famosos como los de Río, tienen desfiles en el sambódromo, comparsas de samba, carrozas gigantes y trajes que brillan bajo las luces. Luego

pasa a describirme la ciudad por la noche: bares llenos de gente, luces que nunca se apagan, cafeterías abiertas hasta tarde donde siempre hay alguien tocando un instrumento o cantando.

Creo que es su manera de invitarme a salir esta noche.

Está bastante claro que Matt ha decidido pasar de las auxiliares en este viaje e ir a por mí.

Pero apenas lo escucho. Mis pensamientos siguen atrapados en lo que he visto esta mañana: Josh y la chica, la complicidad entre ellos, esa cercanía que me ha dejado dentro una sensación incómoda. Todo lo demás —los carnavales, la música, la ciudad— se convierte en un ruido lejano que no consigue alcanzarme.

Por la noche, Matt vuelve al ataque.

Cuando me dirijo a mi habitación, me alcanza justo en la puerta.

—¿Qué me dices, Alice? —pregunta intentando sonar casual—. ¿Te apuntas a descubrir São Paulo por la noche?

—Estoy cansada, Matt. Creo que necesito más tiempo para acostumbrarme a estos horarios.

—Te entiendo. A mí al principio también me costó lo suyo —responde sonriendo mientras apoya la mano en mi brazo.

Si todavía tenía alguna duda sobre sus intenciones, ese gesto termina de confirmarlas. Justo cuando voy a rechazarlo, aparece Josh en el pasillo y se queda mirando el brazo de Matt con una intensidad que no intenta disimular.

No sé si es imaginación mía, pero juraría que se le tensa la mandíbula y que aprieta los puños.

Su habitación está justo enfrente. Antes de abrir la puerta nos saluda.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta directamente, señalando con la barbilla—. ¿Matt? ¿Qué haces?

—Intentaba convencer a Alice de que se venga al Brahma —explica Matt—. Le estaba contando lo animado que se pone por la noche: música en vivo, cerveza fría… no hay nada igual en toda la ciudad.

Josh me mira con cara de pocos amigos.

Y en ese momento veo mi oportunidad.

—Sí, la verdad es que parece divertido —miento descaradamente —. Me lo has pintado tan bien que me está apeteciendo.

A Matt se le ilumina la cara.

A Josh, todo lo contrario.

—Deja que Alice descanse. Todavía está un poco verde.

—No me jodas, Josh. Me parece que la chica es mayorcita para decidir, ¿no crees?

—No, Matt. Mejor vete a dormir.

—Perdona —intervengo—. Estoy aquí delante. No hace falta que hables por mí, ¿de acuerdo?

—¿Lo ves, Josh? La chica quiere.

—No —insiste él—. La chica no quiere.

La tensión en el pasillo empieza a subir. Veo a Josh acercarse demasiado a Matt, como dos leones midiéndose antes de saltar el uno sobre el otro.

—Ejem —carraspeo para hacerme notar—. Insisto en que estoy aquí, comandante Edwards, y si me apetece irme con…

—¿Lo has oído?

—Matt —dice Josh ignorándome por completo—. No seas capullo.

—No seas capullo tú, amigo. Si estás interesado en ella, dilo y deja que la chica elija.

—¿Qué? —pregunto incrédula—. ¿Tengo que elegir?

Pero a estas alturas ninguno de los dos parece escucharme. Están demasiado concentrados en su propio duelo y eso empieza a enfadarme de verdad.

—Te lo vuelvo a repetir: vete a tu habitación, Matt.

—Y yo te lo vuelvo a repetir. Además, ya la has oído. A lo mejor no quiere elegir. A lo mejor quiere con los dos.

Matt se cruza de brazos.

Veo cómo a Josh se le marca la vena en la frente.

—¿Qué dices, Alice? —pregunta Matt mirándome directamente a los ojos—. ¿Te atreves con los dos? Suelo hacer tríos con dos chicas, pero joder… hacerlo los tres sería una fantasía. Si aceptas, claro.

Luego se gira hacia Josh, que sigue callado, conteniéndose.

—¿Qué me dices, Edwards? A mí no me importa compartir si nos organizamos… ya me entiendes.

Y entonces sucede.

Josh lo agarra por la camiseta y lo estampa contra la pared con un movimiento rápido, violento, digno de una mala película de adolescentes.

Matt se ríe.

Está claro que el comentario era para provocarlo… y lo ha conseguido.

No se dicen ni una palabra más. Solo se miran, desafiándose en silencio, hasta que Josh afloja el agarre. Matt se recompone la camisa y se retira a su habitación sin añadir nada.

Yo me limito a negar con la cabeza.

Abro la puerta de mi habitación y entro.

Josh la sujeta antes de que se cierre y entra detrás de mí.

CAPÍTULO 20

JOSH

São Paulo.

Despegue: maniobra mediante la cual una aeronave acelera por la pista hasta alcanzar la velocidad necesaria para elevarse del suelo e iniciar el vuelo.

—¿Se puede saber qué hacías con Matt?

Intento respirar hondo para calmarme, pero la sangre circula demasiado deprisa por mis venas. Y lo peor es que la escena que acabo de presenciar ha conseguido arruinar por completo el día increíble que acabo de pasar con Sofía.

Sé que no tengo derecho a reprocharle nada, pero algo en mí se ha encendido y no va a ser fácil apagarlo.

—Lárgate ahora mismo de mi habitación —me ordena, enfadada —. No tienes ningún derecho a decirme nada ni a juzgarme. Lo que haga en mi tiempo libre es cosa mía, siempre que no afecte a nuestro trabajo.

—¿Y crees que salir por la noche con Matt no va a afectar a tu trabajo? Te recuerdo que vuelas en dos días. No puedes abusar…

—Vete a la mierda, anda. ¿Qué te has creído? ¿Que eres mi padre? Ah, no… perdona —rectifica cambiando el tono—. A ti te gusta más que te llamen… papi.

La última palabra la pronuncia remarcándola con una sonrisa tan borde que me hace fruncir el ceño.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Lo que oyes. Te he visto.

De repente, la sangre deja de correr por mis venas. Se detiene en seco, como si se congelara dentro de mi cuerpo. Tanto que me cuesta respirar.

—¿Me has visto? —repito, incómodo—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Dónde?

Alice arruga los labios. Si no estuviera tan enfadado, admitiría que esa expresión suya es casi adorable.

—Con esa chica.

—¿Me has seguido?

—Pues… no. A ver, puede que te haya visto de casualidad.

—¿Quieres decir que me has visto de casualidad al otro lado de la ciudad? —pregunto señalándola con incredulidad—. ¿En una ciudad de casi doce millones de habitantes? ¿Una de las más pobladas del mundo… y tú me has visto por casualidad?

—Vale, puede que sí te haya seguido —reconoce finalmente apartando mi dedo de un manotazo—. Aunque ha sido un poco de casualidad. Te he visto salir muy temprano y yo no podía dormir. Y… bueno, sí. Te he seguido.

—Alice, eso es… eso es…

—¿Qué? Dime lo que es. Si no fueras tan hermético, si no te callaras las cosas y te rodearas de ese halo de misterio, no tendría que seguirte.

—Has invadido mi privacidad —exclamo, más incrédulo que enfadado—. Eso es casi… ¡un delito!

—No hablemos de delitos, ¿de acuerdo? —replica sin inmutarse —. Te he visto con esa chica.

Respiro hondo, intentando mantener la calma.

—No sigas por ahí —le advierto.

—Oh, claro que voy a seguir. Porque si no recuerdo mal, me dijiste que nunca tendrías nada conmigo porque soy demasiado joven. Y ahora resulta que el problema no es ese… el problema es que no soy lo suficientemente joven, ¿no es cierto?

Debería estar furioso. Debería marcharme ahora mismo de la habitación y no volver a hablar con ella más que lo estrictamente profesional. Pero, joder… no puedo evitarlo.

Me divierte.

Y no tengo ni idea de por qué.

—Te estás equivocando, Alice.

—¡Ja! No me equivoco, comandante Edwards. Te he visto con esa chica y no soy tonta, ¿sabes? Sé exactamente lo que era. No es que haya malinterpretado nada. Además —continúa, cada vez más convencida— conozco a muchas chicas que hacen exactamente lo mismo que esa con la que estabas. Es tu *sugar baby*, ¿verdad? Y tú eres el típico *sugar daddy*: rico, de paso por la ciudad, la llamas cuando llegas, la llevas a restaurantes caros y seguro que le haces regalos.

Alice se calla un momento, evaluando mi reacción.

Yo, en cambio, tengo que contener la risa ante tanta vehemencia.

Al ver que no replico, se crece.

—No lo niegas, ¿verdad? —pregunta alzando la barbilla con desafío.

—Pues en realidad no —respondo—. De hecho, esta misma tarde le he dado un regalo.

—Lo sabía —dice entrecerrando los ojos mientras niega con la cabeza—. Podría ser tu hija.

—Tienes razón. Es muy joven. Solo tiene diecisiete años.

—Eres…

—¿Qué soy? Dímelo.

—No tengo calificativos para describirte.

Me acerco a ella hasta quedar lo bastante cerca como para percibir el champú de su pelo, su perfume y la crema de su piel. Alice no retrocede ni un paso. Permanece erguida, altiva, intentando parecer más alta de lo que es con su metro sesenta.

—¿Quieres saber qué le he comprado? —le pregunto bajando la voz.

—Ni lo más mínimo.

—Te lo diré de todas formas. Le he comprado un colgante de oro con forma de corazón y hemos grabado nuestros nombres detrás: Josh y Sofía.

—Mira qué bien. Qué romántico.

—¿Romántico? No. En realidad no pretendía que lo fuera. —Hago una pausa—. Sofía es mi hija.

Mi confesión cae en la habitación con el peso de una losa.

Que yo recuerde, muy pocas personas saben que tengo una hija. En el trabajo solo lo sabe Janice. Ni siquiera se lo conté a Nathan; como el resto de mis compañeros, siempre dio por hecho que tenía algún tipo de rollo especial en São Paulo, y yo nunca me molesté en corregir esa impresión.

Alice cambia la actitud de inmediato. Su postura se relaja, aunque la tensión sigue presente en su cuerpo. Lo noto en la forma en que sus ojos se mueven sin fijarse en ningún punto concreto, en

cómo retuerce el bajo de su camiseta entre los dedos y en el ritmo irregular de su respiración, que hace que su pecho suba y baje con demasiada rapidez.

Yo, en cambio, sigo acercándome.

Esta vez es ella quien retrocede un par de pasos, hasta que su espalda choca con la pared. El golpe es suave, pero basta para que se quede quieta. Traga saliva antes de hablar.

—¿Tu… hija?

—Ajá —le confirmo con tranquilidad.

Avanzo un poco más, reduciendo la distancia hasta que nuestros cuerpos quedan prácticamente pegados. Puedo sentir su aliento rozando mi boca, cálido, irregular, y sé que ella percibe el mío de la misma manera.

—No sabía que tenías una hija —dice, todavía sorprendida—. No me lo dijiste.

—Tú no lo preguntaste.

Apoyo la mano en la pared, justo a la altura de su cabeza, cerrando el espacio entre nosotros de una forma que deja claro que no tengo ninguna intención de marcharme.

—No voy a ser una más —me dice entonces, con una firmeza que no esperaba—. Así que no lo intentes si eso es lo que quieres.

La miro con atención antes de responder.

—¿Intentar qué? ¿Besarte?

Estamos tan cerca que bastaría con inclinarse apenas un centímetro para que nuestras bocas se encontraran. Sin embargo, ninguno de los dos da ese último paso. Ella se mantiene erguida, desafiante, y yo espero.

Porque no pienso hacerlo sin saber que lo quiere tanto como yo.

—No me conformo con ser un polvo más —continúa, sosteniendo mi mirada—. Y no me gustan los secretos. Yo necesito… saber cosas.

—Nunca podrías ser solo un polvo —le respondo con calma—. Y no tengo secretos. Solo soy reservado.

Nuestros labios se rozan al hablar, apenas un contacto accidental que se rompe cuando alguno de los dos respira un poco más fuerte. El gesto se repite una segunda vez, y luego una tercera, como si ambos estuviéramos midiendo hasta dónde podemos acercarnos sin cruzar todavía la línea.

Solo necesito que ella dé el paso.

Y espero.

Porque la espera no apaga el deseo; al contrario, lo vuelve más intenso, más presente, más difícil de ignorar.

—No me gustan los hombres herméticos —dice finalmente, casi en un susurro.

—A mí tampoco.

Alice sonríe.

Y yo lo hago con ella.

Con esa simple frase, con ese gesto compartido, descubro algo que no esperaba: no solo ella me divierte. Yo también he conseguido hacerla sonreír, casi sin proponérmelo.

—Tampoco me gusta que me mientan —añade, recuperando su tono serio—. Creo que te lo he dejado claro.

—Perfecto.

—Y lo que ha propuesto Matt antes… eso tampoco sucederá conmigo. Por si es tu rollo.

Recordar las palabras de mi compañero despierta una reacción que ahora mismo no me interesa alimentar. Ni me gusta, ni me conviene, así que dejo clara mi postura antes de que esa idea vuelva a aparecer.

—Alice, escúchame atentamente —Mi voz baja un tono cuando continúo—: Cuando algo me gusta de verdad, lo quiero solo para mí. Soy egoísta, posesivo, y no comparto.

La observo mientras asimila lo que estoy diciendo.

—¿Lo entiendes? —Ella no aparta la mirada—. No solo me gustas. Me encantas. Me obsesionas más de lo que debería admitir, y no pienso fingir que puedo tratar esto como algo ligero o pasajero.

Alice intenta acercarse entonces, iniciando un beso cuyo final puedo imaginar con demasiada claridad. La detengo con suavidad, apoyando la mano en su brazo para frenarla, porque antes necesito decir lo que llevo semanas intentando no pronunciar.

—No sé hacerlo a medias —continúo—. No sé mirarte sin imaginarte conmigo. No sé desear sin reclamar. —Hago una breve pausa antes de seguir—. Y si decides quedarte, tienes que saberlo. No voy a competir por ti. No voy a jugar. Y tampoco voy a compartirte con nadie.

Ella vuelve a dar un paso hacia mí, y esta vez soy yo quien crea un pequeño espacio entre los dos, manteniéndola a esa distancia mínima que hace que el deseo resulte todavía más evidente.

Alice se queda quieta, esperando.

Puedo sentir la tensión recorriendo su cuerpo, la ansiedad que produce estar tan cerca y no tocarse todavía. La mantengo así unos segundos más, sujetándola con firmeza, dejando claro que soy yo quien controla la situación.

No solo en cabina.

También aquí.

—¿Lo has entendido? —insisto mientras busco en sus ojos un permiso que en realidad sé que ya tengo.

Pero no le doy tiempo a responder.

Ahora soy yo quien da un paso hacia ella. Solo uno. Lo suficiente para invadir su espacio sin besarla todavía. Me gusta ese instante, ese segundo exacto en el que sé que podría apartarse… y, sin embargo, no lo hace.

Levanto la mano despacio y deslizo los dedos por su mandíbula. Su piel está caliente y, en cuanto la toco, noto cómo su respiración cambia, volviéndose más lenta y profunda.

—Creo que vas a ser mi perdición —digo, y mi voz sale más baja de lo que esperaba.

Me inclino hacia ella, pero no voy directo a su boca. Me detengo a unos centímetros y la observo. Paso el pulgar por su labio inferior, despacio, con un gesto deliberado que marca el ritmo y deja claro quién sigue teniendo la iniciativa. No es una caricia inocente. Es una advertencia.

Entonces la beso.

Al principio controlo el ritmo. Apoyo mis labios sobre los suyos con firmeza, sin prisa, saboreando el momento, probándola con calma, como si reclamara algo que ya he decidido que me pertenece.

Pero el deseo termina imponiéndose. La contención se derrumba como una fila de fichas de dominó que alguien ha empujado con un simple gesto. Enredo la mano en su pelo y tiro lo justo para inclinarle la cabeza y profundizar el beso.

Dura apenas unos segundos, muy pocos.

Me separo de ella de golpe.

No del todo, solo lo suficiente para que el aire vuelva a abrirse paso entre nosotros. Su respiración está agitada. La mía tampoco es mucho más estable. Sus labios se ven ligeramente hinchados y sus ojos, más oscuros ahora, ya no contienen duda.

Apoyo una mano en su cintura, obligándome a contenerme. La observo durante un instante, dejando que el silencio se instale entre nosotros y que el deseo haga su trabajo.

Inclino la cabeza otra vez, rozando su boca sin llegar a besarla.

—Y no… —murmuro contra sus labios—. No me gusta que me llamen papi.

Mi pulgar desciende despacio por su barbilla y continúa por su cuello, deteniéndose justo donde siento el pulso acelerado bajo su piel.

—Tú vas a llamarme comandante —le susurro junto al oído—. Y… voy a hacerte volar.

CAPÍTULO 21

ALICE

São Paulo

V1: la velocidad a partir de la cual ya no es posible detener el avión. Solo queda despegar.

Intento ordenar en mi cabeza todo lo que ha pasado en las últimas horas. Primero el sexo telefónico de anoche… o espera, ¿fue hace dos noches? Este maldito horario va a volverme loca si no me acostumbro rápido.

El problema es que no puedo concentrarme ni mantener un pensamiento coherente cuando lo que estoy respirando es el *aftershave* de Josh.

Esa chica no es su amante. Él desaparece siempre en esta ciudad para encontrarse con su hija adolescente. Se levanta temprano para pasar el día con ella, para colmarla de atenciones y hacerle regalos que expresan más de lo que puedan decir un millón de palabras.

Dios. Si este hombre ya me ponía con lo poco que sabía de él, ahora cada confesión, cada pequeño gesto que descubro, va directo a mi clítoris, que palpita sin remedio.

Tengo tantas preguntas que hacerle, tantas dudas… que no sé ni por dónde empezar.

Pero lo primero ahora mismo es la urgencia del momento. Esa que grita dentro de mí con una claridad brutal: fóllame porque estoy a punto de estallar. Sé que suena vulgar, incluso desesperado, pero es exactamente lo que siento.

Por una vez en mi vida me quedo sin saber qué decir, aunque tenga absolutamente claro lo que quiero que él diga.

—Bésame otra vez —le pido en voz baja.

Sus labios siguen muy cerca de los míos, pero no me da lo que quiero. Mantiene la distancia exacta para provocarme, marcando el ritmo, controlando el vuelo y dejándome claro que él está a los mandos.

—No has dicho la palabra mágica, Alice.

—Por favor.

—Esa no —me corrige con suavidad—. Nunca supliques por algo que te pertenece. Y ahora mismo soy todo tuyo, ¿me entiendes?

Dios.

Esto se está convirtiendo en una tortura deliciosa, porque lo único que quiero es que vuelva a besarme, sentir sus manos en mi piel y comprobar que todo lo que llevo imaginando desde que lo conocí es exactamente como creo.

Y el muy cabrón se dedica ahora a hablar.

—De acuerdo —respondo intentando mantener la voz firme, aunque la excitación se me note a kilómetros—. Entonces dime cuál es la palabra mágica.

Seguimos hablando en susurros, cada palabra cargada de intención, cada respiración rozando la piel del otro. Él sonríe al escucharme, y lo hace con la boca casi pegada a la mía, respirando mi aliento como si quisiera hacerlo suyo.

—Ya te la he dicho antes… —murmura junto a mi oído—. Comandante.

Un escalofrío me recorre el cuerpo entero. Desde la punta de los dedos hasta la nuca, donde el pelo se me eriza.

¿Este hombre sabe leer mi mente?

¿O peor… conoce mis fantasías?

Porque llamándolo así fue como me corrí la primera vez que me masturbé pensando en él.

—¿Comandante? —repito, más nerviosa que antes—. De acuerdo.

—Perfecto, Alice. Entonces dilo.

Josh pone las manos en mi cintura y me aprieta durante un segundo. Sé que se está conteniendo. Sus labios se deslizan desde mi oído hasta mi cuello y rozan la piel con la lengua, probándome.

Me está probando, sí. Eso es exactamente lo que hace.

Y aunque mantiene el control, sé que podría perderlo. Igual que yo perdí el mío cuando me arrinconó contra esta pared en la que ahora me apoyo para no caerme.

Me tiemblan las piernas.

Cada intento que hago por acercarme más, por obligarlo a perder ese control al que se aferra, es contrarrestado por un agarre más firme en mis caderas.

—Entonces… ¿vas a besarme, comandante?

El tiempo parece detenerse justo cuando pronuncio la frase.

La boca de Josh deja de moverse sobre mi cuello al instante. Sus dedos se hunden en mi cintura. Supongo que necesita sujetarse a algo para no dejarse ir definitivamente.

Levanta la mirada.

El azul de sus ojos apenas se distingue bajo las pupilas dilatadas, oscuras y cargadas de deseo.

—Repítelo —me ordena.

La voz se le quiebra ligeramente, aunque intenta mantener el tono firme.

Sé exactamente lo que está haciendo. Quiere llevarme al límite, a ese punto donde todos los sentidos se vuelven más intensos, donde cada caricia quema la piel y el aire deja de ser suficiente si no viene de la boca del otro.

No quiere que suplique.

Quiere algo peor.

Quiere que lo necesite.

—Bésame, comandante.

El silencio me estremece. Ya no escucho ni su respiración agitada ni la mía; es como si ambos contuviéramos el aire dentro del pecho. Es esa calma que anticipa la tormenta, la pausa exacta antes del estallido.

Josh me besa con fuerza, con determinación, y al mismo tiempo con una suavidad que derrite hasta la última neurona de mi cerebro. Dejo de pensar, de imaginar, de preguntarme nada. Me prometió hacerme volar, y eso es exactamente lo que estoy sintiendo.

Mis brazos caen a ambos lados de mi cuerpo, inertes, porque parece que mi mente ha dejado de enviar órdenes a los músculos. Así que solo me queda una opción.

Sentir.

Y lo hago. Siento cada poro de mi piel en llamas, cada cabello de mi nuca erizado, mientras mis piernas vuelven a temblar. Si aún tuviera capacidad de pensar con claridad, esta vez temería por mi estabilidad física.

La emocional, en cambio, ya se ha ido a la mierda en el momento en que su lengua ha acariciado la mía.

Como si pudiera leerme la mente otra vez, Josh toma mis brazos y los coloca alrededor de su cuello antes de alzarme en brazos. Sus manos aprietan mi culo para pegarme más a su cuerpo, y entonces siento con claridad su polla dura presionando contra mí.

Gimo dentro de su boca.

Josh responde apretándome más fuerte, acercándome más a él mientras camina conmigo en brazos hasta la cama.

Dejar de besarlo me cuesta horrores, así que cuando se separa apenas un segundo para mirar hacia dónde nos dirigimos, yo voy directa a su cuello. Sin preámbulos ni permisos.

Paso mi lengua por el punto exacto donde late su pulso, por el lóbulo de su oreja, con hambre y con cero paciencia. Estoy desesperada, excitada, mojada y cachonda. Demasiado. Y, a juzgar por la prisa con la que me deja sobre la cama, él tampoco está mucho mejor.

Caemos juntos sobre el colchón y seguimos besándonos mientras tratamos de quitarnos la ropa con prisas y bastante torpeza. Sobre todo porque ninguno de los dos quiere separar los labios ni un segundo.

Los besos son desordenados, ansiosos, duros. Parece casi una lucha por mantener el control, aunque yo hace rato que se lo cedí, y él está más que dispuesto a aceptarlo.

Entonces desliza una mano hasta la cintura de mis mallas y las baja un poco, lo justo para meter la mano dentro de mis bragas y comprobar por sí mismo lo mojada que estoy.

Echo la cabeza hacia atrás. Es puro instinto.

También la necesidad de morderme los labios para contener un gemido más fuerte que el que termina escapándose de mi garganta, porque me está follando con los dedos mientras recorre ansioso mi cuello con su lengua.

Estoy a punto de correrme y ni siquiera me ha quitado las bragas.

—Josh, para… —susurro entre gemidos—. Joder, si sigues así voy a…

No me deja terminar. Saca la mano y vuelve a besarme, callándome con su boca.

Luego se incorpora ligeramente y me mira. Se mete los dedos en la boca y se los chupa despacio, saboreándome mientras mantiene los ojos clavados en los míos.

—Todavía no, Alice.

Joder.

Joder, joder, joder.

Ver cómo se relame los dedos mientras me observa desde arriba me está destrozando. Literalmente.

Se levanta un poco más y se quita la camisa, y mis ojos se van detrás del movimiento. Si ya imaginaba que sus brazos eran fuertes, ahora puedo verlo con claridad. Me quedo quieta, observándolo mientras se libra del cinturón, desabrocha el pantalón y se mueve despacio, sin apartar la mirada de mí, como si estuviera estudiando mi cuerpo y planeando exactamente qué quiere hacer conmigo.

Me recorre con los ojos de arriba abajo.

Yo solo puedo tragar saliva y quedarme inmóvil, sin saber muy bien qué hacer.

—¿No vas a quitarte la ropa? —pregunta.

Varias respuestas cruzan mi cabeza en cuestión de segundos: pedirle permiso, confesar que estoy paralizada o rogarle que me la quite con los dientes.

Todas suenan demasiado desesperadas.

Así que opto por algo que no me haga parecer una cría que no sabe lo que está haciendo.

—Estaba admirando el paisaje —respondo, intentando sonar más segura de lo que realmente estoy.

Incluso a mí me sorprende lo bien que ha salido la improvisación.

No pienso parecer desesperada. Eso sería terminar de darle un control que quiero que se gane.

Josh esboza una leve sonrisa.

—Me parece perfecto, Alice —dice sin apartar la mirada de mí—, pero ahora soy yo el que quiere disfrutar de las vistas.

Se inclina un poco hacia delante.

—Así que desnúdate, despacio. Me gusta ver bien la mercancía antes de probarla.

Este cabrón es bueno. Muy bueno.

Pero yo también puedo serlo.

Y esta vez he venido preparada: llevo puesta mi mejor lencería. Encaje, poca tela y acceso rápido… justo lo que sé que ha debido imaginar al tocarme.

No es exactamente un *striptease*, pero empiezo a bajarme las mallas todo lo despacio que puedo, y él no se pierde ni un solo detalle. Se lame los labios mientras la erección bajo sus *boxers* se vuelve cada vez más evidente. Cuando las mallas llegan a mis tobillos, me detiene. Me coge por las piernas y termina de bajarlas él mismo, deslizando los dedos por mi piel mientras lo hace.

Después también es él quien me quita la camiseta, dejándome únicamente en ropa interior.

Se acomoda entre mis piernas y comienza a acariciarme por encima de las bragas, apretando mi culo, recorriendo mis muslos

antes de volver a buscar mis labios.

—Me vuelves loco, Alice —susurra contra mi boca.

Es una frase hecha, algo tan simple y tan escuchado que no debería provocarme una reacción distinta. La he oído antes. Steve incluso me la decía al principio de nuestra relación… y eso que me engañaba constantemente.

Pero escucharlo en boca de Josh es diferente.

No parece decirlo solo por excitación, sino con algo más detrás, casi como si estuviera librando una pelea interna entre lo que desea y lo que ha intentado evitar durante semanas.

Mi respuesta llega con la misma intensidad que provoca en mí. Lo sujeto por la cara con fuerza y lo beso sin pudor, sin guardarme nada.

—¿Tomas algo? —pregunta entre jadeos, con la respiración descontrolada y la urgencia en los ojos—. Tengo condones, pero están en mi habitación.

—Tomo la píldora.

—¿Entonces?

Que me pida permiso es otro punto extra. Y ya he perdido la cuenta.

—Entonces no pienso dejar que te vayas de aquí sin follarme, comandante.

Lo último me sale más como una orden que como una súplica.

Su respuesta llega sin palabras.

Me da la vuelta y siento cómo entra en mí centímetro a centímetro, llenándome, estirándome, hasta detenerse un instante mientras deja escapar un gemido ahogado contra mi espalda. Sus

manos se aferran a mis caderas y, con un movimiento firme y seguro, empieza a penetrarme desde atrás.

Josh supera todas mis expectativas.

Me hace correrme en cuestión de segundos cuando sus dedos rozan mi clítoris. Él llega justo después, y ambos terminamos cayendo sobre el colchón, exhaustos y satisfechos.

Lo que venga después… ya se verá.

CAPÍTULO 22

JOSH

São Paulo

Crucero: La fase más larga del vuelo. El avión mantiene su altitud mientras los motores sostienen un ritmo constante y los instrumentos apenas cambian. Todo parece en calma…

—Creo que este es el mejor truco *pro* que me has enseñado hasta ahora.

Alice me despierta cuando apenas ha asomado el sol en São Paulo. Miro de reojo el reloj: marca las siete en punto de la mañana. Me cuesta encajar todas las piezas de lo que pasó anoche.

Estoy rodeado de piel caliente y suave. La melena de Alice cubre mi pecho, y a ella no se le ha ocurrido mejor manera de despertarme que recorrer mis abdominales con la lengua.

Ante eso no puedo reaccionar de otra forma.

Mi polla se pone firme en segundos, mucho antes de que mi cerebro termine de despertarse.

—¿Qué truco? —le pregunto con la voz todavía medio dormida.

—Este, Josh. Deberías haberme follado desde el primer vuelo juntos —contesta, pasando la lengua por uno de mis pezones—. He dormido mejor que nunca.

Pongo mi mano en su nuca y se la acaricio, intentando espabilarme. Ella parece completamente preparada para otra ronda, mientras yo ni siquiera he abierto del todo los ojos. Pero joder… su mano acaricia mi erección y, aunque yo siga medio dormido, ella ya me ha puesto en órbita.

—¿No tuviste bastante anoche?

Alice levanta la cabeza y me mira. Tiene el pelo desordenado, los ojos un poco hinchados por el sueño y esa sonrisa peligrosa que empieza a resultarme demasiado familiar.

—¿Tú sí? —replica con una seriedad sospechosa—. Puedo parar si no eres capaz de seguirme el ritmo.

Tengo claro que puedo hacer mucho más que eso, pero lo que no sé es si podré aguantarme la risa. He perdido la cuenta de todas las veces que esta chica consigue hacerme sentir así.

—Alice, no solo puedo seguir tu ritmo. Puedo superarlo —contesto—. Y creo que eso quedó claro con las tres veces de anoche. Pero ahora mismo… necesito mear.

Como si le hubiera dado una descarga eléctrica, me suelta al instante y salgo disparado hacia el baño.

Aunque me encantaría quedarme con ella para demostrarle que ese ritmo del que presume se queda corto comparado con el mío, hoy volamos. En menos de seis horas estaremos a los mandos de un Boeing 787 rumbo a Los Ángeles, y todavía tenemos que recoger nuestras cosas, reunirnos con la tripulación en el vestíbulo del hotel, coger el bus hacia el aeropuerto y completar toda la rutina antes del despegue.

Cuando vuelvo a la habitación, Alice sigue en la cama, desnuda, tapada hasta la barbilla con la sábana. Me observa con los ojos entornados y una media sonrisa que promete problemas.

—Vamos a estar más de diez horas en cabina… —dice con calma—. No sé si voy a poder aguantarme.

Se humedece los labios con la lengua, y yo miro el reloj otra vez, calculando el tiempo que nos queda antes de tener que reunirnos con los demás.

Ladeo la cabeza y le devuelvo la mirada.

Ella deja de sonreír cuando tiro de la sábana y vuelve a quedar completamente desnuda frente a mí.

Tengo que remontarme muchos años atrás para recordar la última vez que desperté con ganas de volver a tocar a alguien. Con Kiyomi nunca lo hacíamos a estas horas. Con Madeleine, alguna vez que otra. Y cuando ocurría, era algo rápido, vacío, sin más intención que saciar una necesidad física antes de que cada uno siguiera con su vida. Ellas casi nunca se quedaban a dormir en mi hotel, ni yo en sus casas. Siempre fue sexo sin expectativas, sin futuro. Llegaban al hotel, follábamos y se marchaban. A veces repetíamos un par de veces, pero ni siquiera al principio llegamos a hacerlo tantas como anoche con Alice.

En Los Ángeles, todas las mujeres que han pasado por mi cama se marchaban antes de que pudiera verlas sin maquillaje. En cambio, aquí estoy ahora, con esta chica diciéndome que no cree poder aguantarse las ganas durante el vuelo.

Eso va directo a mi ego.

Y también a mi entrepierna.

La cojo por las piernas y la acerco al borde de la cama. Me inclino hacia ella, rozando su centro mientras la miro a los ojos. Ya no hay rastro de esa sonrisa provocadora.

Alice se apoya en el colchón sobre los codos y echa la cabeza hacia atrás. El pelo cae sobre las sábanas. Entonces gime… aunque todavía no la he penetrado.

Pero noto su humedad creciendo.

Empapándome.

Y sin decir una sola palabra más, empezamos el cuarto asalto.

Lo que no sé es si luego seré capaz de concentrarme en volar un puto Boeing con la imagen que tengo ahora mismo delante: Alice

con las piernas rodeando mi cintura, arqueando la espalda, gimiendo con los ojos cerrados y completamente entregada al placer.

Porque hacerlo con Alice es distinto. No es solo el sexo por la mañana. Es despertarme y sentir la necesidad de tocarla, de acercarla a mí, de saber cómo ha dormido. De quedarme unos minutos más en la cama hablando de cualquier cosa mientras el día empieza ahí fuera. Y acabo de descubrir que me encanta.

Y eso puede ser más peligroso que intentar aguantarme las ganas de besarla en la cabina del avión mientras estamos en pleno vuelo.

Cuando se corre lo hace con más calma que anoche, temblando suavemente entre mis manos. Y mientras la observo deshacerse así, desnuda sobre la cama, debajo de mí, me doy cuenta de que podría acostumbrarme demasiado rápido a esto.

Pero nada bueno dura para siempre.

Y, aunque mi plan inicial era que fuera un polvo rápido, hemos sobrepasado con creces el tiempo que había calculado.

Ahora vienen las prisas.

—Joder, Alice, tenemos que estar en menos de media hora en el *hall* —exclamo mientras termino de ponerme el pantalón—. Nos vemos ahora.

Salgo de su habitación mirando a ambos lados del pasillo antes de cruzarlo hasta la mía. Recojo a toda prisa, esta vez sin revisar cajones ni armarios como hago siempre, y casi sin detenerme frente al espejo.

Cuando bajo al *hall,* el resto de la tripulación ya está esperando. Janice me mira con cierta extrañeza; no es habitual que yo no sea el primero en llegar. Alice todavía no ha bajado y, cuando finalmente aparece, con paso apresurado y disculpándose, veo a Janice negar con la cabeza y adoptar esa expresión tan suya de «luego no me digas que no te he avisado».

En el minibús, Janice, sentada a mi lado como de costumbre, no espera ni cinco minutos.

—Toma, usa esto —dice ofreciéndome un pañuelo azul.

—¿Para qué me das eso? —respondo, extrañado—. No necesito un pañuelo.

—Ya, pero quizá quieras taparte ese chupetón del tamaño de todo Brasil.

De manera instintiva llevo la mano al lado derecho del cuello. Recuerdo perfectamente la boca de Alice en ese punto, pasando la lengua con esa paciencia que parecía tener anoche.

—Es en el otro lado, Josh —añade Janice fingiendo aburrimiento mientras rueda los ojos.

Acepto el pañuelo a regañadientes y me lo coloco sin decir nada. Al menos agradezco que en esta parte del mundo sea invierno y que la temperatura no supere los veinte grados.

Durante el *briefing* de pilotos, Matt nos observa a Alice y a mí con una ceja arqueada.

—Vaya… parece que la chica eligió al final. Espero que lo pasarais bien.

Tomo aire. Sé que lo dice medio en broma pero, aun así, me molesta. En realidad le importa una mierda que Alice decidiera acostarse conmigo y no con él. Casi con toda seguridad, después de nuestro pequeño enfrentamiento en el pasillo del hotel, se fue a buscar a alguna de las azafatas de esta ruta. Quizás a la chica asiática nueva, o tal vez a alguna de sus habituales.

Lo que realmente me incomoda es lo evidente que resulta todo. Sin que hayamos dicho una sola palabra, cualquiera puede darse cuenta de que hemos pasado la noche juntos.

Alice permanece callada —algo que en ella ya es todo un acontecimiento— y también lleva un pañuelo al cuello, aunque en su

caso le queda infinitamente mejor que a mí.

Por alguna razón, decido quedarme de pie, con la *tablet* en la mano, ignorando el comentario de Matt.

—Ruta confirmada, GRU–LAX. Nivel inicial tres cinco cero. Tiempo estimado de vuelo: doce horas veinte —informo mientras reviso los datos.

Alice asiente sin levantar la vista. Repasa el plan de vuelo con el dedo apoyado en su propia *tablet*.

—Plan de combustible verificado. Carga dentro de márgenes —dice con voz neutra—. Alternativos: Lima y Panama City.

Matt sigue mirándonos de uno a otro, apoyado en el respaldo de la silla. Sé que le divierte la situación, aunque finalmente confirma los datos sin añadir nada más ni mencionar el episodio de la noche anterior.

—Descanso programado a las cuatro horas. Me incorporo antes del cruce de costa.

Luego se hace el silencio mientras los tres revisamos el plan de vuelo punto por punto.

—Meteorología en Los Ángeles: cielos despejados —añado deslizando la pantalla hasta el final—. Viento cruzado ligero en aproximación.

—¿Alguna consideración adicional? —pregunta Matt.

—Nada que resaltar —confirmo levantando la vista—. Cerramos *briefing*. Embarcamos en veinte minutos.

Durante el *briefing* conjunto con el resto de la tripulación, Janice vuelve a alternar la mirada entre mi cuello y el de Alice, exactamente igual que ha hecho Matt unos minutos antes.

Las observo a ambas y parece que mantienen una conversación entera sin pronunciar una sola palabra.

Nunca he entendido a las mujeres, ni siquiera cuando hablan con claridad. A veces me dicen algo directamente y, aun así, sigo sin comprenderlas del todo. Ellas, en cambio, levantan una ceja, miran hacia un lado, luego hacia el otro, se recolocan el cabello con un gesto mínimo… y de alguna manera ya lo saben todo.

En la cabina no hablamos.

Por momentos me siento como un adolescente avergonzado delante de la chica que le gusta. Igual que cuando besé por primera vez, en primero de secundaria, a Tania Swanson y luego la evité durante casi un trimestre entero, a pesar de que lo único que quería era volver a estar con ella a todas horas.

Evito la mirada de Alice, aunque de reojo la veo sonreír y negar con la cabeza. Por un momento temo incluso que los micrófonos de cabina puedan delatar mi estado mientras doy las instrucciones más rutinarias.

Y si la miro… joder, si la miro, sé que no voy a poder aguantarme.

Da igual que hayamos pasado la noche entera follando o que haga menos de cuatro horas la tuviera desnuda ante mí, abierta, gimiendo, con la espalda arqueada y el cuerpo pidiéndome más.

Van a ser las diez horas más largas de mi vida.

Porque me muero por tocarla, por besarla, por terminar todas las cosas que se quedaron a medias.

Volar exige concentración. Eso es lo que repetimos siempre. Procedimientos, listas, comprobaciones cruzadas. Cada parámetro en su sitio: potencia, combustible, presurización, navegación. Confirmar instrucciones con control, repetirlas, ejecutarlas.

Nada se improvisa. Nada se deja al azar.

Y, sin embargo, gran parte del tiempo es rutina. Secuencias memorizadas desde hace años. El piloto automático conectado,

comunicaciones breves y mecánicas con el control. Supervisar, comprobar, volver a comprobar.

Hay demasiado margen para pensar.

Demasiado silencio entre una llamada y la siguiente.

Demasiado tiempo mirando instrumentos que no cambian.

Y entonces la mente se desvía.

A sus tetas. A sus ojos. A su boca bajando por mi pecho, recorriendo mis pezones con la lengua hasta llegar al abdomen. A sus labios rozando mi sexo con una paciencia que anoche me volvió completamente loco.

Evito mirarla. Claro que lo hago.

Porque si la miro demasiado tiempo no estoy seguro de poder controlarme.

Y ella lo sabe.

Lo sabe perfectamente.

Pero no dice nada. Respeta mi silencio, aunque de vez en cuando, cuando cree que no la veo, la descubro sonriendo.

A las cuatro horas, tal y como marca el protocolo, Matt entra para relevarme y entonces puedo respirar de nuevo.

Me cruzo con Janice camino a mi litera y ella tampoco dice nada.

¿Qué coño les pasa a todas con ese silencio?

Janice se limita a mirarme, vuelve a negar con la cabeza y sigue su camino.

Yo me quedo un buen rato tumbado mirando el techo del avión, porque sé que si cierro los ojos volverán todos los recuerdos de anoche… y joder, ya no soy un puto adolescente.

Respiro hondo intentando acallar las voces que empiezan a decirme que enamorarme de una chica así puede ser una mala idea.

Llevo demasiado tiempo sintiéndome solo.

Demasiado tiempo buscando contacto físico solo para satisfacer el cuerpo.

Para descubrir ahora que Alice no solo me hace arder.

Me hace volar.

CAPÍTULO 23

ALICE

Los Ángeles.

Plan de vuelo: documento que marca la ruta de un vuelo antes del despegue. Porque hay momentos en los que lo difícil no es volar… sino decidir el destino.

He superado con bastante éxito mi primer mes en los vuelos de largo radio: rotaciones completas, dos océanos, tres países y más husos horarios de los que el cuerpo acepta sin protestar.

El Pacífico hasta Tokio: una extensión negra e interminable bajo el morro del avión, doce horas de noche cerrada y silencio técnico, con la ciudad apareciendo al amanecer como una constelación perfectamente alineada.

El Atlántico hacia París, más corto y más denso, con nubes compactas como bloques de mármol y esa luz gris que anuncia Europa antes incluso de verla.

Y el salto hacia São Paulo, cruzando la línea ecuatorial con el panel iluminado en verde y el calor esperándonos al otro lado.

Tokio.

París.

São Paulo.

Dos veces.

Hoteles impecables y anónimos, aunque cambie el idioma en la recepción. Cortinas gruesas que aíslan del mundo. Habitaciones demasiado grandes para una sola persona. El eco suave de la ducha

en mitad de la noche. La maleta abierta solo lo justo y la cama siempre deshecha por un lado.

Horas de crucero estables, instrumentos en orden, la aeronave avanzando con precisión matemática… y, a mi izquierda, él.

Está claro que lo que pasó ayer no estaba previsto, pero no voy a mentirme a mí misma. Lo busqué casi desde el principio.

Y ahora tengo por delante cuatro días en casa sin saber qué paso debería dar.

¿Cuánto tiempo tardo en escribirle?

Porque quiero hacerlo. Quiero verlo fuera de esa cabina del Boeing que atenaza nuestras conversaciones y adormece nuestros actos.

Quiero verlo. Y, por supuesto, quiero tenerlo en mi cama.

O en mi sofá. La ducha también me vale. Y, joder, me lo tiraba hasta en la puta silla de mi cocina, esa que estoy deseando cambiar de lo incómoda que es.

Pero por delante tengo cuatro días en casa, varios planes y cero información sobre los suyos.

Mañana he quedado con Lydia, mi cuñada, acompañadas de mi madre, para terminar de fijar los últimos detalles de la boda. Creo que mencionó algo de probar el menú en el Houdini State y revisar algunos detalles de la tarta y la distribución de las mesas.

Menos mal que el vestido y todo lo importante lo resolvió con su madre y su hermana Sheryl. Creo que no podría soportar pasar los únicos días libres que tengo en casa recorriendo tiendas y eligiendo flores.

Son las diez de la noche cuando llego a mi apartamento sin haber cruzado una sola palabra con Josh, más allá de lo estrictamente profesional: aterrizar el avión y completar los reportes para la torre de control. Todo en orden y sin novedad.

Además, Matt ha pasado todo el día analizando cada uno de nuestros movimientos.

En el minibús apenas nos hemos mirado. Josh se ha bajado en su parada con una despedida genérica para todos los miembros de la tripulación.

Debería acostarme. Es el horario perfecto para levantarme mañana descansada y con el *jet lag* prácticamente superado. Llegar por la noche siempre ayuda.

Pero me tumbo en la cama y pasan casi dos horas mientras decido si le escribo… o si dejo que, por una vez, sea él quien dé el paso.

Tengo el móvil en la mano, a punto de escribirle, cuando aparece su mensaje.

Me pongo tan nerviosa que el teléfono se me resbala de los dedos y casi me cae directo en la nariz.

Truco pro *número… ¿siete?*

Piensa algo bonito antes de cerrar los ojos.

¿Adivinas en qué estoy pensando yo?

Buenas noches.

La madre que lo parió.

Habla poco, pero… ¿en serio acaba de mandarme esto?

Lo peor es que, cuando le contesto, el doble tick no se ilumina.

Es decir: ha escrito ese mensaje, le ha dado a enviar… y ha apagado el teléfono inmediatamente después.

Y mi respuesta es patética, desesperada y completamente indigna de semejante declaración de intenciones.

Así que la borro y la cambio por un simple:

Buenas noches.

Un mensaje genérico, frío y perfectamente controlado.

El tipo de respuesta que verá mañana cuando despierte.

Entonces tengo que elaborar un plan.

El problema es que no sé nada de Josh Edwards. No sé ni lo que suele hacer estos días en Los Ángeles ni con quién.

Sé que no tiene pareja, que no está casado y que, por lo que me dijo, ha roto con la francesa y ni siquiera se vio con la japonesa en Tokio. En São Paulo estuvo con su hija y…

Espera.

Joder.

Lo de su hija no lo hemos hablado.

Claro que, desde que empezó a besarme, tampoco es que hayamos hablado demasiado. Hemos tenido la boca ocupada en otros menesteres.

Además es una hija adolescente. Josh me dijo que tiene diecisiete años y, si él tiene treinta y ocho, está claro que fue padre muy joven.

Así que intento seguir su consejo.

Pensar en algo bonito.

Y mi mente va directa a la escena del *roller rink*, que ahora pasa, de ser repugnante cuando lo vi allí, a preciosa e idílica al saber que ese hombre estaba patinando con su hija.

Si hay una hija, tiene que haber una madre.

Y el insomnio hace que mi imaginación vuele, casi tan alto como cuando atravesamos el océano.

En todos los escenarios posibles esa mujer sigue existiendo, y lo más probable es que viva en Brasil, junto a su hija.

Ahora bien… ¿Josh está separado? ¿Nunca llegó a casarse?

Las preguntas se agolpan en mi cabeza a tanta velocidad que parece imposible que pueda conciliar el sueño.

Pero el cansancio acumulado acaba venciendo.

Incluso a todos los pensamientos bonitos que intento ordenar antes de cerrar los ojos.

Cuando despierto, lo primero que hago es mirar el móvil.

Ha visto el mensaje.

Pero no me ha contestado.

Llaman a la puerta a las diez en punto de la mañana.

Mi madre no entra con su llave, a pesar de que fue ella quien decoró el apartamento y quien lo dejó todo preparado para que pudiera vivir aquí. También es la que llena la nevera cada vez que sabe que regreso de un vuelo.

No dice nada al principio.

Me rodea con los brazos y me aprieta fuerte, para comprobar que estoy entera.

—Ya estás aquí —murmura contra mi mejilla antes de plantarme un beso sonoro.

—Ya estoy aquí —contesto, aspirando su olor.

Mi madre siempre huele a lavanda y a hogar. Es maravilloso.

Se aparta lo justo para hacer una especie de radiografía de todo mi cuerpo. Sus ojos se detienen unos segundos más de la cuenta en el pañuelo que llevo atado al cuello, aunque no lo menciona.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta con la rutina de siempre.

Podría hablar durante veinte minutos. De la rotación, del cruce sobre el Pacífico, del viento en aproximación. Es lo que hago cada vez que vuelvo. Me encanta contar los detalles, exagerar pequeñas turbulencias, describir el amanecer desde la cabina.

Pero hoy no.

Porque temo que mis palabras me delaten casi tanto como el chupetón que llevo en el cuello.

—Bien. Largo, pero tranquilo —respondo encogiéndome de hombros—. Sin incidencias.

Ella parpadea.

—¿Solo eso? —pregunta con una ceja ligeramente levantada—. ¿No tienes nada más que contarme? ¿Qué tal Brasil? ¿Mucho calor?

—No. Todo lo contrario —respondo enseguida—. Allí es invierno, ¿recuerdas?

—Tienes razón.

Ladea la cabeza intentando disimular, pero cuando se le levanta la ceja izquierda sé que sospecha algo.

—¿Por eso llevas el pañuelo en el cuello?

—Emmm… ¡sí! —exclamo demasiado rápido—. Creo que me he resfriado.

Me observa un poco más, analizando mi excusa.

Me conoce y sabe que cuando resumo demasiado es porque estoy escondiendo algo.

—¿Y la tripulación? —pregunta finalmente—. ¿Alguien interesante?

El calor me sube por el cuello antes de que pueda evitarlo.

Claro que sospecha algo.

Joder.

Me encantaría saber si ese superpoder que tienen las madres se activa solo… o si lo entrenan.

—Lo de siempre —digo, girándome hacia la cocina para no sostenerle la mirada—. Ya sabes, la rutina del vuelo y luego descansar en el hotel. Pasear… lo típico.

Ella no insiste todavía, pero siento la pregunta suspendida en el aire… creciendo.

Entonces suena el timbre de nuevo y, por ahora, estoy salvada.

—Debe de ser Lydia —anuncio con un alivio que intento disimular.

Abro la puerta y mi futura cuñada entra con esa energía luminosa que parece traer siempre consigo. Lleva una carpeta bajo el brazo, el móvil en la mano y la sonrisa impecable.

—Buenos días, futura experta en vajillas —dice mientras me da un beso rápido—. ¿Lista?

—No creo que lo esté para eso, pero intentaré no desentonar.

Mi madre me lanza una última mirada evaluadora, aunque ya está distraída por el entusiasmo de Lydia.

Quince minutos después vamos de camino a Gearys Beverly Hills, donde, según Lydia, «una novia seria tiene que empezar su lista de bodas».

El escaparate reluce bajo el sol de la mañana. La cristalería aparece alineada como si fuera una exposición; porcelana fina con bordes dorados, cubiertos que pesan demasiado para mi gusto pero que, según Lydia, hacen que cualquier mesa se sienta importante.

Ella habla de patrones, de listas de regalos, de cenas formales que aún no existen. Mi madre opina sobre manteles y centros de

mesa mientras yo paso el dedo por el borde de una copa alta, transparente y perfecta, completamente distraída.

Lydia se ha empeñado en traerme para elegir todas esas cosas, pero yo soy una inútil absoluta en estos temas. En mi apartamento fue mi madre quien compró prácticamente todo.

En realidad sé que Lydia me incluye por no quedarse a solas con ella. Nuestra situación familiar es bastante peculiar: yo soy la hija del segundo matrimonio del padre de Ethan, y mi madre solo estuvo casada con él durante dos años. Aun así, para Lydia ella es algo parecido a su futura suegra, y sé que a mamá le emociona más de lo que quiere admitir.

—Solo faltan dos meses para la boda, Alice —comenta Lydia mientras examinamos un centro de mesa—. ¿Ya sabes con quién irás? ¿Quién será tu más uno?

—Con nadie —me apresuro a responder antes de notar la atenta mirada de mi madre—. Ya sabes…

—Mi amigo Luke conoce a un montón de chicos. Podría presentarte alguno y, quién sabe…

—¿Tu amigo el gay?

—Joder, Alice. Él es gay, pero no todos sus amigos lo son.

—Lo sé, perdona. Ha sonado fatal… es que estoy cansada —miento—. No necesito que me busquéis pareja.

Lydia me coge del brazo y me aparta un poco para que mi madre no escuche.

—¿Tiene algo que ver con el pañuelo que llevas en el cuello?

—¿Qué? —respondo mientras me lo ajusto—. No sé a qué te refieres. Me duele un poco la garganta. En Brasil es invierno… creo que me he resfriado.

—Sí, claro. Cuando empecé con tu hermano también me resfriaba a menudo.

—¡Tía! —le recrimino.

—Oye, que no soy tonta. Y tu madre tampoco.

Salimos de la tienda con la sensación de que el mundo se ha convertido en un catálogo de texturas y blancos imposibles. Mi madre y Lydia caminan un paso por delante, gesticulando con entusiasmo sobre el hilo de la mantelería, mientras yo intento que mis piernas no tiemblen. No es el cansancio, sino el recuerdo eléctrico de Josh recorriendo mi piel hace apenas unas horas.

Subimos por las curvas de Laurel Canyon hasta que los muros de The Houdini Estate nos envuelven. El lugar es espectacular, pura magia de la vieja escuela de Los Ángeles, con jardines aterrazados y esa elegancia ligeramente mística que tanto le gusta a mi madre.

Nos conducen hasta una mesa privada bajo una pérgola donde la luz se filtra entre las hojas y dibuja sombras suaves sobre el mantel. El aire huele a jazmín y a la sofisticación de los platos que están a punto de servirnos para la degustación.

Me siento intentando poner mi mejor expresión de cuñada perfecta y entregada mientras el *maître* comienza a describir con precisión técnica el primer entrante: una delicada mousse de ave con reducción de higos.

Pero mi mente está a diez mil pies de altura. O, mejor dicho, enredada en los brazos de Josh.

No puedo evitarlo. Cada vez que cierro los ojos, lo de anoche vuelve en oleadas.

Justo cuando mi madre se inclina hacia mí para preguntarme si el emplatado minimalista encaja con la personalidad de Lydia o si deberíamos sugerir algo más clásico, el móvil vibra con urgencia sobre mi regazo.

Un escalofrío me recorre la nuca antes siquiera de mirar la pantalla.

Es él.

Como si hubiera leído mi pensamiento a distancia y reclamara su lugar.

Su nombre parpadea en la notificación, rompiendo de golpe la burbuja de vajillas, flores y planes ajenos en la que estoy intentando sobrevivir.

Truco pro *número 8.*

Repite lo que sabes que funciona.

CAPÍTULO 24

JOSH

Los Ángeles

Preflight *(inspección previa al vuelo): conjunto de comprobaciones que realiza el piloto antes de despegar.*

La tontería esta de los trucos se me está yendo de las manos.

Y sí, lo reconozco: soy un puto desastre, porque en realidad lo que intento decirle es mucho más simple. Quiero volver a verla. Quiero volver a meterme en su cama, entre sus piernas. La deseo de una forma tan intensa que apenas puedo dormir si no es imaginando su cuerpo. Necesito volver a oler su piel, a recorrerla con las manos, y cada minuto que pasa solo consigue que tenga más ganas de repetir lo de anoche.

En lugar de decirlo así, claro, me dedico a mandar mensajes con dobles sentidos para que no note lo desesperado que estoy por follarla de nuevo.

Es un juego de poder absurdo, una política sexual ridícula, pero llevo demasiado tiempo desentrenado. Mis relaciones de los últimos años han sido tan fugaces que ni siquiera me daba tiempo a analizarlas.

Su respuesta de anoche tampoco dejó demasiado espacio para interpretaciones.

Un simple «buenas noches».

Claro que fui yo quien apagó el teléfono.

¿Lo hice por miedo?

¿Por culpabilidad?

Ahora espero una respuesta con el móvil en la mano, como un adolescente con las hormonas descontroladas. Todavía es temprano. Quizá ni siquiera se ha despertado.

Entonces aparece el mensaje.

¿A qué te refieres con repetir lo que funciona?

Sonrío.

Sabes exactamente a qué me refiero. Solo dime si quieres repetir.

Tarda unos segundos.

Ahora no puedo.

¿Cuándo?

Más tarde. Sobre las ocho.

Allí estaré.

¿Es una cita?

Me sorprendo haciéndome esa pregunta porque, si soy sincero, hace años que no tengo una de verdad. Desde que acepté los vuelos de largo radio, mis relaciones con las mujeres se redujeron a encuentros rápidos y perfectamente delimitados: sexo sin expectativas, sin continuidad y, sobre todo, sin consecuencias.

Mi barrio no es de los más lujosos de Los Ángeles, aunque en esta ciudad el concepto de lujo siempre es relativo; basta con una palmera perfectamente podada o el rugido de un coche deportivo doblando la esquina para recordar dónde estás.

Camino bajo el sol de la tarde con una sensación extraña, como si estuviera cumpliendo una misión para la que nadie me ha entrenado. No estoy preparándome para un vuelo transatlántico ni organizando otra noche de hotel en una ciudad desconocida.

Me estoy preparando para ella.

Entro en una de esas *boutiques* de Robertson Boulevard donde el aire acondicionado huele a sándalo y a dinero. Necesito algo que diga que tengo treinta y ocho años y sé perfectamente lo que hago, pero que también me permita sentirme a la altura de sus veinticinco.

La dependienta, una rubia de sonrisa entrenada y mirada rápida, tarda poco en acercarse. Sus ojos escanean el precio de mi reloj en un parpadeo profesional. Se inclina ligeramente mientras me ayuda con una camisa de lino azul noche, dejando que sus dedos rocen mi antebrazo con una intención que conozco demasiado bien.

En otro momento, en otra versión de mi vida que parece haberse quedado suspendida desde anoche, habría devuelto esa mirada. Habría jugado su juego, habría anotado su número en el recibo y probablemente habríamos terminado en uno de esos encuentros físicos, técnicos y sin complicaciones que he ido coleccionando en mis escalas por el mundo.

Pero hoy, mientras me observo en el espejo ajustando el cuello de la camisa y pensando en Alice, el coqueteo de la chica suena a música de fondo genérica, algo que está ahí pero que no merece mi atención.

Lo único que puedo pensar es en cómo resaltará este color cuando Alice me mire.

Pago la camisa, le dedico una sonrisa de cortesía que corta cualquier esperanza y salgo de la tienda.

Camino una manzana más y, sin saber muy bien por qué, mis pasos se detienen frente a una floristería.

El aroma a eucalipto y rosas frescas me golpea al abrir la puerta.

No soy un hombre de flores. Las flores suelen aparecer en los funerales o en los errores graves y, hasta donde yo sé, no he cometido ninguno.

Aunque quizá sí.

Quizá el error sea sentirme así de expuesto.

Aun así, entro.

No tengo muy claro lo que busco, pero termino señalando un ramo de peonías blancas mezcladas con verde silvestre. Mientras el florista envuelve los tallos con una cinta de tela, no puedo evitar sentirme ligeramente ridículo.

Soy un piloto de largo radio, alguien acostumbrado a vivir a diez mil pies de altura y, sin embargo, aquí estoy, en tierra firme, comprando flores para una chica que ha conseguido descolocar por completo mi horizonte.

Luego me quedo en casa, sentado frente al televisor, esperando como un idiota a que den las siete para salir directo hacia su casa.

La ubicación que guardé en el móvil me dice que el trayecto son apenas quince minutos en coche, así que cuando faltan diez para la hora me levanto del sofá, me ajusto la camisa que acabo de comprar, me echo un poco más de perfume del que probablemente necesito y cojo las llaves.

Estoy a punto de salir cuando el móvil vibra en mi mano.

Es Kiyomi.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunto por puro formalismo.

—Perfectamente, guapo. Te llamo para saber cuál es tu próxima rotación. Tengo que organizarme. Esta vez lo haré mejor, Joshi.

La llamada me pilla completamente por sorpresa. Hago un cálculo rápido y en Tokio deben de ser las diez u once de la mañana. Seguramente Kiyomi estará entre una reunión y otra, entre una auditoría o la compra de algún edificio en la ciudad.

—Creí que habíamos quedado en que no volveríamos a vernos —respondo con cautela—. Eso me dijiste, ¿recuerdas?

—Joshi, digo muchas cosas. Y cuando estoy estresada tampoco es que piense demasiado. Dime, querido —insiste—, ¿cuándo vienes?

Exhalo despacio antes de contestar.

—No podemos volver a vernos, Kiyomi. No quiero seguir con… lo que teníamos.

Se produce un silencio tan tenso que resulta incómodo incluso a través del teléfono. Puedo imaginar perfectamente la expresión de su cara. No será la sonrisa elegante con la que recibe a inversores o políticos en sus cenas privadas, sino esa otra, la de la empresaria fría y calculadora que evalúa en segundos cuánto costará comprar al hombre adecuado para conseguir lo que quiere.

—¿Es por lo que te dije? Sabes que no hablaba en serio —dice al fin. Suena casi a disculpa, aunque sé que no lo es del todo—. Vamos, Joshi… siempre lo pasamos bien cuando vienes, ¿no?

—Lo siento. Yo… ya no quiero esto. Creo que… —Dudo un instante, porque ni yo mismo tengo demasiado claro lo que quiero; solo sé que lo de antes ya no me basta—. Creo que quiero algo más.

—¿Algo más? ¿Como qué?

—Algo más que sexo —digo al fin, con una seguridad que no sabía que tenía.

—¿Quieres una relación? —pregunta, sorprendida—. Pero si solo vienes dos días al mes. No podemos tener una relación a distancia. Yo no puedo dejar Tokio y tú estás volando medio mes, Josh.

Empiezo a pensar que no me estoy explicando demasiado bien o que, a pesar de lo inteligente que es, Kiyomi no quiere entender lo que estoy diciendo.

—Lo sé, Kiyomi. A lo que me refiero es a que quiero una relación… pero no contigo.

El silencio que sigue a esa frase es distinto al anterior.

Esta vez no necesito imaginar su cara para saber qué expresión tiene.

—Qué hijo de puta eres.

Aparto el teléfono un poco de la oreja. Kiyomi puede ser una mujer de negocios fría y calculadora, y lo nuestro no fue más que un par de encuentros al mes durante los últimos años, pero también sé que es una narcisista de manual. No está acostumbrada a que nadie la rechace.

Y por la forma en la que empieza a gritarme en japonés por el teléfono, creo que debo de ser una de las pocas personas que se ha atrevido a hacerlo.

—Kiyomi, voy a colgar, ¿de acuerdo?

—Te arrepentirás de esto, Josh. Te lo juro. Ahora sí hablo en serio —escupe—. No vuelvas a buscarme en la vida.

Bueno.

De eso se trata.

Durante unos segundos me quedo mirando la pantalla del móvil apagado. Me cuesta recordar la última vez que rompí con alguien. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que esto pueda llamarse romper.

¿Se puede romper con alguien con quien nunca tuviste una relación?

¿Con alguien que te utilizaba exactamente igual que tú a ella?

Cuando finalmente salgo de casa y me meto en el taxi que me llevará hasta la de Alice, la sensación de absurdo no desaparece.

Voy sentado en el asiento trasero con un ramo de flores sobre las rodillas, una camisa nueva que todavía huele a tienda y, probablemente, demasiado perfume.

Niego con la cabeza, medio riéndome de mí mismo.

Durante demasiado tiempo todo ha sido sencillo. Relaciones perfectamente delimitadas, sin zonas grises ni preguntas incómodas. Madeleine en París, casi a escondidas, porque ella es una mujer casada y nuestras horas juntos siempre tenían fecha y hora de caducidad. Kiyomi en Tokio funcionaba de forma parecida, aunque en su caso el marido no fuera de carne y hueso, sino su trabajo, que ocupaba cada minuto de su vida.

Con ellas no había flores ni citas románticas. Nos veíamos, follábamos y cada uno regresaba a su mundo sin exigir nada más.

Paso el pulgar por la cinta que envuelve los tallos mientras el taxi frena en un semáforo y vuelvo a mirar el ramo como si fuera una prueba física de que algo ha cambiado.

Porque aquí estoy.

Piloto de treinta y ocho años, alguien que levanta del suelo aparatos de más de doscientas toneladas sin pestañear, sintiéndome ahora como un adolescente a punto de recoger a la chica que le gusta para llevarla al baile del instituto.

Lo peor de todo es que creo que hasta el puto taxista se ha dado cuenta de lo ridículo que parezco.

CAPÍTULO 25

ALICE

Los Ángeles

Cleared *(autorizado): instrucción del control de tráfico aéreo que concede permiso exclusivo para ejecutar una maniobra o utilizar una ruta.*

La comida en The Houdini Estate ha sido toda una declaración de intenciones de lo que será el convite de Ethan y Lydia.

Demasiada comida, demasiados platos impronunciables, demasiado lujo y demasiado derroche.

Al décimo plato de la degustación he dicho basta. He probado por encima más de quince posibilidades de tarta nupcial, me he disculpado con Lydia y con mi madre, y me he marchado.

En realidad no me necesitan. Tengo cero criterio a la hora de decidir entre todas esas cosas que se eligen para una boda: menús, flores, vajillas, manteles y detalles imposibles que solo alguien con paciencia infinita puede valorar.

Lydia tiene a su familia en Texas, a su amiga Sarah en Nueva York y a Luke demasiado ocupado doblando turnos en el hospital como para coordinar agendas.

Sé perfectamente que me pidió ayuda para poder contar con mi madre. Ella es la auténtica razón por la que estoy aquí.

Ellas se han quedado decidiendo los últimos detalles y yo he cogido un Uber directa a mi apartamento con la excusa perfecta: el *jet lag.*

Y esa es la mejor excusa del mundo para un piloto de largo radio. Nadie la discute. Debe de ser una putada vivir con tantos cambios de horario, ¿no?

Perfecto.

En cuanto llego a casa me meto en la ducha, me aliso el pelo y empiezo a aplicarme un maquillaje sutil, lo justo para disimular las ojeras de las mala noches y alguna imperfección. Es un trabajo bastante inútil, porque sé que desde el primer contacto tanto el maquillaje como el peinado se arruinarán en cuestión de segundos.

Tanto esfuerzo para tan poco tiempo de disfrute.

Con la ropa interior me pasa algo parecido.

Delante del espejo me pruebo hasta tres conjuntos distintos.

El primero, negro de encaje, clásico y elegante, dibuja mi piel con transparencias sutiles y me hace sentir segura, casi imbatible. Es parecido al que llevaba cuando estuve con Josh, así que sé que es una apuesta segura.

El segundo, de un marfil satinado, es suave y luminoso. La tela cae ligera sobre mi cuerpo y me hace parecer más delicada. Podría ser un cambio interesante, comprobar qué efecto provoca en él.

Cuando estoy probándome el tercero, de un rojo intenso y descarado que prácticamente grita «hazme cosas muy pervertidas», suena el timbre.

El sobresalto es inmediato.

Joder. Le dije a las ocho y todavía son las siete y cuarto.

Por una parte debería sentirme halagada, pensar que está tan desesperado por verme que se ha adelantado casi cuarenta minutos a nuestra… espera.

¿Se le puede llamar cita a esto?

—¡Un momento! —grito en dirección a la puerta mientras me pongo a toda prisa el vestido que había dejado preparado en la silla —. ¡Abro enseguida!

Echo una ojeada rápida al apartamento, recojo en un montón la ropa que me he estado probando, abro la habitación que todavía tengo vacía y sin decorar y lo tiro todo al suelo sin demasiados miramientos.

Cierro la puerta, me echo un poco de perfume y respiro hondo antes de abrir.

—Hola, Alice.

Mi cara al verlo debe de ser un poema.

Estoy tan sorprendida que tengo la sensación de que, si alguien me pinchara ahora mismo, no me sacaría ni una sola gota de sangre.

—¿Qué coño haces aquí, Steve?

El jodido, el cabrón, el puto infiel de mi exnovio Steve está plantado en mi puerta con un ramo de flores y la sonrisa más encantadora que existe.

La misma sonrisa que durante dos años lo convirtió en la cara de una famosa marca de pasta de dientes.

—Espero que no te importe. Me he enterado de que te habías mudado —dice con calma—. Bueno… que por fin tienes tu propio espacio. Es genial.

Hace meses que no hablo con él. El mismo tiempo que llevo sin verlo. Exactamente desde aquella tarde en la que fui a su piso y me lo encontré con la polla metida hasta la garganta de Allison, una de sus compañeras de reparto.

Cuando consigo cerrar la boca, me cruzo de brazos. Mi postura no es amable y, desde luego, tampoco es una invitación a entrar, pero Steve nunca ha sido especialmente bueno captando señales. Al

menos las mías. Las de sus compañeras de reparto, en cambio, las pillaba al vuelo… y se las follaba a todas.

—Claro que me importa —respondo con frialdad—. ¿Quién te ha dicho que vivo aquí?

—¿No me invitas a entrar? —pregunta él, con una inocencia que resulta casi insultante.

Me aparto a un lado con cara de pocos amigos pero, aun así, lo dejo pasar.

¿Por qué?

Ni idea.

Lo lógico habría sido cogerle el ramo de flores rancio que su sueldo de actor en paro le ha permitido comprar, metérselo por la boca y borrarle de una vez esa sonrisa encantadora.

En lugar de eso, ahora está en medio de mi salón mirando a su alrededor con curiosidad y una pizca de admiración.

—Este sitio es… fantástico, Alice. Se nota que te va bien.

—¿Qué quieres, Steve?

—No quiero nada. Bueno… —se corrige enseguida— verte. Ha pasado mucho tiempo y no terminamos bien.

—¿Bien? —repito con incredulidad—. Que yo recuerde tú terminaste de puta madre. Corriéndote en la cara de Allison, ¿verdad?

—Joder, Alice. Eso… ya me disculpé. Y no significó nada. Allison siempre se estaba insinuando y…

—Ah, claro. Pobrecito —lo interrumpo—. Eres tan buena persona que no querías hacerla sentir mal y tuviste que follarle la boca. ¿Es eso?

La ironía en estos casos me sale sola, casi sin pensar.

Él agacha la cabeza, aceptando la culpa… o fingiendo aceptarla. Tiene muchos recursos y, al fin y al cabo, es actor. Sabe interpretar muy bien su papel.

—¿Sabes, Alice? Nunca quise hacerte daño. Y ahora sé que lo hice —empieza con su actuación—. Estoy tan arrepentido que… esto es para ti.

Levanta el ramo como si fuera una ofrenda.

El problema de Steve es que él cree de verdad que es un gran actor, pero en realidad solo es otra cara bonita más en un lugar como Hollywood, donde las caras bonitas son lo habitual. Y, si no lo son, siempre hay cientos de clínicas de cirugía estética donde fabricarlas.

Lo sé de primera mano.

Mi padre fundó una de ellas. Ahora la dirige mi hermano.

—Mira, Steve, sé exactamente a qué has venido —digo con calma.

—¿Por qué dices eso? Ya te lo he dicho. Solo quería… saludarte.

—No. Te has enterado de que tengo un apartamento para mí sola y has visto la oportunidad. Intentas volver conmigo, te instalas aquí, te ahorras el alquiler y la comida…—Hago una pausa para observar su reacción—. Debes creer que soy idiota, ¿no?

—No, Alice. No era mi…

—Además, la jugada te saldría perfecta —continúo, sin dejarlo terminar—. Supongo que también te habrás enterado de que ahora vuelo rutas de larga distancia.

—¿Qué? No. De verdad que no lo sabía…

Le hago un gesto con la mano para que deje de hablar.

—Claro que lo sabes. Y habrás pensado: perfecto. Volvemos, me mudo con ella y tengo el piso para mí todo el mes. Traigo a quien quiera, hago de novio perfecto un par de días cuando ella esté en casa… y el resto del tiempo puedo seguir pendoneando como siempre.

Lo observo mientras traga saliva. Baja lentamente la mano con la que sostenía el ramo, como si de pronto se hubiera vuelto demasiado pesado.

A Steve siempre le costó entender mis indirectas.

A mí, en cambio, nunca me ha costado leerlo como a un libro abierto.

Asiente, agacha la cabeza y murmura:

—De acuerdo, Alice. Lo siento.

En ese momento vuelven a llamar a la puerta.

Miro el reloj de mi muñeca.

Las ocho en punto.

Joder.

La discusión con el idiota de Steve se ha alargado más de lo que pensaba y durante unos minutos me he olvidado por completo que había quedado con Josh.

—Tienes que largarte —le digo dando la conversación por terminada—. Tengo visita.

Hay momentos incómodos. De hecho, he vivido muchos en mis veinticinco años, pero ver a Josh y a Steve plantados en la puerta de mi apartamento, mirándose como si estuvieran a punto de batirse en duelo en plena época de la Regencia, es uno de los más absurdos que recuerdo.

La tímida sonrisa que traía Josh desaparece en un instante.

Steve lo observa de arriba abajo, luego me mira a mí, y finalmente se marcha sin decir una sola palabra más.

A mí solo me queda respirar hondo.

Josh está guapísimo. Lleva una camisa azul noche que resalta el color de sus ojos y huele de maravilla. Lo noto en cuanto cruza la puerta. Es el mismo perfume que me marea en la cabina del avión, el mismo que se me quedó grabado cuando le besaba el cuello mientras estaba encima de él en la cama del hotel de São Paulo.

Solo dice un «hola», serio, frío, y yo me limito a invitarlo a pasar.

Nos quedamos unos segundos mirándonos en silencio.

La verdad es que no existe un manual que explique cómo saludar a un hombre con el que trabajas, que además es tu superior, con el que hace menos de veinticuatro horas tuviste un sexo increíble… y que acaba de encontrarte con otro hombre en la puerta de tu apartamento.

Está claro que tengo que ofrecer algún tipo de explicación.

Pero antes de que empiece, habla él.

—¿Me he perdido algo? —pregunta con las manos en los bolsillos.

No soy una experta en lenguaje corporal, pero es evidente que está adoptando una postura defensiva, marcando distancia.

—No… Él ha venido sin avisar y… es mi ex.

Josh asiente con una expresión que dice claramente lo entiendo, pero no me gusta. En sus ojos veo preguntas que luchan por salir.

—Tu ex, ¿eh?

—Sí. Se ha presentado así, sin más.

—Llevaba un ramo de flores en la mano.

Asiento. Es evidente que lo llevaba.

Josh, a diferencia de Steve, no mira el apartamento con curiosidad. Me mira a mí. Parece analizar cada uno de mis gestos, cada palabra.

—Sí. ¿Quieres tomar algo? —pregunto, intentando cerrar el tema de Steve—. Tengo vino blanco. Francés.

—No, gracias.

Entiendo que la situación pueda malinterpretarse. Que llegues a casa de una chica con la que te acostaste la noche anterior y que, al abrir la puerta, te encuentres a otro tipo dentro, con un ramo de flores. Y que, además, ese tipo resulte ser su ex.

Así que sí, entiendo que esté más callado de lo normal, que esté serio, que su lenguaje corporal sea frío y distante.

Pero si ha venido a hablarme con monosílabos, no vamos a aclarar nada.

Y yo quiero hacerlo.

—Vale, Josh. ¿Puedes preguntarme lo que sea que estás pensando y salir de dudas de una vez? —digo de golpe.

Él me mira. Luego baja la vista hacia sus zapatos y vuelve a levantarla hacia mí.

Se saca las manos de los bolsillos y se acerca.

—De acuerdo, Alice —empieza mientras me hace retroceder un paso—. ¿Recuerdas lo que te dije la otra noche?

—¿En qué momento? Porque, sinceramente, no recuerdo muchas palabras. No hablamos demasiado.

—Voy a repetirlo. Y esta vez quiero que prestes atención.

Se acerca un poco más.

Y joder… ¿cómo pretende que preste atención a lo que dice cuando lo único que puedo pensar es en que me agarre de las piernas como en nuestra primera vez y me lleve a la cama?

—Vale —digo intentando parecer tranquila.

—Yo no comparto, ¿comprendes? Si deseo algo, si algo me gusta de verdad, lo quiero solo para mí. Pero tampoco voy a competir por ti. Si ese tío que acaba de irse tiene alguna opción contigo, dímelo ahora, porque no voy a interponerme.

Hace una pausa antes de añadir en voz baja:

—Te dije que era todo tuyo, ¿recuerdas?

—Sí —respondo, con las piernas temblando.

—Perfecto. Y ahora dime… ¿quieres ser mía?

La pregunta llega sin rodeos.

Me mira a los ojos, a escasos centímetros de mí, como si estuviera analizando cada respiración, cada gesto, controlando toda la habitación.

No exige.

No ordena.

Simplemente… pregunta.

Para un hombre al que no le gusta hablar, que guarda secretos y ha vivido rodeado de amantes, esto es toda una declaración.

Me está pidiendo exclusividad después de una sola noche.

En estos tiempos, en nuestro trabajo, en esta ciudad… eso es casi como ver un dinosaurio.

Algo que sabes que existió en el pasado, que el cine ha intentado recrear mil veces y sobre lo que se han escrito miles de páginas.

Esa exclusividad es algo que todos hemos buscado alguna vez, aunque sea en silencio: pertenecer a alguien y que esa persona te pertenezca de la misma forma.

Algo que muchos desean.

Y que ahora mismo me están ofreciendo.

—Contesta, Alice —dice en voz baja—. ¿Eres mía?

CAPÍTULO 26

JOSH

Los Ángeles

Flight Plan *(Plan de Vuelo): documento que establece la ruta, altitud y datos esenciales de un vuelo para guiar la navegación de la aeronave desde el despegue hasta el aterrizaje.*

Alice está nerviosa. Lo noto en el leve temblor que recorre su cuerpo, aunque intente disimularlo. Y yo… joder, yo me estoy muriendo por dentro. Me muero por volver a besarla, por que me elija de nuevo, como hizo la otra noche cuando rechazó al imbécil de Matt.

Ahora es su ex. Y además ha aparecido con un puto ramo de flores mustias, mientras que mi perfecto ramo de peonías blancas se lo he dejado al taxista.

Y ese tipo era guapo. Muy guapo. Más joven que yo.

No soy un hombre inseguro. Al menos, no lo era. Pero verla así, preciosa, con este vestido que deseo arrancarle con cada fibra de mi cuerpo, recibiendo flores de un ex… me revuelve el estómago.

Y ella está tardando demasiado en responder a mi maldita pregunta.

Me he pasado. ¿Quién coño le pregunta a una mujer en este siglo «quieres ser mía»? Hace apenas veinte segundos me parecía romántico, sensual, incluso jodidamente *sexy.* La pregunta me salió sola, sin pensar.

Ahora, aunque sostengo su mirada y me muera por suplicarle que me deje tocarla, espero.

Aguanto con la esperanza de que me elija. Joder, sí… de que sea mía.

—Contesta, Alice. ¿Eres mía?

Mataría por saber qué está pensando. Pero, en realidad, no me hace falta.

—Soy tuya desde el truco *pro* número siete —susurra demasiado cerca de mis labios.

Reduzco el espacio entre nosotros. Sin prisas. Apenas rozo su boca con mis labios. Quiero que esta noche se mueva a otro ritmo, más lento, saboreando cada segundo de su respiración contra la mía.

—¿Cuál es ese?

Apoyo las manos en sus caderas y avanzo hasta que su espalda toca la pared.

—El de pensar algo bonito. Me dijiste que pensabas en mí.

Alice acompaña sus palabras con un roce de su lengua sobre mis labios y tengo que inspirar hondo, cerrar los ojos un instante y contener las ganas brutales de arrancarle la ropa allí mismo. Pero me gusta esta tensión. Hacía demasiado tiempo que no intentaba seducir a nadie, demasiado tiempo sin sentir esta electricidad recorriéndome el cuerpo.

—Tendré que poner más interés entonces. Has tardado mucho en darte cuenta.

Subo la mano por su cadera, deslizando los dedos por la curva de sus costillas, dibujando lentamente el contorno de su cintura. No llego a tocar sus pechos. Me limito a pasar los pulgares muy cerca, apenas un contacto.

Ella tiembla.

Y a mí me encanta notarlo. Puede que sea una de las sensaciones que más disfruto en este mundo: ver cómo Alice tiembla por mí.

—En realidad —confiesa sobre mis labios— fui tuya desde el truco *pro* número dos.

—¿El dos, eh? ¿Me recuerdas qué decía el dos?

Mis manos suben hasta su cuello. Acaricio su mandíbula con los pulgares antes de bajar hasta el chupetón que marca su piel. El morado se ha oscurecido; una mezcla intensa de púrpura y azul.

Coloco mi boca justo ahí. Paso la lengua por la marca, sin succionar, sin apretar. Solo rozando el punto exacto donde la dejé.

Ella se estremece y continúa hablando.

—Me decías que pusiera la mente en blanco —murmura, con la voz quebrada—. Que respirara… mmm… que me relajara… joder, Josh.

—Sigue —le ordeno en voz baja—. ¿Qué más? Dime cuándo te diste cuenta de que eras mía.

—Soñé contigo.

Continúo recorriendo su cuello con la lengua. El lóbulo de su oreja. La línea de su mandíbula. Mis manos sostienen su cuello con firmeza, inclinando su cabeza hacia atrás para tener más espacio.

Noto cómo traga saliva. Cómo su respiración se acelera. Cómo su pulso late bajo mis dedos. Y yo aguanto… aunque mi polla esté suplicando salir de los pantalones y follarla contra esta pared.

—¿Qué soñaste? Cuéntamelo.

—Que lo hacíamos en la cabina del avión. Y me corría llamándote mi comandante.

La confesión me golpea de lleno. Saber que desde la primera semana pensaba en mí de esa forma hace que se me ponga aún

más dura de lo que ya estaba.

—Joder, Alice —gimo contra su cuello.

Y no puedo aguantar más. Lo he intentado. He pretendido que el juego de la seducción se alargara lo máximo posible, pero esa frase no es solo gasolina. Es la mecha ardiendo a toda velocidad.

La levanto sujetándola por las piernas y la aprieto todavía más contra la pared. Noto la humedad de sus bragas incluso a través de mi pantalón. Está caliente, mojada, ansiosa. Casi tanto como yo.

No espero más.

Me bajo la cremallera y lo hacemos así. De pie, contra la pared del salón de su apartamento, todavía vestidos, sosteniéndola contra mí mientras gimo en su cuello.

Ella se corre enseguida. Yo la sigo apenas unos segundos después.

Ha sido intenso. Y aunque los preliminares han sido largos, este momento ha pasado demasiado rápido. Necesito más. Mucho más.

Necesito más besos, más contacto. Necesito ver su cuerpo desnudo. Sentir su piel contra la mía.

Cuando la dejo en el suelo, ella parece más preocupada por arreglarse el pelo que por cualquier otra cosa.

—Quiero ducharme contigo —le digo.

Es algo en lo que llevo pensando desde São Paulo.

Y ahora el juego cambia.

La desnudo despacio, mirándola a los ojos. Porque ahora parece que ese es mi lugar tranquilo. El punto exacto que me hace aterrizar, el lugar que me ancla a la tierra.

Nos besamos bajo el agua, contra los azulejos fríos, entre risas, gemidos… y otra vez risas.

Y sé que estoy perdido. Que nada volverá a ser como antes. Porque ya no concibo volver a besar otros labios que no sean los suyos.

Perdido no.

Estoy jodido.

Porque debo de haber perdido el juicio. No recordaba lo que era sentirse así: pertenecer a alguien, entregar el corazón a otra persona para que tenga el poder de pisotearlo o acariciarlo, de romperlo… o de arreglarlo.

La siguiente ronda es en su cama.

—Vas a ser el primero —me dice.

Sé que se refiere al primero en estar en esta cama. Pero para mí suena a algo mucho más grande. Y así me lo tomo.

Seguimos sobre el colchón, besándonos como dos adolescentes a punto de perder la virginidad. Nerviosos, con más pasión que instinto.

—No me importa no ser el primero, Alice —digo, incorporándome mientras la miro fijamente—. Lo que quiero es ser el último… y ser el mejor.

No le doy tiempo a responder.

Vuelvo a inclinarme hacia ella y la beso despacio, saboreando cada rincón de su boca. Sus gemidos son la señal que estaba esperando. La que me concede el permiso que busco.

Enciendo motores en su cuello, justo en el lugar donde descansa la marca de la otra noche. No hay prisa. Solo es un primer contacto.

Apoyo la boca bajo su oreja y dejo que el calor haga su trabajo, que mi aliento y mi lengua la despierten.

Siento cómo su pulso cambia de ritmo bajo mis labios.

Siempre he sabido leer las señales. Vibraciones. Cambios mínimos en la presión del aire.

Y así es como despego… despacio.

Trazo la ruta empezando en su clavícula y descendiendo en línea recta, dejando besos húmedos y un rastro caliente sobre su piel. Marco los puntos estratégicos, estudio sus reacciones y las guardo como referencias.

No improviso: pruebo, ajusto, corrijo.

Mi lengua dibuja coordenadas invisibles sobre su piel y cada respiración suya es como el viento que me empuja hacia abajo.

Más abajo.

Hacia mi destino.

Cruzo el espacio entre su pecho y su vientre, deteniéndome lo justo para que la tensión crezca, para que el silencio se tense y termine rompiéndose. Los sonidos que consigo arrancarle me impulsan a continuar.

Después, sigo descendiendo.

Llego a su abdomen en una aproximación lenta y controlada. La siento tensarse bajo mis manos, igual que el fuselaje vibra cuando la pista ya está cerca. Su cuerpo se arquea. Sus dedos se enredan en mi pelo. Aprietan las sábanas.

Pero no aterrizo todavía.

Solo sobrevuelo mi destino, provocándola al mantenerme a mínima altitud, lo suficiente para que su respiración se vuelva turbulenta.

Sigo bajando.

El trayecto se estrecha. Se vuelve íntimo. Y sé que ese lugar está reservado solo para mí.

Bajo la mirada antes que la boca, estudiando la pista igual que hago antes de tocar tierra. Porque sí… la paciencia también forma parte del vuelo.

Cuando por fin llego a mi destino, no es una caída. Es una maniobra limpia. Precisa.

Aterrizo despacio.

La pista arde bajo mi boca y sé que no es momento de frenar. Mantengo el contacto firme, constante, igual que cuando las ruedas rozan el asfalto y todavía no sabes si el aterrizaje será suave o si el impacto hará vibrar todo el fuselaje.

La escucho.

Su respiración ya no es viento cruzado. Es una tormenta formándose en el radar.

Mantengo la posición. Ajusto la presión de mi boca sobre su coño, caliente y húmedo, completamente abierto para mí. Cambio el ángulo, pruebo velocidades, alterno la presión, jugando con la inclinación exacta para que la fricción aumente.

La sostengo con las manos abiertas sobre sus muslos mientras acelero al ritmo de sus caderas.

Y ella no se limita a recibir. También participa.

Tira de mi pelo. Levanta la pelvis hacia mi boca. Gime. Respira cada vez más fuerte. Más rápido.

Nada es brusco, pero todo es progresivo.

Aumentamos la velocidad y la siento tensarse, elevarse, perder el control. Y, aun así, mantengo el rumbo, aunque su cuerpo y el mío

me pidan más velocidad, más presión, más de ese control que empiezo a perder.

Porque la mayoría de las veces sé mantener los mandos firmes y seguros.

Pero Alice… joder.

Verla así, deshecha ante mí, jadeando y abandonando su propio control, me provoca más de lo que jamás imaginé.

La clave está en saber cuándo acelerar y qué botones presionar. Y los estoy probando todos.

Ella me marca la ruta con cada movimiento de su cuerpo contra mi boca.

La tormenta estalla sin aviso.

No es suave. Es una sacudida.

Todo su cuerpo vibra y solo me queda sostenerla mientras atraviesa la descarga, mientras se relaja poco a poco y recupera el ritmo de su respiración y de su corazón.

Solo entonces levanto la cabeza y la miro.

Y sé, al ver su cara, que acabo de ejecutar una de las mejores putas maniobras de toda mi vida.

CAPÍTULO 27

ALICE

Los Ángeles

Crosswind *(Viento Cruzado): viento que sopla lateralmente respecto a la trayectoria de una aeronave, obligando al piloto a corregir constantemente la dirección para mantener la alineación con la pista.*

Cuando duermes en tantas camas, cuando viajas tanto, despertar se convierte en un pequeño juego de adivinanzas. Abres los ojos y, durante unos segundos, no hay certezas: no sabes si es de día o de noche, si estás en el huso horario de casa o en el de una ciudad que apenas recuerdas haber pisado dos días atrás. Mi cuerpo casi nunca acierta; siempre marca otra hora, otra fecha, otra ciudad. A veces el reloj parece burlarse de mí.

La luz entra por las cortinas y me golpea un ojo. Me quedo unos segundos inmóvil, intentando reconocerlas. No las elegí yo; casi toda la decoración de este piso fue cosa de mi madre, y se lo agradezco infinitamente, porque su gusto supera con creces al mío.

Debe ser de día, claro. Todo apunta a ello. Pero todavía siento la pereza del sueño mezclada con esa sensación extraña de haber aterrizado hace un momento de un vuelo invisible.

Y entonces lo siento.

Calor contra mi espalda. Un brazo que me envuelve con firmeza por la cintura. La presencia de alguien que respira cerca, de manera constante, tranquila.

Mi mente se tambalea entre el recuerdo de anoche y la certeza del ahora: Josh. Su respiración suave junto a mi oído, el calor de su cuerpo encajado contra el mío, el brazo que se aprieta ligeramente cuando me muevo, reclamando su territorio incluso dormido.

Todo a mi alrededor sigue siendo un poco confuso. La cama nueva, las sábanas que todavía huelen a recién estrenadas, el lugar que empiezo a reconocer como mi nuevo hogar.

Pero no importa.

Nada importa salvo esa sensación: esa mezcla de control y abandono, de posesión y entrega que me envuelve mientras él duerme.

Mi cuerpo recuerda antes que mi mente. Cada beso, cada roce de anoche vuelve en pequeñas oleadas que me hacen sonreír.

Me muevo apenas un poco y su brazo se ajusta sobre mi cintura. Firme. Posesivo. Embriagador. Tentador.

Perfectamente suyo.

Y me encanta.

Por un momento olvido los husos horarios, los vuelos, las camas de hotel que se confunden en mi memoria. Incluso olvido que estoy en casa, en mi nuevo apartamento. Solo estoy aquí, suspendida entre la confusión del despertar y el calor de su cuerpo, consciente de que todo lo demás puede esperar.

No sé en qué momento vuelvo a dormirme, pero cuando despierto otra vez algo ha cambiado.

El calor ha desaparecido.

El brazo que me rodeaba ya no está.

Siento el frío de las sábanas y, por un instante, todo parece más grande. Más vacío.

Me cuesta ajustar los ojos a la claridad. Escucho ruidos al otro lado de la puerta: cajones que se abren, grifos, y… Dios, la cafetera. La que mi madre me regaló y que apenas había estrenado.

Su silbido me devuelve a la realidad.

Me incorporo y encuentro su camisa sobre la silla. La recuerdo bien: anoche la llevaba.

Me la pongo casi sin pensarlo, todavía atrapada entre el calor de su ausencia y la curiosidad por saber qué se habrá puesto él. Da igual. El problema ahora es que el baño está fuera y tengo que salir.

El espejo del armario parece gritarme que todas las horas que dediqué ayer a alisar el pelo se han evaporado.

Respiro hondo y avanzo hacia el baño, pero me detengo un instante al pasar por la cocina.

Allí está.

Josh. En pantalón, sin camiseta, concentrado en el café.

La luz entra por la ventana y acaricia sus hombros. Durante un segundo, todo el caos del despertar desaparece.

Solo que, esta vez, no pienso devolverle su camisa.

—Buenos días —consigo murmurar rápidamente antes de escabullirme hacia el baño.

La puerta cerrada se convierte en un pequeño escudo mientras intento recomponer el desastre de mi cara y de mi pelo. El aroma del café y su presencia se cuelan por debajo de la puerta y me confirman que el de anoche no es un recuerdo cualquiera.

Cuando salgo, Josh me mira de arriba abajo y sonríe.

Su camisa me queda enorme. Me cubre el culo y la parte superior de los muslos; el resto lo deja todo al descubierto.

Él sigue sin camiseta. Sus bíceps se marcan con claridad y —joder—, ¿sus abdominales son así de perfectos también a la luz del día?

—Buenos días —dice, tendiéndome una taza—. Espero que no te importe, pero he pedido algo para comer.

—¿En serio? —le pregunto, todavía medio dormida.

—No tienes nada.

Josh se acerca, me da un beso tierno en los labios y yo prácticamente me deshago contra su pecho. Si no fuera porque me sostiene, acabaría convertida en un charco en mitad de la cocina. Porque sí, la escena parece sacada de una de esas películas románticas de antes.

Abro la nevera y echo un vistazo dentro.

—Sí hay comida —replico—. Mi madre siempre me deja algo preparado para cuando vuelvo de viaje.

—Son solo las once —dice con total seriedad—. No suelo comer estofado de ternera a estas horas.

Lo dice con tanta solemnidad que no puedo evitar reírme. Sé que sueno como una adolescente tonta que se ríe de todas las gracias del chico que le gusta, pero así me siento… y no tengo ninguna intención de dejar de hacerlo.

—De acuerdo. ¿Y qué has pedido? —le pregunto con la boca todavía apoyada en su cuello.

En ese preciso instante suena el timbre, arrancándome de la nube en la que siempre parezco flotar cuando estoy con Josh. Literal y metafóricamente.

—Ahora lo verás —responde, dejándome un beso en la frente.

Me escondo en la cocina, pero reconozco la voz baja y seria al instante.

Mi hermano.

—¿Quién cojones eres tú?

Salgo rápidamente porque juntar a Ethan y a Josh en el mismo espacio sin un poco de contexto puede ser… cuanto menos, tenso.

Ethan abre los ojos al verme aparecer en el pasillo. La escena, vista desde fuera, debe de ser bastante confusa: Josh solo con los pantalones, abriendo la puerta de mi apartamento; yo en medio del pasillo, cerrándome la camisa de Josh, que apenas me cubre el culo.

Si mi hermano fuera un personaje de dibujos animados, ahora mismo estaría echando humo por las orejas.

—Ethan, ¿qué haces aquí tan temprano?

Él no responde. Apenas me mira. En cambio, parece estar haciéndole a Josh una especie de ecografía completa para localizar todos sus puntos débiles.

—Es sábado, ¿recuerdas? —dice sin apartar la vista de Josh—. Haz el favor de… ponerte algo. Estás medio desnuda.

Sí, debería ponerme algo. Tener frente a frente a mi hermano hiperprotector y al hombre con el que he pasado la noche, con tan poca ropa de por medio, no parece precisamente una buena idea.

Trago saliva e intento poner un poco de orden en el caos que acaba de instalarse en el pasillo. No quiero dejarlos solos. No quiero que uno de los dos haga el más mínimo movimiento y esto termine saltando por los aires.

—Josh, este es mi hermano —digo, señalando a Ethan con una mano ligeramente temblorosa—. Ethan, él es… Josh Edwards.

Los dos me miran con la misma seriedad de siempre y, durante un segundo, el tiempo parece quedarse suspendido.

Josh suelta el aire que parecía estar conteniendo, pero se relaja un poco al saber que se trata de mi hermano. Ethan, en

cambio, no altera ni un músculo. Aun así, siento que lo está registrando todo: a Josh, el apartamento, mi ropa… y mi presencia ridículamente pequeña entre los dos.

Entro a toda velocidad en el dormitorio y recojo el vestido que llevaba anoche, el que quedó abandonado en el suelo. Salgo antes de que estalle la guerra entre ellos.

Porque no hablan, claro.

Se retan con la mirada.

Me acerco a Josh con cuidado y le devuelvo la camisa, que empieza a ponerse con cierta prisa.

—Bueno… entonces es sábado, ¿no? —pregunto intentando aliviar la tensión—. Esto de los husos horarios me había descolocado por completo.

Ethan se vuelve esta vez hacia mí. Sé exactamente qué está pensando. Tiene muy presente la conversación que tuvimos hace unos días. Esa en la que le pedí consejo sobre hombres tan… bueno, tan parecidos a como era él antes de conocer a Lydia.

El timbre vuelve a sonar y me salva por segunda vez. Me apresuro a abrir, confiando en que la tensión se disuelva sola.

—¡Mirad, el desayuno! —exclamo, aliviada por la interrupción.

De verdad que no sé en qué momento hice algo tan mal en la vida para acabar aquí, plantada en medio de mi apartamento con los dos hombres más serios y herméticos que he conocido en mis veinticinco años.

—De acuerdo —digo al fin, viendo que la tensión, lejos de diluirse, parece crecer—. Ethan, será mejor que te adelantes tú a casa de papá y yo iré… cuando termine de desayunar.

Esto último lo digo mirando directamente a Josh, que suaviza su expresión cuando se vuelve hacia mí.

Ethan hace amago de protestar, pero se contiene. Aprieta los labios, le lanza a Josh una última mirada que intenta ser intimidatoria y luego, girándose hacia mí, suelta:

—No tardes demasiado. Ya sabes cómo se pone tu padre. No le gustan los retrasos.

Se hace un pequeño silencio.

Josh no aparta la mirada pero es que Ethan tampoco.

Durante un segundo tengo la absurda sensación de estar viendo la misma escena reflejada en dos espejos distintos: la misma postura rígida, la misma mandíbula tensa, el mismo gesto de evaluación fría.

Si no supiera quién es quién, casi diría que parecen el mismo hombre con distinto uniforme.

Finalmente, Ethan se da la vuelta y se marcha sin decir nada más.

Cierro la puerta en cuanto desaparece y me quedo apoyada en ella, dejando escapar todo el aire que tenía retenido en los pulmones.

Durante unos segundos solo respiro.

Hasta que el timbre vuelve a sonar.

Parpadeo, confundida… y entonces caigo en la cuenta.

Abro la puerta de nuevo.

El repartidor sigue en el pasillo, inmóvil, con la bolsa en la mano. Ha presenciado toda la escena en silencio y con discreción mientras yo intentaba sobrevivir al interrogatorio de mi hermano.

—Perdona —murmuro, todavía algo avergonzada—. Gracias.

Le pago, recojo la bolsa y cierro esta vez definitivamente.

Cuando me giro, Josh sigue exactamente en el mismo sitio, apoyado en la encimera, observándome.

Silencioso y serio.

Casi podría jurar que hace un momento Ethan estaba igual.

—Vaya… —dice al fin—. Tu hermano es… intenso, ¿no?

Niego con la cabeza mientras dejo la bolsa sobre la encimera.

—No es intenso —respondo—. Solo cree que todo el mundo es sospechoso hasta que se demuestre lo contrario.

Josh alza una ceja.

—Interesante política familiar.

Lo miro un segundo más de la cuenta y entonces sonrío.

—Ni te imaginas lo que te pareces a él.

Josh ladea ligeramente la cabeza.

—Eso espero que sea un cumplido.

—Todavía no lo he decidido.

CAPÍTULO 28

JOSH

Los Ángeles

Stall *(Pérdida): situación en la que una aeronave pierde sustentación debido a un ángulo de ataque excesivo, dejando al piloto momentáneamente sin control hasta recuperar el flujo de aire adecuado.*

Tengo un dilema. Y, que yo recuerde, hace demasiado tiempo que esto no me sucedía.

Mi dilema es que estamos de nuevo en São Paulo, la ciudad de Sofía… y solo pienso en estar con Alice.

Los días de descanso en Los Ángeles fueron increíbles. Después del incidente con su hermano y cuando terminó el almuerzo en casa de su padre, salimos a cenar. Sí, fue una cita en toda regla. Yo volví a la misma floristería, compré un ramo exactamente igual que el que dejé abandonado en el taxi y la recogí en su apartamento.

Alice me abrió la puerta, puso un beso en mis labios, el ramo en un jarrón improvisado con agua y fuimos a Bacari Silverlake, justo en el límite con Echo Park: un lugar de luces tenues, vegetación trepando por las paredes y un ambiente que casi hace olvidar que estás en Los Ángeles. Por mucho que Alice intentara disimularlo, creo que logré impresionarla.

No es un sitio que esté entre mis habituales. Queda lejos de mi casa y no suelo desplazarme para salir a cenar.

Qué cojones digo…

No suelo salir a cenar en esta ciudad con nadie. No intento impresionar a ninguna chica y, cuando salgo, me quedo siempre en mi zona.

Allí soy un habitual en DiCarlo, la pizzería, o en el restaurante mexicano de la esquina. Así que tuve que hacer una pequeña investigación.

Luego llamé a Nathan.

Hacía semanas que no hablábamos y me gustó que me pusiera al día. Después le pedí consejo y me dio una lista de diez restaurantes perfectos para una cita. Creo que Bacari Silverlake cumplió todas mis expectativas.

Cenamos tapas mediterráneas, bebimos un poco de vino para acompañarlas y luego hicimos el amor en su piso, sin prisa ni urgencia.

Así que ahora llevo tres días seguidos despertando con una melena oscura sobre mi pecho, con piel suave enredada entre mis piernas y risas al amanecer.

Es como una especie de droga a la que me he vuelto adicto enseguida.

Recojo a Sofía en su casa y me siento culpable por dos motivos a la vez. Primero, por haber excluido a Alice de esta parte de mi vida. Y, segundo, porque cuando Sofía me abraza mi mente no está del todo con ella.

Odio esa sensación.

Es como si tuviera el corazón dividido en dos y, aunque intento concentrarme, estoy distraído. Miro el móvil más tiempo del que suelo hacerlo, que cuando estoy con Sofía es exactamente cero.

—Papá —me dice mientras caminamos hacia el parque—. ¿Te pasa algo?

—¿Algo? —respondo, guardando el teléfono en el bolsillo—. ¿A qué te refieres?

—No lo sé. Te noto como… ido. ¿Es que esperas alguna llamada?

—No, no… solo estaba comprobando una cosa.

La «cosa» es el enésimo mensaje que, desde que nos despedimos en el *hall* del hotel, me he enviado con Alice.

Estoy como un jodido adolescente, como cuando Sofía mira cada dos minutos su móvil y sé que es porque está hablando con algún chico. La diferencia es que ella lo hace casi siempre… y parece que esta es mi primera vez.

—Vale, pero estás… raro.

Caminamos por Ibirapuera y la ciudad se vuelve un fondo difuso: árboles que se alzan, caminos de tierra bajo nuestros pasos, algún músico callejero tocando cerca del lago. El aire aquí no huele a asfalto, sino a hojas húmedas y tierra, y por un momento creo que puedo dejar que mis pensamientos se ordenen.

Sofía camina un paso por delante, sin parar de hablar, como siempre.

—Y la próxima semana tengo matemáticas a primera hora y no sé si voy a llegar —me dice—. El profe nos advirtió que el examen va a ser difícil…

Escucho sin responder de inmediato, observando cómo la luz se filtra entre las ramas, cómo un grupo de ciclistas pasa zumbando. Ella habla de exámenes, profesores, asignaturas, y yo asiento, absorto, sin perder una sola sílaba.

—¿Y tú qué crees que puedo hacer? —me pregunta mientras pasamos junto a una pequeña explanada donde una pareja descansa sobre la hierba.

—¿Mmm? ¿Sobre qué?

—¿Lo ves? Estás raro. Ni siquiera me estabas escuchando. Anda, da igual… tomemos algo.

Sofía sigue hablando mientras bebe de su batido y yo de mi café, y todo lo que dice se mezcla con la luz cálida de la tarde que se filtra por los ventanales del restaurante del parque.

Normalmente, el tiempo con ella vuela. Se me escapa entre los dedos como arena.

Pero hoy cada minuto se estira, pesado.

Mi mente no está del todo allí. Se desvía una y otra vez hacia Alice, hacia sus piernas, sus labios… y la culpa me aprieta el pecho hasta que siento que voy a ahogarme en ella.

Paso la tarde escuchando, asintiendo, esquivando preguntas que no puedo responder, fingiendo una atención completa mientras en realidad mi pensamiento sigue atrapado en lo imposible.

Cada risa de Sofía me corta y me incomoda, porque quiero estar con ella, pero quiero estar también en otro lugar.

Con Alice.

Cuando finalmente nos despedimos hasta mañana, Sofía me envuelve en un abrazo. Su voz susurra en mi oído:

—Piensa bien esta noche y mañana me cuentas lo que sea que te preocupa, ¿de acuerdo?

La aprieto contra mí un segundo más de lo que debería, sintiendo que parte de mí se queda con ella y otra parte ya está ausente.

Janice y Billy se sorprenden cuando aparezco en el restaurante del hotel. Nunca me ven el pelo los tres días que pasamos en São Paulo. Mucho menos hago acto de presencia para compartir una cena con el resto de la tripulación.

Todos murmuran. Lo noto por cómo se tapan la boca, como futbolistas evitando que las cámaras atrapen sus palabras.

Todos menos Alice.

Ella solo levanta levemente una ceja y sonríe. Tan sutilmente que casi nadie lo nota.

Excepto yo.

Porque esa jodida sonrisa, ese sutil y casi imperceptible movimiento de sus labios, va dirigido a mí.

Mierda.

Estoy muy, muy jodido.

Cuando llega el momento de retirarnos a descansar, alguien propone estirar las piernas, bajar la cena, hacer un poco de ejercicio antes de dormir.

Yo solo puedo pensar en un ejercicio.

Y sí, seguro que ayudará a bajar la cena.

Y sí, también implica piernas.

No sé si estiradas o no, pero estoy convencido de que Alice tiene alguna idea al respecto.

—¿Todo bien? —me pregunta cuando ya estamos en su habitación—. ¿Has disfrutado de…?

He pasado toda la tarde intentando no pensar en ella.

Y ahora que la tengo delante sé que he perdido la batalla.

No la dejo terminar.

Cojo su cara con ambas manos y la atraigo hacia mí. O soy yo quien se inclina hacia su boca. No importa.

Lo único que quiero ahora mismo es respirar su oxígeno, sentir el sabor de su lengua junto a la mía, tocar su cuerpo y fundirme con

él.

—¿Qué me has hecho? —pregunto sobre sus labios, sin despegarme del todo de ella—. Solo puedo pensar en besarte. Me he tenido que contener para no comerte la boca delante de todos.

—¿Y eso por qué? —me pregunta cuando dejo sus labios y me instalo en su cuello.

—¿Por qué… qué?

—Te pregunto… mmm… que… por qué te has contenido.

Las palabras se le enredan entre suspiros y jadeos. Escucharla así me enciende todavía más.

—No sé. Habría sido raro acercarme a la mesa, retirar con el brazo los platos, tumbarte y empezar a desnudarte ahí mismo, ¿no crees?

—Un poco raro habría sido, pero también muy… *sexy*.

—¿Te habría gustado?

De pronto detengo el camino de mis manos, que ya buscaban el bajo de su vestido para subirlo hasta su cintura. Esto tengo que escucharlo bien. Y tal vez tomar nota.

—Delante de todos no. Pero… —duda, y su voz suena demasiado provocadora— no me importaría que… ya sabes.

Me separo unos centímetros. Lo justo para mirarla a los ojos, que están oscuros. Mucho más de lo habitual.

—No. No lo sé. Dímelo.

—Pues eso… que me cogieras y… que fueras… a veces…

—Si te cuesta decirlo, no sé si estás preparada para ello.

—¿Preparada? Sí, lo estoy.

—De acuerdo, Alice. Te lo preguntaré yo, ya que veo que no te atreves a pedírmelo. —Ahora el que duda soy yo—. ¿Quieres que sea… más dominante? ¿Más brusco? ¿Más… qué?

—No sé, yo no… bueno, quizás.

—De acuerdo. Ahora vas a arrodillarte, porque me la has puesto tan dura que me va a explotar en los pantalones. Quiero que te la metas en la boca y me la chupes. Y no pares hasta que te lo diga.

Se le escapa un gemido y hace lo que le he pedido. Se muerde el labio mientras se va agachando y me mira desde abajo. Yo apoyo ambas manos en la pared y sigo el movimiento de sus dedos desabrochándome el pantalón.

—Ahora, Alice, métetela en la boca —le ordeno—. No te dejes nada.

Y lo hace.

Mi erección desaparece centímetro a centímetro entre sus labios y me concentro en disfrutar de su boca húmeda y caliente alrededor de mi polla. La dejo hacer mientras me concentro para aguantar, para no correrme demasiado pronto en su cara.

Porque es buena, joder.

Demasiado buena en esto.

Y aunque no es la primera vez que me la chupa, sí es la primera vez que lo hace de esta manera.

Estoy de pie y ella, con la espalda contra la pared, se emplea a fondo. Si quiere que sea dominante, puedo hacerlo. Si quiere que sea rudo, también.

Sus dedos se aferran a mis muslos con fuerza, necesitando sujetarse a algo mientras sigue mi ritmo. Cuando levanta la mirada hacia mí, sus ojos brillan oscuros, desafiantes.

Cojo su cabeza con una mano, enredando mis dedos en su pelo y empujando contra su boca. Sin obligar, pero mandando. Separándome lo justo para dejarla respirar, para que descanse, y volver después a follarme su boca.

La habitación se llena de los sonidos húmedos que salen de su garganta, mezclados con mis gemidos y mi respiración agitada. Mis dedos se mantienen en su cabello, sujetándola, marcando el ritmo que quiero.

Yo controlo la fuerza.

La profundidad.

La cadencia.

Tiro de su pelo cada vez con más fuerza. La guío sin suavizar nada, marcando el ritmo con una seguridad que nace más del instinto que del cálculo. Su cuello se arquea cuando tiro hacia atrás y su respiración se rompe cuando la acerco de nuevo.

Debería sentir que tengo el control absoluto, pero el control nunca es tan simple: ella está de rodillas, soy yo quien decide la profundidad, quien aprieta. Y, sin embargo…

Hay algo en la manera en que sus ojos se levantan hacia mí que desbarata esa ilusión.

No hay miedo. No hay duda.

Hay expectación.

Cuando la sostengo más tiempo del que debería, cuando el tirón es más seco, más exigente… ella responde sin dudar. Pero no se limita a obedecer. Se adapta. Se ofrece a mí.

Sus manos se aferran con más fuerza a mis muslos y sus dedos se clavan ligeramente, sujetándose a mí mientras yo la llevo donde quiero.

O es ella la que me lleva a mí.

Porque, a pesar de ser yo quien parece controlar la situación, tengo la sensación de que es ella la que lo domina todo. Y estoy al límite.

Cierro los ojos porque, si la miro… sé que voy a durar muy poco.

—Para —le pido, a punto de correrme.

Sus ojos se alzan, oscuros, cargados de esa mezcla de sumisión y hambre que me ha llevado hasta aquí. Pero ella se inclina de nuevo hacia mí, y tengo que tirar con más fuerza de su melena hacia atrás y obligarla a incorporarse.

—He dicho que pares —repito.

No la suelto del todo mientras hago que se levante. Mi mano sigue enredada en su cabello, firme, posesiva. Su respiración está tan agitada como la mía y sus labios brillan. Su pecho sube y baja con rapidez.

Me mira con la frustración del deseo interrumpido, como si fuera ella quien se ha quedado a medias, incapaz de terminar. Pero no quiero que acabe así. No quiero que sea ella quien domine el cómo, el dónde y el hasta cuándo.

Es ella quien me ha pedido esto.

Y no voy a negárselo.

—Date la vuelta —le ordeno.

La giro y la apoyo contra la pared con un movimiento firme. Sus manos se estiran y se apoyan en la superficie antes de que yo se lo pida. La espalda recta. La respiración todavía agitada.

Siento su calor muy cerca de mí, sin tocarla del todo.

Mi mano vuelve a su nuca, pero esta vez no tiro de su pelo. Lo recojo despacio, enredando los dedos en su melena y subiendo

hacia arriba hasta tenerlo en un puño. Lo aparto a un lado, dejando su cuello completamente al descubierto.

Su piel se eriza bajo mis dedos.

Me acerco un poco más, casi rozándole la oreja con el aliento. La mantengo ahí, inmóvil, notando la tensión en sus hombros, el temblor leve de sus piernas.

Aprieto su cabello con firmeza, recordándole que sigo sujetándola. Que cada movimiento depende de mí.

Le hablo despacio, casi en un susurro, sintiendo cómo mi voz le eriza la piel.

—¿Es esto lo que quieres?

Su respiración se acelera. El pecho sube y baja rápido. Cierra los ojos un instante, y puedo sentir cómo todo su cuerpo busca más contacto, cómo cada músculo se tensa bajo mi control.

—Sí —responde, agitada.

Me inclino un poco más, dejando que mi aliento roce su cuello, presionando la línea sensible de su oído, marcando el ritmo que yo decido. Siento cómo su cuerpo se arquea ligeramente hacia mí, cómo sus manos se aferran instintivamente a la pared, sosteniendo la tensión.

—¿Sí… qué? —insisto.

Mi voz suena más grave, rozando sus nervios con cada palabra.

Su respiración se quiebra un poco más. La respuesta ya está escrita en cada línea de su cuerpo, en cómo se inclina hacia mí, aceptando mi control.

—Sí, comandante.

CAPÍTULO 29

ALICE

Los Ángeles

Crosscheck *(Verificación Cruzada): procedimiento mediante el cual los pilotos confirman una información crítica, contrastándola con otra fuente o sistema para asegurarse de que es correcta antes de continuar el vuelo.*

—Tengo una pregunta. Y quiero que seas completamente sincero. ¿Lo serás?

—Ese tipo de peticiones suele traer problemas y… de cualquiera me asustaría, pero de una mujer, todavía más —resopla —. Dispara.

—Cuando nos conocimos me pediste que no te llamara comandante, y ahora…

La cama de mi apartamento en Los Ángeles es mi nuevo lugar favorito del mundo. Sobre todo cuando Josh se queda a dormir, que es siempre desde que empezamos esta locura.

Excepto las horas en São Paulo con su hija, el resto del tiempo lo hemos pasado juntos.

Mientras volamos, somos absolutamente profesionales. Porque Josh puede que sea el mejor piloto del mundo. Quizá no pueda hablar con demasiada autoridad —no tengo tanta experiencia—, pero controla los mandos del avión como si fueran una extensión natural de su cuerpo. Igual que controla el aire que respira, la habitación en la que entra y todo lo que ocurre a su alrededor.

Mi tiempo con él lo ha intensificado todo.

Lo nuestro no es solo una relación entre compañeros de trabajo. En el poco tiempo que nos conocemos hemos vivido más que en todas mis relaciones anteriores juntas. Supongo que es lo que tiene compartir husos horarios, idiomas extraños y comidas exóticas.

He pasado más tiempo con él desde que lo conozco que con Steve en nuestros ocho meses juntos.

Josh es hermético, reservado y, muchas veces —la mayoría—, tengo que sacarle la información a la fuerza.

En eso es el opuesto perfecto de Steve.

Steve hablaba mucho. Demasiado. Pero siempre tenía la sensación de que cada palabra que salía de su boca era una especie de encantamiento. Mentiras disfrazadas de elogios, de alabanzas, todo pensado para tenerme enganchada.

Josh no habla.

Pero dice mucho más con una mirada o con un beso que cualquier cosa que saliera de la boca de Steve.

Y sí.

Mi cama es el mejor lugar del mundo cuando Josh está a mi lado.

—Eso… —me responde hundiendo la nariz en mi cuello—. Sí, verás. Mi padre era el comandante Edwards. Así que, cuando me llamabas así, me venía su imagen.

—¿Y cuando te llamo comandante a secas, no?

—Exacto.

—Sabes que eso no tiene mucho sentido, ¿verdad?

Nada tiene sentido cuando Josh me abraza bajo las sábanas o lo hace por encima de ellas. Todo se vuelve irreal cuando empieza a

besar mi cuello y a acariciar mis muslos. Cuando hacemos el amor nada más despertar.

Pero, por mucho que me guste, por muy bien que me haga sentir y por mucho que intente respetar su carácter… yo necesito saber cosas.

No quiero quedarme solo con la sensación física a la que consigue llevarme.

Necesito más.

He respetado su tiempo en São Paulo, por mucho que me hubiera gustado compartir con él las horas en aquella ciudad.

«No preguntes por Josh en São Paulo», me dijeron desde que empezamos a volar allí.

Y no me ha importado no saber nada de sus días porque por las noches volvía a mí.

Por las noches era mío.

Y yo, completamente suya.

Pero en Los Ángeles es distinto.

Necesito algo más que sexo maravilloso y los desayunos perfectos que cocina para mí sin camiseta.

—¿Qué tal con Sofía? —le pregunto mientras comemos.

Josh deja el tenedor sobre el plato un segundo antes de responder.

Lo veo tensarse y evita mirarme, concentrándose en el plato como si estuviera analizando el valor nutricional de cada ingrediente.

—Bien.

—¿Solo bien? —insisto—. Podrías hablarme un poco de ella. No sé… qué estudia, qué le gusta, qué hacéis cuando estáis juntos además de patinar… ya sabes.

—Está en el instituto —dice sin levantar la mirada del plato, incómodo—. Y solo estamos juntos. Poco más.

Cojo la taza de café entre mis manos y lo observo.

Por supuesto que lo observo.

Lo miro con mi mejor cara de «eso no me basta», pero él sigue comiendo con cero intenciones de continuar la conversación.

—Me dijiste que tenía diecisiete, ¿no? Entonces, ¿está en el último curso?

—Sí.

Sé que me estoy metiendo en un terreno… peligroso.

Pero estoy acostumbrada a tratar con hombres así. Empezando por mi padre y siguiendo por Ethan.

No me asusta preguntar.

Y si necesito saber algo, no pienso quedarme con la duda.

—De acuerdo, Josh. Veo que no quieres hablarme de tu hija, y lo respeto… por ahora. —Levanta los ojos por primera vez ante la pausa que hago—. ¿Qué me cuentas de la madre? Porque si hay una hija, habrá una madre, ¿no?

Josh se levanta, recoge el plato y lo deja en el fregadero, dándome la espalda. Sé que he tocado un tema sensible cuando veo que el silencio se alarga más de la cuenta.

Por un momento —unos segundos— me arrepiento de haber preguntado. Quizá he pecado de ansiosa por querer saber las cosas demasiado pronto.

—¿Qué quieres saber? —dice sin volverse, mientras friega los platos.

—Pues… ¿puedes volverte, por favor? —le pido con suavidad—. No te estoy preguntando nada malo. Si no quieres contármelo, da

igual.

Me levanto y me voy directa al sofá con mi taza de café. Enciendo la televisión y voy pasando canales sin detenerme más de dos segundos en ninguno, porque en realidad lo único que quiero es no pensar, relajarme y no decir nada de lo que luego vaya a arrepentirme.

Sé que a veces soy demasiado insistente, y es algo que tengo que intentar controlar con él.

De reojo lo veo acercarse, y no me viene nada bien que no lleve camiseta, porque en estos momentos no quiero distraerme con sus abdominales ni con sus bíceps. Quiero seguir demostrando lo molesta que estoy.

—De acuerdo —insiste tomando asiento a mi lado—. ¿Qué quieres saber?

Coge mi taza, la deja en la mesita de centro y me toma las manos, obligándome a volverme hacia él. Demostrándome que ahora sí tengo toda su atención y que, aunque le cueste, está dispuesto a abrirse un poco más.

Esas son las cosas que Josh dice sin hablar: solo mirándome a los ojos y acariciando mis manos con sus pulgares.

—Solo… —empiezo, sin saber muy bien qué preguntar o hasta dónde puedo llegar—. Me gustaría conocerte un poco. Nada más.

—Es justo —asiente.

Josh se queda unos segundos en silencio antes de continuar, ordenando los recuerdos antes de decirlos en voz alta.

—Verás, me casé muy joven. La madre de Sofía se llama Juliana y es brasileña. Cuando nos separamos, se llevó a Sofía a São Paulo y yo solicité una ruta que me permitiera viajar allí todo lo posible para verla.

—Entonces…

—Eso es todo, básicamente. Ella se quedó embarazada, nos casamos mientras yo todavía estaba en la academia de vuelo. Mi padre… el comandante Edwards, que también era piloto, como puedes imaginar, se opuso a que me casara. Pero pensé que era mi deber —me explica—. Estuve sin hablarme con él durante años. Luego murió sin que nos hubiéramos reconciliado.

Durante un segundo no sé qué decir. Nunca le había oído hablar tanto de sí mismo.

—Ohhh, joder, Josh… Lo siento.

—Gracias. Eso fue hace unos años —concluye—. Y poco más. Esa es la historia. No hablo con Juliana, mi ex. No tenemos ningún contacto, excepto en lo que corresponde a Sofía. Y cada vez menos, porque ella ya es mayor.

—¿Me la presentarás algún día? —pregunto.

—¿A Juliana? No creo —dice negando con la cabeza, serio.

Se me abren los ojos y lo veo sonreír. La cara de antes, la tensión al preguntarle por su pasado, desaparece al instante y eso me tranquiliza.

—¡Eres tonto! —exclamo entre risas.

Le doy un golpe suave en el pecho. Entonces él me coge de las muñecas. Me hace levantarme y se queda mirándome.

Los músculos de su mandíbula se tensan.

Y no queda rastro de la sonrisa de antes.

—No quiero volver a hablar de Juliana, ¿me entiendes? —me susurra acercándome a él—. No quiero pensar en ella, y mucho menos cuando estoy contigo.

Josh me suelta para inclinarse, agarrarme de los muslos y subirme a su hombro como si fuera un saco ligero. Me lleva al dormitorio y me deja caer sobre la cama.

Se quita el pantalón, me abre las piernas y se arrodilla delante de mí, entre ellas.

—No quiero que nadie estropee mis mañanas contigo —dice mientras me baja las bragas—. Esto es en lo único que quiero pensar cuando estamos juntos.

¿Y quién soy yo para negarme a sus deseos cuando es su lengua la que empieza a recorrer todo mi cuerpo?

Empieza en mis pezones, atrapándolos en su boca, jugando con ellos con la lengua, en círculos lentos que me arrancan un suspiro. Baja por mi abdomen hasta llegar a mi sexo, y entonces me devora como si fuera el mejor postre de su desayuno.

Y solo cuando sabe que me tiene a punto se detiene.

Coloca mis piernas sobre sus hombros y me penetra rápido, profundo.

Se acomoda, gime, y cierra los ojos unos segundos antes de volver a abrirlos y clavarlos en mí. Me embiste así, mirándome, observando cómo me deshago por completo debajo de él.

Me corro con sus manos sujetando mis muslos, sintiendo cada embestida rozando ese punto que conoce ya mejor que cualquier destino al que haya volado cientos de veces.

Mi cuerpo es su nuevo plan de vuelo.

Como una carta de navegación que ha estudiado hasta memorizar cada coordenada.

Pero él no ha terminado conmigo.

Cuando todavía no me he recuperado del todo, me da la vuelta con un movimiento firme, dominante, seguro. Me coloca contra el colchón y me folla desde atrás hasta que llega con un gemido profundo y se deja caer sobre mi espalda, exhausto, con la respiración agitada.

Susurra algo en mi nuca, pero no entiendo nada. Ni siquiera escucho con claridad lo que dice. Solo siento hasta el último nervio de mi cuerpo temblando.

—Alice…

Es lo único que consigo distinguir.

Josh deja besos en mi espalda y en mi nuca. Siento todavía el peso de su cuerpo sobre mí, el calor de su piel quemándome.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Estoy más que bien, claro. Acaba de darme un puto orgasmo, joder. Uno de los buenos, de esos que te dejan el cuerpo con la sensación de haber corrido una jodida maratón.

Josh es pura pasión y dulzura al mismo tiempo.

Y a mí… joder, creo que me daría igual si no quisiera volver a hablar en la vida mientras siga follándome así.

Pero no puedo engañar a nadie.

Mucho menos a mí misma.

Por mucho que diga que respeto su silencio, que no me importa lo hermético que puede llegar a ser… no es del todo cierto.

Lo sé porque me muero por saberlo todo.

Su pasado.

Lo que siente en el presente y qué futuro nos espera juntos.

Y eso es lo que más miedo me da.

Porque cuando empiezo a querer saber todas esas cosas… es porque para mí esto es mucho más que un buen polvo.

Me estoy enamorando de mi comandante.

Joder.

CAPÍTULO 30

JOSH

SEPTIEMBRE

Established *(Establecido): término utilizado en aviación para indicar que una aeronave ya está alineada y estabilizada en una ruta, trayectoria o aproximación concreta, manteniendo el rumbo y configuración adecuados.*

Me encanta el otoño. Septiembre puede que sea uno de mis meses favoritos. Agosto también lo ha sido —uno de mis favoritos, digo—, pero este septiembre está llevándose todas las putas medallas a la mejor época del año.

En Los Ángeles el verano no desaparece: se domestica. La luz cae más baja, más dorada y da la sensación de que alguien le ha ajustado el filtro al mundo. Las tardes sobre el Pacífico se alargan lo justo para que el cielo arda antes de apagarse, y el aire deja de pegarse a la piel cuando anochece.

Siempre he sabido apreciar este mes aquí, pero ahora camino distinto. Me detengo más, observo más, como si algo estuviera ocurriendo bajo la superficie y yo no quisiera perdérmelo.

Tokio empieza a respirar mejor en septiembre. La humedad cede, la brisa se cuela entre los edificios y las luces de Shibuya parecen más nítidas cuando cae la tarde. He comido *sushi* en esta ciudad durante años, en barras estrechas donde apenas caben diez personas y en templos gastronómicos donde todo es precisión.

Siempre ha sido impecable.

Pero ahora sabe diferente, más intenso, más limpio.

No es el arroz ni el corte del pescado. Es el silencio compartido. Es la forma en que ella observa cada gesto del chef como si estuviera aprendiendo un idioma nuevo.

El *sushi* sabe mejor cuando estoy con Alice. No necesito más explicación que esa.

París en septiembre tiembla entre el calor que queda y el otoño que asoma en las hojas caídas. Antes, pasear era simplemente una estrategia contra el *jet lag*: caminar hasta que el cuerpo se rindiera y se sincronizara. Ahora no. Ahora es otra cosa.

Recorrer la ribera del Sena al atardecer, ver cómo la Torre Eiffel se recorta contra un cielo rosado y sentir el murmullo de la ciudad bajando poco a poco el volumen ya no es una rutina ni una cuestión de logística. Es placer, simplemente eso.

Pasear por París deja de ser ejercicio y se convierte en algo que no sé nombrar del todo, pero que me llena el pecho de una manera nueva.

Las ciudades son las mismas. Las rutas no cambian. Los hoteles siguen pareciendo lugares ajenos, extraños.

Pero septiembre suena, sabe y huele distinto este año.

Y todo porque lo estoy viviendo con Alice.

La tripulación se ha acostumbrado a vernos aparecer juntos por las mañanas y desaparecer en cuanto cae la noche. Sea cual sea el huso horario en el que nos encontremos, nuestros relojes biológicos parecen haberse sincronizado en una frecuencia diferente a la del resto.

Nadie pregunta de manera directa, pero los murmullos bajan de intensidad cuando estamos todos reunidos. Lo asumen, lo aceptan y siguen con su vida sin hacer demasiadas preguntas.

Todos… excepto Janice.

Y si alguien iba a decirlo en voz alta, sabía exactamente quién sería.

Ella me coge en uno de los pocos momentos en los que estoy a solas, en nuestro último día en París.

Es una maniobra calculada, porque veo cómo Billy se lleva a Alice por los hombros con la excusa de enseñarle una pequeña librería antigua que hay al final de la calle, uno de esos sitios diminutos que a ella le fascinan cuando viajamos.

—De acuerdo, Josh —empieza Janice—. ¿Vas a decirme qué coño estás haciendo?

—¿A qué te refieres? —le respondo fingiendo que no sé que está hablando de lo mío con Alice—. ¿Puedes ser más específica?

—Claro que puedo, pero no pienso hacerlo —replica, molesta —. Así que no me tomes por tonta. ¿Sabes dónde te estás metiendo? Solo tiene veinticinco años.

—Vaya, gracias por decirme algo que sé de sobra y que me importa una mierda. ¿Algo más?

—Solo me preocupo por ti. Lo sabes, ¿verdad? No quiero que te hagan daño.

—¿Y por qué crees que ella me lo hará? —le contesto, irritado —. A lo mejor deberías preocuparte por que no sea yo quien le haga daño a ella, ¿no crees?

—He visto cómo la miras, amigo.

—Soy feliz, Janice. Por primera vez desde hace mucho tiempo.

—A eso me refiero —responde, frunciendo el ceño—. Eres… te veo… demasiado feliz.

La conversación con Janice me deja mal y pensativo. Y eso, en mí, es peligroso.

¿Estoy feliz? Por supuesto. ¿Se puede estar demasiado feliz? No lo creo. Día tras día, cada puto segundo que paso con Alice, esa sensación crece y no encuentro el límite. Nunca es demasiado cuando estoy con ella, porque cada hora que compartimos siento cómo el corazón se me expande hasta que temo que vaya a salirse literalmente del pecho.

Este trabajo no deja espacio para relaciones duraderas y sanas. Pasar apenas unos días en casa no da para eso, y haber encontrado a Alice es como haber descubierto el puto maná en mitad del desierto. Un unicornio, un trébol de cuatro hojas y un billete ganador de lotería, todo al mismo tiempo.

Ambos amamos volar, y pasar el tiempo juntos en estas ciudades es como vivir una luna de miel continua.

Interminable.

Los Ángeles, sin embargo, es otra historia. Allí ella tiene raíces: familia, amigos y una vida entera aparte de mí. Yo, en cambio, solo tengo malos recuerdos que ella parece empeñada en borrar sin darse cuenta siquiera.

He conocido a su medio hermano, un cirujano de mirada de hielo y en bastante buena forma. En otras circunstancias quizá me daría miedo. Es hiperprotector con Alice, y resulta evidente que yo no le caigo demasiado bien.

Cuando vi por primera vez a su madre comprendí muchas cosas sobre ella. Lo primero es que su belleza es heredada; su inteligencia, también. Luego está su forma de mirarme, como si estuviera analizando hasta el último de mis gestos y reacciones, estudiando si soy un buen tipo o un pobre desgraciado que va a joderle la vida a su hija.

Apenas cruzamos un par de palabras y lo entendí al instante.

Lo que no les queda claro a ninguna de las dos es que, lo más probable, es que sea yo quien acabe así.

Y, por algún motivo, Janice parece temer exactamente lo mismo.

Así que, en casa —o al menos en la ciudad a la que ella llama hogar—, nos vemos menos.

Y eso no lo llevo demasiado bien.

Hoy es uno de esos sábados en los que Alice se reúne en casa de su padre, con su hermano —el cirujano— y con otros dos hermanos menores que, según me cuenta, a veces son insoportables.

Yo estoy en mi apartamento, solo, mirando el móvil y decidiendo si enviarle el mensaje que he escrito. Como un adolescente estúpido buscando guerra.

¿Recuerdas lo que te dije al principio?

Ella tarda solo unos minutos en contestar.

Me dijiste muchas cosas. ¿Puedes ser más específico?

Sonrío al teléfono y me acomodo en el sofá. Faltan todavía unas horas para verla y la echo tanto de menos que me duele hasta el corazón.

Te dije que no me gusta compartir.

Su respuesta llega en forma de una cascada de *emojis*. En eso se nota nuestra diferencia de edad: caras de sorpresa con los ojos muy abiertos, risas y corazones rotos.

Te lo digo en serio. Eres mía. Ven.

Esta vez tarda un poco más en contestar y me desespero. Me molesta, me enfado… pero sobre todo conmigo mismo.

La verdad es que Janice tiene razón. El que corre un riesgo serio de acabar muy mal aquí soy yo.

Calculo que en un par de horas estaré fuera. Paciencia.

Paciencia no es precisamente una de mis cualidades más desarrolladas. De hecho, diría que nunca la he tenido, así que no, no tengo ni un ápice de ella.

No hemos pasado tantas horas separados desde la última rotación en São Paulo, cuando yo estaba con Sofía. Desde entonces hemos compartido casi cada minuto de estas tres semanas, y me temo que me he acostumbrado demasiado a su compañía, a su risa por las mañanas, a su cuerpo y a sus besos.

Y, por circunstancias que todavía no entiendo del todo, también he empezado a sentir la necesidad de contarle cosas sobre mí. De abrirme a ella. De explicarle en qué mundo se está metiendo.

En mi mundo.

Durante todo el tiempo que pasamos en Los Ángeles dormimos en su apartamento, pero esta vez ella viene al mío cuando termina la reunión familiar en la mansión Calloway.

En cuanto entra se dedica a curiosear, a mirarlo todo, a analizar cada rincón como hace conmigo cuando estamos juntos. Nunca le basta con lo que ve en la superficie; siempre quiere mirar un poco más allá.

He preparado la cena. Algo sencillo, pero sé que le encanta. También he puesto velas, intentando darle algo de calidez a este piso. Algo que no grite que soy un puto solitario malhumorado capaz de espantarla en cinco minutos.

Por alguna razón que todavía me niego a admitir del todo, quiero que encuentre en este apartamento un lugar al que no le importe volver.

—¿Has hecho todo esto tú? —pregunta, acercándose a oler una de las velas y el ramo de flores que he comprado para ella—. Vaya… no sabía que podías ser tan romántico.

Pongo mis manos en su cara, posesivo, como sé que le gusta, y la miro a los ojos justo antes de besarla.

—Quiero contarte algo —susurro contra sus labios—. Quiero que sepas más cosas de mí.

Ella, por primera vez desde que la conozco, se queda sin palabras.

Nunca he tenido la necesidad de contar mis cosas a nadie. Ni a Janice, ni a ningún compañero de trabajo al que en algún momento pudiera llamar algo parecido a amigo. Ni siquiera a mí mismo, a veces.

Hay secretos que se quedan tan dentro de uno que casi se sienten como piel propia. Tatuajes invisibles que duelen si los presionas, pero que aprendes a ignorar.

A veces te preguntas si merece la pena desenterrarlos, si alguien querría siquiera compartir tu dolor.

Y, sin embargo, aquí estoy, frente a una chica de veinticinco años que ha puesto mi mundo tan del revés que lo que antes sentía que necesitaba esconder ahora reclama ser contado.

Porque ella me ha dicho cien veces que quiere saber de mí.

Y yo me encuentro incapaz de no darle todo lo que desea.

Nos sentamos a la mesa. Le sirvo un poco de vino porque, aunque casi nunca bebamos, hay conversaciones que necesitan regarse con algo más que agua y refrescos.

—Me estás asustando —dice con una sonrisa nerviosa.

—¿Por qué?

—Pues… por todo esto. Nunca quieres hablar de… casi nada.

—Eso no es cierto —miento.

Porque tiene razón. Hablar de rutas, de comidas exóticas o de películas no es hablar de cosas.

—De casi nada personal, Josh —continúa—. Y ahora haces la cena, pones velas y me dices que quieres contarme algo de una manera… un poco solemne. ¿Pasa algo?

Tomo aire y doy un sorbo a mi copa de vino para armarme de valor.

—No. Solo es que quizás no he sido del todo sincero contigo —empiezo—. Aunque, en mi defensa, diré que nunca lo he sido con nadie. Es sobre mi hija, Sofía.

Alice deja la copa sobre la mesa y me mira con atención.

—Te escucho.

CAPÍTULO 31

ALICE

Los Ángeles

Cruise level *(Nivel de Crucero): altitud estable que una aeronave mantiene durante la mayor parte del vuelo, cuando todo está en equilibrio y los sistemas funcionan con normalidad.*

Decir que me estoy asustando es quedarme bastante corta. Josh está nervioso —o, más bien, intranquilo— y eso me pone todavía más nerviosa a mí.

No es un hombre predecible, y me cuesta leerlo mucho más de lo que siempre me ha pasado con cualquier otra persona.

Mientras miro su apartamento, no puedo evitar hacerme mil preguntas. Todo es… frío. Demasiado limpio. Demasiado ordenado. Apenas hay recuerdos. No hay fotos en las paredes, ni libros abiertos, ni pequeños desastres que cuenten historias. Es como si nadie viviera realmente aquí, como si todo fuera de paso, provisional, preparado para que alguien pudiera marcharse en cualquier momento.

Supongo que tiene sentido, en parte. Es piloto y pasa más tiempo en hoteles que en su propia cama. Pero, aun así, me choca. Llevo apenas un mes en mi apartamento y cada rincón tiene algo que me pertenece, una especie de huella que me recuerda que estoy aquí, que este es mi lugar.

Y aquí… nada.

Nada que diga «estoy en casa».

El vino no es mi bebida preferida, pero lo bebo igual porque tanta solemnidad me tiene al límite.

¿Quiere romper conmigo? ¿Decirme que en realidad sigue casado?

Joder, ¿quiere decirme que Sofía no es su hija y que en realidad es una amante, como sospeché cuando los vi juntos?

No. Espera.

Acaba de decir que quiere contarme algo sobre su hija.

Sobre Sofía.

—Te escucho —le digo, seria, animándolo a empezar.

Lo que tenga que ser, cuanto antes, mejor.

—Verás, esto es algo que nadie sabe. Empezaré por el principio. Recuerdas que te dije que me casé muy joven, cuando Juliana me dijo que estaba embarazada, ¿verdad?

Asiento en silencio. No quiero interrumpir lo que sea que está intentando confesarme.

—Vivíamos en Washington. Conseguí mi licencia de piloto y volaba en rutas domésticas. Estábamos instalados, teníamos amigos, Sofía iba a la escuela, tenía su grupo… pero cuando cumplió siete años se puso enferma.

—Oh… —exclamo casi sin querer—. ¿Era grave? Me ha sonado a… algo grave.

—Sí —confirma—. Sus riñones dejaron de funcionar con normalidad. No te voy a aburrir con los detalles, pero…

—No me aburres, Josh —lo interrumpo con suavidad mientras cojo su mano—. Puedes contarme lo que necesites.

—Lo sé.

Hace una pausa antes de continuar.

—El caso es que su enfermedad requería un trasplante, y las personas más compatibles suelen ser los padres.

Josh toma aire. Mira nuestras manos entrelazadas y luego regresa a mis ojos.

—Nos trasladamos a Los Ángeles. Hay un hospital pediátrico especializado en trasplantes y no lo dudamos. Juliana no era compatible y yo me hice las pruebas.

—Y tú tampoco lo eras, ¿no? —digo casi en un susurro—. No podrías seguir siendo piloto con solo un riñón.

—Exacto. Pero eso me daba igual. La cuestión es que, al hacerme las pruebas, me comunicaron que no era el padre biológico de Sofía.

Durante un segundo el mundo parece quedarse sin sonido y yo me llevo las manos a la boca, ahogando la exclamación.

No soy madre, pero ni siquiera puedo imaginar lo que debe de ser para un hombre descubrir algo así después de siete años.

—Dios, Josh… eso es…

—Nos separamos, claro —continúa—. Pero seguimos viviendo juntos por el bien de Sofía. Luego, cuando casi habíamos perdido la esperanza, apareció un donante y… bueno, Sofía se salvó. Pero después Juliana decidió volver a Brasil con su familia.

—Vaya…

Nunca he sido de quedarme sin palabras, pero ante esta confesión no sé si decirle que lo siento, si alegrarme de que su hija se salvara, o si lamentar que descubriera de esa manera que no era su padre biológico.

La verdad es que no tengo ni puta idea de qué decir.

—Sofía es mi hija. Siempre lo será, aunque yo no sea… ya sabes.

—Por supuesto —le digo enseguida, apretando su mano—. Eso no cambia nada.

—Bueno, en realidad algo sí cambia. Mis derechos sobre ella, sobre la paternidad. Mis abogados no pudieron hacer nada para que yo consiguiera la custodia compartida. Pero solicité volar a São Paulo todo lo que me pudieran dar. Por eso hago esta ruta desde hace tanto tiempo. Casi nueve años. Juliana no pudo negarse a que la viera y, al menos, dos veces al mes podía estar con ella.

—¿Y esto… no lo sabe nadie?

—Nadie. Solo tú.

—De acuerdo.

Joder… tengo que procesarlo todo. No solo lo que acaba de contarme, sino el hecho de que nadie más aparte de mí lo sepa.

—Vale. Pero quiero que comprendas por qué te lo he contado —continúa—. Quiero que entiendas por qué desaparezco cuando estoy allí. Intento pasar el mayor tiempo posible con ella, porque luego estamos semanas sin vernos.

—Lo entiendo perfectamente.

—Bien, pues eso era lo que tenía que contarte —concluye—. Ahora cuéntame tú. ¿Cómo ha ido la comida con tu padre?

Y así es como nos sumergimos en una conversación sin demasiada trascendencia. Le cuento cosas triviales que ahora me parecen auténticas tonterías: mis hermanos peleándose, las exmujeres de mi padre acechando alrededor de la herencia Calloway, pero no le cuento los preparativos de la boda de mi hermano con Lydia.

Ese es uno de los temas que sobrevuela mi cabeza. Mi futura cuñada no deja de preguntarme si voy a llevar a alguien a la boda y yo todavía no me he atrevido a pedirle a Josh si quiere ser mi acompañante.

Cenamos, hacemos el amor y despertamos cuando está a punto de amanecer. Otro día juntos, otra noche y otro desayuno entre risas.

—Tengo que ir a mi apartamento —le digo a media mañana—. Para hacer la maleta y… bueno, también pasar por casa de mi madre. Apenas la he visto desde que… ya sabes, desde que tú y…

—¿Desde que estamos juntos? —termina la frase por mí.

Me quedo quieta. Intento ocultar la sonrisa que empieza a crecer en mis labios, sin demasiado éxito.

—¿Estamos juntos? —le pregunto fingiendo indiferencia.

Pero él sabe perfectamente cómo hacerme subir al cielo de mil maneras… y también cómo bajarme de la nube para darme un baño de realidad.

—Por supuesto. Te lo dije. Soy todo tuyo y tú eres mía.

Y así es jodidamente imposible discutir una afirmación como esa, porque me abraza por la cintura y yo me deshago como un flan en sus brazos.

Me besa para dejar claro —por si todavía me queda alguna duda— que es así, que soy completamente suya.

Y entonces lo digo.

Me sale solo. Y aunque me arrepiento en el mismo instante en que pronuncio esas dos palabras, ya no puedo desdecirme.

—¿Quieres venir? —le pregunto.

Él me separa en el acto, como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

—¿Qué?

Dadas las circunstancias no me queda otra que seguir adelante.

—Que si quieres venir a comer a casa de mi madre. Conmigo.

—¿Quieres que comamos con tu madre y su novio? ¿En tu casa?

—No es que quiera. Es que… bueno, yo voy a ir, y tú podrías acompañarme si quisieras. ¿O acaso tienes algo mejor que hacer?

Me suelta y da un paso atrás. De pronto parece que tiene muchas cosas urgentes de que ocuparse: revisar la consistencia de los muebles, por ejemplo. Coge el móvil de la repisa y empieza a deslizar la pantalla, buscando algo —una cita inexistente— que lo salve de tener que decir que no.

Me apiado de él y rectifico.

—No pasa nada, Josh. En otra ocasión será.

—No, no —replica, dejando el móvil de nuevo sobre la mesa—. Podemos ir. Puedo hacerlo… si quieres.

Me sorprende y sonrío por dentro. Entonces desaparecen las dudas, los miedos y la angustia de preguntarme si esto que estamos viviendo podría sobrevivir a vuelos y escalas en ciudades exóticas; si podríamos llevar una vida… normal, a pesar de nuestras diferencias, la de la edad pero también la de las experiencias vividas.

Mando un mensaje a mi madre de camino a mi apartamento. No solo tengo que preparar psicológicamente a Josh, sino también a ella, para que sepa que el chico —o, mejor dicho, el hombre— que conoció hace una semana y del que apenas sabe nada va a ir a su casa como invitado de su hija.

No es que esperara que mi madre lo recibiera con los brazos abiertos pero, aun así, me sorprende su reacción.

En cuanto entramos por la puerta, el bueno de Tim hace de anfitrión. Le ofrece una cerveza con esa camaradería típica de los hombres que están acostumbrados a vivir rodeados de mujeres y de repente encuentran a otro varón en territorio hostil.

—Siento rechazarla, pero mañana volamos de nuevo a São Paulo —dice Josh con educación—. Nada de alcohol veinticuatro horas antes.

—Pero hoy es domingo —replica Tim, extrañado—. ¿Ni siquiera una cerveza?

Por un momento parece que al novio de mi madre le hayan enseñado un juguete nuevo y no le dejen abrirlo.

—Tim, no debemos. Son reglas muy estrictas de la compañía —intervengo.

Él se encoge de hombros y devuelve las botellas a la nevera.

Mamá no dice nada, pero lo mira. Lo analiza con esa precisión exhaustiva que reserva para las decisiones importantes. Sé exactamente qué está haciendo: buscando grietas, midiendo silencios y evaluando lo que no se dice.

Josh no intenta llenar el espacio. No compite por la atención ni exagera gestos. Tampoco se esfuerza por resultar encantador, aunque lo es. Jodidamente encantador. Se limita a asentir cuando corresponde y a responder con frases cortas y claras, manteniendo la espalda recta y la mirada directa, pero sin desafiar. Emanando por cada uno de sus poros esa seguridad que impresiona sin necesidad de exhibirse.

Hoy no lleva uniforme, pero es de esos hombres que no necesitan ningún distintivo para destacar. Llama la atención y cautiva a todo aquel que se cruza con él.

Es hermético. Tanto que, por un segundo, sé que mi madre ve a Ethan. La misma economía de palabras y la misma forma de observar antes de hablar.

Y noto cómo esa familiaridad, en lugar de preocuparla, la tranquiliza.

Josh escucha a mi madre sin interrumpirla y deja que Tim lleve el peso de la conversación sin intentar imponerse. No está tratando de impresionar y, sin embargo, sé que lo está haciendo.

Steve hablaba demasiado. Siempre tenía la frase perfecta y, aun así, nadie terminó de confiar en él. No cayó bien a casi nadie de mi círculo.

Josh, en cambio, apenas habla. Pero hay algo firme en su silencio, algo estable que transmite una seguridad difícil de explicar y que, aunque no lo vaya a reconocer enseguida, mi madre… aprueba.

Cuando nos despedimos, como siempre antes de un vuelo, mi madre tiene preparada su retahíla de instrucciones. No entiende nada de aviones, pero se ha aprendido tres conceptos básicos y los repite como un mantra. Y al final añade su frase favorita, que esta vez me sorprende escuchar en plural.

—Tened cuidado —dice mirándonos a los dos—. Que tengáis un buen vuelo y un aterrizaje suave.

Salimos a la calle y el atardecer nos envuelve despacio. Al principio no hablamos. Caminamos uno al lado del otro, rozándonos apenas, pero con la certeza silenciosa de que algo ha cambiado.

Lo nuestro ha dejado de ser una sucesión de encuentros entre vuelos y escalas, entre hoteles y restaurantes exóticos, y se ha transformado en algo menos sofisticado, pero mucho más real.

Lo noto en cómo me busca la mano sin mirarme. En cómo su silencio ya no es hermetismo ni distancia, sino compañía.

Cuando llegamos a mi portal nos detenemos. Esta vez no sube. Mañana volamos temprano y cada uno duerme en su propio apartamento por primera vez en semanas. Me sorprende lo mucho que me cuesta aceptar algo tan simple.

Josh me mira, midiendo el momento. Luego se acerca y me besa. No es un beso apresurado ni ligero; es lento, firme,

consciente. Marca territorio sin necesidad de palabras.

Aun así, cuando se aparta y apoya la frente contra la mía, siento un vacío anticipado.

—Descansa —murmura sin dejar de tener sus labios pegados a los labios.

—Sí, tú también.

Nos volveremos a ver en apenas unas horas. Otro vuelo más, de nuevo a São Paulo pero, aun así, me aferro a sus brazos como si fuera una de esas despedidas que tantas veces hemos presenciado en los aeropuertos.

—Entonces, hasta mañana.

Se aleja dando unos pasos hacia atrás, sin dejar de mirarme. La escena sería de esas que te arrancan un suspiro y te dejan el corazón blando si no fuera porque la estoy viviendo yo, y no quiero separarme ni un minuto de él.

—¡Espera! —le pido.

Se detiene y sonríe.

—¿Podrías darme alguno de tus trucos pro para poder pasar esta noche sin ti?

CAPÍTULO 32

JOSH

São Paulo

Radio Contact *(Contacto por Radio): primer intercambio claro entre piloto y torre, cuando ambas partes establecen comunicación y comienzan a compartir información.*

Mi primer día en São Paulo es para Sofía. Llevo días guardándome el secreto y ya no puedo alargarlo más.

Ella lo nota al instante. Percibe mi preocupación en los ojos, esa forma de estar con ella sin estarlo del todo.

Tiene solo diecisiete años, pero se ha encontrado al borde de la muerte en un par de ocasiones. Ha sobrevivido a noches interminables en hospitales, a un trasplante que llegó casi en el último minuto y a mudarse a un país extranjero mientras era separada de su padre sin ningún argumento que pudiera entender.

Recuerdo cada instante de la conversación en la que tuvimos que explicarle que ya no viviríamos juntos y que solo podríamos vernos unos días al mes.

Sofía era demasiado pequeña para comprender lo que significaban palabras como custodia, país o distancia. Lo único que sabía era que su habitación ya no se encontraría al final del pasillo y que yo no estaría al otro lado de la puerta cada mañana. Me miraba esperando que desmintiera todo aquello, que dijera que era una broma absurda de adultos.

No lloró al principio.

Eso fue lo peor.

Se quedó callada, procesándolo todo con esa forma tan suya de apretar los labios cuando algo no encaja. Luego llegó la pregunta que todavía me perfora el pecho cada vez que la recuerdo.

—¿Cuándo vuelvo a casa?

No supe qué responder, porque ya no sabía cuál era su casa.

Nunca pensé que podría acumular tanto odio por alguien como el que llegué a sentir por Juliana. No me dolió tanto descubrir que me había engañado, que Sofía no compartía genética conmigo. Lo que realmente me destrozó fue que la alejara de mí sin que tuviera ninguna posibilidad de luchar por su custodia.

Para las leyes pesó más el hecho de que no fuera un espermatozoide mío el que la había creado que las noches que pasé sentado junto a su cama de hospital esperando el milagro de un donante compatible.

Cuando creció un poco más empezaron las comparaciones: las amigas que pasaban una semana con su madre y otra con su padre, los cumpleaños duplicados, las vacaciones repartidas.

—¿Por qué yo no puedo vivir también contigo? —me preguntó una tarde, cuando ya tenía edad suficiente para entender que algo no cuadraba.

Intenté explicarle horarios, trabajos, países distintos. Mentiras a medias que sonaban huecas incluso para mí.

Hasta que llegó el golpe final.

—¿Es que no me quieres? ¿Por eso no quieres que viva contigo?

Nunca me he sentido tan pequeño.

Recuerdo el silencio después de esa frase. La forma en que me miraba, intentando no llorar, dándome la oportunidad de arreglarlo. Y yo, incapaz de decir la verdad que no me pertenecía revelar.

Esa noche hablé con Juliana y le di un ultimátum. No podíamos seguir construyendo nuestra relación sobre una omisión que estaba empezando a herirla. Tenía que saberlo. Tenía derecho a saber que yo no era su padre biológico… y que eso no cambiaba absolutamente nada.

Hubo gritos. Reproches. Miedo.

Pero al final Juliana cedió en algo. No en todo —nunca en todo —. Aceptó que, cuando mis rotaciones me trajeran a São Paulo, Sofía y yo pudiéramos vernos sin restricciones absurdas.

Era lo mínimo.

Era insuficiente.

Pero era algo.

Desde entonces, cada hora de cada día que paso aquí es suyo.

—¿Vas a contarme qué te preocupa? —me pregunta a las primeras de cambio, nada más vernos—. Llevas un mes un poco raro.

—Sí, lo sé —le contesto con sinceridad—. No puedo ocultarte nada. Lo pillas todo al vuelo.

—Bueno, tampoco hace falta ser muy lista, ¿sabes? —Se encoge de hombros mientras da buena cuenta de su desayuno—. En las últimas semanas mi móvil ha empezado a hacerme demasiadas preguntas.

La miro extrañado y ella sonríe.

—¿Qué?

—Sí. El teléfono me pregunta: «¿Por qué papá ya no nos manda veinte mensajes de buenos días y otros veinte de buenas noches cada día?». «¿Por qué ya no nos manda fotos del *sushi* de Tokio o de las vistas de la Torre Eiffel?». «¿Por qué ya no…?»

—¡Yo no hago eso! —protesto sin demasiada convicción—. Al menos no tanto. Lo estás exagerando.

—Oh, claro que lo haces… o al menos lo hacías. Mira. —Me muestra el chat de nuestros mensajes y no puedo evitar agachar la cabeza—. ¿Lo ves? Ahora solo me dices: «Buenos días, cariño». «Que pases buena noche, preciosa». Mira, mira… —insiste deslizando el dedo por la pantalla—. Estos son los mensajes del mes pasado.

Me ofrece el móvil. Frunzo la boca, pero enseguida se me escapa una sonrisa porque, para ser sinceros, tengo que admitir que soy bastante intenso.

—¿Dónde están los memes? ¿Los gifs? —pregunta levantando los brazos con dramatismo—. ¿Dónde están mis fotos de los atardeceres desde la cabina de tu avión?

Suspiro de forma teatral y me cruzo de brazos. Yo también puedo ser dramático si la situación lo requiere.

—Está bien. No te quería molestar… pero veo que prefieres que sea un pesado, a pesar de que siempre te quejas de lo mismo.

—Lo que tú digas. Pero… ¿sabes qué le contesto a mi móvil?

—Es lo único que te faltaba, hablarle al puto móvil —le reprocho devolviéndole el teléfono y reclinándome en la silla—. Le haces más caso a él que a mí.

—Bueno, eso es lo que hacemos el noventa y nueve por ciento de las adolescentes, no te lo tomes como algo personal. Pero repito, ¿quieres saberlo?

Me mira esperando mi permiso o mi bendición. Le hago un gesto con la mano para que continúe.

—Le contesto: una de dos, o a papá se le ha ido la olla… o está enamorado. Que para el caso es lo mismo.

Que mi hija de solo diecisiete años me lea tan bien me da un poco de miedo. Porque sí, estoy preocupado. Porque sí, se me ha ido la cabeza un poco. Y porque tiene razón en lo esencial.

Todo es porque estoy enamorado.

De Alice.

Y no me queda más remedio que reconocerlo.

—Tienes razón en algo, Sofía —admito al fin—. He conocido a alguien.

—Perfecto. Empieza a contarme.

No recuerdo la última vez que Sofía me ha mirado así.

Guarda el móvil en el bolso con una intención distinta. Luego se inclina hacia mí sobre la mesa y dibuja esa sonrisa suya, medio insolente, medio curiosa. Es la misma que tenía cuando, con apenas siete años, me interrogaba con los ojos muy abiertos mientras esperábamos un donante, sin comprender del todo por qué estaba enferma ni por qué todo parecía tan urgente y fuera de control.

Al principio me incomoda. No estoy acostumbrado a ser el centro de ese tipo de atención, mucho menos cuando se trata de mi vida privada. Siempre he sido yo quien pregunta, quien escucha.

No al revés.

Pero entonces lo entiendo.

Me está prestando toda su atención.

A mí.

Y hay algo profundamente desarmante en eso. Mi hija —la misma que me miraba con incredulidad y miedo, preguntando si es que no quería que viviera conmigo— ahora desea saber quién soy cuando no estoy siendo su padre. Quiere detalles. Contexto. Quiere verme como hombre.

Me sorprende, me hace sentir expuesto. Y, aunque no lo admitiré en voz alta, también me halaga.

—Es más joven —empiezo diciendo la parte más delicada primero, porque nunca he sabido andarme con rodeos.

—Más joven… —repite, midiendo mis palabras—. ¿Más joven… que yo?

—¡¿Qué?! —exclamo—. Sofía, joder, ¿cómo va a ser más joven que tú? Solo tienes diecisiete años y…

—Tranquilo, papá —me interrumpe, apoyando una mano en mi brazo—. Yo qué sé… te has puesto tan serio que… bueno, continúa, por favor.

Respiro hondo, niego con la cabeza y vuelvo a acomodarme en la silla.

—Es mi copiloto. Se llama Alice y…

—Espera un momento… ¿Es tu nueva copiloto? ¿La que sustituyó a Nathan y habla por los codos?

—Esa misma.

—Debí suponerlo —dice pensativa.

—¿Y eso por qué?

De pronto la curiosidad me recorre como una pequeña descarga eléctrica.

—Porque al principio no hacías más que quejarte de ella —explica—. Y de repente… nada. Ni una sola palabra.

—Ya… bueno… ahora somos…

Me callo.

Todavía no hemos tenido exactamente esa conversación. Ayer salimos de casa de su madre, hoy hemos pasado más de doce horas

de vuelo y nos hemos despedido al dejar las maletas en el hotel. No hemos puesto ninguna etiqueta a lo nuestro.

Bueno… en realidad sí.

Pero no pienso decirle a mi hija de diecisiete años que Alice es mía, que yo soy suyo y que me llama comandante cuando quiere que la folle un poco más duro.

Esa parte de la historia me la voy a ahorrar para siempre.

—¿Qué sois, novios? —pregunta con interés genuino.

—Sí… supongo.

—¿Cómo que supones? ¿Cuánto tiempo lleváis… enrollados?

Intento hacer memoria. Los días y las noches se me mezclan en la cabeza… igual que sus piernas enredadas en mi cuello, igual que sus besos en mi…

—¡Papá! —exclama entre risas—. Joder, estás pilladísimo.

—Unas semanas —digo al fin, intentando parecer mucho más tranquilo de lo que estoy—. No digas tonterías, ¿vale? Ayer comí con su madre.

—Guau. Eso es fuerte. Eso significa que la chica te gusta de verdad. —Hace una pequeña pausa—. Me gustaría conocerla.

Intento que no se me note demasiado, pero lo que siento al escucharla decir eso no es sorpresa. Tampoco alivio. Ni siquiera incomodidad.

Es miedo.

Miedo de juntar en una misma habitación a las dos mujeres que más feliz me hacen en la vida. Miedo de sentir tanto amor a la vez que el corazón termine explotándome en el pecho. Miedo de descubrir que algo tan bueno pueda desaparecer de un momento a otro.

—Hablaré con ella —le digo al final—. Pero… hay algo más que tengo que contarte.

Sofía levanta las cejas.

—Vaya. Hoy estás mucho más hablador que… joder, que nunca que yo recuerde.

CAPÍTULO 33

ALICE

São Paulo

Hard Landing *(Aterrizaje Brusco): aterrizaje en el que el avión toca la pista con una fuerza mayor de lo normal, provocando un impacto seco.*

Josh quiere que conozca a su hija.

Josh quiere que conozca a su hija.

Josh quiere que conozca a su hija.

Joder… tengo que calmarme, porque esto es demasiado fuerte: Josh quiere que conozca a su hija.

La tripulación se ha acostumbrado a vernos bajar juntos, a desaparecer por la ciudad sin dar explicaciones y a que no comamos con ellos para luego reaparecer a la hora de la cena, como si nada.

Sí, se han acostumbrado a eso en Tokio y en París.

Pero aquí, en São Paulo, es una novedad.

Y creo que estoy alargando este desayuno de manera deliberada, casi inconsciente, porque anoche Josh me preguntó si quería pasar el día con él… y con su hija Sofía.

Joder.

Una cosa es saber que tiene una hija. Vale.

Luego enterarte de que es una adolescente. También vale.

Pero diecisiete años ya es otra cosa.

No voy a hacerme la madre, entre otras cosas porque tengo veinticinco. Y sí, todo el mundo dice que soy muy madura. Incluso yo misma me lo repito muchas veces.

Pero también sé perfectamente cómo piensa una chica de diecisiete años, porque no hace tanto tiempo que yo tenía esa edad y lo recuerdo demasiado bien.

Es una edad peligrosa.

Las hormonas ya se han asentado, pero siguen circulando sin demasiado control. Y lo peor es que ya has probado el sexo, porque a esa edad casi todo el mundo lo ha hecho o está a punto de hacerlo.

Seguro que Sofía también.

Y sé perfectamente cuál va a ser uno de los primeros filtros con los que me va a mirar: la edad.

Todo el mundo mira nuestra relación desde ese punto.

Josh tiene treinta y ocho años. Yo veinticinco, casi veintiséis.

Trece años de diferencia.

Joder, casi los mismos que tiene ella.

Cuando terminamos el desayuno le digo que necesito subir un momento a la habitación. No pongo ninguna excusa elaborada; tampoco hace falta. Él se queda hablando con Janice y Billy mientras yo camino hacia el ascensor con la sensación de que necesito unos minutos a solas para ordenar la cabeza.

Nada más entrar en la habitación voy directa al baño y me echo agua en la nuca.

El espejo me devuelve una mirada que no me gusta demasiado.

Esto es una mala idea.

No estoy preparada.

Porque una cosa es presentarlo en casa de mi madre, sentarnos a comer entre adultos donde todos fingimos naturalidad y educación, y otra muy distinta enfrentarse al examen silencioso de una adolescente que probablemente va a juzgar cada detalle: cómo voy vestida, cómo hablo, cómo miro a su padre o incluso cómo me siento en la silla.

Me quedo unos segundos frente al espejo, observándome como si estuviera evaluando a otra persona.

Me he cambiado tres veces.

Primero el vestido negro, que resultaba demasiado serio, casi como si estuviera intentando demostrar algo.

Luego los vaqueros con la blusa blanca, demasiado relajado. Tampoco quiero dar la impresión de que no me importa lo suficiente.

Ahora llevo unos pantalones claros y una camisa azul suave que intenta parecer natural, aunque haya invertido veinte minutos en decidirlo.

El problema es que en una maleta de piloto no hay espacio para estrategias. Traigo lo justo para volar, trabajar y volver a casa. Si Josh me lo hubiera dicho antes, ayer habría aprovechado el paseo por la Avenida Paulista con la tripulación para comprar algo nuevo.

No sé exactamente qué.

Pero algo que dijera, sin necesidad de explicaciones, que soy adulta, que no vengo a competir con nadie y que no soy una amenaza.

Me recojo el pelo, me lo vuelvo a soltar y retoco ligeramente el maquillaje antes de suavizarlo otra vez. Después me inclino hacia el espejo, observándome con la misma severidad con la que imagino que Sofía podría mirarme cuando nos veamos.

Nunca me había preocupado tanto la opinión de una chica de diecisiete años.

Y, si soy sincera conmigo misma, tampoco recuerdo haber deseado tanto caer bien a alguien que todavía no conozco.

Eso es lo que realmente me desconcierta.

Cuando bajo al comedor, Josh levanta la vista inmediatamente y frunce el ceño con una expresión de preocupación que no consigue disimular.

—¿Te encuentras bien? —pregunta en cuanto me acerco—. ¿Te ha pasado algo?

—No, tranquilo —le respondo intentando sonar natural—. Solo me estaba cambiando de ropa.

Me mira un segundo más de la cuenta. Sé que no lo engaño del todo, pero tampoco insiste, y casi se lo agradezco. Si verbalizo los nervios, se volverán reales.

Salimos del hotel y el aire de septiembre en São Paulo tiene algo que ya reconozco: es primavera. Siempre me resulta extraño que aquí la estación empiece ahora, justo cuando en casa el verano se está apagando. La luz es distinta, más limpia, y por un momento tengo la sensación de que la ciudad acaba de estrenar piel. No hace un calor sofocante; hay una calidez suave en el ambiente, una brisa ligera que mueve las copas de los árboles y limpia la mañana sin esfuerzo. El cielo está despejado, de un azul tranquilo, y todo parece demasiado sereno para los nervios que llevo por dentro.

Caminamos hacia el parque donde han quedado. Josh avanza con esa calma suya que parece estructural, con las manos en los bolsillos y el paso seguro. Yo voy a su lado intentando acompasar mi respiración a la suya. No hablamos demasiado, aunque quizá soy yo la que no escucha, demasiado ocupada imaginando el momento exacto en que los ojos de su hija me recorran de arriba abajo.

Tal vez es lo mismo que sintió él cuando estuvimos en casa con mi madre y Tim.

La vemos antes de que ella nos vea.

Está sentada en la terraza de un café, al aire libre, con una bebida helada frente a ella y el móvil apoyado boca abajo sobre la mesa. Levanta la vista y nos localiza enseguida. Se pone de pie con una mezcla de elegancia torpe y seguridad adolescente que me hace sentir, de repente, excesivamente adulta.

Siento cómo mi espalda se endereza sola.

Josh se acerca primero. Su manera de caminar hacia ella cambia, es una diferencia sutil que solo se percibe si sabes mirar. Su postura se suaviza.

—Sofía —dice—. Ella es Alice.

La belleza de la chica me deja sin palabras. Y, de pronto, una oleada incómoda me atraviesa al pensar que quizá se parezca a su madre, a Juliana.

Aunque ya la había visto antes, el día que seguí a Josh, observarla de cerca es otra cosa. La distancia siempre funciona como un filtro amable: borra detalles, suaviza impactos.

Es más alta de lo que recordaba, con más presencia. Su piel tiene ese tono dorado que parece absorber la luz en lugar de reflejarla, como si el sol se hubiera quedado a vivir en ella. La melena larga y ondulada le cae por la espalda con naturalidad, negra y brillante, enmarcando un rostro armónico, sereno y peligrosamente bonito.

No es solo guapa.

Es de esas bellezas que obligan a recolocarte.

Me sostiene la mirada unos segundos y en sus ojos no hay hostilidad abierta, pero tampoco ingenuidad. Me observa con atención, me mide y me analiza.

Yo siento cómo algo dentro de mí se encoge un poco.

Nos acomodamos en la terraza. Josh se sienta junto a Sofía y yo enfrente de ambos, con la incómoda sensación de estar

presentándome a un examen final del que depende mucho más que una simple conversación.

—Eres muy joven para ser piloto, ¿no?

De puta madre. La primera en la frente, dejándome clara la diferencia de edad.

Josh mira a su hija con los ojos muy abiertos y yo solo espero que, al menos, le haya mencionado antes que yo era más joven, y que esto no sea una sorpresa completa.

Intento ponerme en su lugar. En cómo me sentía yo cuando mi padre dejó a mi madre por una mujer más joven… y luego a esa por otra todavía más joven. Recuerdo perfectamente cómo miraba a esas mujeres, cómo las juzgaba antes incluso de conocerlas.

Así que entiendo que ella haga lo mismo conmigo.

—Sofía —le recrimina Josh, incómodo.

—Es un cumplido, ¿eh? —añade enseguida, encogiéndose de hombros con naturalidad—. Me parece una pasada que con solo veinticinco años ya seas piloto. Es… impresionante.

Y, de pronto, noto cómo algo dentro de mí empieza a calmarse.

Sofía es habladora, simpática y sorprendentemente directa. Su risa es franca, contagiosa, y cada gesto suyo tiene ese aire despreocupado que solo poseen las personas que todavía no han aprendido a esconder demasiado lo que sienten.

Y, contra todo pronóstico, empiezo a relajarme.

La conversación se vuelve ligera, casi como si nos conociéramos de antes. Hablamos de sus estudios, de los profesores que le encantan y de los que detesta, de sus aficiones y de sus planes futuros. Bromeamos sobre Josh, que se mantiene estoico mientras su hija lo ridiculiza con toda la naturalidad del mundo.

Caminamos por las avenidas del parque Ibirapuera, entre los árboles que despiertan con la primavera brasileña, mientras el murmullo del tráfico y el paso constante de las bicicletas nos envuelve sin que importe demasiado. Sofía me va señalando pequeños rincones: la fuente donde ella y sus amigas se sientan a estudiar, los puestos de jugos de frutas que siempre recomienda, un rincón de sombra perfecto para leer.

Me explica cómo algunos cafés se llenan de estudiantes por la mañana y cómo, los fines de semana, los músicos callejeros convierten las plazas en pequeños escenarios improvisados.

Me siento integrada, escuchando con atención y agradeciendo que me incluya en su ciudad, en sus lugares, en su vida. No hay condescendencia ni gestos forzados. Todo resulta natural, ligero, como si por un momento yo ya formara parte de su rutina.

Cuando me doy cuenta, la mañana ha pasado casi sin que lo note, entre risas y explicaciones. Hablamos como si nos conociéramos de verdad, sin artificios ni distancia. La cercanía de edad ayuda, claro, pero hay algo más: Sofía ha vivido demasiado para sus diecisiete años. Esa madurez forzada se percibe en cada gesto, en cada palabra, y hace que la conversación fluya con una naturalidad que me sorprende y me hace sentir cómoda a su lado.

Josh nos escucha sin intervenir demasiado. Asiente de vez en cuando, esboza alguna sonrisa discreta, y noto que está tranquilo viendo cómo su hija parece aceptarme.

Más tarde nos lleva a comer a un restaurante que, según dice, es el favorito de Sofía. Es uno de esos lugares donde la decoración no compite con la comida y la luz entra generosa por los ventanales, iluminando la madera clara de las mesas.

—Tienes que probar la picaña, Alice —dice Sofía entusiasmada—. Espero que no seas tan delicada como mi padre. No aguanta la comida de verdad.

Veo a Josh resoplar y cerrar los ojos con resignación. Está claro que ha reservado este restaurante porque es el sitio favorito de su hija, aunque él parece detestar la comida.

—Siempre llevo antiácido cuando vengo a São Paulo, Sofía —responde.

—Eres un flojo.

Nos reímos los tres. La comida es deliciosa, aunque tengo que darle la razón a Josh: lleva tantas especias que es una bomba de relojería para el estómago.

En el momento del postre, cuando todo parece relajado y la conversación fluye sin esfuerzo, Sofía lanza la bomba.

—¿Y cómo vais a llevar lo vuestro cuando te mudes aquí?

El silencio que cae sobre la mesa es inmediato.

Josh abre los ojos y se queda inmóvil. Yo giro la cabeza hacia él como un resorte y Sofía… bueno, Sofía es lista. Se da cuenta al instante de que esa información es nueva para mí.

—Oh, mierda, papá —murmura—. ¿No se lo habías contado?

De pronto, lo que empieza a provocarme acidez de estómago no es la picaña ni el picante que Sofía se ha empeñado en que pruebe. Es la sensación de que todo lo que creía estar viviendo se tambalea.

Que quizás todo esto —las noches, los vuelos, las risas, las ciudades— no ha sido más que una especie de ilusión cuidadosamente construida.

Una fantasía entre escalas.

Que Josh nunca pensó realmente en incluirme en su vida.

Quizás solo fui una distracción.

Una conquista más.

Tal vez la primera mujer piloto con la que se ha acostado y quiso probar la experiencia de follarse a alguien con un uniforme parecido al suyo.

O tal vez solo quería ganarle la partida a Matt cuando me vio con él aquella noche, en la puerta de mi habitación.

El corazón empieza a latirme demasiado rápido y el estómago se me encoge de una forma tan brusca que tengo que concentrarme para no marearme.

Escucho la voz de Sofía como si llegara desde lejos.

—He metido la pata… No sabía que no lo habíais hablado. Lo siento, de verdad.

Sus palabras se mezclan con las de Josh, que intenta intervenir, pedirme un momento, explicarme que pensaba decírmelo.

Que no saque conclusiones precipitadas.

¿Conclusiones precipitadas?

Pensaba mudarse a São Paulo y no me ha dicho nada.

Me disculpo con Sofía, me levanto de la mesa y salgo del restaurante sin mirar atrás.

Con el estómago encogido.

Y el corazón hecho trizas.

CAPÍTULO 34

JOSH

São Paulo

Structural failure *(Fallo Estructural): daño o ruptura en una parte esencial de la aeronave que compromete su integridad y puede afectar gravemente la seguridad del vuelo.*

No me sirve de nada seguirla hasta fuera del restaurante. Suplicarle que me escuche. Alice ni siquiera se vuelve: se sube al taxi sin dirigirme una palabra ni una mirada.

Cuando regreso a la mesa, Sofía me observa tapándose la boca con la mano.

—Papá, lo siento… yo… pensé que…

—Ha sido culpa mía. Tenía que habérselo contado —la tranquilizo—. No te preocupes, cariño.

El resto de la tarde Sofía intenta animarme, dándome consejos y repitiendo que todavía puedo arreglarlo.

Pero en realidad… ¿qué arreglo tiene?

Llevaba meses preparando el traslado a São Paulo, haciendo números para ver si todo encajaba. Conseguir el puesto en la aerolínea y los vuelos domésticos fue lo más fácil. Lo complicado ha sido la burocracia: permisos, formularios, despachos legales. Hace solo unos días me confirmaron que todo estaba aprobado.

Es lo que llevo persiguiendo desde hace años. En apenas cuatro meses Sofía será mayor de edad. Ningún juez ni su madre podrán impedir que viva conmigo cuando quiera.

Conocer a Alice no estaba en mis planes. Enamorarme otra vez de alguien así ni siquiera entraba en mi imaginación.

Ni en mis putos mejores sueños.

¿Qué futuro tenemos ahora?

El traslado ya es oficial. Base en São Paulo. Contrato firmado. Puente aéreo. Ocho horas de trabajo y a casa.

Sin hoteles, sin despertadores a las tres de la mañana en ciudades que apenas reconozco. Sin vivir con la maleta medio abierta.

Alice seguirá cruzando continentes. Volando de noche sobre océanos que yo ya no cruzaré. Cambiando de hemisferio con la naturalidad con la que otros cambian de turno. Su vida seguirá midiéndose en husos horarios.

La mía empezará a medirse en rutinas.

Ya no compartiremos cabina. No habrá escalas juntos. No habrá desayunos robados en aeropuertos anónimos.

Ella aterrizará cuando yo esté despegando y yo me estaré acostando cuando ella cruce el Pacífico.

Con suerte nos veríamos cuatro días al mes.

Cuatro días buenos, en el mejor de los casos.

Este ha sido mi sueño. El que Sofía y yo llevábamos tanto tiempo planeando. Por fin estoy donde quería estar.

Cerca de mi hija, disponible y presente.

No puedo tirarlo todo por tierra solo por haber conocido al amor de mi vida… ¿verdad?

Cuando llego al hotel voy directo a su habitación. Llamo varias veces con insistencia, pero no abre. Con el móvil ya he desistido:

después de cuatro llamadas que me ha colgado y más de veinte mensajes ignorados, creo que lo ha dejado bastante claro.

Janice me encuentra en el pasillo, con la frente apoyada contra la puerta.

—No está —me informa—. Se ha ido a pasear con el resto.

—La he cagado, Janice —murmuro sin apartarme de la puerta —. Como siempre. Como todo lo que toco.

Ella me observa unos segundos antes de hablar.

—¿Cuándo pensabas decirnos que habías solicitado trabajo en otra compañía? —me recrimina—. Creía que éramos amigos, Josh.

—Me lo dijeron hace dos días. No he tenido…

—No me refiero a eso —me corta, negando con la cabeza—. Los amigos se cuentan las cosas. No cuando ya están hechas. Se comparten los planes. Tú llevas intentando esto desde hace años y pensabas decírmelo cuando te despidieras… ¿después de años volando juntos?

—No sabía si me lo iban a conceder.

—Esa no es la cuestión, joder —replica, clavándome la mirada —. Siempre he respetado tus secretos y tus silencios. Incluso te he defendido delante de todos. Pero esto no puedo defenderlo. —Hace una breve pausa antes de continuar—. Yo no soy tu… lo que sea que tengas con Alice. No tengo derecho como pareja, pero sí como amiga. Y déjame decirte algo: si eres igual de malo como novio que como amigo, lo mejor que puedes hacer es alejarte de esa chica — suspira, cansada—, porque al final vas a tener razón… y va a ser ella la que salga peor parada de lo vuestro.

Janice se marcha dejándome con la culpa en la cabeza y la pena en el pecho. A los pocos minutos, Alice aparece en el pasillo. Me incorporo y la sigo cuando abre la puerta. No me dirige la palabra, pero al menos esta vez sí me mira.

—Alice, déjame explicarte, ¿de acuerdo?

—Claro, Josh. Empieza a hablar. ¿Desde cuándo sabías que te mudabas a São Paulo?

—Hace dos días.

—Dos días. De puta madre, ¿verdad?

—Alice, quería decírtelo, pero yo no tenía planeado esto.

—¿Esto?

Se gira y se enfrenta a mí con los ojos enrojecidos. No soy un experto, pero no me cabe duda de que ha llorado. Y me parte el alma haberle hecho daño.

—Lo siento, Alice. Es algo que tenía pensado antes de conocerte.

—Ohhh, claro —suspira con ironía—. Entonces no hay nada más que discutir. Todo ok.

Se da la vuelta y noto cómo su pecho se expande al tomar aire. No ha dicho la última palabra.

—Y dime una cosa —me pregunta, cruzándose de brazos y marcando distancia—. ¿Dónde coño queda aquello de soy tuyo y tú eres mía? Dime… comandante Edwards.

Tengo la sensación de haber vuelto al principio. A aquella primera reunión de *briefing*.

—Alice, no puedo…

—No digas una puta palabra más —me corta—. No quiero que me hables fuera de la cabina del avión. Y allí hazlo solo para lo estrictamente profesional. ¿Me has oído?

No soy persona de discutir. Nunca me ha gustado y siempre he huido de los enfrentamientos. Con cualquiera. Mucho más con las

mujeres. Pero no quiero marcharme. No quiero dejar de verla, ni dejar de hablarle… y mucho menos de tocarla.

Entonces hago lo de siempre. Actuar por instinto. Hablar sin palabras. Intentar expresar lo que siento sin tener que decirlo en voz alta.

La beso.

Sin permiso. Sin guardarme nada. Solo quiero que mis labios digan lo que siempre callo cuando las cosas se me complican y no sé cómo reaccionar.

Ella se deja, pero sus brazos permanecen inertes y su boca… no responde.

No me corresponde.

Me separo de ella y su mirada me atraviesa el alma.

Y en ese momento siento que acabo de perderla.

CAPÍTULO 35

ALICE

Los Ángeles -Tokio

Separation *(Separación): distancia mínima establecida entre aeronaves para garantizar la seguridad del vuelo y evitar colisiones.*

Volar sin Josh es distinto.

Tokio también es diferente cuando no me acompaña a probar *sushi* en sus restaurantes favoritos o me lleva de la mano a perderme por los callejones iluminados de Shinjuku, buscando algún bar diminuto escondido entre neones.

Las conversaciones en cabina con el comandante Chester y el piloto de reserva Meltz tampoco son lo mismo. Ambos son mucho más extrovertidos y habladores de lo que ha sido Josh en cualquier momento y, sin embargo, sus palabras me llegan sin despertar el menor interés más allá de lo estrictamente profesional.

Lo peor es cuando me preguntan por su traslado. En el *briefing* han empezado así. El comandante Byron Chester, uno de esos pilotos comodín de la aerolínea, va a sustituirlo a partir de ahora, y sé que es un buen profesional, pero… no es Josh.

Es mi trabajo, lo sé, pero no puedo evitar pensar que Josh me hacía volar de muchas maneras, no solo a los mandos de este Boeing.

Los días de descanso en la base han sido duros.

Fui yo quien le dijo que no me hablara, pero joder… no esperaba que se rindiera tan fácil. Ni una llamada ni un puto

mensaje. Y yo, en Los Ángeles, teniendo que aguantar las preguntas de todo el mundo sobre a quién llevaré a la boda.

Soy la única dama de honor que irá sin pareja.

De puta madre.

Por lo que he podido saber, a Josh le han dado días libres para poder arreglar todo el papeleo que conlleva dejar su trabajo en American Airlines, firmar el finiquito de su puesto en la aerolínea y cerrar definitivamente nuestra… relación.

Si es que podía llamarse así lo que teníamos.

Me pasé los días en casa sin apenas salir, como un zombi, echándole la culpa al *jet lag* delante de mi madre y de mis amigas, que se empeñaban en que me uniera a ellas a no sé qué fiesta organizada por no sé quién. A todos les dije lo mismo, aunque sé que nadie me creyó.

Mamá tampoco preguntó, pero no porque no quisiera, sino porque no lo necesitaba. Me ha visto atravesar demasiadas rupturas como para no reconocer esa expresión: la cara que se me queda cuando alguien acaba de romperme el corazón en mil pedazos.

Así que sí, volar sin Josh es diferente. Tokio es diferente y yo me siento miserable y estúpida.

—¿Podemos hablar, Alice? —me aborda Janice cuando salimos del restaurante del hotel.

Escuchar mi nombre me devuelve a la realidad.

El desayuno con la tripulación ha sido rutinario. Las auxiliares hablan de algún pasajero pesado durante el vuelo, comentan la próxima rotación a París y Billy toma la palabra para poner al día a la chica nueva de que toca iniciación. Esta tarde todos iremos al cruce de Shibuya y a visitar la estatua de Hachikō como parte del ritual de bautismo en la ciudad.

La nueva, Meg, creo que se llama, parece encantada con la idea. A mí solo me trae recuerdos dolorosos.

Dolorosos ahora, desde hace cuatro días. Desde el momento en que Sofía dejó escapar las intenciones de Josh de mudarse a otro puñetero país. A Brasil, nada menos.

Cinco mil trescientas cincuenta jodidas millas náuticas.

Para el resto del mundo son unas seis mil cien millas de distancia, pero yo solo puedo pensar en las doce horas de bloque que ahora me separarán de él, en los cuatro husos horarios y en que, cuando para él sea verano, para mí será invierno, que es la peor metáfora posible de nuestra situación.

Yo estaré en el hemisferio norte y él en el hemisferio sur.

Todo lo opuesto.

—Claro, Janice —respondo sin levantar la cabeza—. Dime qué pasa.

Ella me coge del brazo con suavidad y me obliga a mirarla, mientras yo lucho para que las lágrimas no se me escapen. No quiero mostrarme débil, y menos delante de ella, porque sé de sobra que se ha pasado todo este tiempo juzgándome.

—¿Cómo estás? —me pregunta sin rodeos.

Y sé por qué lo hace. Nunca he sido buena actriz y lo que llevo en el corazón siempre termina reflejándose en mi cara. A juzgar por la expresión de Janice al preguntármelo, debo de dar auténtica pena.

Entro en mi habitación dejándola pasar primero, porque una cosa es que se note que estoy hecha un trapo y otra muy distinta echarme a llorar en el pasillo para que cualquiera pueda verme.

—¿Tanto se me nota?

—Siento decirte que sí —me confirma.

Me arrepiento de no haber tratado más con Janice durante todo el tiempo que llevamos volando juntas. Al principio no lo hice porque pensé que tenía celos de mí por mi interés por Josh; después, porque estaba convencida de que no aprobaba lo nuestro. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

—Soy una estúpida —concluyo después de media hora desahogándome con ella—. Se me quedó cara de tonta cuando se le escapó a su hija y…

—Espera —me interrumpe—. ¿Cómo que a su hija?

—Sí. Josh no me lo dijo. Fue almorzando con Sofía cuando…

—No me jodas. ¿Has conocido a su hija? —pregunta de nuevo, sorprendida.

—Bueno, sí… Por eso me enteré de que se mudaba a Brasil.

—No puedo creer que te haya presentado a Sofía —dice, casi más para sí misma—. Yo lo conozco desde hace años y lo único que sé es su nombre.

—Ah.

Janice se pasea por la habitación mirándome de vez en cuando, como si estuviera ordenando las piezas de un puzle que creía terminado y al que, de repente, le falta una. Algo no le encaja.

—¿Le quieres?

Joder, esta tía no se anda por las ramas y va directa al grano, al quid de la cuestión.

Lo peor es que su pregunta me toca en un lugar al que todavía no me he atrevido a mirar.

Porque, joder, es evidente que Josh me gusta. Me encanta. Lo que siento por él es innegable y sé que él también lo siente por mí. Pero la pregunta de Janice va por otro lado. ¿Y si en realidad no tuviera derecho a enfadarme? Porque, si lo pienso con frialdad, solo

lo conozco desde hace unas semanas y, aunque hayamos vivido muchas cosas en muy poco tiempo, aunque el deseo sea tan intenso que apenas podamos estar un minuto sin tocarnos, no tengo derecho a pedirle que cambie sus planes por mí. Que cambie su vida por una chica de solo veinticinco años.

Pero esa es solo una parte de mí: la madura, la fría, la que no pierde el control en situaciones extremas. La que está entrenada para pilotar un aparato de más de doscientas cincuenta toneladas y transportar a más de doscientas sesenta personas de un continente a otro.

Luego está la otra parte.

La que no piensa, solo siente. La que no analiza nada porque, cuando Josh me besa, pierdo la capacidad de razonar. La que se echa a llorar al pensar que puede que no vuelva a besarlo nunca más.

Y esa es la que no puedo contener. La que no necesita palabras porque los ojos ya se encargan de responder todas las dudas.

—Joder… —escucho a Janice mientras me abraza y yo lloro sobre su hombro—. No hace falta que me respondas, tranquila.

CAPÍTULO 36

JOSH

Los Ángeles

Han pasado cuatro días desde que Alice y yo hablamos por última vez, y Los Ángeles se siente distinta.

Sé que ahora mismo su vuelo ya debe de estar camino de Tokio. Ese asiento en cabina debería ser el mío. Debería estar cruzando el Pacífico con ella, hablando de cualquier tontería en frecuencia tranquila o discutiendo dónde iríamos a cenar al llegar.

En cambio estoy aquí, en el apartamento, sin hacer nada más que autocompadecerme.

Pienso en Tokio, en sus calles llenas de neones y en su mano buscando la mía al cruzar cualquier calle.

Cuatro días.

Y ya nada sabe igual.

CAPÍTULO 37

ALICE

Tokio-Los Ángeles.

Wind Shear *(Cizalladura del Viento): cambio brusco en la velocidad o dirección del viento en una distancia corta que puede desestabilizar gravemente una aeronave, especialmente durante el despegue o la aproximación.*

La estancia en Tokio se me ha hecho más larga de lo normal, y el vuelo de regreso parecía no llegar nunca.

La sala de *briefing* del aeropuerto de Narita está en silencio, iluminada por la luz blanca de las pantallas. Byron permanece de pie frente al monitor principal, con el plan de vuelo proyectado detrás, mientras Harrison revisa el iPad con los NOTAM y yo repaso la meteorología de destino.

—Vuelo transpacífico estándar —empieza Byron—. Tiempo estimado once horas y veinte minutos. Nivel inicial tres cinco cero, posible escalón según peso y consumo. Sin restricciones relevantes en ruta.

Asiento y cambio a la pestaña del aeropuerto LAX en Los Ángeles.

—En destino tenemos Santa Ana activos —digo—. El TAF indica viento del noreste, cero seis cero a veinticinco nudos sostenidos, con rachas previstas de hasta cuarenta a nuestra hora estimada de llegada.

Byron levanta la vista con calma.

—Eso nos dará componente de viento cruzado en la dos cinco. Nada fuera de límites por ahora.

—No hay cizalladura reportada —interviene entonces Harrison —, pero los Santa Ana son racheados y variables. Puede que tengamos una aproximación movida.

Movida. Siempre lo llamamos así.

—Cargamos combustible extra para alternativa en Ontario —continúa Byron—. Si las rachas superan los límites operativos o no estamos estabilizados en final, ejecutamos *go-around* y reevaluamos.

Asiento, aunque mi mirada vuelve un segundo al parte meteorológico.

Los Santa Ana.

No son una tormenta eléctrica ni un huracán visible en el radar. En cierto modo son peores. Son vientos secos que bajan desde el interior, acelerados por la alta presión y canalizados por los cañones y las montañas, hasta golpear la costa con ráfagas imprevisibles. Pueden mantener una dirección estable durante minutos… y cambiar en cuestión de segundos en corta final.

La última vez que me enfrenté a una situación así fue en un Nueva York–Los Ángeles con Wallace. Recuerdo el avión ladeándose en aproximación y la sensación de que la pista se movía bajo nosotros. Terminamos desviándonos. No fue dramático; fue profesional. Pero fue incómodo.

Y hoy el parte habla de rachas más fuertes.

CAPÍTULO 38

JOSH

Los Ángeles

Go-around *(Motor y al Aire): maniobra en la que una aeronave interrumpe su aproximación final al aterrizaje y vuelve a ganar altura para intentar una nueva aproximación en condiciones más seguras.*

Llevo una semana entera sin pisar un avión y todavía se me hace raro.

La mesa del salón está cubierta de papeles: formularios de residencia, solicitud de visado de trabajo, certificados médicos actualizados, validación de licencia para operar en Brasil. No es algo cerrado. Ni mucho menos. Pero el proceso ya está en marcha y eso, de alguna manera, lo hace real.

Demasiado real.

He pedido días libres en la aerolínea. En realidad, me los deben porque nunca me cojo vacaciones. Siempre prefería volar: ajustar rutas, acumular horas, encajar escalas para poder ver a Sofía aunque fueran cuarenta y ocho horas mal contadas. Recursos Humanos casi parecía desconcertado cuando acepté usar parte de los días acumulados.

Reviso la lista que escribí anoche:

— Enviar traducción jurada del ATPL.

— Confirmar cita con inmigración.

— Seguro médico internacional.

— Responder al despacho en São Paulo.

Tacho dos cosas, pero todavía me quedan demasiadas.

Esto es lo que siempre he querido: estabilidad, horarios normales y poder desayunar con mi hija más de dos veces al mes.

Entonces, ¿por qué no he dormido?

Anoche me desperté tres veces, y en esta ocasión no tiene nada que ver ni con el cambio horario ni con el puto *jet lag*. Es la sensación de que cada formulario firmado me acerca a Sofía… y me aleja definitivamente de Alice.

Es contradictorio. Ridículo incluso, porque llevo años soñando con esto. Con poder estar cerca de mi hija sin tener que vivir entre hoteles y husos horarios.

Y ahora que lo estoy haciendo, me duele.

Sé perfectamente qué día es hoy.

Vuelo 874. Tokio–Los Ángeles.

Hora estimada de llegada: 07:40.

No necesito comprobarlo. Me sé sus horarios de memoria.

Me preparo café y enciendo las noticias, como cada mañana. Es la rutina de antes, cuando siempre me despertaba solo y la voz del presentador del matinal llenaba el silencio de mi apartamento.

—Buenos días, Los Ángeles —dice el hombre del tiempo—. Los fuertes vientos de Santa Ana continúan azotando la ciudad, con rachas que superan los cien kilómetros por hora en algunos barrios del valle. Se han registrado cortes de suministro eléctrico en Torrance y Anaheim, árboles arrancados de raíz en Burbank y varios accidentes de tráfico debido a ramas caídas sobre las carreteras.

Mi atención, medio dormida, se dispara. Cada palabra me clava los pies al suelo.

—En el aeropuerto de LAX —continúa informando—, algunos vuelos han tenido que desviarse hacia John Wayne y Ontario, pero la

situación se complica por la saturación de esas pistas alternativas. Los controladores trabajan a contrarreloj para asegurar que los aterrizajes se realicen con seguridad…

La taza tiembla entre mis manos.

Rápidamente entiendo lo que eso significa. Los vientos de Santa Ana no solo sacuden árboles y coches; son impredecibles en aproximación. Pueden zarandear un avión incluso en la pista, especialmente en un aterrizaje matutino, cuando los pilotos todavía ajustan altitud y velocidad y el suelo se acerca demasiado rápido.

De repente, mi rutina de café y noticias se ha convertido en alerta máxima. Cada vuelo que mencionan, cada incidente que enumeran, me hace tensar los músculos. Y sé exactamente cuál debería estar aterrizando ahora: vuelo 874, Tokio–Los Ángeles. Alice.

El corazón me late en los oídos.

Cambio de canal un par de veces, buscando cualquier otra señal de alerta, pero nada. Me asomo a la ventana: la calle parece normal, la brisa apenas mueve unas hojas. Desde aquí no noto nada del caos que prometen las noticias. Pero sé que los vientos de Santa Ana no respetan zonas ni barrios; quizá mi edificio esté resguardado y yo… necesito saber qué ocurre.

Agarro el teléfono y marco el número de Leo, uno de los operarios de la torre de control. No es que seamos exactamente amigos, pero hace unos meses le regalé un par de pases de cortesía para su hija. Algo que ni iba a utilizar ni tenía a quién dárselos, y él se lo tomó como un favor personal. Me dijo que me debía una, y hoy pienso cobrármela. Su voz suena tensa, cargada de estrés, y al fondo se escuchan radios y voces coordinando pistas.

—Josh… no es un buen momento —responde, con el ruido constante de comunicaciones detrás.

—Lo sé, pero necesito información —le digo, apretando el teléfono contra mi oído—. Necesito saber qué está pasando con los

vuelos.

Se oye un suspiro largo al otro lado.

—Josh… la situación está bastante cargada —dice Leo. Ya no suena molesto; suena concentrado—. Estamos gestionando flujo reducido. Las rachas están superando los límites previstos en aproximación final.

Escucho voces detrás, comunicaciones cruzadas.

—¿Están desviando? —pregunto.

—Sí. Ya hemos desviado varios vuelos de largo radio a Burbank y Long Beach. Ontario está prácticamente saturado. Hemos tenido múltiples *go-arounds* en la última media hora.

—¿Se han producido incidentes? —pregunto, tragando saliva.

—Uno tocó pista con una racha lateral fuerte y dañó parcialmente el tren principal. Nada catastrófico, pero la pista estuvo cerrada unos minutos para inspección. Y hace veinte minutos tuvimos indicación de humo en frenos por sobrecalentamiento tras un aterrizaje largo. Los equipos de emergencia actuaron rápido.

Mi pulso se acelera.

—El 874 de Tokio —digo—. ¿Cuál es su estado?

Escucho el sonido seco de un teclado al otro lado de la línea. Mi ansiedad empieza a subir mientras espero. Ahora mismo lo único que me importa es ese avión.

—Está en patrón de espera corto —responde Leo—. Combustible dentro de parámetros. Si no mejora en la siguiente ventana, intentará aproximación por la 24R. De momento no está desviado.

Trago saliva.

—¿Sabes quién va en cabina?

Otra pausa. Más tecleo.

—Capitán Byron Chester al mando. Primer oficial Alice Calloway. Segundo oficial Harrison Meltz.

El mundo se reduce a esos tres nombres.

—Chester es sólido —añade Leo de manera profesional, casi automática—. Tiene muchas horas en ese equipo. Es una tripulación experimentada.

Experimentada.

Las garantías no existen ahí arriba. No con Santa Ana golpeando lateralmente en final. No cuando el avión pesa toneladas y el margen se mide en segundos.

—Josh, ¿tienes a alguien en ese vuelo? —me pregunta Leo, bajando apenas la voz—. Está dentro de parámetros. No está en emergencia. Solo es meteorología complicada.

Leo parece querer restarle importancia, pero yo solo pienso en que eso no es suficiente para mí. Lo de que solo es meteorología complicada no basta para sostener un avión de trescientas toneladas contra ráfagas cruzadas.

—Chester sabe lo que hace —añade, adivinando mi preocupación—. Están en espera corta. Si no ven claro el perfil, harán *go-around*. Es procedimiento estándar.

Asiento en silencio porque sé todo eso. He dicho esas mismas frases decenas de veces.

Pero esta vez yo no estoy en cabina.

—¿Me llamas si hay algún cambio? —le pregunto, disimulando mis nervios.

—Claro —concluye Leo.

Cuelgo sin responder.

El apartamento se me hace pequeño. El televisor sigue hablando de árboles caídos en Pasadena, de cortes eléctricos en Glendale, de ráfagas de cuarenta y cinco nudos en superficie. Demasiada confusión. Demasiada distancia.

Me he propuesto esperar noticias, pero joder… necesito ver el cielo.

Cojo la chaqueta sin pensar y bajo a la calle. El viento no es violento aquí, solo seco, caliente, extraño para esta hora. Levanto la mano y paro el primer taxi que veo.

—A LAX.

El conductor me mira por el retrovisor.

Mientras avanzamos por la 405, empiezo a notar las rachas. El coche corrige ligeramente dentro del carril. En los paneles electrónicos de la autopista aparecen avisos de viento fuerte para vehículos altos. Pienso en corta final, en correcciones de timón, en alerón bajo, en mantener eje hasta el último segundo antes de alinear el morro.

Miro el reloj.

Si están en espera corta, no les queda mucho margen antes de decidir.

—Déjeme en Imperial Hill —le digo al conductor cuando ya vemos los carteles de LAX.

—¿Ahí? Eso no es la terminal —responde, extrañado.

—Lo sé —murmuro.

El taxi se desvía hacia El Segundo, un barrio industrial que limita con el aeropuerto, con calles y naves bajas que dejan espacio a la colina desde la que se domina la aproximación a la pista 24R. Es un sitio que no figura en ninguna guía turística, pero para los que saben es perfecto: permite ver cada avión que llega, las correcciones del piloto y las ráfagas de viento que amenazan con desviarlo.

Subimos por la colina y, cuanto más alto, más claro se ve todo. Desde aquí puedo casi sentir la pista, el viento y la ciudad como si estuviera dentro de la cabina.

Me bajo del coche, el aire golpeándome el rostro, y camino unos metros hasta el borde de la colina. La vista me deja sin aliento.

Mis ojos buscan entre los aviones que luchan contra las ráfagas. Y, ahí está, el Boeing 874 en el que vuela Alice. Se tambalea en la aproximación, peleando con el viento cruzado. Cada corrección parece insuficiente, y mi corazón late con fuerza en el pecho.

Veo cómo toca la pista, pierde estabilidad y vuelve a ascender ejecutando un *go-around*. Así es como llamamos a la maniobra en la que abortamos el aterrizaje y volvemos a intentarlo en condiciones más seguras. Nunca he volado con Chester ni con Meltz, y casi confío más en la habilidad de Alice para posarlo en estas condiciones que en la de esos tipos.

Pero no puedo hacer nada más que observar y, aunque lleve años sin hacerlo… rezar.

El 874 asciende tras la maniobra y sigue recto unos segundos antes de virar. Lo veo alejarse hacia el oeste, hasta que se funde con el cielo turbio y desaparece. De pronto ya no hay avión. Solo viento.

Trago saliva.

Desvío la mirada hacia la pista paralela justo cuando otro aparato entra en aproximación. Es más pequeño, más ligero. En condiciones normales aterrizaría sin mayores consecuencias. Hoy no.

Baja rápido. Corrige. Se ladea ligeramente mientras aguanta el viento cruzado. Desde aquí puedo ver cómo el fuselaje no termina de asentarse.

—Demasiado alto… —murmuro—. No lo fuerces.

Toca tierra.

El golpe es seco. Rebota medio metro, vuelve a caer con más violencia y una nube espesa de humo gris envuelve el tren principal. El avión se inclina un instante que parece eterno antes de recuperar el eje.

—Vamos… mantenlo…

Las reversas rugen. Más humo. Rueda temblando hasta reducir velocidad.

Enseguida aparecen los camiones de bomberos, avanzando paralelos a la pista con las luces encendidas. No hay llamas. Pero tampoco ha sido limpio. Se colocan detrás, escoltándolo hasta que abandona la pista.

Yo me quedo inmóvil y aprieto los dientes, porque si ese ha sufrido así siendo más ligero, el 874 va a sentir cada ráfaga como un golpe en el pecho.

Miro el reloj y han pasado unos quince minutos que se me han hecho eternos.

Y entonces lo veo.

El 874 se alinea de nuevo con la 24R. Esta vez entra más decidido, más bajo. Puedo imaginar la cabina en silencio, cada uno concentrado en su tarea, porque después de una maniobra frustrada no hay margen para distracciones.

Mantienen la deriva contra el viento, el fuselaje ligeramente inclinado mientras avanzan hacia la pista. Aguantan así hasta casi el final.

Yo haría lo mismo.

No entregarle el control al viento antes de tiempo.

—Eso es… espera… ahora…

El morro empieza a alinearse con la pista en los últimos metros y todo parece bajo control. Pero entonces llega la ráfaga. La típica

racha traicionera que provocan los Santa Ana.

El avión se hunde un instante más de lo esperado y cae con más peso del que debería. El tren principal impacta contra el asfalto con un golpe brutal. Puedo ver el latigazo del fuselaje incluso desde la colina.

Explota una nube de humo bajo las ruedas.

El avión rebota y vuelve a caer.

Demasiado fuerte.

—Joder…

El morro baja más rápido de lo que debería y, durante una fracción de segundo, parece que va a clavarse contra el asfalto. No lo hace. Pero toca con violencia suficiente para levantar otra bocanada de humo gris, más densa, más fea.

El 874 rueda temblando.

Spoilers desplegados. Reversas abiertas. El sonido llega tarde, profundo, desgarrado por el viento.

Se mantiene recto, pero algo en la forma en que vibra no es normal.

Los camiones de emergencia arrancan casi al mismo tiempo, luces rojas girando, colocándose paralelos a la pista mientras el avión sigue avanzando envuelto en una estela que tarda demasiado en disiparse.

No veo fuego ni nada roto. Y sin embargo… he sentido ese golpe.

Lo he sentido en el cuello, en la mandíbula, en la columna.

Sé lo que hace un aterrizaje así dentro de una cabina. Sé cómo el cuerpo se tensa, cómo el cinturón se clava, cómo el latigazo puede dejarte viendo estrellas durante un segundo.

El 874 no abandona la pista de inmediato. Sigue rodando más despacio.

Más lento de lo que debería.

El humo sigue saliendo bajo el morro mientras los vehículos de emergencia rodean el avión. Me quedo un instante inmóvil, observando cómo cada detalle parece estabilizarse, pero no puedo dejar de pensar en ella. Tengo que moverme, acercarme, aunque no sé exactamente qué voy a encontrar.

Bajo de la colina y busco un taxi que me lleve al aeropuerto.

CAPÍTULO 39

SHERYL

BODA DE ETHAN Y LYDIA

Dios, adoro Los Ángeles. El sol, las palmeras, el olor del mar mezclado con el de la ciudad… nada que ver con Texas. Allí todo es ancho, plano y silencioso; aquí todo vibra, brilla y parece moverse al ritmo de su propio espectáculo. La gente camina con una seguridad extraña, sonríe a desconocidos y hasta los cafés tienen más colores que un desfile.

Y los hombres… bueno, los hombres son distintos. Huelen diferente, se arreglan más, y a veces me pregunto si me están mirando de verdad o si solo están posando para Instagram.

Pero me encanta. Me siento como si hubiera aterrizado en otro planeta y, sinceramente, no quiero irme jamás.

En Texas la mayoría de los hombres escupe tabaco y se afeita con la hoja del cuchillo que llevan en el cinturón del vaquero.

Vale, sí, me he pasado. Es un estereotipo sacado de a saber de qué década. Pero, aun así, aunque los chicos de Los Ángeles sean muy monos, yo prefiero otro tipo de hombre: uno rudo, con las botas desgastadas, de esos cuya barba raspa un poco cuando te besan.

O cuando te ponen su sombrero de cowboy mientras te follan.

Lo confieso. Es una fantasía que tengo y que todavía no he hecho realidad. Y digo todavía porque no pienso dejar pasar mi juventud sin vivir la experiencia de que un vaquero me monte como si fuera una potra salvaje.

Ethan, mi futuro cuñado, no es el típico actor de Hollywood, pero es un hombre guapísimo. Tiene unos ojos de un azul eléctrico, es serio hasta la médula y además es médico. Cirujano plástico, nada menos. Forrado de dinero, con una clínica propia y una reputación que mi hermanita mayor se encargó ella sola de domesticar.

Así somos las chicas Mercer. No puede con nosotras ni un caballo salvaje ni un toro de rodeo. ¿Va a poder un tipo con las manos tan suaves como las de un cirujano?

Nunca mejor dicho.

Este lugar no tiene nada que ver con las bodas de Texas. Allí todo es polvoriento o demasiado rústico: graneros, patios con el sol cayéndote a plomo y flores que parecen más peligrosas que bonitas.

Al principio, la ceremonia de Lydia iba a ser así, íntima y sencilla. Pero Ethan convenció a mi padre de traerla a Los Ángeles. Dijo que el clima en Texas en octubre era demasiado impredecible y, bueno… como él se encargaba de pagar la boda y de traer a todos los invitados, mi padre apenas tuvo tiempo —ni demasiadas ganas— de quejarse.

Y esto… el Houdini Estate es otra historia. Jardines enormes, fuentes que susurran, estatuas misteriosas y una mansión que parece sacada de una película de misterio elegante.

La ceremonia ya ha quedado atrás. Lydia y Ethan se dieron el «sí, quiero» entre columnas de mármol y luces que hacían brillar cada cristal del Houdini Estate. Los invitados aplaudieron y sonrieron con esa elegancia que solo parece posible en Los Ángeles: copas levantadas, miradas sofisticadas, murmullos de aprobación cuidadosamente medidos. Nada que ver con los vítores estruendosos de Texas, cuando el novio besa a la novia y todo el mundo grita como si hubiera ganado el campeonato estatal de rodeo.

Mientras camino entre los invitados no puedo dejar de mirar cada rincón: los jardines, las fuentes, los ventanales que reflejan el sol de la tarde… Todo parece brillar y oler tan bien que dan ganas de

inventar mil historias dentro de estas paredes. Aquí las bodas son grandes, elegantes… y absolutamente excitantes.

Al menos, el vestido que mi hermana escogió para nosotras, las damas de honor, es bonito. Nada que ver con las horteradas de Texas, con esos tonos chillones y los lazos imposibles. Somos cuatro, todavía juntas después de la ceremonia, alineadas mientras los invitados se dispersan por los jardines. Llevamos un malva claro, aunque Grace —su amiga de la clínica— insiste en que es lavanda. A mí me gusta cómo cae, cómo se mueve… incluso siento que combina con el brillo de este lugar, elegante y deslumbrante.

Grace me cae bien. Es una de las pocas chicas auténticas que he visto desfilar hoy por aquí. Es de Albuquerque y, según me ha contado, se casó el año pasado. Luego está Sarah que, joder… ha venido con su recién estrenado marido. Esos sí que son de los que me gustan: bombero, rudo, serio, con cara de poder amargarte la vida en dos segundos y hacerte ver las estrellas en mucho menos.

Y, por último, está Alice, la hermana de Ethan. Piloto. Sí, habéis oído bien: piloto. Hace una semana estuvo en un aterrizaje de emergencia, de esos que acaban en los telediarios. Casi tiene que aparecer en esta boda con un collarín por el esguince cervical que le ocasionó, pero con suerte le han dejado quitárselo para hoy. Es la única que ha venido sin pareja, como yo, y eso me hace sentir un poco más acompañada.

Hemos congeniado enseguida porque tenemos casi la misma edad. Podría haberme sentido pequeña o fuera de lugar, porque ella vuela por medio mundo y yo apenas estoy intentando encontrar mi camino. Pero me ha hecho sentir integrada desde el primer momento, como si llevara aquí toda la vida.

Al fin y al cabo, vamos a ser medio familia. Digo medio porque ella es medio hermana de Ethan, según me contó Lydia en su día. Ethan tiene una medio hermana y otros dos medio hermanos pequeños, que a su vez son medio hermanos entre ellos, puesto que solo comparten los genes del padre.

Cosas de la gente de estas ciudades.

La ceremonia ha sido bonita. Sencilla y sin grandes rodeos. Los novios se han dicho los votos, el cura les ha dado su bendición y ahora estamos aquí, paseando entre los jardines y tomando un cóctel de bienvenida que bien podría considerarse una comida completa.

Pero llega la hora de sentarnos a la mesa y me acerco a la mía solo para saber con quién me han colocado. Las placas indican que las cuatro damas de honor, con sus parejas, compartiremos mesa, junto al padrino de Ethan: un cirujano de su clínica que está igual de bueno que él… aunque llega acompañado por una chica que parece sacada directamente de una revista de lencería fina. También está Luke, amigo de la familia desde siempre, enfermero como Lydia, que ha hecho de padrino de Ethan y que aparece de la mano de su novio, un dermatólogo con pinta de no haber pasado un mal día en su vida.

El salón donde se va a celebrar el convite empieza a llenarse. Los invitados ocupan sus asientos, los camareros circulan con bandejas de champán y canapés, y las luces cálidas hacen brillar los cristales de los centros de mesa. Las conversaciones fluyen entre risas contenidas y comentarios sobre la hazaña de Alice en aquel aterrizaje de emergencia. Todo parece tan elegante, tan medido… como si nada pudiera romper la perfección del momento.

Sarah, la amiga de Lydia, y Grace —ambas enfermeras como ella — comentan cosas de hospitales con Luke y Marcus, que así se llama el padrino y cirujano en la clínica de Ethan. Los demás escuchan atentos… o al menos fingen hacerlo, porque en el fondo me doy cuenta de que están tan fuera de lugar como yo.

De pronto veo girarse algunas cabezas.

Un hombre entra en el salón.

No grita ni hace ningún gesto exagerado, pero los ojos empiezan a buscarlo sin darse cuenta. Lleva un traje oscuro impecable, camisa

blanca y una corbata ajustada con precisión. Se acerca a nuestra mesa con paso firme y seguro. Cada movimiento suyo irradia autoridad y elegancia, y el aire parece abrirse a su alrededor.

Es imposible no mirarlo.

Yo me quedo congelada porque, joder, me da la impresión de que debe de tratarse de algún actor.

Mi primer impulso es preguntarme si se dirige hacia mí, aunque no tenga ninguna razón para pensarlo. Su mirada avanza con precisión, esquiva los grupos de invitados y pasa junto a las mesas sin perder la compostura perfecta. Las mujeres de las mesas cercanas se giran discretamente, pero no pueden evitarlo: todos sentimos su presencia.

Mi corazón se acelera antes de que mi cerebro tenga tiempo de procesarlo. Hay algo en su porte que me resulta aterradoramente familiar y, al mismo tiempo, imposible de ignorar.

Entonces escucho la voz de Alice, fuerte y clara, atravesando el murmullo del salón:

—¡Josh! ¿Qué haces aquí?

CAPÍTULO 40

ALICE

Rejoin Sequence *(Reincorporación a la Secuencia): Maniobra mediante la cual una aeronave vuelve a integrarse en el orden establecido de aproximación o en la secuencia de tráfico después de haberse separado momentáneamente.*

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar?

Se supone que este lugar es privado y que el acceso al salón está controlado.

—El recepcionista es amigo mío.

—Tú no tienes amigos, Josh. No me jodas.

En la mesa se hace un silencio repentino. Las conversaciones sobre hospitales, la clínica de mi hermano, el aterrizaje forzoso y cómo a Ethan casi le da algo al ver mi avión tambalearse al tomar tierra y el humo saliendo del morro se apagan de golpe.

—¿Podemos hablar en algún sitio? —me propone, como quien me pide tomar un café al salir del trabajo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —le pregunto, indignada, sin terminar de creerme que esté aquí y que, para colmo, esté jodidamente guapo—. Es la boda de mi hermano.

—Lo sé —responde con una calma que me saca de quicio—. No me coges el teléfono. No me has dado otra opción.

Lo agarro por la manga de la chaqueta, evitando en todo momento rozarle la piel porque, maldita sea, no soy de piedra y solo

pensar en sus manos me trae recuerdos que ahora mismo no me puedo permitir revivir.

El Houdini Estate tiene varias salas y, sin pensarlo demasiado, sin detenerme a comprobar si están vacías o si en alguna se celebra otro evento, abro una puerta al azar y lo arrastro dentro conmigo.

—¿Cómo se te ocurre presentarte en la boda de mi hermano sin estar invitado? —vuelvo a preguntarle, encarándome con él y exigiendo una respuesta—. ¿Te has vuelto loco?

—No podía permitir que vinieras sola.

—¿Sola? —repito, incrédula—. ¿Y a ti quién te ha dicho que he venido sola?

—¿Has venido con alguien?

—Pues mira, sí.

Intento sonar convincente, pero ni yo misma me creo la mierda que acaba de salir de mi boca.

—Eso es imposible —dice sin apartar los ojos de mí—. Eres mía, ¿recuerdas?

—¿Tuya? —Se me escapa una carcajada más alta de lo que pretendía—. No me hagas reír. Lo que eres es un engreído de mierda, comandante Edwards.

—Me gustaba más cuando me llamabas solo comandante.

Da un paso hacia mí y yo retrocedo al instante, porque su olor me confunde y necesito todas mis neuronas despiertas, alineadas y listas para el combate.

—Tú estás soñando si piensas que puedes aparecer aquí y fastidiarme el día —le espeto, levantando la barbilla—. Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué quieres?

—Saber cómo estabas. Verlo con mis propios ojos. Comprobar que te encontrabas bien.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Vi el aterrizaje, Alice. Y sé que tuviste un esguince cervical.

Se me hiela la sangre.

—¿Cómo has sabido eso?

—Hablé con tu madre.

—¿Qué? —Parpadeo, mirándolo como si acabara de perder la cabeza—. No puedes estar hablando en serio. ¿Cómo… cómo se te ocurrió hacer eso? ¿Por qué?

—Porque tú no contestabas a mis llamadas ni a mis mensajes —responde, todavía sereno, y eso me enfurece aún más—. Quería saber de ti, lo necesitaba. Fui a ver a tu madre y le pregunté. Ella me contó lo del esguince, lo del collarín… y que estabas preocupada por si tenías que llevarlo a la boda.

Me quedo un segundo sin palabras.

—No me puedo creer que fueras a hablar con mi madre —suelto al fin—. ¿Qué te crees que soy? ¿Una puta cría de quince años?

—Por supuesto que no. Y hablando de cosas difíciles de creer… yo tampoco me puedo creer que no me invitaras a la boda.

Lo miro, atónita.

—No puedes tener la desfachatez de decirme eso. Tú, que te vas a mudar de país, que ni siquiera me comentaste que ibas a dejar la aerolínea y que…

—Yo iba a decírtelo, pero mi hija se adelantó.

—¡Me da igual! —lo corto, notando cómo me arde la garganta —. De todas formas, eso no explica qué haces aquí ni quién te ha dejado entrar.

Josh me sostiene la mirada un segundo más antes de responder.

—Tengo una invitación.

—Eso es imposible.

—Mira —dice, enseñándome la tarjeta de boda—. Tu madre me invitó.

—No puedo creerlo.

—Alice, últimamente dices mucho eso. No seas tan incrédula.

—Cállate y dime cómo conseguiste que mi madre te invitara.

Josh se encoge ligeramente de hombros, con esa calma suya que me desespera.

—Pues verás… le expliqué que conmigo a los mandos del Boeing nunca te habría pasado eso —dice, señalando mi cuello, donde hasta hace unas horas llevaba el maldito collarín—. También le dije que yo te cuidaría, que no dejaría que te pasara nada malo y que sabría enseñarte a enfrentarte a estas cosas con garantías. Que soy el mejor piloto de American Airlines y que…

—¿Que le dijiste qué? —lo interrumpo, incrédula—. ¿Por qué prometes cosas que no puedes cumplir? Esto es alucinante.

Me paso una mano por la cara, intentando ordenar mis pensamientos.

—Eres un creído y un engreído. Y, por cierto, fue un aterrizaje rutinario. Los vientos de Santa Ana ya sabes cómo son: imprevisibles. No fue para tanto. Lo único que pasó fue que el cuello se me torció un poco cuando el morro cayó contra la pista.

—Sí, pero no pienso volver a permitirlo.

Josh da otro paso hacia mí. En realidad, lleva acercándose poco a poco desde que entramos en la sala, pero ahora está tan

cerca que puedo olerlo otra vez, y esa sensación me desarma más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—¿Qué haces? —le pregunto mientras levanto una mano para tratar de alejarlo—. Aléjate.

—De acuerdo, perdona.

Se detiene, aunque la distancia entre nosotros sigue siendo peligrosamente corta.

—Pero bueno… eso es todo. La convencí y me invitó.

—No puedo creerlo —repito una vez más.

Josh suelta una pequeña risa.

—Otra vez lo mismo. Tu madre me adora. Y yo soy encantador.

—Espera. —Doy un paso atrás, alejándome de él—. ¿Qué has querido decir con eso de que no vas a permitirlo?

Josh me observa un segundo antes de responder, como si disfrutara prolongando el momento.

—Que volveré a ser tu comandante en el próximo vuelo. A São Paulo. Es nuestra siguiente rotación.

Me quedo callada.

Lo miro, intentando averiguar si habla en serio o si solo está jugando conmigo.

Josh aprovecha mi silencio para avanzar de nuevo. En dos pasos me tiene contra la pared. Sus ojos se clavan en los míos, intensos, implacables, haciéndome sentir mucho más pequeña de lo que ya me siento a su lado.

—No voy a dejar American Airlines —dice en voz baja—. No me voy a mudar a Brasil. Y ahora voy a besarte.

No me da tiempo a reaccionar.

Sus manos suben a mi nuca y me atrae hacia él en un beso que, en otro momento, marcaría un antes y un después. Uno de esos besos que te hacen olvidar dónde estás, que te empujan a perder el control, a subirte el vestido, romper las bragas y acabar follando sobre la primera mesa que encuentres a oscuras.

Pero ese momento… desgraciadamente para mí… no es ahora.

Lo empujo con suavidad, más por pura cabezonería que por falta de ganas, y lo aparto de mí.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

Josh me mira, casi divertido.

—Pensaba que era evidente. Te estaba besando.

Lo observo en silencio, clavando mis ojos en los suyos, azules, hipnóticos y peligrosamente maravillosos.

—No te he dado permiso. —Hago una pequeña pausa—. Y además… no has dicho la palabra mágica.

Sus ojos se iluminan. Sé con absoluta certeza que esperaba cualquier cosa, pero esto… que le respondiera así no entraba ni en sus peores pesadillas ni en sus mejores sueños.

Traga saliva. Sus ojos se oscurecen mientras se acerca con otra determinación, el deseo ardiéndole bajo la piel. Casi tanto como me quema a mí.

—Joder, Alice… ¿Cuál es la puta palabra mágica? Dímela y me la tatuaré en la lengua si hace falta.

De pronto el poder ha cambiado de manos. Si en este momento le pidiera a Josh que matara por mí, sé que solo me preguntaría con qué arma. Lo tengo a mi merced.

—No pienso decírtela… todavía —respondo con calma—. Pero vas a tener que usar esa lengua para muchas más cosas que hablar, te lo aseguro. Y ahora… volvamos al convite.

Cuando regresamos a la mesa, varias cabezas se levantan al mismo tiempo. Nos miran a nosotros, a nuestras caras… y después sus ojos bajan un poco más, hasta detenerse en nuestras manos entrelazadas.

Hago las presentaciones justas, y vuelvo a reconocer en Josh esa faceta suya de hombre magnético y encantador.

—Soy piloto —dice con naturalidad—. Trabajo con Alice en la compañía.

—Qué bien, ya estamos todos con pareja —comenta con ironía Sheryl, la hermana de Lydia—. Ah, no… perdón. Que yo soy la única soltera de la mesa. Qué bonito.

Algunos ríen.

Josh, por el contrario, no cambia el gesto. Permanece serio, seguro, intimidante y perfectamente educado. Conversa con naturalidad, escucha con atención y yo me derrito cuando, por debajo de la mesa, aprieta mi rodilla al contar cómo nos conocimos.

Se me cae la baba solo de pensar que estoy acompañada por semejante hombre, que me presta toda su atención y, aunque no quiera admitirlo, presume de mí.

Porque sí, lo hace.

Presumir de mí.

Yo intento restarle importancia a todo lo que dice, pero por la forma en que habla parece que no existe nada más valioso en el planeta.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevas siendo piloto, Josh? —pregunta Sheryl con fingida inocencia—. Hablas como si tuvieras bastante experiencia.

No se me escapa el detalle. La hermana de mi cuñada quiere saber cuántos años tiene Josh para hacer rápidamente el cálculo de nuestra diferencia de edad.

Antes de que él pueda responder, el tintinear de una copa reclamando atención se eleva por encima del murmullo general. El padre de Lydia se pone en pie y las conversaciones se apagan con naturalidad; las sillas dejan de moverse, las cabezas se giran hacia la mesa principal y el salón entero adopta esa quietud elegante reservada para los brindis importantes.

No sé qué dice.

No retengo ni una sola palabra.

Josh está a mi lado y todo lo demás pierde nitidez.

Percibo el calor de su cuerpo incluso antes de mirarlo. Se ha levantado también, despacio, sin brusquedad, ocupando el espacio junto a mí con una seguridad que parece alterar el aire a su alrededor.

El traje oscuro marca la línea firme de sus hombros. La luz tenue resbala por el tejido y por el ángulo preciso de su mandíbula. Varias mujeres en las mesas cercanas se giran para observarlo, atraídas por esa presencia que no necesita anunciarse.

Pero él no mira a nadie más.

Sus ojos están fijos en mí.

No se distrae con el brindis, ni con las risas suaves que brotan en algún punto del salón, ni con el aplauso que empieza a crecer alrededor. Toda su atención está puesta en mi rostro, en mi reacción, en mi respiración.

Es una mirada firme, consciente, que no se esconde ni se disculpa.

Me toma la mano con firmeza, entrelazando sus dedos con los míos, y el contacto me atraviesa con una claridad que desplaza cualquier otra sensación. La presión es cálida, segura, deliberada. No hay duda en el gesto.

Durante esos segundos, rodeados de invitados, música suave y copas en alto, la boda deja de importar. El Houdini Estate, los recién casados, el discurso… todo queda en un segundo plano borroso.

Bajo esa mirada, bajo esa atención absoluta, me siento el único punto fijo en su mundo.

Porque sí, tiene razón cuando dice que yo soy suya.

Y lo único que deseo es que él sea mío.

CAPÍTULO 41

JOSH

Back on Course *(De vuelta en Rumbo): expresión utilizada en aviación para indicar que una aeronave ha retomado su trayectoria prevista después de haber realizado una desviación o una corrección durante el vuelo.*

¿Soy un capullo si estoy deseando que termine esta boda para llevarme a Alice de aquí?

Odio los eventos sociales. Odio ser el centro de atención. Y, en esta mesa, lo soy.

No porque sea piloto ni porque mi conversación resulte especialmente interesante. En realidad, lo que más hago es escuchar y contestar preguntas.

A mi derecha, junto a Alice, está Sarah, una enfermera de Nueva York que trabajaba con Lydia, la novia. O, mejor dicho, con la recién casada. A su lado está su marido, Dylan: un tipo rudo, callado y serio. Bastante parecido a mí, al menos la mayor parte del tiempo.

Porque su gesto cambia por completo cuando mira el móvil y se lo enseña a su mujer.

Entonces sonríe.

Me resulta curioso cómo una persona puede tener dos expresiones tan distintas conviviendo en la misma cara.

Luego Sarah habla, y lo que dice lo explica todo.

—Disculpad —dice con una sonrisa nerviosa—. Hemos dejado a la niña con la madre de Dylan. Es la primera vez que nos separamos de ella y estamos un poco… nerviosos.

Las preguntas empiezan a encadenarse. El móvil pasa de mano en mano mientras todos miran las fotos de la niña, que apenas es un bebé.

Yo no dejo de observar a ese bombero.

Y recuerdo el sentimiento.

Cuando nació Sofía.

Una corriente de nostalgia me recorre el cuerpo y lo entiendo perfectamente. Claro que sí. Eres un puto témpano de hielo por fuera que se derrite en cuanto mira a su pequeña.

Más allá, Marcus Hale —cirujano y compañero del hermano de Alice en la clínica— hace gestos de no querer saber nada de bebés mientras su acompañante intenta despertar en él algún tipo de instinto paternal.

Me temo que no tiene ni una pizca de eso.

Grace, otra de las enfermeras, está sentada con su marido, que parece ser el alma de la fiesta. Se pasa medio convite contando chistes.

Sheryl, la hermana de la novia, está aburrida. Se le nota a la legua.

Y yo estoy deseando irme a casa con la chica a la que no he soltado la mano desde que nos sentamos en esta mesa.

Me inclino hacia Alice cuando estamos terminando el postre.

—¿Vas a decirme cuál es la palabra mágica? —le susurro al oído —. Necesito que nos larguemos de aquí cuanto antes. Porque, si no, en cualquier momento voy a arrancarte el vestido sobre la mesa. Delante de todos.

Ella se ríe.

Intenta contenerse, pero conozco ese sonido. Es el que vive en mi cabeza desde que la conocí. Es el combustible que me hace volar.

Sí. Alice me hace eso.

Y no puedo esperar a estar a solas para decírselo.

Pero este tipo de eventos parecen eternos. Después del postre reparten regalos, los novios pasan por cada mesa agradeciendo la asistencia.

Cuando llegan a la nuestra, Ethan —el hermano de Alice— se queda mirándome.

La única vez que lo he visto antes fue cuando irrumpió en su casa y la encontró desnuda, con apenas mi camisa cubriendo sus muslos, su culo y su…

Joder.

Tengo que dejar de pensar en eso porque creo que a Ethan se le acaba de venir el mismo recuerdo a la cabeza.

Y nuestras reacciones han sido completamente opuestas.

Por suerte, incluso estos eventos interminables acaban llegando a su fin. Alice se despide de todos y salimos del Houdini Estate.

Tomamos un taxi.

La acompaño a casa y no espero ninguna invitación. Doy por hecho que voy a subir a su apartamento, que voy a arrancarle por fin el vestido y que voy a demostrarle todo lo que me cuesta expresar con palabras.

Estoy a punto de seguirla hacia la entrada cuando su voz me detiene.

—Hey, vaquero… ¿dónde te crees que vas?

Me detiene justo en el umbral de la puerta de acceso a su edificio y, no voy a negarlo, me quedo descolocado.

—¿A tu casa…? —murmuro—. ¿No quieres que suba?

—Puede. Todavía lo estoy decidiendo.

—De acuerdo.

Me quedo allí plantado, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirándola con una paciencia que ahora mismo me quema por dentro. Y ella está nerviosa. Lo noto en cómo se recoloca el pelo detrás de la oreja, en cómo evita mirarme a toda costa, en cómo se humedece los labios y en el ritmo irregular de su respiración.

—Vale, puedes subir —dice al fin—. Pero a hablar. Tienes que contestarme a muchas preguntas.

—Tú tienes el mando ahora, oficial Calloway.

Alice se da la vuelta y se detiene justo antes de entrar al ascensor. El espacio es tan pequeño que puedo oler sus nervios, su perfume y también el rastro del champán francés y del cóctel que hemos tomado en la boda.

Lo noto en su aliento cuando me dice que no me acerque.

Y yo solo quiero comprobar si esa bebida sabrá más dulce si la pruebo directamente de su lengua.

—Vale. Empieza a hablar —me ordena nada más entrar en su apartamento—. ¿Qué significa que ya no dejas la aerolínea? ¿No te mudas a… ya sabes… a Brasil?

Yo me acerco un paso más.

Sé que me ha dicho que tenemos que hablar, pero joder… no es culpa mía si me ha vuelto adicto a sus besos y llevo más de una semana sin probarlos. Una especie de abstinencia que me hace temblar.

—Josh —me advierte, colocando una mano entre nosotros—. Te he dicho que antes…

Sí, lo sé. Sé que ha dicho que primero tenemos que hablar, que tiene preguntas, que quiere respuestas.

Pero yo… no puedo aguantarme.

La agarro de la cintura, la atraigo hacia mí y la beso desesperado.

Siento la suave resistencia de sus brazos empujándome, aunque sin demasiada convicción, porque su boca no me rechaza. Todo lo contrario. Sus labios me reciben sin dudar y en cuestión de segundos ambos peleamos por llevar el control del beso.

Sus manos, que descansaban en mis hombros, empiezan a quitarme la chaqueta. Yo la dejo caer al suelo sin despegarme ni un centímetro de su boca.

Todo se vuelve intenso, urgente, desesperado. Ninguno de los dos quiere separarse del otro.

Y sí, joder… compruebo que ese puto cóctel sabe mucho más dulce cuando lo pruebo en su lengua.

—Alice… —suspiro contra sus labios, incapaz de contenerme—. Te he echado de menos.

Ella responde mordiendo mi labio inferior y tirando de él con suavidad.

Es jodidamente *sexy*.

Demasiado.

Tira del cinturón de mi pantalón y yo levanto el bajo de su vestido. No hay lentitud ni cálculo. Solo impulso. Un hambre que llevamos conteniendo demasiado tiempo.

La empujo contra la pared de su apartamento.

Seguimos medio vestidos.

Es salvaje.

Puro instinto.

Alice se agarra a mis hombros mientras embisto dentro de ella, sujetándola por los muslos y respirando contra su cuello. En otro

momento me encantaría terminar así, con esta pasión desatada, pero hoy quiero correrme mirándola a los ojos. Quiero tragarme hasta el último de sus gemidos.

La llevo en esa postura, caminando por su apartamento hasta llegar a la cama. Le arranco el vestido con prisa mientras ella desabrocha mi camisa. Pantalones fuera, zapatos arrojados al suelo, corbata, calzoncillos… todo acaba repartido por el dormitorio mientras nos quedamos desnudos y volvemos a besarnos.

Ahora sí. Piel contra piel.

Labios, lengua y manos recorriendo cada rincón de su cuerpo, porque nunca tendré suficiente. Nunca habrá un lugar de su piel que no quiera adorar como se merece.

—Josh, joder… —la escucho murmurar mientras bajo a sus pechos, chupando y acariciando sus pezones con la lengua—. Por favor…

Y sí, soy un capullo, lo sé, porque de pronto se me dibuja una sonrisa estúpida en la cara.

—Esa no es la palabra mágica, Alice. ¿Recuerdas?

Su espalda se arquea, sus caderas me buscan, y yo sigo jugando con sus pezones en mi boca sin darle el alivio que me está pidiendo. Porque, de pronto, he recuperado los controles de este vuelo… y no pienso soltarlos hasta llevarla a su destino, aunque tenga que suplicarlo.

—Fóllame ya… comandante.

—A la orden, oficial.

Y no la hago esperar más.

Entrar en Alice es como aterrizar un vuelo en plena turbulencia. La piel se estremece, los músculos se tensan y se liberan, y cada impulso me arrastra más hacia ella, como si todo mi control desapareciera en ese vértigo brutal.

No hay suavidad. No hay pausa.

Solo el fuego que nos consume mientras chocamos una y otra vez, dejando claro quién toma el mando… y quién decide rendirse.

Y Alice está rendida.

Yo disfruto de cada segundo.

Me pierdo dentro de ella, embistiendo de manera lenta al principio, dejándole claro que esto no es solo una urgencia del momento. La miro a los ojos mientras la penetro despacio porque quiero verla así, debajo de mí, y que vea en los míos que no es solo deseo.

Que esto no es solo un polvo.

Que no quiero solo eso.

Pero el momento acaba tomando el control. El deseo tiene sus propios mandos y nos arrastra en cuestión de minutos, dejándonos exhaustos y satisfechos.

Luego viene lo mejor.

Sí, lo mejor.

Cuando por fin recuperamos la respiración y el pulso vuelve a la normalidad, Alice apoya la cabeza sobre mi pecho. Yo acaricio su melena, suave y sedosa, jugando con su pelo entre mis dedos.

El sexo está bien. Es genial. ¿Qué digo? Con Alice el sexo es maravilloso. Pero no por el acto en sí.

El sexo con Alice implica muchas más cosas. Significa querer saber qué vamos a hacer después, querer que se ría sobre mi pecho, que se meta conmigo incluso. Que me llame arrogante justo antes de darme un beso tierno en la barbilla.

El sexo con Alice no termina con el orgasmo.

Ni siquiera empieza con un beso.

Estar con Alice es otra cosa.

Es la forma en que juega con el vello de mi torso, cómo empieza a hablar incluso cuando está tan cansada que lo único que quiere es dormir, pero se niega a dejar que el momento termine. Es la manera en que se empeña en ponerse mis camisas como si fueran su propio pijama, y cómo tardo días en lavarlas porque me gusta el olor que deja en el cuello.

Incluso me gustan las marcas de carmín que luego me cuesta horrores borrar. Estar con Alice es no querer regresar nunca del cielo al que me lleva.

Y debería ser capaz de decirle todas estas cosas. Pero algo dentro de mí insiste en que hacerlo sería estúpido. Demasiado cursi. Que ella se reiría si lo dijera en voz alta.

Así que, no sé si por miedo, por vergüenza o simplemente porque soy un capullo, termino diciendo en cambio:

—Echaba tanto de menos esto…

Entonces lo noto.

Ella deja de acariciarme.

Y, al cabo de unos segundos, se incorpora.

—Sí, ha estado genial —dice con tranquilidad—. Y ahora hablemos, ¿no?

Y así es como termina lo bueno y empieza lo que peor se me da en el mundo.

Hablar.

CAPÍTULO 42

ALICE

Debriefing *(Informe Posterior al Vuelo): revisión o conversación que realiza la tripulación después de un vuelo u operación para analizar lo ocurrido, comentar decisiones tomadas y aclarar posibles incidencias.*

—¿Puedes explicarme ahora todo? —le pregunto.

—He cambiado de opinión. No me quiero ir a Brasil.

—¿Por qué?

—Estuve hablando con Sofía y tiene razón. Dentro de poco se irá a la universidad, vivirá en un piso de estudiantes y, con suerte, podré verla algún fin de semana, cuando no tenga exámenes. No merece la pena mudarme allí para eso.

—Ajá… ¿y qué más?

—Sobre todo eso. Y que mi horario sería incompatible con el suyo. Pero Sofía siempre dice que le gustaría venir a menudo a Los Ángeles ahora que es mayor. Así que pensé que podría venir en vacaciones o algunos fines de semana.

—¿Sí?

—Claro. Ahora su madre ya no puede prohibírselo. Será mayor de edad.

—Es cierto… ahora puede moverse con más libertad.

—Exacto.

—¿Eso es todo? ¿Cambias tus planes, todo lo que llevas años preparando… y te quedas en Estados Unidos así, sin más?

—Más o menos.

—De acuerdo, Josh. Te lo voy a volver a preguntar. ¿Hay algo más… o alguien —hago un énfasis muy claro en esa palabra— que te haya hecho cambiar unos planes que llevas rumiando desde hace años?

Josh se queda callado.

Y de verdad que no sé en qué momento el destino decidió poner en mi camino a los hombres más herméticos y reservados del mundo. Quizá tengo un patrón.

—¡Josh! Dime.

—Bueno… sí. Hay algo más.

—¿Algo, eh? Dímelo.

Josh está tumbado a mi lado, todavía respirando más rápido de lo normal. Su pecho sube y baja contra mi mejilla y, por primera vez desde que lo conozco, no parece el hombre que lo controla todo. No parece el piloto seguro que atraviesa tormentas sin pestañear.

Parece vulnerable.

Se incorpora un poco, se pasa una mano por el pelo y luego la deja caer sobre las sábanas. Sus dedos buscan los míos. Los encuentran. Los aprietan… y los sueltan. Vuelven a tomarlos.

Se aclara la garganta.

Josh balbuceando no es algo que hubiera imaginado nunca.

—Si me fuera a Brasil no podría volar contigo —empieza, sin mirarme al principio—. Y no quiero hacer eso.

Trago saliva. Mi corazón late tan fuerte que temo que lo note bajo su mano.

Ahora sí me mira.

Hay algo distinto en sus ojos. No es deseo. No es orgullo.

Es miedo.

—Quiero ser la persona que veas al despertar. Quiero que te metas conmigo, que me hagas hablar como lo haces ahora… —Sonríe con un gesto tímido, nervioso—. Quiero sacar de lo más profundo de mí todas las palabras que me guardo por miedo. Por desconfianza.

Hace una pausa breve, como si estuviera calculando una maniobra delicada.

—Porque yo amo volar… pero pensar en hacerlo sin ti ahora me resulta insoportable.

Siento que algo dentro de mí se rompe.

Josh baja la mirada hacia nuestras manos entrelazadas y las aprieta con más fuerza, como si necesitara anclarse.

—Contigo todo tiene sentido, Alice. Hace mucho tiempo que no era tan feliz. Tanto… que me había olvidado de lo que se siente. Me acostumbré a la rutina, al silencio, a la distancia. Llegó un momento en que pensé que esa sensación… esa alegría limpia, esa paz… la había imaginado alguna vez y luego la perdí.

Su voz baja todavía más.

—Hasta que apareciste tú. Y me hiciste recordar que no estaba soñando. Que esto existe. Que sentirse así es real.

Mi visión se nubla. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que él levanta la mano y me seca una lágrima con el pulgar, torpe, casi sorprendido de haber sido capaz de provocarla.

—No quiero despegar hacia ningún sitio donde tú no estés —dice al final, con la voz quebrada pero firme—. No quiero más cielos vacíos. Te quiero en mi vida. No como una parada. No como una escala. Te quiero en todos mis días.

Mi garganta se cierra.

Estoy a punto de deshacerme por completo, porque el hombre que siempre guarda silencio está aquí, desnudo en todos los sentidos, temiendo mi respuesta.

Y nunca en mi vida me había sentido tan amada.

No puedo contenerme. Me lanzo a él y beso sus labios como si fueran la única superficie capaz de mantenerme en pie. Por un instante, el mundo entero desaparece. Sus manos buscan mi cintura, las mías se enredan en su cuello, y todo el miedo, toda la tensión de lo que acaba de decirse se disuelve en ese beso.

Cuando nos separamos, sigo sin poder hablar. Me quedo mirándolo, con el corazón latiendo como un motor a toda potencia, sin saber si echarme a llorar de nuevo o volver a besarlo.

Nunca imaginé que Josh pudiera decir algo así.

—Joder… —susurro, y tengo que reír un poco para no romperme del todo—. En serio, tú hablas poco. ¿Qué digo poco? No hablas casi nunca. Tengo que sacarte las palabras y los sentimientos con una pala… pero cuando lo haces… me destruyes por completo.

—Bueno, es un superpoder.

—Es una mierda —protesto—, porque ahora yo no sé qué decir. ¡No es justo! Que te cueste tanto abrirte y luego, cuando lo haces, me dejes sin palabras, Josh Edwards.

—Bueno… podrías decirme que tú también me quieres —dice acariciando la piel de mis costillas—. Porque acabo de desnudarte mi alma y tú… nada.

No sé si habla en serio, pero por un momento tengo la sensación de que está asustado de verdad. Parece que esté medio bromeando y, en realidad, creo que está muerto de miedo por si yo no le correspondo.

—No me has dicho que me quieres —añado—. Solo que la idea de volar sin mí te resulta insoportable.

Frunce los labios, levanta una ceja y se incorpora un poco más en la cama. Luego se cruza de brazos y, con esa forma de mirarme, de repente me siento como una cría.

—De acuerdo, Alice. Pues seré mucho más claro. Cuando te dije que era tuyo, no me refería solo a mi cuerpo, sino también a todo lo que soy. Lo que ves, lo que tengo… no me importa demasiado. Lo único que me importaba hasta hace solo dos meses está a más de cinco mil millas de aquí. —Hace una breve pausa y baja un poco la voz—. Pero apareciste tú, y mi corazón no se partió ni se dividió. Me di cuenta de que tenía un espacio muerto, reservado por si alguna vez volvía a enamorarme. Ese trozo de mi corazón estaba dormido… y tú lo despertaste.

Me mira fijamente.

—Lo que intento decirte es que te quiero. Te amo, si lo prefieres así. Te deseo, me haces reír, y contigo los atardeceres desde la cabina dejan de ser una foto bonita que mandar a mi hija. Pasan a ser momentos que desearía guardar para nosotros.

Hace una pausa.

Yo sé que tengo la boca ligeramente abierta.

—Ahora dime —continúa, con una media sonrisa nerviosa—. ¿Te parece suficiente cursilería y romanticismo o necesitas más? Dímelo, porque por ti soy capaz de todo. Pero ahora contéstame de una vez… ¿Sientes por mí algo parecido a esto?

Y lo hace otra vez.

Debería hablar. Debería decirle que le quiero. Que me enamoré desde el mismo instante en que lo vi. Que nada de lo que ha dicho me parece cursi.

Solo romántico y precioso.

Pero no soy capaz de decir nada.

Lo único que hago… es llorar.

CAPÍTULO 43

JOSH

São Paulo

All Clear *(Todo Despejado): confirmación de que no hay obstáculos ni conflictos en la trayectoria de la aeronave y que puede continuar con seguridad.*

El papeleo que me ha provocado todo lo relacionado con quedarme en American Airlines —rechazar el puesto en la nueva compañía, revisar contratos, firmar documentos que mi abogado llevaba meses preparando— no ha sido ni la mitad de tedioso que lo que tengo delante ahora.

Porque nada de eso se compara con tener que entrar en Recursos Humanos y decirlo en voz alta.

Que Alice y yo tenemos una relación.

Así, sin rodeos. Con todas las letras.

Y lo peor no es la conversación en sí. Lo peor es lo que viene después. Porque, una vez que lo sepan, la compañía tendrá todavía más motivos para hacer lo que, tarde o temprano, iba a ocurrir de todas formas: dejar de asignarnos juntos en los vuelos de largo radio.

Ninguna aerolínea mantiene a la misma tripulación emparejada indefinidamente, y mucho menos cuando hay algo personal de por medio.

La verdad es que Alice y yo tampoco habíamos pensado demasiado en eso hasta ahora. En estos dos meses todo ha sido demasiado intenso, demasiado rápido. Volar juntos, aterrizar juntos,

despertarnos en el mismo hotel al otro lado del mundo… parecía lo más natural del mundo.

Pero no lo es.

Y en cuanto Recursos Humanos lo registre en el sistema, será todavía menos probable que coincidan nuestros horarios.

Por eso ya lo hemos hablado. Si las cosas van a cambiar de todas formas, preferimos decidir nosotros cómo. Vamos a solicitar rutas nacionales, vuelos más cortos, horarios que nos permitan estar en la misma ciudad más días seguidos. No será lo mismo que cruzar océanos juntos, pero al menos significará que podremos construir algo parecido a una vida normal.

Además, dentro de poco Sofía cumplirá dieciocho. Ya no necesitará el permiso de su madre para volar y pasar temporadas conmigo, fines de semana o vacaciones cuando quiera.

Y por primera vez en mucho tiempo, la idea de tener a alguien esperándome en casa —no en un hotel, no al otro lado de un océano— empieza a parecer algo real.

El vuelo termina sin incidentes y aterrizamos tranquilos en São Paulo. Llegamos al hotel y, por primera vez como pareja oficial, dormimos juntos.

Esta vez compartir la cama se siente diferente. Hay un antes y un después en lo que somos.

Soy consciente de cada detalle: su respiración a mi lado, la forma en que su mano encaja con la mía… Me doy cuenta de que, por fin, puedo dejar atrás los miedos y las dudas.

No necesito palabras.

Sentirla cerca basta para recordarme que esto es real. Que somos nosotros.

Y que no quiero volver a separarme de ella.

Bajo al vestíbulo del hotel antes que nadie. São Paulo despierta lentamente: el tráfico constante, el murmullo del cristal de los edificios y la humedad pegajosa del aire matutino.

Me he despedido de Alice dejándole un beso en la frente. Ella solo ha murmurado un «luego nos vemos», se ha dado la vuelta y ha seguido durmiendo.

Antes tengo algo importante que hacer.

Janice aparece en el vestíbulo, eficiente y segura. No parece que hayamos pasado más de doce horas atravesando medio continente ni que apenas hayamos dormido cuatro horas. Está impecable. Profesional.

Me saluda y, antes de entrar en el restaurante, la agarro del brazo con suavidad.

—Janice, ¿tienes un momento?

—Claro, Josh. ¿Pasa algo? —pregunta, extrañada.

—Sí. ¿Quieres acompañarme a desayunar fuera de aquí?

Mi propuesta la pilla por sorpresa, pero acepta sin hacer más preguntas.

Cuando paro un taxi, me mira con el ceño ligeramente fruncido y una sonrisa, mientras yo permanezco en silencio, buscando las palabras.

El taxi avanza por las calles de Jardins, entre árboles alineados y *boutiques* que empiezan a abrir. Pasamos junto al Parque Trianon, con sus senderos sombreados y el murmullo de las fuentes filtrándose hasta la avenida. Las fachadas elegantes se alternan con cafeterías que despiertan sus aromas de café recién molido y pan caliente.

Cruce tras cruce, la ciudad se despereza.

Pero dentro del taxi el silencio pesa.

Janice mira por la ventanilla sin saber qué esperar y yo sigo buscando la forma menos torpe de empezar la conversación.

—Alice y yo estamos juntos —le suelto de golpe—. Ya no me voy, Janice. Seguiré en American Airlines… y en Los Ángeles.

Ella me mira. No dice nada. Tengo la sensación de que está asimilando mis palabras despacio, ordenando las piezas.

—Vaya —dice al fin—. Son tres grandes noticias. Supongo que lo habéis comunicado a la compañía, ¿verdad? Dime que ya lo habéis dicho a Recursos Humanos.

—Sí, sí —la tranquilizo—. ¿No tienes más preguntas que hacerme?

Janice se vuelve hacia mí. El lugar al que nos dirigimos no está demasiado lejos pero, aun así, me esperan unos diez minutos de interrogatorio para los que no sé si estoy preparado.

—No demasiadas. Me alegro mucho por ti, Josh —dice con sinceridad—. Se nota que esa chica te hace feliz. Y eso es lo que más me importa.

—Pero…

Conozco a Janice. Sé que se está guardando cosas y que, aunque su alegría sea sincera, también tiene motivos para reprocharme muchas otras.

—Pero nada. Es solo que… —Duda, parece que va a decir algo, pero vuelve a callarse—. Da igual.

Vuelve a mirar por la ventanilla y en ese momento me doy cuenta de lo mal amigo que he sido durante demasiado tiempo. De lo cerrado, lo inaccesible que he sido para ella… y para otras personas.

Todo por mi miedo, mis dudas y mi desconfianza.

Llegamos al barrio de Sofía.

Ella, como casi siempre que hago escala en São Paulo, me espera en nuestra cafetería favorita. Donde siempre venimos a desayunar juntos.

Janice y yo nos acercamos y Sofía me abraza con su sonrisa habitual para, a continuación, dirigirse a mi compañera.

—Tú debes de ser Janice, ¿verdad? —dice con la naturalidad despreocupada de sus diecisiete años—. Por fin te conozco. Mi padre me ha hablado mucho de ti.

La cara de mi amiga es un auténtico poema.

Se queda sin palabras y apenas logra balbucear un saludo torpe. Luego me mira, completamente desconcertada, mientras la animo a sentarse.

El carácter extrovertido de Sofía hace el resto y rompe el hielo enseguida.

—¿Sabes? —continúa—. Cuando le decía a mi padre que me preocupaba que no tuviera a nadie, él nunca me hablaba de sus conquistas en Tokio o en París, que me consta que las tenía —añade mirándome de reojo mientras me da un codazo—. Siempre me decía que te tenía a ti.

—¿En serio? —Janice no termina de creérselo y se gira hacia mí —. ¿Le hablaste de mí a tu hija?

—Somos amigos, ¿no? —respondo con una sonrisa culpable—. Lo único que siento es no habértela presentado antes.

—Así es, porque yo se lo pedí —interviene Sofía, dejándome todavía peor de lo que ya había quedado—. Nunca me gustó que solo se centrara en mí.

El resto del desayuno transcurre de forma parecida a como lo hizo cuando conoció a Alice: criticándome, aunque esté delante, sin ningún tipo de pudor.

Entonces Alice viene a mi rescate.

Se abraza a Sofía y de pronto me encuentro atrapado entre las tres únicas mujeres de mi vida: mi hija, mi amiga y mi novia.

Mi novia.

¿Soy demasiado mayor para llamarla así?

Las tres hablan como si fueran amigas de toda la vida y me quedo observándolas con curiosidad. A pesar de pertenecer a tres generaciones distintas, tienen algo en común: criticarme parece ser su mayor diversión.

Sofía les cuenta nuestra conversación. Les explica cómo le confesé que estaba enamorado de Alice. Ella, con sus diecisiete años, parece ser bastante más madura que yo.

—En cuanto me enteré de sus sentimientos por ti, Alice, tuve que darle una colleja, ¿sabes? —les cuenta—. Creo que en toda mi vida había visto sonreír a mi padre tanto. Y lo del móvil… dejadme que os cuente lo del móvil porque no tiene precio. Mientras yo le hablaba de mi futuro, él se dedicaba a contestar mensajes como un adolescente.

—Eso no es del todo cierto —intento protestar—. Solo…

—En todos los años que lo conozco —continúa Sofía, sin dejarme terminar—, nunca lo vi así. Ni siquiera en los días que pasábamos juntos aquí. Solo cuando conoció a Alice.

Empiezo a notar cómo se me sube el rubor a las orejas y siento el cuello de la camisa apretarme hasta casi dejarme sin aire.

Entonces la miro.

Alice tiene esa sonrisa de suficiencia mezclada con orgullo. Sabe perfectamente que ella —y solo ella— ha provocado este cambio en mí. Esta especie de regreso a la adolescencia cuando empiezo a ver los cuarenta cada vez más cerca.

Baja la mirada con timidez, incapaz de ocultar la satisfacción de saber que estoy enamorado de ella hasta los huesos.

Y sé que, con toda probabilidad, en la intimidad usará este nuevo equilibrio de poder para… Joder, me importa una mierda.

Que me use como quiera. Que mande. Seré su esclavo encantado.

—Bueno, Alice, estás muy callada —dice Janice, sacándola de donde sea que estuviera planeando mi muerte más dulce—. ¿Qué nos dices tú?

Planto las orejas y me froto los ojos.

Esto no puede terminar bien.

¿En qué jodido momento me pareció buena idea juntar a estas tres en la misma mesa, al mismo tiempo?

—¿Qué digo sobre qué? —responde Alice con una inocencia sospechosa.

—Sobre mi padre —interviene Sofía—. Ya nos hemos metido bastante con él. No me parece justo.

Alice se toma un segundo antes de hablar.

—Pues… os he escuchado, os he observado… y solo puedo deciros una cosa: gracias. Porque Josh es el hombre más maravilloso del mundo —continúa—. Y si no fuera por vosotras dos… probablemente nunca se habría dado cuenta.

CAPÍTULO 44

ALICE

Touchdown (Toma de Contacto): momento en el que las ruedas del avión tocan la pista tras el vuelo. Señala la llegada a destino y el final del trayecto.

Volver a Los Ángeles se me antoja distinto ahora. Mientras nos elevamos sobre São Paulo, siento un peso enorme desaparecer de mis hombros. A mi lado, Josh ajusta los controles con calma. Su presencia es un ancla que me mantiene tranquila, aunque sé que él también siente esa misma ligereza en el aire.

Janice entra en la cabina con otro talante. Ahora suelta bromas cada vez que nos informa de algo, cuando nos trae el servicio de cena o simplemente… cuando se aburre.

Nos llama parejita en voz baja, nos guiña el ojo de manera cómplice y veo a Josh ponerse un poco más rojo de lo habitual.

Y luego aterrizar en casa se me antoja muy diferente con todos los planes de futuro que tenemos por delante.

Ahora ya no preguntamos. Damos por hecho que iremos a casa de uno de los dos a pasar la noche juntos.

Y aunque casi no nos hemos separado en las últimas setenta y dos horas, me doy cuenta de que hemos tenido muy poco tiempo realmente a solas.

En cuanto entramos en mi apartamento y dejamos la maleta a un lado, Josh me abraza y me eleva hasta dejarme sentada sobre la encimera de la cocina.

Me quita la chaqueta, desanuda mi corbata y empieza a desabrocharme la camisa. La abre despacio y su lengua recorre mi

cuello, baja por mis clavículas, mis costillas.

—¿No puedes esperar?

—No —responde acariciando mi piel con los labios—. ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me pones con este uniforme de piloto?

—No hace falta que me lo digas. Te veo mirarme.

—Joder… nunca pensé que una chica con corbata pudiera ponerme tan duro.

Me río porque su pelo me hace cosquillas en el abdomen, pero la situación empieza a ponerse mucho más seria cuando me sube la falda y empieza a bajarme las bragas.

—Espera, Josh —lo detengo—. No has…

—Tienes razón —me interrumpe—. No he pronunciado la palabra mágica. Pero te empeñas en no decirme cuál es… así que no puedo adivinarla.

—No iba a decir eso.

—Entonces dime cuál es la palabra mágica, Alice.

—Vale… lo confieso. No se me ocurría ninguna. Ese día solo necesitaba decirte algo… y llevo días pensando cuál podría ser. Y ahora lo sé.

—Perfecto. Dímela.

—¿Recuerdas que dijiste que te la tatuarías en la lengua? —le digo sonriendo, después de tomar aire.

Josh se queda quieto un segundo y luego resopla.

—Joder, Alice… no me vas a pedir eso, ¿verdad?

—No —respondo, negando suavemente con la cabeza—. Pero sí que vas a tener que usarla mucho. Y más que una palabra… —

hago una pequeña pausa mientras él levanta una ceja— es una frase.

—¿Cuál? —pregunta.

Lo miro directamente a los ojos y entonces se la digo.

—Vas a volar.

Dos meses después

Nuestra vida ha empezado a asentarse en una rutina que, aunque inesperada, me resulta perfecta. A Josh le han concedido los vuelos nacionales gracias a su experiencia y antigüedad, y a mí me han asignado rutas más cortas hasta que pueda solicitar los míos propios. No estamos juntos todos los días, pero apenas pasamos un par de noches separados cada semana y, cuando nos reencontramos, es como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros.

Los sábados, siempre que mis rotaciones lo permiten, vamos a la mansión de mi padre. Allí nos reunimos con Ethan y Lydia y compartimos historias y risas: ellos nos cuentan su viaje de novios por Europa, yo hablo de mis vuelos y Josh confiesa sus nervios porque Sofía está a punto de cumplir dieciocho. En cuanto lo hace, le envía los billetes y ella realiza su primer viaje sola a Los Ángeles. Pronto esas visitas se convierten en algo habitual. Janice también se une de vez en cuando, compartiendo comidas y momentos, y su presencia termina de cerrar este círculo que antes solo parecía un sueño.

Josh sigue siendo el mismo hombre serio y hermético que siempre he conocido, pero ahora hay algo en él más cercano, más abierto. Sus gestos, su atención a los detalles y la manera en que se preocupa por nosotros y por cada pequeño instante juntos me recuerdan a diario que todo lo que vivimos —incluso las turbulencias — nos ha traído hasta aquí.

Y mientras lo observo sonreír al cruzar la sala o sostener mi mano cuando nos sentamos a la mesa, siento que esta vida, con sus vuelos, sus horarios cambiantes y sus encuentros fugaces, es nuestra. Todo pertenece ahora a nuestra rutina compartida, a nuestra familia elegida. Por primera vez en mucho tiempo puedo cerrar los ojos y suspirar, sabiendo que estamos exactamente donde debemos estar: juntos, construyendo un hogar que no depende de un lugar, sino de nosotros mismos.

EPÍLOGO

SOFÍA

Cumplir dieciocho años es una cosa en São Paulo y otra muy distinta en Los Ángeles.

Nunca le he preguntado a mi madre por mi padre biológico. No me interesa quién se acostó con ella mientras estaba con papá. No me interesa saber si mis ojos negros los heredé de él o si la flexibilidad de mis pulgares es algo genético.

Mi padre es Josh Edwards. El hombre que estuvo a punto de dejar de volar para donarme uno de sus riñones, incluso cuando descubrió que no había sido suyo el espermatozoide que fecundó a mi madre.

¿Existe una prueba de amor más grande que esa?

Porque sí, Josh Edwards es también el hombre que estuvo a punto de renunciar a su propia felicidad por cumplir la promesa que me hizo cuando yo tenía siete años.

Josh Edwards le dijo a esa niña que lloraba desconsoladamente cuando sus padres se separaron que algún día, cuando cumpliera dieciocho, viviríamos juntos… o que él se mudaría de país para estar cerca de mí.

Guau. Cada vez que lo pienso es una putada.

Sí, porque mi padre —ese hombre— ha puesto mis estándares sobre el amor tan altos que no creo que vaya a encontrar nunca nada parecido.

Pero esta vez, cuando vuelo a Los Ángeles, algo es diferente.

No estoy enfadada con mi madre. Lo estuve durante mucho tiempo, pero luego la entendí. Ahora, cuando le digo que voy a

pasar dos semanas allí, no se opone ni se enfada. Me ayuda a hacer la maleta y me da mil consejos que ella misma no siguió en su día.

Alice tiene un apartamento pequeño, pero teniendo en cuenta que no conozco a nadie allí, hay sitio de sobra para la fiesta que me han organizado.

Lo primero que veo es el cartel colgado en la puerta de entrada. Y luego están allí: un par de amigas de Alice, su madre con su novio, su hermano el cirujano con su recién estrenada mujer… y joder, es una pena que esté pillado, porque está demasiado bueno.

Han pasado más de seis meses y ya habré volado a Los Ángeles más de una docena de veces. Ventajas de tener un padre piloto… y que su novia también lo sea. Tienen pases de vuelo para la familia.

Me hace gracia ver a mi padre en su papel de hombre de casa. Apenas lo recuerdo así cuando era pequeña, pero cada vez que voy y Alice está trabajando, él se encarga de cocinar, tiene preparada mi habitación y deja la cena lista para cuando ella llega.

Ahora ambos operan vuelos domésticos, así que tienen un horario normal. Él es tan feliz que me da hasta un poco de vergüenza.

Una cosa es imaginarte que tu padre tiene una vida sexual. Otra muy distinta es escucharlos por la noche.

Lo peor es que creen que soy tonta. O, peor aún, que sigo siendo una cría que se duerme a las doce. A veces los oigo reírse como dos adolescentes pensando que no los escucho.

Así que me pongo los cascos… y a Taylor Swift a todo volumen.

En uno de esos días en los que Alice está volando y papá se queda en tierra, el tema surge de manera natural.

Sé que mi padre es reservado, pero hay cosas que tarde o temprano hay que afrontar.

Y mejor hacerlo cuando Alice no está presente.

—¿Podemos hablar? —le pregunto mientras da vueltas a la salsa de queso.

Mi padre se tensa. No sé qué coño les pasa a los tíos con esas palabras, pero todos reaccionan igual.

Deja la cuchara sobre la encimera, apaga el fuego y se vuelve hacia mí como si acabara de ver un fantasma.

—Claro, Sofía. Dime. ¿Qué pasa?

—¿Por qué pones esa cara? Solo quiero charlar.

Creo que el suspiro de alivio que suelta lo escuchan hasta en São Paulo.

—Es sobre Alice y tú.

—Ajá… —asiente con la cabeza.

—Ya lleváis casi ocho meses viviendo juntos, ¿verdad?

Mi padre piensa un segundo, calculando mentalmente.

—Ocho meses, tres semanas y cuatro días, para ser exactos. Desde la boda de su hermano Ethan —precisa.

—Perfecto. Y… ¿qué has pensado hacer al respecto?

—¿Hacer? ¿Sobre qué?

—Pues sobre el futuro. ¿Piensas pedirle que se case contigo?

Si mi padre estuviera bebiendo algo, lo escupiría causando una lluvia por todo el apartamento. Pero le pilla con la boca seca y se atraganta con su propia saliva mientras empieza a toser.

—¿Qué?

—Papá. Esa chica está loca por ti. Tú ya tienes… unos años. ¿A qué esperas? Lleváis viviendo juntos casi un año.

—Nueve meses.

—Pues eso. ¿Tú la quieres? Qué pregunta más tonta… babeas por ella. A veces me das vergüenza ajena, te lo juro.

—¡Eh! No digas eso.

—Céntrate, papá. ¿Vas a pedirle que se case contigo o qué? ¿A qué esperas?

Mi padre se queda mirándome como si acabara de aterrizar en otro planeta.

—¿Crees que… ya sabes… crees que aceptaría?

—De verdad… Alice siempre dice que te cuesta abrirte, pero en serio… ¿de verdad crees que no aceptaría? Esa chica está loca por ti. Y no me hagas hablar de las cochinadas que…

—¡Eh! ¡Para!

—No paro. Si voy a seguir viniendo a Los Ángeles vais a tener que buscar una casa más grande. Pídele matrimonio y comprad una casa con dos pisos… y con varias paredes entre mi dormitorio y el vuestro.

Mi padre se pone rojo. No un rojo suave de atardecer sobre la playa. No.

Un rojo fuego.

Luego se da media vuelta y se va hacia el dormitorio dejándome allí plantada.

Creo que me he pasado.

No debería haberle dicho lo de las cochinadas.

O sí.

Sí, porque de verdad que no aguanto escucharlos follar como conejos.

Es mi padre, joder.

Dos minutos después vuelve. Me coge de la mano y me coloca una pequeña caja color granate.

Lo hace en silencio. Luego da un paso atrás y cruza los brazos, nervioso.

—Esto… ¿qué es? —pregunto, levantando una ceja.

—Ábrelo… y dime si le gustará.

Abro la caja.

Dentro hay un anillo que parece sacado de una joyería de película: un diamante ovalado grande y limpio, montado sobre un aro de oro blanco finísimo, rodeado de pequeños diamantes que capturan la luz de una forma casi obscena. Elegante, brillante… imposible de ignorar.

Me quedo mirándolo con una mano sobre la boca y el corazón latiendo a mil por hora.

Cuando dije que mi padre me había arruinado todas las expectativas que pudiera tener sobre el amor… no exageraba.

—¿Desde… desde cuándo tienes esto? —le pregunto—. Papá… es precioso.

—¿No lo ves excesivo? No tengo ni idea de anillos, Sofía. Estoy… estoy asustado. Lo tengo escondido desde hace más de tres semanas y… no encuentro el momento.

—Papá, esa chica te diría que sí hasta con la anilla de una lata de refresco. Así que no la pongas de excusa.

—¿En serio lo crees?

—No tengo la menor duda.

Entonces pasa algo que nunca había visto.

Mi padre emocionado.

Cuando digo emocionado… hablo de ojos vidriosos.

—Papá, ¿a qué tienes miedo?

—Quería decírtelo a ti primero.

—¿Querías mi bendición? —levanto las manos—. La tienes. Créeme.

—Ya, pero… hay algo más.

—¿Algo más? Si quieres montarte un harén, eso no lo voy a aceptar.

—En serio, Sofía. Quiero… no quiero que pienses que esto tiene nada que ver contigo.

Ay, joder. Ahora la que está asustada soy yo.

—¡Papá! ¿Qué quieres decirme? —pregunto, inclinándome un poco hacia él.

Lo veo respirar hondo, agachar la cabeza y frotarse las manos con nerviosismo antes de atreverse a hablar.

—¿Qué pensarías si algún día tuviera un hijo con Alice?

—¡Ay, mi madre! —exclamo, llevándome una mano al pecho, emocionada—. ¿Alice está embarazada?

—¡No! Todavía no… —niega enseguida, levantando las manos—, pero espero que algún día… me gustaría. Y a ella también.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —le digo, encogiéndome de hombros—. Tendría un hermano o una hermana. Eso sería genial.

—¿Te parecería bien?

—Ay, papá… ¿en serio? —me río, mirándolo con incredulidad—. ¿De verdad pensabas que iba a molestarme?

—Quiero que sepas que, si eso ocurre, en algún momento… tú seguirás siendo mi niña —dice negando con la cabeza, aunque todavía se le nota cierta duda en los ojos.

—De acuerdo, queda claro —respondo, incapaz de evitar la sonrisa.

Me levanto, cierro la cajita del anillo y se la devuelvo con cuidado.

—Y ahora vamos a planear una pedida de mano que esté a la altura de semejante pedrusco —añado, antes de hacer una pausa y señalarlo con un dedo—. Y en serio… más te vale empezar a buscar una casa. Con al menos tres habitaciones.

—¿Tres? —pregunta mi padre levantando una ceja.

—Sí —respondo encogiéndome de hombros—. Y la mía lo más alejada posible de la vuestra.

—¿Por qué?

—A veces creo que no me escuchas… Ya te lo he dicho antes, porque no pienso pasar mi último verano en casa —suspiro de forma dramática— escuchando cómo hacéis a mi futuro hermano.

Mi padre se queda mirándome en silencio un segundo y luego se echa a reír.

Por primera vez en mucho tiempo, lo veo reír sin miedo, sin dudas, sin ese peso que siempre parecía llevar encima.

Y entonces lo entiendo.

Mi padre no solo va a pedir matrimonio.

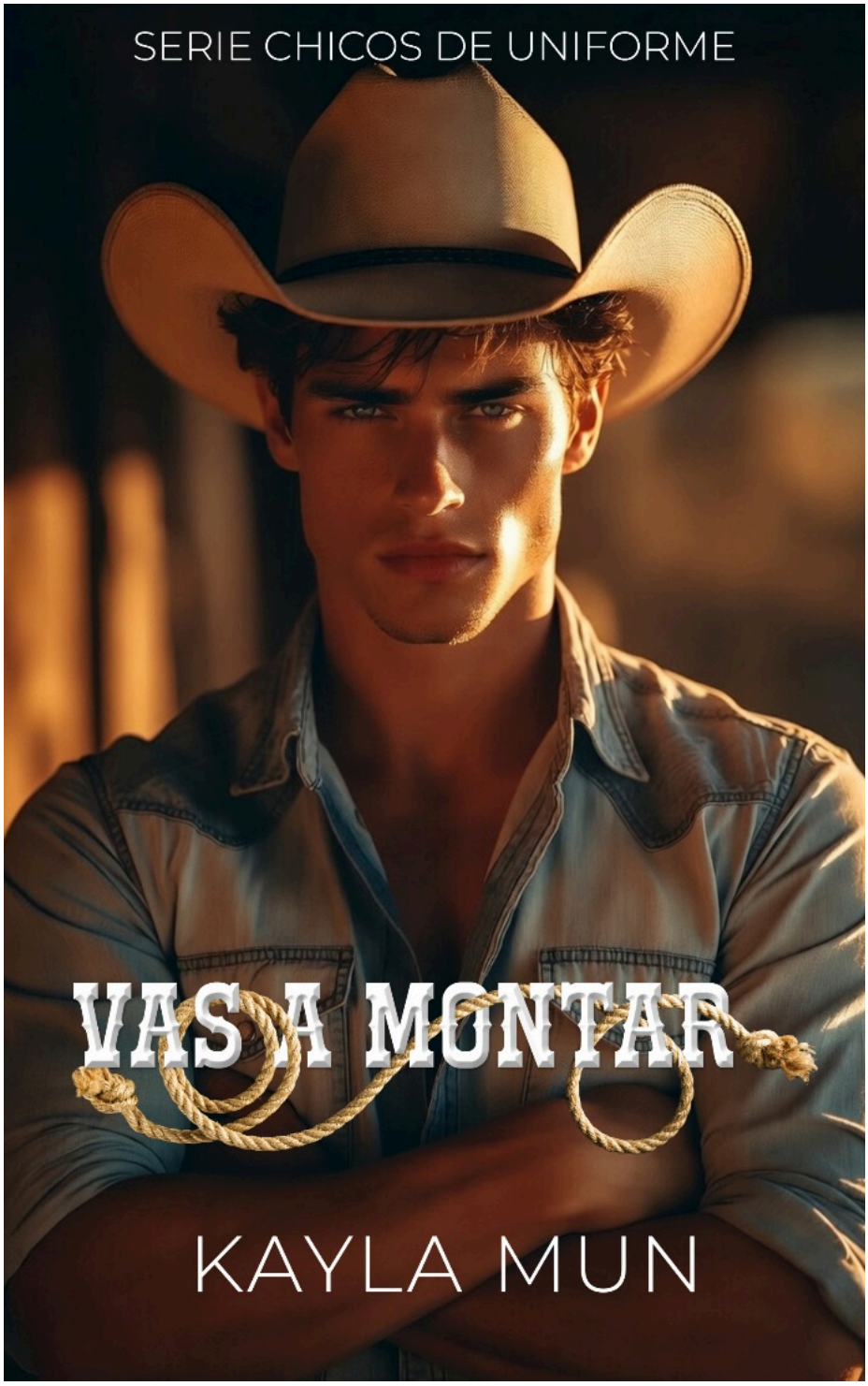
Mi padre, por fin, está empezando una vida nueva.

Y esta vez… piensa volar de verdad.

FIN

PRÓXIMO UNIFORME

VAS A MONTAR



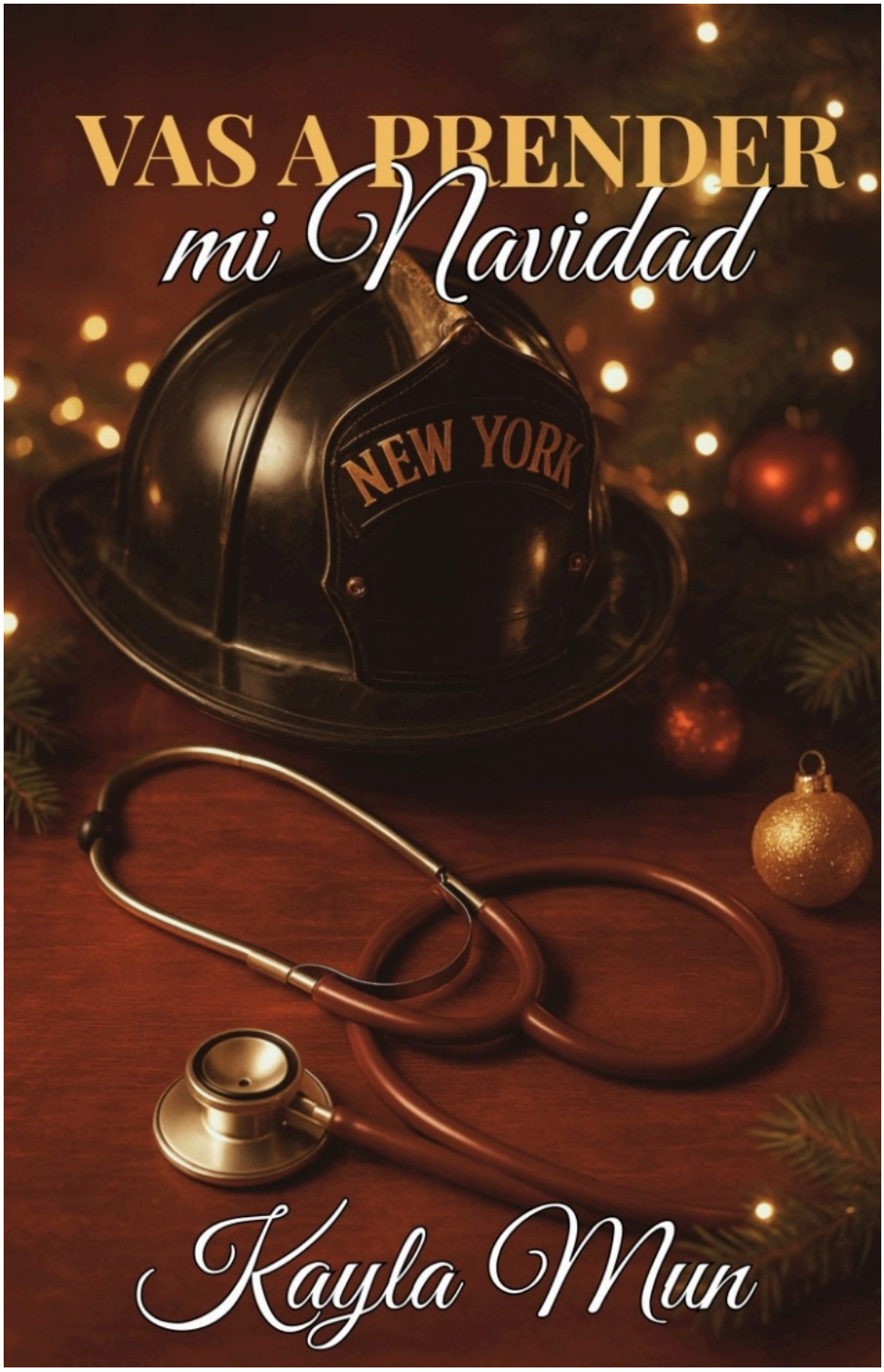
ENLACE A AMAZON



ENLACE A AMAZON



ENLACE A AMAZON



ENLACE A AMAZON

Agradecimientos

Este libro no llega hasta aquí solo.

Ha pasado por manos que han sabido verlo antes que yo en muchos momentos, por miradas que han señalado lo que faltaba y también lo que debía quedarse. A dos personas en concreto, que han acompañado esta historia desde dentro, con tiempo, sinceridad y cuidado: gracias. **Sandra, Sabrina**, este libro también es un poco vuestro.

A mi corrector, por su trabajo minucioso, por pulir cada detalle y por ayudar a que esta historia llegue limpia y lo más cuidada posible.

A mi familia, por estar siempre, por la paciencia y por ser quienes me enseñan que volar merece la pena… porque el destino siempre sois vosotros.

Y a quienes leéis. A quienes dejáis reseñas, comentarios, mensajes. A quienes recomendáis mis historias o volvéis a ellas. Incluso a quienes lo hacéis en silencio. Todo esto existe gracias a vosotros.

Con todo mi cariño,

KAYLA MUN